

JOHN FREELY

*El mundo de*  
**HOMERO**

*Una guía de viaje  
por la Iliada y la Odisea*



Lectulandia

Una guía de viaje por la Ilíada y la Odisea.

«Este libro —nos dice John Freely— quiere ser una guía por la Ilíada y la Odisea de Homero, que llevará al viajero desde Troya a lo largo de las costas del Egeo turco, y de allí hacia las playas del Mediterráneo, siguiendo las huellas de Odiseo cuando regresaba de la guerra de Troya y, después de muchas aventuras, volvió a su hogar y a su familia en Ítaca». Freely, que ha vivido muchos años en Grecia y en Turquía, y que tiene un buen conocimiento de los hallazgos recientes de la arqueología, no pretende ofrecernos una mera guía de viaje por los escenarios homéricos, sino que nos lleva a ellos con la Ilíada y la Odisea en la mano, en un recorrido en que el objetivo no es el paisaje, sino el mundo de Homero, con la intención de introducirnos en un universo de deslumbrante belleza, que sigue emocionando a los lectores de hoy, a los tres mil años de su composición.

Lectulandia

John Freely

# El mundo de Homero

Una guía de viaje por la Ilíada y la Odisea

ePub r1.0

Titivillus 23.01.2019

Título original: *A travel guide to Homer*  
John Freely, 2014  
Traducción: Teófilo de Lozoya & Juan Rabasseda

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.0

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

John Freely

## El mundo de Homero

Una guía de viaje por la *Ilíada*  
y la *Odisea*

Traducción castellana de  
Teófilo de Lozoya y Juan Rabassedá





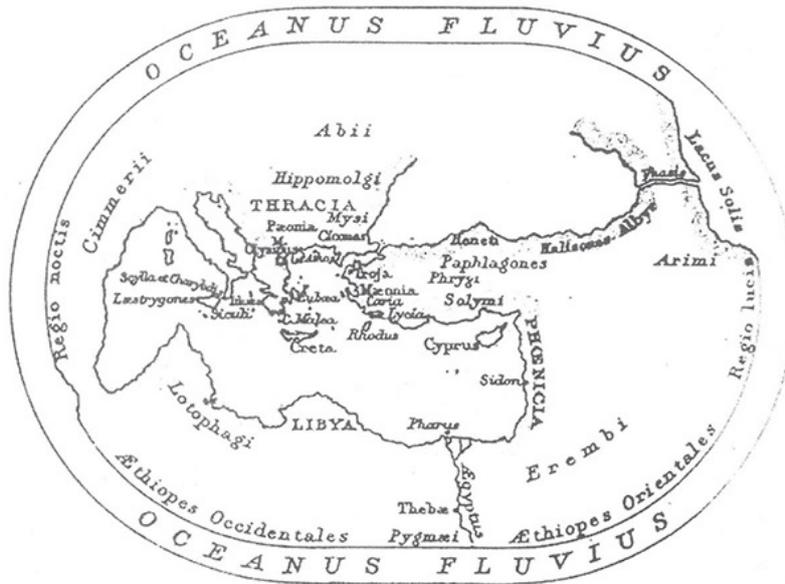


*Para Toots, mi Penélope*

## NOTA DEL AUTOR

El presente volumen pretende ser una guía de la *Ilíada* y la *Odisea* de Homero, que lleve al lector desde Troya primero a través de la costa turca del Egeo y luego por las riberas del Mediterráneo, siguiendo las huellas de Odiseo cuando va a combatir en la guerra de Troya y luego, tras pasar numerosas peripecias, de regreso a su patria con su familia en Ítaca.

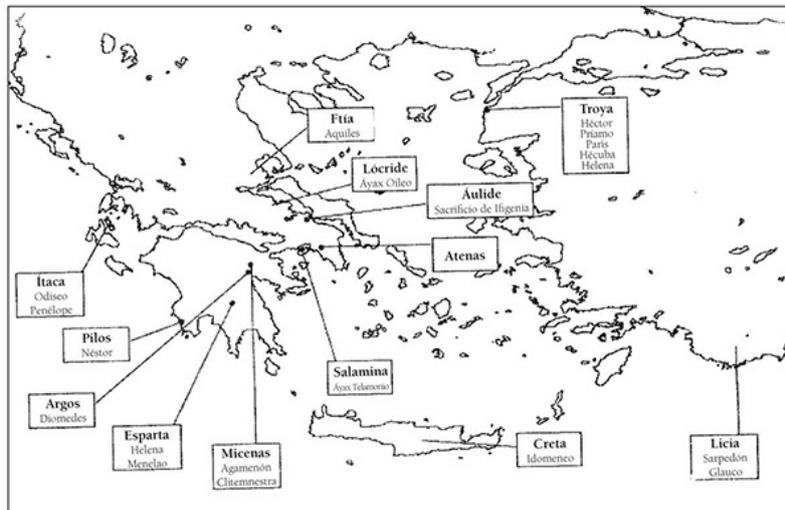
Me crucé con la estela de Odiseo por primera vez en octubre de 1945 a bordo de un buque de transporte de tropas de la marina estadounidense cuando volvía a Nueva York desde los teatros de operaciones de la guerra en el Pacífico y China-Birmania-India. Había leído la *Ilíada* y la *Odisea* antes de marchar a la guerra, y volví a leerlas varias veces durante el medio siglo que viví en Grecia y Turquía, cuando mis viajes llegaron a ensombrecer a los de Odiseo, aunque a menudo se necesite bastante imaginación, pues nuestro héroe era llamado el «hábil varón».<sup>[1]</sup> He tejido mi relato siguiendo la traducción de la *Ilíada* y la *Odisea* de Richmond Lattimore,<sup>[\*]</sup> libros que, juntos o separados, he llevado siempre conmigo en todos mis viajes homéricos, y a través de ellos y de otras lecturas creo haber aprendido algo del mundo del propio Homero, que he intentado trasladar a este libro de viajes.



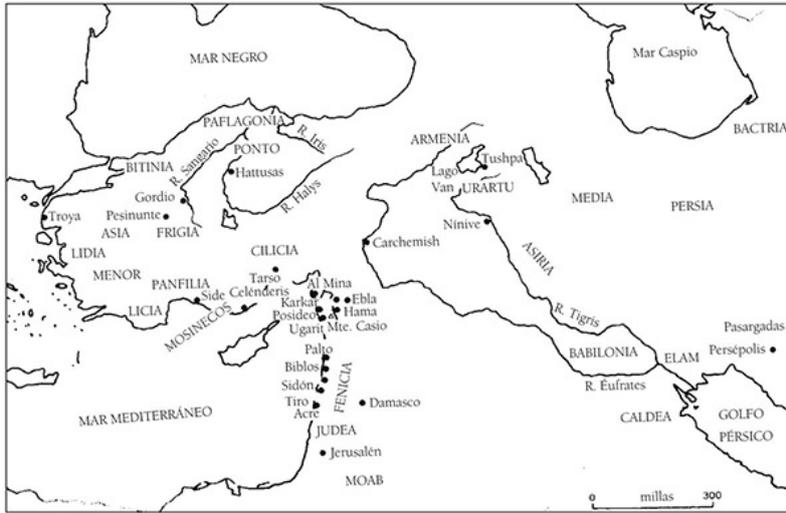
El mundo según Homero en 1000 a. C



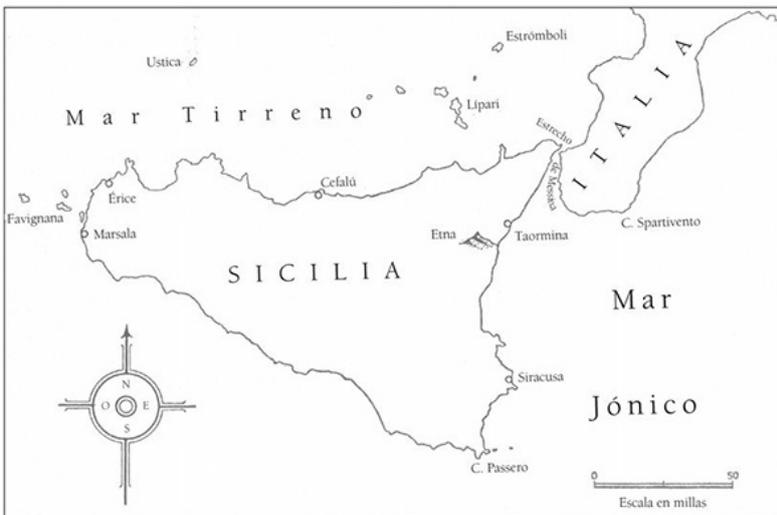
La Odisea: fases iniciales del viaje



El catálogo de las naves y el catálogo de los troyanos



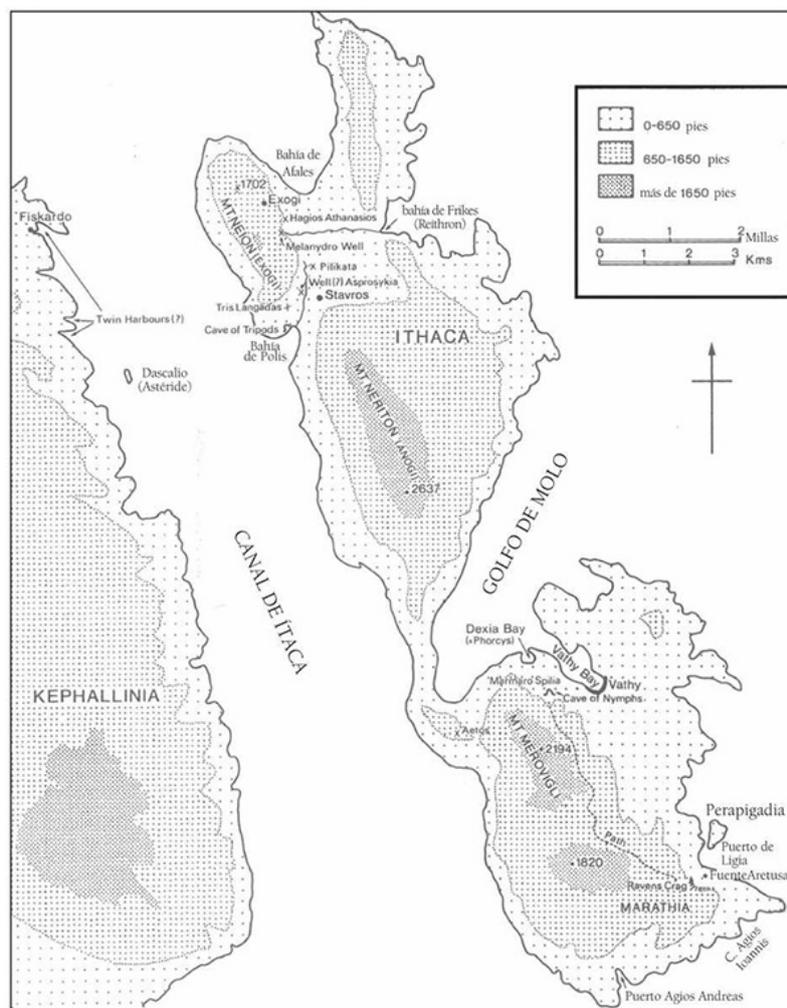
El Oriente Próximo y el Medio Oriente



Italia y Sicilia



Emplazamiento del Oráculo de los Muertos, antigua Éfira.



Lugares homéricos en Ítaca

## EL MUNDO HOMÉRICO

La literatura griega comienza con los dos poemas épicos de Homero, la *Ilíada* y la *Odisea*, cuya enorme influencia literaria persiste incluso hoy día, casi tres mil años después de su composición.

La *Ilíada* se desarrolla en la llanura de Troya, una gran ciudad fortificada en la parte asiática de los Dardanelos (el Helesponto antiguo), cerca del sector que baña el Egeo. Los Dardanelos, junto con el mar de Mármara (la antigua Propóntide) y el Bósforo, constituyen el canal histórico entre el Egeo y el mar Negro (el Ponto), que separa Europa y Asia, en la zona que corresponde hoy día al noroeste de Turquía. Desde la Antigüedad el lado europeo del estrecho ha sido llamado Tracia. El otro lado se llama Anatolia, pero en el pasado solía denominarse Asia Menor. La palabra *anatolía* significa en griego «este», o más exactamente «levante, la tierra del amanecer». El nombre «Asia» quizá tuviera este mismo significado tanto en la familia de lenguas indoeuropeas como en las lenguas semíticas, mientras que «Europa» quizá significara «poniente» o la «tierra de la oscuridad». Esa distinción habría resultado evidente para los primeros marineros griegos que atravesaron el Helesponto desde el Egeo, para quienes Asia quedaba al este y Europa al oeste, y para quienes las aguas del estrecho dividían con toda claridad la «tierra del amanecer» de la «tierra de la oscuridad».

Los antecedentes de la historia que se cuenta en la *Ilíada* podrían resumirse de la siguiente manera: Paris, también llamado Alejandro, hijo de Príamo, rey de Troya, es recibido como huésped por el griego Menelao, señor de la guerra y rey de Esparta. Paris seduce a Helena, la esposa de Menelao, que se fuga con él a Troya. Menelao pide ayuda a su hermano Agamenón, rey de Micenas, en la Argólide, quien invita a todos los señores de la guerra del mundo griego a unirse a él en una expedición contra Troya. La flota conjunta se reúne en Áulide, en Beocia, antes de zarpar rumbo al Helesponto. Los griegos atacan Troya, pero no son capaces de tomar la ciudad, así que le ponen sitio y saquean varias localidades de la Tróade, la gran península situada al sur del Helesponto.

La *Ilíada* comienza durante el último año de ese asedio, que se prolongó por espacio de diez, y describe un período de cincuenta y dos días, pero acaba antes de la captura y el saqueo de la ciudad a manos de los griegos. El relato de la caída de Troya y de lo que ocurrió después se cuenta en parte en la *Odisea* y en parte en otros poemas posteriores del ciclo épico posthomérico, el primero de los cuales cuenta lo que sucedió antes del comienzo de la *Ilíada*.

Los griegos posteriores a Homero consideraban que la guerra de Troya había sido uno de los primeros episodios de la historia de los helenos, como se llamarían a sí mismos en adelante, mientras que a su propio país lo llamarían Hélade. (El término «griegos» proviene del latín «graeci», denominación de una tribu específica del Epiro.) Tucídides opinaba que la primera vez que los griegos actuaron juntos como un solo pueblo fue en la guerra de Troya. Como dice en el libro I de su *Historia de la guerra del Peloponeso*:

Antes de la guerra de Troya, la Hélade no parece haber acometido ninguna empresa en común; pienso, además, que este nombre no solo no designaba todavía al país en su totalidad, sino que antes de Helén... ni siquiera existía tal denominación, y así los griegos recibían el nombre de los diferentes pueblos en que estaban divididos. Pero cuando Helén y sus hijos se hicieron poderosos en la Ftiótide y los demás los llamaban en su auxilio... desde entonces, debido a aquellas relaciones, dieron una mayor difusión al nombre de helenos, denominación que, sin embargo, durante mucho tiempo no pudo imponerse a todos. Homero lo prueba mejor que nadie, pues, aunque vivió en una época muy posterior a la de la guerra de Troya, en ninguna parte aplicó el nombre colectivamente, ni tampoco a otros que no fueran los compañeros de Aquiles, procedentes de Ftiótide, que fueron precisamente los primeros helenos, sino que en sus poemas, al referirse a todos, los llamó dánaos, argivos y aqueos. Tampoco utilizó el término de bárbaros por la razón de que los griegos, según creo, todavía no se distinguían por un solo nombre que fuera el contrario de ese [y que los distinguiera como tales].<sup>[1]</sup>

Los griegos aparecen como pueblo por primera vez en lo que hoy día es Grecia a mediados de la Edad del Bronce (c. 2000-1600 a. C.). Al parecer, llegaron por tierra y desde el norte, hablando una modalidad de lo que acabaría siendo la lengua griega, trayendo consigo a sus dioses, presumiblemente a Zeus y a las demás divinidades olímpicas conocidas en la época histórica. No dejaron testimonios escritos y los conocemos solo por los hallazgos arqueológicos.

El período Micénico, c. 1550-1100 a. C., toma su nombre de Micenas, ciudad fortificada de la Edad del Bronce situada en la Argólide. Se ha encontrado cerámica micénica similar a la descubierta en Troya en otros veinticuatro lugares de la costa egea de Anatolia o en su entorno inmediato. Había asentamientos micénicos costeros en Mileto y en Yaso, así como en las islas vecinas de Quíos, Samos, Cos y Rodas, y tenemos algunos testimonios de que los griegos comerciaban en los valles de los dos principales ríos que desembocan en el Egeo procedentes de la meseta de Anatolia, el Hermo y el Meandro. Ha aparecido cerámica micénica también en Clazomenas, Éfeso y Sardes, y se ha excavado una necrópolis micénica cerca de Bodrum, la Halicarnaso griega.

El período Micénico corresponde a la edad heroica del mito griego, a la que pertenecen las leyendas de Heracles, Edipo, Perseo y Teseo, así como Minos y el laberinto de Creta, los primeros reyes de Atenas, la expedición de los Siete contra Tebas, la de Jasón y los argonautas, y la guerra de Troya. Hablando del nacimiento de Pan, Heródoto dice que «hasta mi tiempo han transcurrido menos años que desde la guerra de Troya, unos ochocientos aproximadamente...»,<sup>[2]</sup> es decir, habría tenido lugar c. 1250 a. C. Dice también que Homero y Hesíodo «me han precedido en cuatrocientos años y no en más»,<sup>[3]</sup> esto es, habrían vivido en c. 850 a. C. Alude

también a los argonautas y la guerra de Troya y dice que el asedio de Troya comenzó «dos generaciones después de la muerte de Minos»,<sup>[4]</sup> y que la guerra tuvo lugar «una generación después»<sup>[5]</sup> del viaje de los argonautas. Según Homero, varios héroes griegos que combatieron en Troya eran hijos de hombres que habían viajado con Jasón entre ellos Euneo, señor de Lemnos.

La tradición griega sostenía que su antepasado epónimo había sido Helén, padre de Doro, Eolo y Juto, cuyos hijos fueron Ión y Aqueo, de modo que dorios, jonios, eolios y aqueos, las principales tribus griegas de finales de la Edad del Bronce, tenían todos un linaje común. Homero habla de la Hélade y de los helenos en la *Ilíada*, donde los hombres del ejército de Agamenón son llamados en su conjunto de diversas maneras: dánaos, argivos o aqueos, y a veces hijos de los aqueos.

Según Homero, en tiempos de la guerra de Troya Micenas era gobernada por Agamenón, «con mucho el mejor de todos los aqueos».<sup>[6]</sup> El canto II de la *Ilíada* termina con dos listas, el catálogo de las naves y el catálogo de los troyanos, el primero de los cuales enumera los barcos que componían la armada de Agamenón, cuyo contingente era el más grande de los que integraban la flota griega. Había efectivos procedentes de todo el mundo griego; los más distantes eran los que provenían de las islas del mar Jónico, entre Grecia y el sur de Italia. Había dos contingentes procedentes de las islas Jónicas, uno de ellos capitaneado por Odiseo. Había también otro muy numeroso proveniente de Creta, poderoso reino de la Edad del Bronce, con capital en Cnosos. El contingente cretense era comandado por Idomeneo, nieto del rey Minos, hijo de Zeus, que, según la mitología, fundó la dinastía minoica.

El más anciano de los héroes griegos presentes en Troya era Néstor, rey de Pilos, en el extremo suroccidental del Peloponeso. Néstor iba acompañado de su hijo Antíloco, del que se dice en el Canto IV que fue «el primero que capturó a un guerreiro troyano / valeroso delante de las líneas de combate»,<sup>[7]</sup> y que moriría también en combate más tarde, antes de que acabara la guerra.

Tras el catálogo de las naves Homero consigna otro mucho más breve, el catálogo de los troyanos, es decir la lista de los que luchaban en defensa de Troya. Este elenco incluye grupos procedentes de cinco zonas geográficas distintas, empezando por la Tróade, con contingentes de troyanos, dardanios, y de Zelea. Los troyanos estaban al mando de Héctor, hijo de Príamo, rey de Troya. Los dardanios o dárdanos provenían de la región de la Tróade situada justo al este de la de los troyanos, y su nombre derivaba de Dárdano, antepasado de los reyes de Troya. Eran capitaneados por Eneas, el fundador mítico de Roma, que era hijo de la diosa Afrodita y de Anquises, primo segundo de Príamo.

El segundo grupo estaba formado por tres pueblos procedentes del otro lado del Helesponto, de Tracia, concretamente tracios, cícones y peonios. El tercer grupo comprendía dos tribus de la costa de Asia Menor bañada por el mar Negro; los paflagonios y los halízones. El cuarto grupo lo constituían dos contingentes

provenientes del noroeste de Asia Menor, los misios y los frigios. Estos últimos eran un pueblo que había emigrado del sureste de Europa y que acabó suplantando a los hititas, pueblo indoeuropeo que dominó Anatolia a finales de la Edad del Bronce desde su capital, Hattusas. En el quinto grupo se incluían tres unidades procedentes del suroeste de Asia Menor: meonios, carios y licios.

Misia, Caria y Licia han sido identificadas con regiones del oeste de Anatolia mencionadas en las tabillas hititas. Parece que la población de estas tres regiones, y quizá los propios troyanos, hablaban una lengua indoeuropea llamada luvita, estrechamente emparentada con el hitita.

En los textos hititas hay varias referencias al país de Assuva, que probablemente fuera la región del Asia Menor occidental conocida entre los griegos como Lidia. Suele creerse en general que la palabra griega «Asia» deriva del hitita Assuva. La referencia griega más antigua a Asia aparece en el canto II de la *Ilíada*, donde el poeta habla de «la asiática pradera, a los lados de los cauces del Caístro»,<sup>[8]</sup> refiriéndose al río de este nombre que desemboca en el Egeo y pasa junto a las ruinas de la antigua ciudad jonia de Éfeso.

Los textos hititas mencionan dos topónimos —Taruisa y Wilusa— que, según se cree, hacen referencia a Troya e Ilio o Ilión, los nombres que utiliza indistintamente Homero para designar a la capital troyana. Uno de esos textos da los detalles de un tratado firmado entre el soberano hitita, Muwatalli (c. 1300 a. C.) y el rey de Wilusa, Alaksandros, que quizá sea el príncipe de Ilio (Troya) Alejandro (Paris). También se alude a un pueblo llamado *dardany*, nombre procedente de Dárdano, el legendario antepasado de los reyes de Troya.

Los documentos hititas hacen también varias referencias a *Arzawa*, un estado agresivo, posiblemente Troya, que, al parecer, controlaba la parte occidental de Anatolia. Aluden asimismo a los *ahhijava*, poderoso pueblo mariner que ha sido identificado con los aqueos o griegos micénicos. Los príncipes *ahhijava* mantenían correspondencia con los gobernantes hititas de una ciudad de la costa llamada *Millawanda*, probablemente Mileto.

Mileto fue fundada ca. 1600 a. C. por marinos procedentes de la Creta minoica, que estableció en el Egeo lo que Tucídides llamaba una *talasocracia* o «dominio del mar». El imperio minoico acabó c. 1450 a. C., cuando los micénicos se hicieron con el control de Creta.

Durante el período Minoico Medio, c. 2000-1700 a. C., los archivos palaciales de Creta se escribían en la escritura pictográfica llamada lineal A, que no ha podido ser descifrada. Durante el período Micénico los archivos de los palacios de Creta aparecen escritos en un sistema silábico llamado lineal B, una antigua forma de griego que se ha encontrado también en otros yacimientos micénicos de Grecia.

Casi al comienzo de su *Historia de la guerra del Peloponeso*, Tucídides comenta que «la tierra que ahora se llama Grecia no estaba habitada antiguamente de forma estable, sino que al principio hubo migraciones y todos abandonaban fácilmente su

territorio forzados por otros pueblos cada vez más numerosos».<sup>[9]</sup> A continuación dice que el período de los «continuos cambios de habitantes»<sup>[10]</sup> no acabó hasta muchos años después de la guerra de Troya, y que luego vino la época de la colonización, cuando Jonia y la mayor parte de las islas fueron colonizadas por los atenienses.

La gran migración que llevó a los helenos al otro lado del Egeo, a Jonia y a las demás regiones de la ribera occidental de Asia Menor, tuvo lugar durante la Edad Oscura del mundo griego, período de varios siglos de duración que siguió al catastrófico final de la Edad del Bronce. Parece que dicha catástrofe se produjo en un período de menos de cincuenta años a finales del siglo XIII y comienzos del siglo XII a. C., cuando casi todas las ciudades y casi todos los palacios importantes del mundo del Mediterráneo oriental fueron destruidos, muchos de ellos para no volver a ser ocupados nunca. Entre los palacios destruidos cabe citar Micenas, Tirinto, Pilos y otras siete fortalezas micénicas de lo que hoy día es la Grecia continental; las ciudades minoicas de Cnosos y Cidonia, en Creta; cuatro ciudades de Chipre; trece ciudades de Anatolia, incluidas Troya y Hattusas, la capital hitita; nueve ciudades de Siria; y nueve ciudades del sur del Levante. Se han propuesto varias explicaciones alternativas del desastre, incluidos terremotos, sequías u otras catástrofes ecológicas, revoluciones generalizadas, migraciones en masa como, por ejemplo, la invasión de los misteriosos «pueblos del mar», de los que hablan las inscripciones egipcias, nuevos métodos de guerra, o un «colapso del sistema» debido a uno o varios de los factores arriba mencionados, o la introducción de la elaboración del hierro, que dio paso a que la era que siguió a la Edad del Bronce fuera llamada Edad del Hierro. Fuera cual fuera la causa, la consecuencia fue una drástica despoblación del mundo griego, que provocó el abandono total de muchos lugares, en particular las islas del Egeo, y a que las comunidades que sobrevivieron se dispersaran y quedaran aisladas unas de otras.

La tradición antigua sostenía que la migración griega a Anatolia se había debido a la invasión de los dorios, tribu procedente de Macedonia, aunque los especialistas modernos han rechazado esta idea. Los dorios, en cualquier caso, formaron parte de la migración, junto con los eolios y los jonios, en un movimiento de masas que probablemente diera comienzo en c. 1040 a. C. Los jonios se establecieron en el sector central de la costa egea de Anatolia y en las islas situadas frente a esa zona, los eolios lo hicieron al norte de los jonios, aunque algunos incluso se solaparon con ellos, y los dorios se establecieron al sur. Los asentamientos eolios se encontraban, salvo una excepción, entre el Helesponto y el río Hermo, así como en las islas de Lesbos y Ténedos. Las ciudades fundadas por los jonios se encontraban entre los valles de los ríos Hermo y Meandro, y en las islas de Samos y Quíos. Por lo que respecta a las colonias dorias, estaban en las islas de Cos y Rodas y en Caria, el extremo suroccidental de la península de Anatolia, donde el Egeo confluye con el Mediterráneo.

El siglo VIII a. C. es conocido en la historia de Grecia como la «época de las colonizaciones», pues fue entonces cuando los griegos empezaron a establecer colonias por todo el Mediterráneo y el mar Negro, así como en los estrechos que conectan ambos mares. No eran colonias en el sentido moderno del término, sino ciudades-estado autónomas, independientes de su metrópolis, la ciudad que las hubiera fundado. Fundaron además *emporion*, o centros comerciales, que no tenían estatus de colonias.

Calcis y Eretria, en la isla de Eubea, que habían enviado juntas cuarenta naves para unirse al ejército de Agamenón en el asedio de Troya, fundaron ocho de las veintidós colonias griegas de Sicilia y del sur de Italia, zona que pasó a ser llamada Magna Grecia o «Gran Grecia». La primera colonia griega en la Magna Grecia fue el *emporion* euboico de Pitecusas, la isla llamada hoy día Ischia, fundado c. 770-760 a. C. en una isla frente al extremo noroccidental del golfo de Nápoles. Aproximadamente una década antes, las ciudades de Eubea asumieran un papel de protagonistas en la fundación del emporio de Potamoi Karon, hoy día llamado Al Mina, junto al estuario del río Orontes, en Siria septentrional, perteneciente hoy día a la provincia turca de Hatay, y otros dos emporios en sus inmediaciones, Posideo y Palto.

Corinto colaboró con Calcis en la fundación de dos colonias en Sicilia, y cinco en Grecia noroccidental y en las islas situadas frente a sus costas en el mar Jónico (al sur del Adriático), incluidas Corcira (Corfú) y Léucade (Lefkada). Corcira ha sido identificada con la homérica Esqueria, el país de los feacios, que acogieron a Odiseo y le dispensaron un trato digno de un rey en la penúltima fase de su largo viaje de regreso a Ítaca. Léucade sería una de las islas gobernadas por Megete, cuyo contingente de cuarenta embarcaciones es descrito en el catálogo de las naves justo antes que el de Odiseo.

La ciudad jónica de Focea, en Asia Menor, estableció colonias en las costas del sureste de Italia, en Córcega y en Francia, entre estas últimas Masalia, la antepasada de Marsella, así como en el Helesponto, el mar de Mármara y el mar Negro.

La más activa de todas las ciudades colonizadoras fue la polis jonia de Mileto, fundada en el emplazamiento de la primitiva colonia micénica que había enviado un contingente a combatir al lado de los troyanos en defensa de Ilio. Mileto fundó por lo menos cuarenta colonias, la mayoría en el Helesponto, el mar de Mármara y el mar Negro, así como el puerto fortificado de Milesiontos, parte del gran emporio griego de Náucratis, en el delta del Nilo.

Estas colonias llevaron a los griegos a entrar en conflicto con los fenicios, que son mencionados tanto en la *Ilíada* como en la *Odisea*. Las ciudades-estado fenicias eran acaudilladas por Tiro y Sidón, en Siria, que a su vez fundaron Cartago y muchas otras colonias en el Mediterráneo. Las ciudades de Eubea entraron en contacto con los fenicios en sus emporios de Siria septentrional, donde adquirieron mercancías e ideas

de Fenicia y de otros lugares de Oriente, transmitiéndoselas a otros emporios euboicos, principalmente Pitecusas, que a cambio aportaban vino y aceite.

La adquisición cultural más importante de los mercaderes griegos fue la escritura silábica fenicia, que Heródoto llama *pkoinikeîa*. Los fenicios habían transformado y simplificado otras escrituras silábicas anteriores en un sistema alfabético estándar de veintidós caracteres. En cuanto a los griegos, adaptaron el sistema fenicio para crear un alfabeto de veinticuatro letras, incluidas seis vocales. Originalmente existieron varias versiones de alfabeto griego, especialmente el occidental (calcidio) y el oriental (jónico). La versión calcidia dio lugar al viejo alfabeto itálico y luego al latino, mientras que la jónica evolucionó para dar lugar al alfabeto griego actual. Los atenienses adoptaron el alfabeto jónico como escritura estándar en 403 a. C., y las otras versiones locales no tardaron en desaparecer. Así los griegos volvieron a conocer el arte de la escritura unos cuatro siglos después del colapso de la civilización micénica y de la desaparición del lineal B durante la Edad Oscura.

El primer ejemplo de inscripción en el nuevo sistema alfabético ha sido datado c. 740-720 a. C. Fue encontrado en Ischia en 1953 y corresponde a un fragmento de cerámica, un vaso llamado la Copa de Néstor, que lleva una inscripción de tres versos en el alfabeto calcidio, un primer verso yámbico seguido de dos hexámetros: «Néstor tenía una copa, en la que se bebía bien. / Pero quien beba de esta copa, será inmediatamente / presa del deseo de Afrodita de hermosa corona».<sup>[11]</sup>

La copa de Néstor es descrita en el canto XI de la *Ilíada*, y por lo tanto el descubrimiento de la inscripción llevó a la mayoría de los estudiosos a datar los poemas homéricos en la segunda mitad del siglo VIII a. C. La fecha y la historia de los poemas, la datación y la identidad del propio poeta, y la fecha en la que los poemas orales fueron fijados por escritos en la forma que tienen hoy día forman parte de lo que ha dado en llamarse la «cuestión homérica».

En la actualidad la mayoría de los especialistas creen que los poemas atribuidos a Homero proceden del legado común de numerosos bardos antiguos, llamados en griego *aoidoí* [aedos], que interpretaban sus cantos al son de la lira. Esta tradición parece que se originó en Jonia en el siglo VIII a. C., cuando los *aoidoí* actuaban en las cortes de la aristocracia, cantando las gloriosas hazañas de los grandes héroes de tiempos pretéritos, cantos que sus predecesores habrían traído de la Grecia continental en tiempos de la gran migración. Se cree que los primeros aedos habrían tenido un lugar asignado en las cortes micénicas, y sus sucesores en Jonia ejecutaban cantos que se inscribirían en la misma tradición épica, transmitida con el paso del tiempo de generación en generación.

Casi todos los especialistas modernos sitúan el nacimiento de los poemas de Homero en la segunda mitad del siglo VIII a. C., aunque algunos los datan en 680-660 a. C. En lo que hay consenso es en que hubo un solo Homero que compuso la *Ilíada* c. 740 a. C. y la *Odisea* c. 720 a. C. Poco después de 700 a. C. empezaron a aparecer escenas de los poemas homéricos en la cerámica pintada griega, y muchos vasos

representan episodios en los que aparece Odiseo, circunstancia que apoya la datación de la *Ilíada* y la *Odisea* en la segunda mitad del siglo VIII a. C.

Los autores antiguos databan casi unánimemente los primeros textos estándar de la *Ilíada* y la *Odisea* c. 550 a. C., cuando se supone que los Pisistrátidas, esto es, el tirano ateniense Pisístrato y sus hijos, mandaron que se fijaran por escrito y se recitaran durante las fiestas de las Grandes Panateneas. Esta teoría es rechazada por varios estudiosos modernos, particularmente por Gregory Nagy, que ha propuesto un modelo evolutivo con al menos cinco fases consecutivas de transmisión homérica, que irían cronológicamente desde la período Micénico hasta c. 150 a. C., cuando Aristarco de Samotracia, director de la Biblioteca de Alejandría, produjo sus recensiones de la *Ilíada* y la *Odisea*, dividiendo cada poema en veinticuatro cantos designados con las veinticuatro letras del alfabeto griego, que las ediciones modernas han sustituido por numerales.

La evolución de los poemas homéricos dio lugar a cambios en la profesión tradicional del cantor, que originalmente se llamaba *aoidós* [aedo] y que pasó a denominarse *rhapsodós* [rapsoda]. El *aoidós* era un bardo que improvisaba a medida que iba cantando, mientras que el *rhapsodós* recitaba un texto fijado de antemano, y su profesión se hallaba salvaguardada por asociaciones o «gremios» de rapsodas.

Los rapsodas de la isla de Quíos se llamaban a sí mismos Homéridas, esto es, «hijos de Homero», afirmando por tanto que eran descendientes del poeta. La primera alusión a los Homéridas aparece en las Nemeas de Píndaro, escritas c. 485 a. C. Como señala Nagy, «por donde también los Homéridas, los cantores, comienzan las más de las veces sus cosidos relatos, por un preludeo a Zeus, así...».<sup>[12]</sup>

Los escolios a la *Nemea* II de Píndaro explican lo que quiere decir «cosidos relatos»:

Pero, como la poesía de Homero no ha sido reunida como una sola cosa, sino que se ha dispersado y dividido en partes, algunos dicen que, cuando la interpretaban rapsódicamente, hacían algo semejante a una labor de secuenciación o de costura, pues la convertían en una sola cosa.<sup>[13]</sup>

Como la *Ilíada* y la *Odisea* comienzan en el penúltimo año de un relato que dura diez, tuvo que haber algún poema o varios poemas anteriores que contaran toda la historia. Homero y su público conocían los detalles de toda la historia de la guerra de Troya, pero la *Ilíada* y la *Odisea* se hicieron tan populares que las versiones anteriores de los poemas fueron pasadas por alto y se perdieron. Los poemas perdidos forman el llamado «ciclo troyano», que trata de la guerra de Troya y de los acontecimientos relacionados con ella. Este ciclo está compuesto por seis poemas además de la *Ilíada* y la *Odisea*. Casi no hay solapamiento alguno entre los poemas del ciclo, que están escritos alrededor de la *Ilíada* y la *Odisea* y cuentan la totalidad de la historia de la guerra de Troya. Se ha sugerido que la versión final del ciclo troyano fue creada a comienzos del período helenístico, cogiendo poemas originalmente independientes y combinándolos con la *Ilíada* y la *Odisea*, de modo que contaran en conjunto la totalidad de la historia. Los poemas se han perdido, y

tenemos conocimiento de ellos sobre todo a partir de un resumen de su argumento realizado por un tal Proclo, que quizá sea el filósofo neoplatónico del siglo v d. C.

Los poemas del ciclo son, en orden cronológico los siguientes: los *Cypria*, en once libros, que describen los antecedentes de la guerra de Troya y el asedio de la ciudad hasta el punto en el que comienza la *Ilíada*; la *Ilíada*, en veinticuatro libros o cantos, con revisiones al principio y al final que la asocian con los *Cypria*; la *Etiópide*, en cinco libros, que es una continuación del relato de la guerra de Troya hasta la muerte de Aquiles y la disputa por sus armas entre Odiseo y Áyax Telamonio; la *Pequeña Ilíada*, en cuatro libros, desde la disputa entre Odiseo y Áyax hasta la estratagema del Caballo de Madera; la *Iliupersis*, en dos libros, desde el Caballo de Troya hasta la toma y el saqueo de la ciudad; los *Nostoi* («Regresos»), en cinco libros, con los viajes de vuelta a la patria de Agamenón y otros héroes griegos, salvo Odiseo; la *Odisea*, en veinticuatro libros o cantos, sobre el regreso de Odiseo; y la *Telegonía*, en dos libros, la vida de Odiseo desde el final de la *Odisea* hasta su muerte.

Hay además una colección de poemas posthoméricos llamados *Himnos homéricos*, el más antiguo de los cuales es datado en el siglo VII a. C. Existen treinta y tres de estos himnos, cuatro de ellos bastante extensos, 294 y 580 versos respectivamente, y veintiuno breves, de 3 a 59 versos. Tres están dedicados a Dioniso y otros tres a Afrodita, dos a Deméter, Ártemis, Apolo. Atenea, Hermes, Hestia y los Dióscuros, es decir los hijos gemelos de Zeus, Cástor y Polideuces (más conocido por la forma latina de su nombre, Pólux), hermanos de Helena; y uno respectivamente a Ares, Hera, Rea (la Madre de los Dioses), Heracles Corazón de León, Asclepio, Pan, Hefesto, Posidón, al Supremo Cronida («Hijo de Crono», Zeus), a las Musas y a Apolo, a Gea (la Tierra, Madre de Todo), a Helio y a Selene.

Los dos himnos a Apolo están dedicados a Apolo Delio y a Apolo Pítico, el primero llamado por el santuario que tenía el dios en la sagrada isla de Delos, en las Cícladas, y el segundo por el que tenía en Delfos.

El «Himno a Apolo Delio» cuenta el nacimiento del dios en la isla de Delos, originalmente llamada Ortigia, en las Cícladas. Apolo y su hermana gemela, Ártemis, eran hijos de Leto, amante de Zeus, desterrada por la celosa Hera, que prohibió a todo el mundo darle cobijo y un sitio en el que dar a luz. Leto recorrió todo el mundo griego sin encontrar un solo lugar que la acogiera, hasta que por fin la isla de Ortigia, estéril y desolada, en las Cícladas, aceptó recibirla. Ártemis fue la primera en nacer y ayudó a Leto a alumbrar a Apolo. Tras el nacimiento del dios la isla cambió su nombre por el de Delos, «la Resplandeciente», pues uno de los epítetos de Apolo era Febo, «el Esplendoroso».

El poeta invoca a Apolo al comienzo de la segunda estrofa del himno:

¿Cómo te cantaré, celebrado como eres por toda clase de himnos?... ¿Cantaré tal vez cómo al principio Leto te parió, gozo para los mortales, apoyada sobre el monte Cinto en la isla rocosa, en Delos, ceñida por las corrientes? De uno y otro lado, el sombrío oleaje se abatía sobre la costa, a impulsos de los vientos de silbante soplo. Surgido de allí, te enseñoas sobre los mortales todos.<sup>[14]</sup>

A la fiesta de Apolo Delio acudían todos los jonios, desde Atenas y las Cícladas, «las islas repartidas en círculo» alrededor del sagrado centro de Delos, y desde las colonias griegas de la costa egea de Asia Menor y las islas vecinas de Samos y Quíos. La penúltima estrofa del himno nos ofrece una descripción lírica de los jonios celebrando la fiesta:

En cuanto a ti, Soberano del Arco de Plata, Certero Flechador, Apolo, caminaste unas veces sobre el abrupto Cinto, otras veces vagaste por las islas y entre los hombres. Muchos templos, frondosas arboledas y todas las atalayas te son propias, así como los cimeros promontorios de alturas eminentes, y los ríos que desembocan en la mar. Mas tú, Febo, regocijas tu corazón especialmente con Delos, donde en honor tuyo se congregan los jonios de arrastradizas túnicas con sus hijos y sus castas esposas. Y ellos, con el pugilato, la danza y el canto, te complacen, al acordarse de ti cuando organizan la competición. Quien se halle presente cuando los jonios están reunidos, podría decir que son inmortales y están exentos por siempre de la vejez. Pues podría ver la gracia de todos, deleitaría su ánimo al contemplar a los varones y a las mujeres de hermosa cintura y los raudos bajeles y sus múltiples riquezas. Y más aún, una gran maravilla, cuya gloria jamás perecerá: las muchachas de Delos, servidoras del Certero Flechador, las cuales, después de que han celebrado el primero a Apolo y luego a Leto y a Ártemis, diseminadora de dardos, acordándose de los varones y las mujeres de antaño, entonan un himno y fascinan a las estirpes de los hombres. Las voces e incluso el chapurrear de todos los hombres saben imitarlo. Aseguraría cada uno que es él mismo el que habla. ¡Con tal fidelidad se adapta su hermoso canto!<sup>[15]</sup>

El «Himno a Apolo Delio» ha sido atribuido por un escoliasta de Píndaro a Cineto de Quíos, uno de los Homéridas espurios de época tardía, que lo habría compuesto en 532 a. C. para ser interpretado en la insólita doble fiesta celebrada por Polícrates, el tirano de Samos, en honor de Apolo Delio y de Apolo Pítico. El poeta hace referencia a Homero en la última estrofa del himno, dirigiéndose a las doncellas que cantan en el coro:

Mas ¡ea!, sedme propicios, Apolo, junto con Ártemis, ¡salud a todas vosotras! Y en adelante, acordaos de mí cuando alguno de los hombres de la tierra, un extranjero que llegue aquí después de haber sufrido mucho, os diga: «¡Muchachas! ¿Quién es el más dulce varón de los aedos que aquí os frecuentan y con el que más os deleitáis?». Vosotras todas, sin excepción, responded elogiosamente: «Un ciego. Habita en la abrupta Quíos. Todos sus cantos son por siempre los mejores». Nosotros llevaremos vuestra fama en tanto que sobre la tierra recorramos las ciudades populosas de los hombres. Ellos de seguro nos creerán, pues es la verdad. Yo por mi parte no cesaré de celebrar con mis himnos al Certero Flechador, Apolo, el del Arco de Plata, al que parió Leto, la de hermosa cabellera.<sup>[16]</sup>

Esta referencia al poeta como a un ciego que habita en Quíos forma parte de la leyenda de Homero, las primeras versiones de la cual probablemente daten de la segunda mitad del siglo VI a. C., cuando la *Ilíada* y la *Odisea*, en forma ya de textos escritos, se hicieron enormemente populares en todo el mundo griego. No existe ni un solo documento de la época acerca de la vida personal de Homero, y por lo tanto cualquier biografía del poeta es pura especulación. Se conservan nueve *Vidas de Homero* en griego, así como una curiosa obra llamada *Certamen de Homero y Hesíodo*. Todas ellas datan de la época imperial romana, pero se ha demostrado que algunas partes de estos textos se remontan al siglo VII a. C.

Los estudios acerca de estos documentos indican que Homero probablemente viviera y trabajara en las colonias griegas eolias y jonias de la costa del Egeo y en la

isla de Quíos. Entre los múltiples lugares que afirmaban ser la ciudad natal de Homero el más verosímil es Esmirna, donde el poeta habría nacido *c.* 770 a. C., a orillas del río Meles, que sigue desembocando en el golfo de Esmirna, junto a los restos arqueológicos de la ciudad antigua, recientemente excavados.

Cuando escribían acerca de la guerra de Troya y otros acontecimientos de la época heroica, los historiadores griegos, desde Heródoto y Tucídides en adelante, no distinguían entre ese pasado legendario y los sucesos factuales conocidos de la historia. Tucídides era consciente de que los poemas de Homero databan de una época muy posterior a la de la guerra de Troya, pero no dudaba de la historicidad de Homero y de Agamenón ni de su expedición contra Troya.

Otros autores griegos posteriores dan fechas de la caída de Troya que van desde 1334 a. C. hasta 1150 a. C. La fecha generalmente aceptada de 1184 a. C. es la de Eratóstenes de Cirene, director de la Biblioteca de Alejandría a mediados del siglo III a. C., que introdujo una cronología sistemática basada en la celebración de las Olimpíadas. El primer estudioso moderno que trazó en la cronología una línea divisoria entre mito e historia propiamente dicha fue el historiador inglés George Grote. En su monumental *History of Greece*, en varios volúmenes, publicada en 1845-1856, Grote sugería que la inauguración de los Juegos Olímpicos en 776 a. C. marcó el comienzo de la historia de Grecia, pues no había conseguido encontrar ninguna autoridad histórica que atestiguara la época heroica descrita por Homero, cuyos poemas épicos quedaron así relegados a la condición espectral de mitos.

Pero poco después la nueva ciencia de la arqueología haría retroceder esa línea, cuando demostrara que el mundo descrito por Homero en la *Ilíada* había existido realmente, arrancando a la época heroica el velo del mito y sacándola a la luz de la historia.

## EL CATÁLOGO DE LAS NAVES Y EL CATÁLOGO DE LOS TROYANOS

El canto II de la *Ilíada* comienza con el relato de cómo Zeus envió a Agamenón un sueño en el que Néstor, el más anciano y el más eminente de los aqueos, le decía que «[Zeus] ha ordenado que armes a los aqueos, de melenuda cabellera, / en tropel: ahora podrías conquistar la ciudad de anchas calles, / de los troyanos».<sup>[1]</sup>

Agamenón se dejó convencer por el sueño, sin saber que Zeus pretendía engañarlo y precipitarlo al desastre. Pero en cualquier caso, tras consultar a Néstor y a los demás caudillos argivos, decidió probar primero la moral de sus huestes diciéndoles: «Huyamos con las naves a nuestra tierra patria, / pues ya no conquistaremos Troya, la de anchas calles».<sup>[2]</sup>

Al oír sus palabras, los aqueos corrieron hacia las naves y se dispusieron a poner rumbo a su patria, de modo que Hera tuvo que enviar a Atenea desde el Olimpo para detenerlos. Así lo hizo Atenea y «encontró enseguida a Ulises, émulo de Zeus en ingenio, / parado; no había tocado la negra nave, de bellos bancos, / pues la tristeza le invadía el ánimo y el corazón».<sup>[3]</sup> Atenea le dijo que fuera a convencer a los aqueos de que no emprendieran la huida y «así recorrió como caudillo el campamento. A la asamblea / de nuevo se precipitaron desde las naves y las tiendas».<sup>[4]</sup> Luego, una vez hubieron comido y hecho sacrificios a los dioses, Agamenón mandó formar a sus hombres y los condujo divididos en grupos al valle del río Escamandro, en la llanura de Troya:

Tan numerosas eran las tribus de los que desde naves y tiendas  
afluían a la llanura escamandria; y por debajo la tierra  
pavorosamente resonaba bajo los pasos de los guerreros y los caballos.  
Se detuvieron en la florida pradera escamandria,  
incontables como las hojas y flores que nacen en primavera.<sup>[5]</sup>

Casi al final del Canto II Homero invoca a las Musas y les pregunta: «¿Quiénes eran los príncipes y los caudillos de los dánaos?».<sup>[6]</sup> A continuación pasa a describir lo que pasó a llamarse el «catálogo de las naves» diciendo: «Pero sí nombraré a los jefes y la totalidad de las naves».<sup>[7]</sup> El catálogo enumera todos los contingentes que forman el ejército de Agamenón, nombrando a cada uno de sus líderes y sus ciudades y detallando el número de sus naves.

El catálogo especifica 164 contingentes al mando de 46 caudillos, que representan a más de una decena de tribus y pueblos, incluidos beocios, minias, focenses, locrios, abantes de Eubea, atenienses, argivos, micénicos, lacedemonios, hombres de Pilos y sus alrededores, arcadios, epeos de Élide, hombres de Duliquio y de las islas Equinas, cefalénios, etolios, cretenses, rodios, habitantes de Sime y de las islas menores del

suroeste del Egeo, mirmídones, hombres de Metone y sus alrededores, lápitas y magnetes. Todo estaban en último término al mando de Agamenón, «con mucho el mejor de los aqueos».<sup>[8]</sup>

El primer contingente citado en el catálogo es el de los beocios: «De estos habían ido cincuenta naves, y en cada una / habían montado ciento veinte jóvenes beocios».<sup>[9]</sup> Los seis mil beocios provenían de 29 ciudades, la más conocida de las cuales es Áulide, el puerto del que zarpó la flota de Agamenón. Se da el número de barcos de cada contingente, que van de las cien naves de Micenas al mando de Agamenón a las tres de Sime, capitaneadas por Nireo.

El catálogo cita un total de 1.186 barcos en la flota de Agamenón. Se supone en general que en cada nave iban ciento veinte hombres, como se especifica en el caso de los beocios, aunque las naves de Metone y sus alrededores, cuyo número se desconoce, llevaban solo cincuenta remeros cada una, todos ellos arqueros. Utilizando la cifra correspondiente a los beocios obtenemos un total de 142 320 guerreros en las fuerzas de Agamenón, cifra a todas luces muy inflada, como solía ocurrir en los cálculos que hacían los antiguos de las dimensiones de los ejércitos.

Se han llevado a cabo estudios exhaustivos del catálogo de las naves, tanto en la Antigüedad como en tiempos más recientes, obra de los modernos especialistas, y hoy día se considera en general que fue compuesto originalmente antes que la *Ilíada*, aunque la forma que tiene en la actualidad se la dio el propio Homero. Denys Page llega a la conclusión de que el catálogo de las naves «ofrece una descripción fiel, aunque selectiva, de la Grecia micénica».<sup>[10]</sup>

Según J. V. Luce, el catálogo fue compilado originalmente no antes de c. 1150 a. C., poco después de la caída de Troya. Sobrevivió a lo largo de la Edad Oscura a través de la tradición oral de la poesía épica y acabó formando parte de la *Ilíada* de Homero. Como el catálogo de las naves es una compilación tardomicénica y la *Ilíada* es la forma final de un poema épico que se desarrolló a lo largo de los siglos después de la caída de Troya, es inevitable que existan numerosas discrepancias.

El catálogo de las naves describe las islas del mar Jónico como si pertenecieran a dos reinos, uno el de Odiseo, al mando de doce naves, y otro el de Megete, al frente de cuarenta. Aunque Odiseo disponía de un contingente relativamente pequeño, era uno de los principales caudillos de las fuerzas aqueas en Troya, mientras que Megete tiene poca importancia:

A su vez, Ulises conducía a los magnánimos cefalénios,  
que poseían Ítaca y Nérito, de sacudido follaje,  
y administraba Crocilea y la áspera Egílope,  
a los que poseían Zacinto y administraban los contornos de Samo,  
y a los que poseían el continente y regían la costa de enfrente.  
De estos era jefe Ulises, émulo de Zeus en ingenio.  
A este doce naves, de mejillas de bermellón, acompañaban.<sup>[11]</sup>

El reino de Agamenón queda muy reducido en el catálogo de las naves. Al comienzo del canto II de la *Ilíada* Agamenón se dirige a la asamblea de los aqueos como «soberano de numerosas islas y de todo Argos».<sup>[12]</sup> Pero más adelante, en el mismo canto II, se dice que Diomedes reina en la Argólide y en la isla de Egina, mientras que el reino de Agamenón se extiende hacia el noroeste desde Micenas y Corinto hasta Egio, en el golfo de Corinto:

Y los que poseían Argos y la amurallada Tirinto,  
Hermíone y Ásina, asentadas en una profunda rada,  
Trezén, Éyones y Epidauro, rica en viñedos;  
y los jóvenes aqueos que poseían Egina y Masete.  
Sobre estos mandaba Diomedes, valeroso en el grito de guerra.<sup>[13]</sup>

...  
Y los que poseían Micenas, bien edificada fortaleza,  
la opulenta Corinto y la bien edificada Cleonas.

...  
De sus cien naves era jefe el poderoso Agamenón  
Atrida; a este con mucho las más numerosas y mejores  
huestes acompañaban. Se había revestido de cegador bronce  
y destacaba entre todos los héroes, henchido de orgullo  
porque era el mejor y el que más tropas había llevado.<sup>[14]</sup>

Según el catálogo, el reino del hermano de Agamenón, Menelao, estaba al sureste del Peloponeso, y se extendía hacia el sur desde Esparta hasta Mesa, cerca de la punta del cabo Ténaro:

Y los que poseían la cóncava Lacedemonia, llena de golfos,  
Faris, Esparta y Mesa, de numerosas palomas  
...  
Los manda su hermano Menelao, valeroso en el grito de guerra,  
y a sus sesenta naves. Se armaban con sus corazas aparte.  
Fiado en sus vivos deseos, el propio Menelao iba con ellos  
instándolos al combate, pues era quien más ansiaba en el ánimo  
cobrarse venganza de la brega y de los llantos por Helena.<sup>[15]</sup>

El reino de Néstor, que comandaba uno de los contingentes más grandes de la flota de Agamenón, se encontraba en el suroeste del Peloponeso, y tenía su capital en Pilos:

Y los que administraban Pilos y la amena Arena,  
y Trío, vado del Alfeo, y la bien construida Epi,  
y habitaban Ciparesente y Anfigenia,  
y Pteleo y Helos y Dorio...  
...  
Sobre estos mandaba Néstor, el anciano conductor de carros.  
A este noventa huecas naves seguían en fila.<sup>[16]</sup>

El contingente de Salamina, pequeña isla en la que reinaba Áyax o Ayante Telamonio —Áyax «el Mayor»—, iba justo detrás del de los atenienses: «Ayante

había traído de Salamina doce naves / y las guió y apostó donde estaban los batallones atenienses».<sup>[17]</sup>

Áyax Oileo, Ayante «el Locrio» o Áyax «el Menor», comandaba el contingente de Lócride, pequeño reino en la costa del golfo Termaico, al sur del de Aquiles:

Sobre los locrios mandaba el rápido Ayante, hijo de Oileo,  
que era más bajo y no tan alto como Ayante Telamonio,  
sino mucho más menudo: era pequeño y tenía coraza de lino,  
pero descollaba con la pica sobre panhelenos y aqueos

...

A este acompañaban cuarenta negras naves  
de los locrios, que habitan frente a la sacra Eubea.<sup>[18]</sup>

Eubea está separada de los reinos de Lócride y Beocia por un largo estrecho llamado canal de Euripo, el sector más angosto del cual, entre Áulide en el continente y Calcis en la isla, es cruzado en la actualidad por un puente. El catálogo enumera el contingente euboico inmediatamente después del de los locrios:

Y los que poseían Eubea, los Abantes, que respiraban furia,  
Calcis, Eretria, e Histiea, de numerosos racimos

...

Sobre quienes mandaba Elefénor, retoño de Ares,  
el Calcodontiada, jefe de los magnánimos Abantes.  
Lo acompañaban los veloces Abantes, melencidos solo por detrás,  
lanceros ávidos de romper con sus enarboladas astas de fresno  
las corazas en torno del pecho de los enemigos.  
A este cuarenta negras naves acompañaban.<sup>[19]</sup>

El último contingente descrito en el catálogo de las naves era el de los magnesios, también llamados magnetes, pueblo de Tesalia que vivía en el Pelio, en la inhóspita costa al norte del golfo de Volos: «De los magnetes era jefe Prótoo, hijo de Tentredón, / que alrededor del Peneo y del Pelio, de sacudido follaje, / moraban. Al frente de estos iba el veloz Prótoo. / A este cuarenta negras naves acompañaban».<sup>[20]</sup>

El catálogo cita también los contingentes de Creta y de las islas situadas entre esta y los promontorios que quedan más al suroeste de Asia Menor. El mayor de estos contingentes con diferencia era el de los cretenses, capitaneados por Idomeneo, nieto del rey Minos:

Idomeneo, insigne por su lanza, mandaba en los cretenses,  
que poseían Cnosos y la amurallada Gortina,  
Licto, Mileto y Licasto, de un color blanco brillante,  
Festo y Ritio, populosas ciudades,  
y los demás que administraban Creta, tierra de cien ciudades.  
Al frente de estos iba Idomeneo, insigne por su lanza,  
y también Meriones, émulo del homicida Enialio.  
A estos ochenta negras naves acompañaban.<sup>[21]</sup>

El segundo contingente más grande de los llegados de las islas del Egeo estaba al mando de Fidipo y Ántifo, nietos de Heracles, que capitaneaban las naves de Nísiro,

## Crápatos (Cárpatos), Casos, Cos y las islas Calidnas:

Y a los que dominaban Nísiros, Crápatos y Casos  
y Cos, ciudad de Eurípilo, y las islas Calidnas.  
Al frente de ellos iban Fidipo y Ántifo,  
hijos los dos de Tésalo, el soberano Heraclida.  
A estos treinta huecas naves seguían en fila.<sup>[22]</sup>

Un hijo de Heracles, Tlepólemo, capitaneaba un pequeño contingente de Rodas, que incluía guerreros de las tres ciudades de la isla:

Tlepólemo, el noble y alto Heraclida,  
había conducido de Rodas nueve naves de orgullosos rodios,  
que administraban Rodas ordenados en tres grupos distintos:  
Lindo, Yálisho y Camiro, de un color blanco brillante.  
Al frente de estos iba Tlepólemo, insigne por su lanza,  
a quien dio a luz Astioquía por obra del pujante Hércules.<sup>[23]</sup>

Las tres ciudades rodias se sabe que tenían colonias micénicas, y probablemente fueran los centros a partir de los cuales los micénicos difundieron su influencia por las islas más pequeñas situadas entre Creta y la zona continental de Asia Menor.

Detrás de los rodios van en el catálogo de las naves los guerreros de Sime, el contingente más pequeño de la flota de Agamenón, con solo tres navíos:

Nireo había traído de Sime tres naves bien equilibradas,  
Nireo, hijo de Aglaya y del soberano Cáropo,  
Nireo, el hombre más bello de los llegados al pie de Ilio,  
más que los demás dánaos, excepto el intachable Pelida.  
Pero era escasa y poco numerosa la hueste que lo acompañaba.<sup>[24]</sup>

Sime, una de las islas habitadas más pequeñas de Grecia, ha sido siempre famosa por la intrepidez de sus marineros, que desde la Antigüedad habían recorrido las aguas del Egeo pescando esponjas. Su pequeña isla y Rodas se encuentran justo frente al extremo de la península de Cnido, el promontorio más suroccidental de Asia Menor. Hablando de este hermoso e histórico paisaje marino, dice Píndaro en uno de sus poemas: «Hija de Afrodita y esposa de Helios... Rodas marina... cerca del espolón del Asia espaciosa».<sup>[25]</sup>

Tras el catálogo de las naves viene el catálogo de los troyanos, mucho más breve, que cita una docena de lugares que enviaron contingentes de soldados en ayuda de Príamo, frente a los 164 incluidos en el catálogo de las naves. No se alude al número de hombres, sino que se da una simple lista de tribus y sus caudillos. Luce señala que el catálogo de los troyanos, como el de las naves, muestra notables discrepancias con el resto de la *Ilíada*. Llega este autor a la conclusión de que el catálogo de los troyanos probablemente represente lo que se sabía a finales de la período Micénico acerca de la Tróade, Tracia y algunas regiones de Asia Menor, particularmente en lugares como Mileto, que habían sido colonias micénicas.

La conclusión a la que llegaba Walter Leaf era que «el catálogo de los troyanos... parece representar escrupulosamente un estado de cosas que debió de existir en tiempos de la guerra de Troya, y que no habría podido existir después, ni tampoco mucho antes de ella».<sup>[26]</sup> Y añadía que «se deduciría, al parecer, que desde el primer momento existió algún tipo de relato métrico de la guerra, del cual ha sobrevivido el catálogo de los troyanos en algo parecido a lo que habría sido su forma original».<sup>[27]</sup>

Mandaba a los troyanos el alto Héctor, de tremolante penacho,  
Priámida. Junto con él la mayor parte y las mejores  
huestes se fueron equipando, ávidas de cargar con las picas.  
De los dardanos era jefe Eneas, el noble hijo de Anquises,  
a quien por obra de Anquises alumbró Afrodita, de casta de Zeus,  
la diosa que había yacido con un mortal en las lomas del Ida.<sup>[28]</sup>

Los dardanos a su vez iban seguidos por otros tres o cuatro grupos procedentes de la Tróade. El primero estaba formado por los habitantes del bajo valle del Esepo, el río que forma la frontera occidental de la Tróade, que nace en las estribaciones del monte Ida y desemboca en el mar de Mármara: «Y los que habitaban Zeles en las estribaciones del Ida, / los opulentos troyanos que bebían la negra agua del Esepo. / De estos era jefe el ilustre hijo de Licaón, / Pándaro, a quien el propio Apolo había dado el don del arco».<sup>[29]</sup> (Encontramos aquí una incongruencia, pues en el canto V de la *Ilíada* se dice de Pándaro que es licio).

El segundo contingente de la Tróade procedía de la costa del mar de Mármara entre la desembocadura del Esepo y la entrada del Helesponto, y estaba capitaneado por los dos hijos del vidente Mérope, que morirían posteriormente a manos de Diomedes:

Y los que poseían Adrestea y el pueblo de Apeso,  
y poseían Pitiea y el escarpado monte de Terea.  
De estos eran jefes Adresto y Anfio, de coraza de lino,  
hijos los dos de Mérope Percosio, que mejor que todos  
conocía las artes adivinatorias y había prohibido a sus hijos  
marchar al exterminador combate. Pero ninguno de los dos  
le hizo caso, pues las parcas de la negra muerte los guiaban.<sup>[30]</sup>

El tercer grupo de guerreros de la Tróade procedía de la ribera del Helesponto, justo encima del estrecho, y sus fronteras lindaban con las de los dardanos. Iban capitaneados por Asio, muerto posteriormente por Idomeneo: «Y los que administraban Percote y Praccio / y poseían Sesto, Abido y la límpida Arisba. / De estos era jefe el Hirtácida Asio, comandante de hombres, / Asio Hirtácida, al que de Arisba habían llevado caballos / fogosos y corpulentos, de orillas del río Seleente».<sup>[31]</sup>

El siguiente contingente era el de los pelasgos de una ciudad llamada Larisa. Iba acaudillado por los hermanos Hipótoo y Pileo, el primero de los cuales morirá después a manos de Áyax Telamonio: «Hipótoo guiaba las tribus de pelasgos,

famosos por la pica, / que habitaban Larisa, de fértiles glebas. / De estos eran jefes Hipótoo y Pileo, retoño de Ares, / hijos los dos del pelasgo Leto Teutámida».<sup>[32]</sup>

Se creía que los pelasgos eran uno de los pueblos indígenas que habitaban originalmente la Hélade y el oeste de Asia Menor antes de la llegada de los griegos; otro de esos pueblos era el de los léleges, y los dos son citados en la *Ilíada* como aliados de los troyanos.

Hay tres ciudades llamadas Larisa en Asia occidental. Una de ellas al norte del cabo Lecto, en la Tróade; la segunda está cerca de Cime, en Eolia, y la tercera se encuentra en el territorio de Éfeso, en Jonia. Leaf creía que la Larisa homérica estaba en la Tróade, pero Estrabón era de la opinión de que la Larisa eolia es la que aparece citada en el catálogo de los troyanos.

Como señala Walter Leaf, la primera parte del catálogo describe los contingentes en un giro circular de la Tróade, pero luego cambia el orden, de modo que las tribus citadas se encuentran todas a lo largo de líneas que convergen en Troya, y el extremo de cada una de esas líneas está marcado por la expresión «[venidos] desde lejos». Comenta Leaf que «estas cuatro líneas considero que representan las cuatro rutas comerciales que convergían en Troya como emporio común, por cuanto Troya cerraba la embocadura del Helesponto».<sup>[33]</sup>

Siguiendo las flechas en el orden en el que aparecen en el catálogo de los troyanos, la primera se dirige hacia el noroeste cruzando el Helesponto hasta Europa, hasta la región habitada por los tracios, los cícones y los peonios:

Acamante y el héroe Píroo conducían a los tracios,  
a cuantos limita el Helesponto, de enormes corrientes.  
Eufemo era el jefe de los cícones, aguerridos lanceros,  
el hijo de Trezeno Céada, criado por Zeus.  
Pirecmes conducía a los peonios, de corvos arcos,  
desde lejos, de Amidón, de orillas del Axio, de ancho caudal,  
el Axio, que expande el agua más bella por la tierra.<sup>[34]</sup>

Los tres pueblos mencionados a lo largo de esta ruta pueden localizarse con seguridad en la región que ocupaban en la edad heroica.

Los tracios habitaban toda la región que va desde el Helesponto hasta el extremo norte de la cuenca del río Hebro, que desemboca en el Egeo en Eno, cuyo puerto estaba solo a setenta kilómetros de Troya, al otro lado del golfo Melas, «una travesía cómoda de un día», según Leaf.<sup>[35]</sup> Eno es mencionada por Homero en el canto IV de la *Ilíada*, donde dice que era la ciudad de origen de Píroo, hijo de Imbraso, aliado de los troyanos. La ciudad es citada también en un poema de Alceo de Lesbos (nacido c. 620 a. C.), en alabanza del Hebro:

Hebro, el más hermoso de los ríos, que junto a Eno desembocas en la purpúrea mar, tras cantar tu canción a través de la tierra de Tracia... los caballos... y a ti muchas doncellas... sus muslos con sus manos delicadas... disfrutaban cual de unguento de tu agua divina.<sup>[36]</sup>

Los cícones ocupaban la costa al oeste de Eno, al pie del monte Ísmaro, que, según Leaf, «los separaba de la cuenca del Hebro».<sup>[37]</sup> Homero los cita en el canto XVII de la *Ilíada*, donde menciona a un caudillo de los cícones, Mentos, cuya figura adopta Apolo en una escena de batalla. Aparecen citados también en la *Odisea*, donde Odiseo ataca y saquea Ísmaro, su ciudad.

Los peonios habitaban al oeste de los cícones y ocupaban la costa entre los ríos Nesto y Axio; su poder se extendía por todo lo que luego se convertiría en el reino de Macedonia. Su caudillo, Pirecmes, muere a manos de Patroclo y fue sucedido por Esteropeo, el ambidextro, que luego combatiría contra Aquiles, sería herido por él y acabaría pereciendo a sus manos.

La segunda flecha se dirige hacia el noreste, hasta la costa asiática del mar Negro, a las regiones habitadas por paflagonios y halízones:

El velludo corazón de Pilémenes mandaba a los paflagonios,  
venidos del país de los énetos, de donde procede la raza  
de las cerriles mulas. Poseían Citoro y administraban Sésamo,  
y en ambas márgenes del río Partenio habitaban ilustres moradas  
y Cromna, Egíalo y la elevada Eritinos.  
A su vez, Odio y Epístrofo eran jefes de los halízones,  
venidos de lejos, de Álibe, de donde el nacimiento de la plata.<sup>[38]</sup>

Estrabón sitúa a los paflagonios en lo que hoy día constituye la costa nororiental de Turquía, desde Ereğli, la antigua Heraclea Póntica, hasta Kerempe Burnu, el antiguo cabo Carambis griego. Sitúa a los halízones más al este, desde Samsun, la antigua Ámiso, casi hasta Trabzon, la Trebisonda griega.

La identidad de los énetos ha sido siempre un misterio, y unos afirman que era una tribu y otros dicen que era una ciudad. Leaf identificaba provisionalmente Énetos con Heraclea, mientras que situaba Sésamo y Citoro en Amasra, la antigua Amastris, o un poco más al este, y Egíalo en una zona todavía más oriental, cerca del cabo Carambis, que identificaba con «la elevada Eritinos».

Los nombres halízones y Álibe han constituido un auténtico rompecabezas para los eruditos antiguos y modernos, pues la única pista que tenían era que, según se decía, el segundo era la fuente original de plata de la Antigüedad. Estrabón cuenta que en época primitiva había habido minas de plata en la costa del Ponto, al oeste de Trebisonda, en los montes Tauro, probablemente cerca de la moderna ciudad de Gümüşhane, que significa «Casa de la Plata» o «Ceca». Marco Polo se fijó en estas minas cuando pasó por allí en 1296, época en la que en griego eran llamadas Argirópolis o «Ciudad de la Plata»; este nombre siguió usándose hasta el siglo XIX, cuando los turcos lo cambiaron por el de Gümüşhane.

Leaf dice que «además esta parte de la costa, salida natural al mar del reino hitita, quizá fuera la fuente desde donde se exportaba hacia el oeste la plata del interior del país»,<sup>[39]</sup> y para respaldar su afirmación cita al erudito A. H. Sayce:

Las minas de plata del Tauro, explotadas por los hititas, eran la principal fuente de la plata suministrada al antiguo mundo oriental; de ahí que este metal gozara de la predilección de los hititas, de quienes lo obtenía el resto del mundo.<sup>[40]</sup>

La tercera flecha apunta hacia las regiones del noroeste de Asia Menor, al sur del mar de Mármara, la patria de los misios, los frigios y los meonios:

De los misios era jefe Crómide y el augur Énnomo;  
pero no se defendió con augurios de la negra parca,  
pues sucumbió a manos del velocípedo Eácida  
en el río, justo donde aniquiló también a otros troyanos.  
Conducían a los frigios Forcis y el deiforme Ascanio.  
Venían de lejos, de Ascania, y ansiaban entrar en batalla.  
Al frente de los meonios, a su vez, iban Mestles y Ántifo,  
hijos de Talémenes, a quienes había dado a luz la laguna Gigea  
y que habían conducido a los meonios, nacidos al pie del Tmolo.<sup>[41]</sup>

Misia se encuentra inmediatamente al este de la Tróade, y el valle del Esepo forma los límites de las dos regiones. Los confines meridionales y orientales de Misia se desconocen, pero parece que en determinado momento la región incluía la llanura situada en la cabecera del golfo de Adramitene, además del valle del Caico con Pérgamo.

La frontera entre Misia y Frigia probablemente fuera el río Ríndaco, llamado hoy día Mustafakemalpaşa, que desemboca en el mar de Mármara, en el centro de su ribera meridional. La frontera occidental de Frigia era el río Sangario, el turco Sakarya, que cambia de dirección de noroeste a noreste cerca de la ciudad de Lefke (Yenişehir), yendo a desembocar al mar Negro a 130 kilómetros al este del extremo oriental de la laguna Ascania, en el extremo occidental de la cual se hallaba la antigua Nicea, en turco Iznik. La «Ascania» mencionada en el catálogo de los troyanos correspondía indudablemente a la comarca situada en los alrededores de la laguna.

Los testimonios arqueológicos indican que a mediados del siglo IX a. C. los frigios estaban bien asentados en los montes de Gordio, en la confluencia de los ríos Sangario y Tembris, a unos cien kilómetros al oeste de lo que hoy es Ankara, la capital de la República de Turquía. Un siglo después Gordio sería la capital del reino de Frigia, que comprendía la mayor parte de la Anatolia central y occidental y que pervivió hasta c. 600 a. C.

Podemos localizar definitivamente a los meonios por la alusión que hace el catálogo a la laguna Gigea y al monte Tmolo, que se encuentran en la cuenca del Hermo y en la llanura de Sardes. Sardes se convirtió en la capital del reino de Lidia con Giges (que reinó c. 685-652 a. C.), fundador de la dinastía de los Mérmnadas, que explotaban el oro procedente del monte Tmolo que se lavaba en las aguas del río Pactolo, y con el que se acuñaron las primeras monedas del mundo. Giges y sus sucesores fueron enterrados bajo unos túmulos enormes cerca de la laguna Gigea, situada en el alto valle del Hermo. El último y más famoso rey de Lidia, Creso, murió en 546 a. C., cuando la «áurea Sardes» fue conquistada por Ciro, rey de Persia.

Los fragmentos de cerámica micénica del siglo XIII a. C. encontrados en Sardes hablan de una posible conquista de la capital lidia aproximadamente por la misma época de la caída de Troya. Otros fragmentos cerámicos desenterrados en Sardes indican que la ciudad fue ocupada por un pueblo helénico durante el período comprendido entre 1200 y 900 a. C., y quizá durante otros dos siglos más. Este hecho respaldaría la tradición griega que sostenía que los primeros helenos que reinaron en Sardes fueron los Heraclidas, los autoproclamados hijos de Heracles (Hércules), que suplantaron a una dinastía nativa originada antes de la guerra de Troya en tiempos de los meonios. Según Heródoto, los Heraclidas «reinaron, durante veintidós generaciones en línea masculina, por espacio de quinientos cinco años, transmitiéndose el poder de padres a hijos hasta Candaules, hijo de Mirso».<sup>[42]</sup> Candaules murió a manos de Giges, que usurpó el trono para convertirse en rey de Lidia e inaugurar la dinastía de los Mérmnadas.

La cuarta y última flecha se dirige hacia el suroeste de Asia Menor, donde habitaban los carios y los licios:

Nastes iba al frente de los carios, de bárbara lengua,  
que poseían Mileto y el monte, de espeso follaje, de los Ftiros,  
las corrientes del Meandro y las escarpadas cumbres del Mícala.  
Al frente de estos iban Anfímaco y Nastes

...

Sarpedón era jefe de los licios, y el intachable Glauco.  
Venían de lejos, de Licia, de orillas del turbulento Janto.<sup>[43]</sup>

Los lugares citados en la descripción del territorio cario que ofrece el catálogo incluyen la ciudad de Mileto, el río Meandro y el monte Mícala, que en realidad están al sur de Jonia, aunque anteriormente quizá fueran habitados por los carios, obligados a retirarse a las montañas del sur del valle del Meandro a raíz de la migración griega. El monte de los Ftiros probablemente sea el Latmo, que marca el límite entre el valle del Meandro y los montes de Caria, en el extremo suroccidental de Asia Menor.

Los carios eran, según Heródoto, originarios de la Creta minoica y, al parecer, emigraron al suroeste de Asia Menor en la segunda mitad del segundo milenio a. C., antes de que se produjera la migración griega, cruzando probablemente a través de la cadena de islas mencionadas en el catálogo de las naves.

El relato de Heródoto ha sido confirmado en general por las excavaciones llevadas a cabo en Mileto, que ofrecen testimonios de una colonia minoica muy anterior a la migración jónica. Dicho asentamiento parece que fue conquistado por los micénicos a finales de la Edad del Bronce, en c. 1400 a. C. El hecho habría tenido lugar más o menos en la misma época en la que los micénicos se convirtieron en la potencia dominante en la propia Creta, poniendo fin al período Minoico.

Los especialistas han descifrado la correspondencia entre los hititas y los aqueos encontrada en Boğazkale, esto es, Hatusas, la antigua capital hitita. En ella se alude a una ciudad situada en la costa suroccidental de Anatolia llamada Millawata o

Millawanda, que ha sido identificada con Mileto. Mileto era llamada por los micénicos Milwatos, que es también el nombre de un poblado minoico excavado en la isla de Creta, probablemente el lugar de origen de los colonos cretenses de Mileto en Asia Menor.

La descripción que hace el catálogo del contingente licio, capitaneado por Sarpedón y Glauco, habla del río Janto, que desemboca en el mar en el extremo suroccidental de Asia Menor, donde el Egeo da paso al Mediterráneo.

Los arqueólogos han excavado varios lugares de Licia y han encontrado pruebas de asentamientos humanos que datan de finales de la Edad del Bronce. Los archivos hititas de mediados del siglo XIV a. C. aluden a un pueblo rebelde llamado *lukki*, que indudablemente son los licios. Los *lukki* son mencionados también en unas tablillas alrededor del mismo período encontradas en Tel-al-Amarna, en Egipto, donde son descritos como una nación belicosa de piratas.

Los especialistas tienden hoy día a pensar con Heródoto que los licios eran un pueblo no helénico que, como los carios, eran originarios de Creta y que cruzaron a Asia Menor a través del Egeo.

Licia representa el límite extremo de la última de las cuatro flechas que parten de Troya y que representan las rutas comerciales existentes entre los troyanos y sus socios europeos y asiáticos, que acudieron en su ayuda cuando fueron sitiados por los aqueos. Antes de eso sus aliados se habrían congregado en la llanura de Troya, fuera de la ciudadela, intercambiándose regalos en una feria anual celebrada en verano, y el comercio y los derechos aduaneros percibidos habrían enriquecido a Príamo y a su pueblo.

## LA CÓLERA DE AQUILES

La cólera canta, oh diosa, del Pelida Aquiles,  
 maldita, que causó a los aqueos incontables dolores,  
 precipitó al Hades muchas valientes vidas  
 de héroes y a ellos mismos los hizo presa para los perros  
 y para todas las aves —y así se cumplía el plan de Zeus—,  
 desde que por primera vez se separaron tras haber reñido  
 el Atrida, soberano de hombres, y Aquiles, de la casta de Zeus.<sup>[1]</sup>

Son estos los versos iniciales de la *Ilíada*, que comienza en el décimo y último año del asedio de Troya, cuando Agamenón disputó con Aquiles, que se retiró del combate junto con sus hombres y permaneció irritado en su tienda sin participar en la lucha. El motivo de la disputa fue Criseida, hija de Crises, sacerdote de Apolo en el santuario del dios en Crisa, al sur de Troya, que los griegos habían saqueado, entregando a la muchacha como concubina a Agamenón. Crises se presentó en el campamento griego a pedir la devolución de su hija, pero Agamenón lo rechazó ásperamente y lo echó con cajas destempladas. El padre, ofendido, rogó a Apolo que lo vengara, y en respuesta a sus plegarias el dios provocó una peste mortífera entre los griegos.

En vista de que pasaban nueve días y la peste no cesaba, mientras los aqueos seguían pereciendo, Aquiles convocó una asamblea y el adivino Calcante dijo que morirían todos a menos que se ganaran el favor de Apolo devolviendo a Criseida a su padre. Agamenón aceptó a regañadientes, pero exigió que Aquiles le compensara cediéndole a su propia concubina, la cautiva Briseida. Agamenón mandó a su heraldo a la tienda de Aquiles a arrebatarse a Briseida y envió a Odiseo en una nave a devolver a Criseida a su padre, que a continuación elevó sus preces a Apolo y consiguió que el dios aplacara su cólera y pusiera fin a la peste.

Para entonces Aquiles, encolerizado, se había retirado del campamento griego con sus hombres, y había pedido a su madre, la diosa marina Tetis, que lo ayudara. Le rogó que usara su ascendiente sobre Zeus y los demás dioses para que los aqueos fueran derrotados en su ausencia, de modo que Agamenón en particular se diera cuenta de la importancia del héroe al que había deshonrado. Tetis hizo llegar las súplicas de su hijo a Zeus, quien accedió a regañadientes a cumplir los deseos de Aquiles, pese las objeciones de su esposa Hera.

Mientras tanto Aquiles «velaba su cólera sentado junto a las naves, de veloz curso, /... y ni frecuentaba la asamblea, que otorga gloria a los hombres, / ni el combate, sino que iba consumiendo su corazón / allí quieto, y añoraba el griterío de guerra y la batalla».<sup>[2]</sup>

En cuanto el ejército de Agamenón se puso en marcha, la diosa Iris llevó un mensaje de Zeus a Héctor avisándole de que los aqueos avanzaban cruzando la llanura hacia la ciudad: «Así habló, y Héctor no ignoró que eran palabras de la diosa / y al punto dio fin a la asamblea. Se precipitaron a las armas, / todas las puertas se abrieron y se lanzó fuera la hueste / de infantes y de cocheros; y se suscitó un enorme estruendo».<sup>[3]</sup>

A medida que los dos ejércitos iban acercándose uno a otro a lo largo de la llanura de Troya, Paris (Alejandro) se adelantó para retar a combatir con él al mejor de los aqueos. El desafío fue aceptado de inmediato por Menelao, que estaba deseoso de vengarse del hombre que le había robado a su esposa, Helena, y había provocado la guerra. Al verlo, Paris se espantó y retrocedió, pero, al ser increpado por Héctor, se sintió abochornado y decidió hacer frente a su rival, Menelao, ofreciéndose a entablar un combate singular con él: «Enfrentadnos en duelo por Helena y por todas las riquezas».<sup>[4]</sup>

Agamenón instó a sus hombres a deponer las armas, mientras Héctor se situaba entre los dos ejércitos para anunciar la pelea entre Paris y Menelao: «Luchen solos, en duelo por Helena y por todas las riquezas. / El que de los dos salga vencedor y resulte más fuerte / llévese en buena hora a casa todas las riquezas y la mujer, / y el resto sancionemos con víctimas amistad y leales juramentos».<sup>[5]</sup>

Agamenón y Héctor mandaron entonces a buscar dos corderos cada uno para sacrificarlos a los dioses, mientras ellos preparaban el terreno para el combate singular entre Paris y Menelao. Mientras tanto, la diosa Iris había informado a Helena de lo que estaba sucediendo y le había dicho: «Alejandro y Menelao, caro a Ares, / con sus luengas picas van a luchar por ti».<sup>[6]</sup>

Helena subió inmediatamente con dos de sus doncellas a la torre de las murallas situada encima de las Puertas Esceas, donde Príamo y otros ancianos troyanos se disponían a contemplar el drama que iba a desarrollarse en la llanura. Los ancianos charlaban entre sí «parecidos a las cigarras»,<sup>[7]</sup> y cuando vieron acercarse a Helena comentaron, diciéndose unos a otros suaves palabras:

No es extraño que troyanos y aqueos, de buenas grebas,  
por una mujer tal estén padeciendo duraderos dolores:  
tremendo es su parecido con las inmortales diosas al mirarla.  
Pero aun siendo tal como es, que regrese en las naves  
y no deje futura calamidad para nosotros y nuestros hijos.<sup>[8]</sup>

Príamo alzó la voz y dijo a Helena: «Ven aquí, hija querida, y siéntate ante mí y verás / a tu anterior marido, a tus parientes políticos y a tus amigos. / Para mí tú no eres culpable de nada; los causantes son los dioses, / que trajeron esta guerra, fuente de lágrimas, contra los aqueos».<sup>[9]</sup>

Paris es derrotado por Menelao, pero Afrodita lo salva y lo traslada milagrosamente al lecho de Helena. Menelao recorre furibundo el campo de batalla

de un lado a otro buscando a su enemigo y, al comprobar la imposibilidad de encontrar a Paris, Agamenón declara vencedor a su hermano:

¡Oídme, oh troyanos, dárđanos y aliados!  
A la vista está que la victoria es de Menelao, caro a Ares.  
Vosotros a la argiva Helena y las riquezas con ella  
devolvednos, y pagad una multa que parezca apropiada  
y se mantenga además en la memoria de los hombres futuros.<sup>[10]</sup>

Zeus se las arregló a continuación para que el arquero troyano Pándaro rompiera la tregua hiriendo a traición a Menelao, de modo que se reanudaran los combates: «Aquel día muchos troyanos y aqueos quedaron / de bruces tendidos en el polvo, unos al lado de otros».<sup>[11]</sup>

Atenea entonces infundió a Diomedes nuevas fuerzas y acrecentó su audacia, hasta el punto de que mató a muchos troyanos y derrotó a Eneas, quien salvó la vida gracias a la intervención de su madre, Afrodita. Diomedes atacó entonces e hirió a la propia diosa, pero vino contra él Apolo, que le advirtió que no debía pelear con los dioses. Durante el combate varias divinidades se unieron a la lucha y combatieron al lado de un bando o del otro, intentando influir en el resultado de la refriega. Uno de ellos fue Ares, que, herido por Diomedes, se retiró de la acción.

Héctor reagrupó a su hueste y evitó la derrota total, pero su situación era tan apurada que la salvación solo sería posible gracias a la intervención de los dioses: «Entonces los troyanos, a manos de los aqueos, caros a Ares, / habrían penetrado en Ilio, doblegados por sus cobardías, / si no hubiera sido porque se presentó ante Eneas y Héctor / el Priámida Héleno, de los agoreros con mucho el mejor».<sup>[12]</sup>

Héleno les exhortó a resistir ante las puertas de la ciudadela, y dijo a Héctor que avisara a su madre, Hécuba, de que reuniera a todas las mujeres nobles en el templo de Atenea. Debía tomar el manto que le pareciera más noble: «Deposite [s el manto] sobre las rodillas de Atenea, de hermosos cabellos, / y le prometa doce terneras en su templo sacrificar, / añojas y no sometidas a aguijada, para ver si se apiada / de la ciudad, y de las esposas de los troyanos y sus tiernos hijos».<sup>[13]</sup>

Héctor invitó luego a Paris a volver con él a la batalla, tras lo cual se despidió de su esposa, Andrómaca, y de su hijo, Astianacte, todavía un niño de pecho, en la muralla, y por fin regresó al combate al lado del ejército.

Héctor y Paris condujeron a los troyanos al combate, matando cada uno al primer enemigo que les salió al paso, lo mismo que su aliado, el licio Glauco. Al verlo, Atenea bajó precipitadamente del Olimpo a Ilión, donde se reunió con ella Apolo, que «planeaba dar la victoria a los troyanos».<sup>[14]</sup> Los dos dioses discutieron cómo poner fin a la lucha, al menos de momento, y Apolo propuso infundir a Héctor la idea de organizar un combate singular entre un campeón aqueo y él, y que a aquel que ganara se le concediera la victoria. Apolo consiguió su propósito y Héctor desafió a los aqueos, que escogieron por sorteo a Áyax Telamonio para enfrentarse a él. Los dos lucharon ferozmente hasta que los interrumpió el anochecer. Se acordó una tregua

temporal y se efectuó un intercambio de regalos antes de que aqueos y troyanos se retiraran a sus respectivos campamentos.

A continuación, una vez que los aqueos celebraron su banquete vespertino, Néstor propuso que, al amanecer, anunciaran una tregua para poder incinerar y enterrar a sus compañeros muertos, «cuya oscura sangre a orillas del Escamandro, de buen caudal, / ha esparcido el feroz Ares y cuyas almas bajaron al Hades».<sup>[15]</sup> Dijo además que debían construir un muro provisto de torres y un profundo foso alrededor del campamento y de las naves que «evite un día el peso de la lucha con los altivos troyanos».<sup>[16]</sup> «Así hablé, y todos los reyes lo aprobaron»<sup>[17]</sup>.

Mientras tanto los troyanos y sus aliados dardanios se reunieron en la ciudadela, donde Anténor, consejero de Príamo, propuso devolver a Helena y todas sus riquezas a los aqueos, para que estos pusieran fin a la guerra y se retiraran. Paris se opuso enérgicamente a semejante plan: «Que de plano lo rechazo y que no pienso devolver a la mujer. / Mas cuantas riquezas me traje de Argos a mi casa, / todas estoy dispuesto a darlas y a añadir otras propias».<sup>[18]</sup>

Príamo se levantó para decir que era ya hora de irse a cenar y de retirarse, de pensar en las labores de vigilancia y guardia durante la noche, y que al amanecer fuera enviado al campamento aqueo el heraldo Ideo, para anunciar que los troyanos estaban dispuestos a devolver las riquezas de Helena si se firmaba una tregua para que pudieran enterrar a sus muertos. Cuando Ideo entregó el mensaje a los aqueos, estos se negaron a aceptar la devolución de Helena y de sus riquezas, pero se mostraron dispuestos a concluir la tregua para que unos y otros pudieran enterrar a sus compañeros caídos.

Al amanecer del día siguiente, Zeus reunió a todos los inmortales en la cumbre del Olimpo y les prohibió estrictamente ayudar a troyanos o a aqueos, como habían venido haciendo hasta ese momento, tras lo cual bajó al monte Ida, en la Tróade, donde permaneció «mirando la ciudad de los troyanos y las naves de los aqueos».<sup>[19]</sup>

Los dos ejércitos avanzaron a lo largo de la llanura troyana, unos a pie y otros en carro. Cuando se encontraron,

entrechocaron pieles de escudos, lanzas y furias de guerreros,  
de bronceas corazas. Entonces, los abollonados broqueles  
se enzarzaron unos a otros, y se suscitó un enorme estruendo.  
Allí se confundían quejidos y vítores de triunfo  
de matadores y de moribundos, y la sangre fluía por el suelo.<sup>[20]</sup>

Hacia el mediodía se cambiaron bruscamente las tornas, llevándose la peor parte del combate los aqueos, que huyeron precipitadamente hacia su campamento amurallado, perseguidos de cerca por el ejército troyano al mando de Héctor, que estaba decidido a prender fuego a las naves griegas. Pero cuando los aqueos llegaron al foso situado en el exterior de la muralla, Agamenón exhortó a sus hombres, que contraatacaron furiosamente, matando a numerosos troyanos antes de que Héctor

reanudara su acometida y obligara a los griegos a buscar refugio detrás del muro de su campamento.

Pero entonces cayó la noche y Héctor decidió que sus hombres acamparan frente al campamento aqueo para reanudar el ataque de inmediato a la mañana siguiente. Y así los troyanos desengancharon sus caballos, sacrificaron varios bueyes a los dioses y, recobrado el ánimo, celebraron un gran banquete bajo las estrellas a la luz de las llamas: «Mil hogueras ardían en la llanura, y junto a cada resplandor / de ardiente fuego cincuenta hombres se hallaban sentados. / Los caballos, cebándose de blanca cebada y escanda, / esperaban de pie junto a los carros la Aurora, de bello trono».<sup>[21]</sup>

Mientras tanto, Agamenón convocó a sus hombres a una asamblea y llorando les dijo que, como Zeus había endurecido su corazón contra él, debían renunciar a su intento de conquistar Ilión: «Mas, ea, como yo os voy a decir, hagamos caso todos: / huyamos con las naves a nuestra tierra patria, / pues ya no conquistaremos Troya, la de anchas calles».<sup>[22]</sup>

Diomedes se opuso enérgicamente, diciendo que, si no tenía ánimos para continuar, Agamenón se marchara con sus naves, dejando que los demás siguieran combatiendo hasta que lograran tomar Troya y saquearla. Los aqueos aclamaron la propuesta de Diomedes, y Néstor propuso que Agamenón invitara a los príncipes de los aqueos a un banquete y luego deliberaran todos juntos, diciendo: «Esta noche traerá al ejército la ruina o la salvación».<sup>[23]</sup>

Agamenón condujo a los príncipes de los aqueos a su tienda y puso ante ellos un rico festín, tras lo cual Néstor habló y le dijo que había cometido una gravísima equivocación deshonrando a Aquiles, cuya amistad tendrían ahora que recuperar por el bien de todos. Agamenón no tuvo inconveniente en admitir su error, alegando que había sido ofuscado por algún dios, y se ofreció a devolver a Aquiles a su esclava Briseida y a darle abundantes y costosos regalos. Néstor propuso que enviaran la oferta a Aquiles junto con una embajada encabezada por Fénix, el anciano tutor y compañero del Pelida, e integrada además por Odiseo, Áyax Telamonio y dos heraldos.

Aquiles recibió a los emisarios con mucha liberalidad, diciendo a su amado compañero Patroclo que trajera vino para sus huéspedes, pues «son los hombres más amigos quienes están bajo mi techo».<sup>[24]</sup> Odiseo entonces levantó su copa y brindó por Aquiles comunicándole la singular oferta de compensación efectuada por Agamenón. Pero Aquiles la rechazó de plano, diciendo que no había forma de que Agamenón lograra reparar el daño que había hecho. Continuó contando que su madre, Tetis, le había asegurado que podía elegir el que quisiera de estos dos destinos:

Si sigo aquí luchando en torno de la ciudad de los troyanos,  
se acabó para mí el regreso, pero tendré gloria inconsumible;  
en cambio, si llego a mi casa, a mi tierra patria,  
se acabó para mí la noble gloria, pero mi vida será duradera

y no la alcanzaría nada pronto el término que es la muerte.<sup>[25]</sup>

Fénix hizo una emotiva súplica a su antiguo pupilo, pero Aquiles se mostró inflexible. En vista de la situación, Odiseo y Áyax Telamonio regresaron a sus tiendas, dejando a Fénix como huésped de Aquiles. A su regreso, Odiseo dijo a Agamenón que Aquiles había rechazado su oferta, y, al oír sus palabras, todos guardaron silencio hasta que habló Diomedes y afirmó que no debían prestar más atención a Aquiles:

... Ya volverá a luchar cuando  
el ánimo en el pecho se lo mande y la divinidad lo incite.<sup>[26]</sup>

...  
Así habló, y todos los reyes lo aprobaron,  
admirados de la propuesta de Diomedes, domador de caballos.  
Entonces, tras hacer la libación, cada uno se fue a su tienda,  
y allí se acostaron y recibieron el regalo del sueño.<sup>[27]</sup>

Pero Agamenón no podía dormir, así que se levantó y se dispuso a aprestar sus armas. Lo mismo hizo Menelao, que se presentó en la tienda de su hermano y lo encontró poniéndose la armadura junto a la popa de su nave. Descubrieron que los dos habían tenido la idea de reunir a unos cuantos camaradas y organizar una misión de espionaje contra los troyanos; finalmente Odiseo y Diomedes se presentaron voluntarios a participar en la empresa, tras lo cual los dos héroes marcharon al campamento de los troyanos.

Mientras tanto, Héctor había convocado una reunión nocturna de los campeones y consejeros troyanos con el fin de organizar una misión de espionaje en el campamento aqueo. Dolón, hijo del sagrado heraldo Eumedes, se presentó voluntario para llevarla a cabo a cambio de una cuantiosa recompensa y partió en plena noche. No tardó, sin embargo, en ser capturado por Odiseo y Diomedes, que primero lo obligaron a revelarles todas las disposiciones estratégicas de los troyanos y luego lo decapitaron. Inmediatamente después entraron en la tienda común de los tracios, aliados de Héctor, que, rendidos de fatiga, dormían en tres filas con las armas en el suelo y un par de caballos junto a cada guerrero, y su rey en el centro. Diomedes mató sigilosamente con su espada a doce tracios y a su rey, mientras Odiseo arrastraba los cadáveres por los pies para dejar el paso expedito a los caballos, a los que desataron y se llevaron a su campamento, deteniéndose brevemente a recoger la armadura de Dolón, que tenían la intención de dedicar a Atenea.

Cuando volvieron al campamento de los aqueos y recibieron los parabienes de sus compañeros, los dos héroes ataron los caballos de los tracios en la tienda de Diomedes y depositaron en el suelo la armadura ensangrentada de Dolón para ofrecérsela a Atenea. Y entonces, «una vez bañados y ungidos de graso aceite, ambos / se sentaron a cenar. Luego apuraron de una crátera llena / el vino, dulce como miel, y ofrecieron libaciones a Atenea».<sup>[28]</sup>

Así termina el canto X, preludio de una gran batalla, que dura todo un día, y que no concluirá hasta el canto XVIII.

A la mañana siguiente, una vez recobrados los ánimos, los aqueos, espoleados por Atenea, siguieron a Agamenón, que los hizo salir del campamento, para enfrentarse a Héctor y sus huestes.

Como los segadores en dos filas, unos frente a otros,  
por el labrantío de un hombre dichoso recorren el surco  
de trigo o de cebada, y las brazadas van cayendo densas,  
así los troyanos y los aqueos se acometían unos a otros  
y se aniquilaban sin acordarse de la funesta huida.<sup>[29]</sup>

Agamenón capitaneó la carga de los aqueos, matando a todos los que le salían al paso, mientras que los troyanos se retiraron hasta las Puertas Esceas antes de pararse a defender su posición. Agamenón siguió matando hombres incluso después de recibir una herida de lanza en un brazo. Pero luego, cuando el dolor se hizo insoportable, se vio obligado a ordenar a su auriga que lo escoltara de vuelta al campamento aqueo, exhortando a sus hombres a continuar luchando. El conductor del carro fustigó a los caballos. «Espumeaban sus pechos [de los corceles] y se salpicaban por debajo de polvo, / al transportar lejos de la batalla al rey, transido de dolores»<sup>[30]</sup>.

Cuando Héctor vio que Agamenón se retiraba, espoleó a sus hombres y se lanzó al combate, matando a todos los aqueos que encontró a su paso mientras intentaban hallar refugio en su campamento. Solo Diomedes y Odiseo ofrecieron resistencia. Diomedes fue alcanzado en un pie por un dardo, dejando a Odiseo solo en medio de los troyanos, uno de los cuales lo hirió en las costillas de una lanzada. Menelao le oyó pedir socorro y alertó a Áyax Telamonio, tras lo cual los dos acudieron al rescate de su compañero. Con ayuda de su auriga, Menelao cargó en su carro a Odiseo y lo condujo de vuelta al campamento, mientras Áyax combatía guardándoles las espaldas para cubrir su retirada.

Mientras, Aquiles había estado observando la lucha desde su nave y cuando vio que Néstor conducía a un hombre herido a su tienda pidió a Patroclo que fuera a ver si se trataba del anciano adivino Macaón, hijo de Asclepio, el gran sanador. Patroclo comprobó que en efecto era Macaón y entonces, antes de que se marchara, Néstor le sugirió que hablara con Aquiles y le convenciera de que debía volver al lado de los aqueos, o al menos «que te dé sus bellas armas para llevártelas a la batalla, / a ver si te confunden con él y renuncian al combate / los troyanos».<sup>[31]</sup>

Entre tanto, proseguían los combates, y Héctor «se batía igual que antes, semejante a un vendaval»<sup>[32]</sup> y siguió adelante al frente de sus hombres en dirección al campamento aqueo, pero sus caballos no se atrevieron a cruzar el profundo foso que había delante de la muralla. Héctor bajó de un salto a tierra, y sus compañeros lo imitaron, pero no lograron cruzar a la fuerza sus puertas. «Por doquier las torres y las

almenas estaban regadas / de la sangre humana de ambos troyanos, de troyanos y de aqueos.»<sup>[33]</sup>.

Por fin Héctor agarró una gran piedra y la lanzó contra la puerta, rompiendo ambos batientes. Penetró por el hueco abierto, llevando una lanza en cada mano, y ni un solo aqueo fue capaz de oponerle resistencia.

Se revolvió hacia la multitud y arengó a los troyanos para que asaltasen el muro, y ellos hicieron caso de su arenga. Al instante, unos traspasaron el muro y otros por las propias fabricadas puertas penetraron como riada; y los dánaos huyeron entre las huecas naves, y el bullicio se hizo insondable.<sup>[34]</sup>

...  
[los troyanos] seguían, llenos de desmedida furia, a Héctor Priámida entre alboroto y alaridos. Tenían la esperanza de conquistar las naves de los aqueos y matar allí a todos los paladines. Pero Posidón, dueño de la tierra, agitador del suelo, salió del profundo mar e instó a los argivos, tomando la figura y la inquebrantable voz de Calcante [el adivino].<sup>[35]</sup>

Néstor se reunió en conciliábulo con Agamenón, Diomedes y Odiseo, los tres caudillos aqueos que habían sido heridos y por lo tanto no podían tomar parte en el combate alrededor de las naves. Agamenón propuso arrastrar las embarcaciones situadas más cerca de la orilla, echarlas al mar y dejarlas ancladas a una distancia prudencial, hasta que cayera la noche. «Entonces podríamos botar todas las demás naves. / No es vituperable huir del mal ni hacerlo durante la noche»<sup>[36]</sup> Pero Odiseo y Diomedes rechazaron de plano semejante plan de huida, y de ese modo volvieron al lado de sus compañeros, mientras Posidón echó a correr entre ellos dando voces «y a cada aqueo le infundió gran brío / en su corazón, para combatir y luchar con denuedo».<sup>[37]</sup>

Observando la escena desde lo alto del Olimpo, Hera estaba feliz de ver todo aquello, pues ella también favorecía a los aqueos. Pero Zeus, que en aquellos momentos se encontraba en la cima del monte Ida, contemplando lo que ocurría en Troya, favorecía a los teucros y había prohibido al resto de los inmortales interferir en el desarrollo de los acontecimientos. Al ver lo que estaba haciendo Posidón, lo detuvo. Hera pidió entonces ayuda a Afrodita para parecer más atractiva y bajó al monte Ida acompañada del dios del sueño, Hipno. Tenía la intención de seducir a Zeus y adormecerlo el tiempo suficiente para que Posidón ayudara a los aqueos a derrotar a los troyanos.

Zeus se sorprendió mucho al ver a Hera, pero inmediatamente se apoderó de él el deseo, y tras asegurarle que haría que una nube los rodeara de modo que ni Helios, el dios del Sol, pudiera verlos, se dispusieron a hacer el amor en la cumbre del Ida:

... y el hijo de Crono estrechó a su esposa en los brazos.  
Bajo ellos la divina tierra hacía crecer blanda hierba,  
loto lleno de rocío, azafrán y jacinto  
espeso y mullido, que ascendía y los protegía del suelo.

En este tapiz se tendieron, tapados con una nube  
bella, áurea, que destilaba nítidas gotas de rocío.<sup>[38]</sup>

Hipno se dirigió a toda velocidad hasta las naves, donde hizo saber a Posidón que podía seguir ayudando a los aqueos, pero solo hasta que se despertara Zeus. Posidón, imitando de nuevo la voz del adivino Calcante, se puso a dar gritos exhortando a los aqueos a hacer un nuevo esfuerzo, mientras Agamenón, Odiseo y Diomedes se unían a ellos a pesar de sus heridas. Áyax Telamonio arrojó un peñasco enorme que obligó a Héctor a detenerse y a retirarse del campo de batalla. Al verlo, los aqueos recobraron los ánimos y «atacaron / con renovado brío a los troyanos y recordaron su belicosidad».<sup>[39]</sup>

Mientras tanto Zeus se despertó y, al ver que los aqueos habían puesto en fuga a los troyanos, se dio cuenta de que había sido engañado y amenazó a Hera con castigarla, pero la diosa echó la culpa de todo a Posidón y logró calmarlo. Cuando Hera regresó al Olimpo, Zeus mandó llamar a Iris y le ordenó que llevara un mensaje a Posidón, conminándolo a dejar de intervenir en la guerra. Posidón protestó replicando que era igual a Zeus en rango, pero al final no tuvo más remedio que conformarse y «dejó la hueste aquea / y se sumergió en el ponto; y los héroes aqueos lo añoraron».<sup>[40]</sup>

Zeus entonces envió a Apolo a hablar con Héctor, que recuperó rápidamente el ánimo y encabezó un contraataque de sus huestes, obligando a los aqueos a retirarse de nuevo a sus naves, mientras los troyanos empezaban a incendiarlas.

Mientras tanto, Patroclo había vuelto a las tiendas de los mirmidones y «se presentó ante Aquiles /... derramando cálidas lágrimas».<sup>[41]</sup> Cuando el Pelida le preguntó por qué lloraba, Patroclo le dijo que los aqueos estaban sufriendo gravemente, pues «todos los que hasta hace poco eran los más bravos / yacen entre las naves heridos por dardos o por picas»,<sup>[42]</sup> incluidos Agamenón, Odiseo y Diomedes. Pidió a Aquiles que le prestara su armadura de modo que pudiera participar en el combate, «a ver si me confunden contigo y renuncian al combate / los troyanos».<sup>[43]</sup> Al comprobar que el enemigo estaba incendiando los barcos de los aqueos, Aquiles permitió a Patroclo ponerse su armadura y coger sus caballos, su carro e incluso a su auriga, Automedonte, y puso a los hombres de sus cincuenta naves, los mirmidones [o mirmidones], al mando de su querido compañero.

Cuando los troyanos vieron a Patroclo y a los mirmidones pensaron que Aquiles había vuelto a combatir al lado de los aqueos, y entonces «cada uno escrutó adónde huir del abismo de la ruina».<sup>[44]</sup> Inspirados por la presencia de Patroclo, los griegos expulsaron a los teucros de su campamento y los hicieron retroceder por la llanura hasta las mismas murallas de Troya. Uno de los que murieron a manos de Patroclo fue Sarpedón, hijo de Zeus, que, junto con Glauco, que a su vez había sido herido por una flecha disparada por Teucro, hermanastro de Áyax Telamonio, acaudillaba el contingente licio. Cuando Glauco oyó el grito de muerte de Sarpedón, oró a su patrono y protector, Febo Apolo, pidiéndole ayuda contra Patroclo. Apolo alivió

inmediatamente el dolor de la herida de Glauco y luego, exhortando a Héctor a contener el furor de los aqueos, bajó al campo de batalla, de donde sacó el cadáver de Sarpedón para que pudiera ser enterrado «en el pingüe pueblo de la vasta Licia».<sup>[45]</sup>

Patroclo intentó escalar la torre situada junto a las Puertas Esceas, «y tres veces lo repelió Apolo».<sup>[46]</sup> El dios volvió a invitar a Héctor a salir de detrás de las Puertas Esceas y a atacar a los aqueos, de modo que el campeón troyano no tardó en encontrarse frente a frente ante Patroclo. Apolo, moviéndose sin ser visto por el campo de batalla, paralizó a Patroclo con un golpe por la espalda y le arrancó el casco, tras lo cual un guerrero dardanio, Euforbo, «con la aguda lanza detrás, en la espalda / entre los hombros, le acertó».<sup>[47]</sup>

Llegó entonces Héctor y asestó a Patroclo una lanzada en el vientre, de modo que «retumbó al caer y causó gran pesar a la tropa de los aqueos».<sup>[48]</sup> En cuanto cayó Patroclo, acudió Menelao y se colocó delante de su cadáver, enhiesta la lanza y abrazado el escudo, «furioso por matar a quien viniera a enfrentarse contra él».<sup>[49]</sup> El primero en acercarse fue Euforbo, el guerrero dardanio que había sido el primero en alancear a Patroclo, y que, según dijo a Menelao, pensaba ganar inmensa gloria llevándose el cadáver del héroe muerto como trofeo. Hablando así arrojó su lanza contra Menelao, cuyo escudo rechazó el golpe y que a continuación le clavó la suya en la garganta matándolo al instante. Menelao fue entonces a llamar a Áyax Telamonio para que lo ayudara a rescatar el cuerpo de Patroclo para llevárselo a Aquiles, pero cuando volvieron descubrieron que el cadáver había sido despojado de la armadura de Aquiles por Héctor, que no dudó en ponérsela.

Héctor volvió dispuesto a arrebatar el cuerpo de Patroclo a Menelao y a Áyax, que para entonces habían recibido refuerzos. Se desencadenó así un duro combate en torno al cuerpo muerto de Patroclo, y en medio de la refriega Menelao envió a la carrera a Antíloco a informar a Aquiles de lo sucedido. Mientras tanto, el Atrida y los demás aqueos «llevaban enardecidos el cadáver desde el combate / a las huecas naves».<sup>[50]</sup>

Cuando Antíloco llegó al campamento aqueo encontró a Aquiles esperando delante de las naves. Derramando cálidas lágrimas, Antíloco comunicó al Pelida la triste nueva:

Patroclo yace muerto y ya se lucha alrededor de su cadáver desnudo, que las armas las tiene Héctor, de tremolante penacho.<sup>[51]</sup>

...

Así habló, y a él una negra nube de aflicción lo envolvió.  
Cogió con ambas manos el requemado hollín  
y se lo derramó sobre la cabeza, afeando su amable rostro,  
mientras la negra ceniza se posaba sobre la túnica de néctar.  
Y extendido en el polvo cuan largo era, gran espacio  
ocupaba y con las manos se mancillaba y mesaba los cabellos.<sup>[52]</sup>

Hera envió a la diosa Iris a decir a Aquiles que debía presentarse en el foso, donde los troyanos seguían luchando para arrebatar a los aqueos el cadáver de

Patroclo. Así lo hizo y dando recias voces por tres veces, espantó a los troyanos de tal modo que los aqueos lograron ahuyentarlos y llevar el cadáver de Patroclo de vuelta a su campamento. «Y lo depositaron en unas andas. Sus compañeros lo rodearon / con gran duelo, y entre ellos Aquiles, el de veloces pies, / que vertía cálidas lágrimas desde que vio a su leal compañero / yaciendo en el féretro, desgarrado por el agudo bronce»<sup>[53]</sup>.

Los troyanos celebraron una asamblea antes de cenar, y el primero en hablar fue Polidamante, íntimo amigo y consejero de Héctor, que afirmó que debían retirarse inmediatamente tras los muros de Troya si no querían ser masacrados por Aquiles en cuanto amaneciera. Pero Héctor rechazó de plano su propuesta y ordenó quien todos montaran guardia por la noche y se dispusieran a presentar batalla a la mañana siguiente.

Los aqueos pasaron la noche llorando a Patroclo, y Aquiles «entonó un reiterativo llanto».<sup>[54]</sup> Interpelando directamente a Patroclo, Aquiles hizo la siguiente promesa: «No te tributaré las exequias hasta que traiga aquí las armas / y la cabeza de Héctor, el asesino tuyo, oh magnánimo amigo».<sup>[55]</sup>

Mientras tanto, Tetis se presentó ante Hefesto, dios de la fragua, y le pidió que fabricara una nueva armadura para Aquiles, en sustitución de la que Héctor había quitado a Patroclo. A la mañana siguiente llevó la nuevas armas a su hijo, que «fue a lo largo de la ribera del mar / entre pavorosos alaridos y puso en marcha a los héroes aqueos».<sup>[56]</sup>

Los aqueos entonces se reunieron en cónclave, incluidos Diomedes y Odiseo, que todavía cojeaban y caminaban

... apoyándose en la pica, pues aún tenían crueles heridas;  
y llegaron y se sentaron en la primera fila de la asamblea.  
El último que llegó fue Agamenón, soberano de hombres,  
también con una herida, pues en la violenta batalla lo había  
herido Coón Antenórida con un asta, guarnecida de bronce.<sup>[57]</sup>

Aquiles tomó la palabra, hablando directamente a Agamenón acerca de su disputa por la esclava Briseida, y dijo: «Mas dejemos en paz lo pasado por mucho que nos aflija».<sup>[58]</sup> Agamenón respondió en el mismo tono conciliador explicando que había sido ofuscado por Zeus, y devolvió a Briseida al Pelida jurando por Zeus que no le había puesto nunca la mano encima.

Aquiles disolvió entonces la asamblea diciendo: «Id ahora a comer y luego trabaremos la marcial lucha».<sup>[59]</sup> En cuanto a él, se abstuvo de probar bocado, llorando junto al cadáver de Patroclo con los otros caudillos aqueos. A continuación se vistió la armadura fabricada por Hefesto y empuñó la lanza de fresno de su padre Peleo.

Al acercarse el momento de la batalla, Zeus llamó a consejo a los inmortales y dijo a los demás dioses: «Yo permaneceré en un repliegue del Olimpo / sentado,

recreando la mente con el espectáculo; y los demás / id y llegad junto a los troyanos o junto a los aqueos / y auxiliad al bando que a cada uno dicte su juicio».<sup>[60]</sup>

Al principio los aqueos dominaron el campo de batalla, pues los troyanos se hallaban aterrorizados por la presencia de Aquiles, «comparable a Ares, estrago de mortales, brillando con sus armas».<sup>[61]</sup> Pero cuando los inmortales se unieron a los combatientes, la lucha se equilibró, pues había «dioses que se oponían a otros dioses. Aquiles / ansiaba internarse entre la multitud para enfrentarse a Héctor».<sup>[62]</sup>

Pero Apolo indujo a Eneas a retar a Aquiles, quien habría causado su muerte de no ser por Posidón, que intervino sacándolo milagrosamente del campo de batalla y llevándolo hasta la retaguardia de los troyanos.

Aquiles quedó desconcertado ante la repentina desaparición de Eneas y «atacó a los troyanos con la mente revestida de coraje, / profiriendo pavorosos alaridos».<sup>[63]</sup> Mató sucesivamente a tres troyanos, el tercero de los cuales fue Polidoro, hermano de Héctor, que lanzó entonces su pica contra el Pelida, pero Atenea la desvió e hizo que errara el blanco. Aquiles cargó lleno de furia contra él, pero «Apolo lo arrebató / con la facilidad de un dios y lo ocultó con una tupida bruma».<sup>[64]</sup>

Enfurecido, Aquiles mató a un troyano tras otro, «acosando a sus víctimas, y la sangre fluía por la tierra».<sup>[65]</sup> Cuando los troyanos puestos en fuga llegaron en desbandada al vado del Escamandro, Aquiles «los dividió en dos, y perseguía a unos hacia la llanura, / en dirección de la ciudad»,<sup>[66]</sup> y «Hera una bruma espesa desplegaba para retenerlos».<sup>[67]</sup>

Mientras tanto, la otra mitad del ejército troyano en fuga se metió en las profundas y vertiginosas aguas del Escamandro. Los hombres se empujaban unos a otros en su afán de huir de Aquiles, que dejó su lanza en la orilla y se metió en el río tras ellos empuñando la espada y dando mandobles a diestro y siniestro, de modo que enseguida quedó «el agua enrojecida de sangre».<sup>[68]</sup> Siguió matando troyanos hasta que el propio dios del río, Escamandro, se quejó de su acción haciendo oír su profunda voz desde el fondo insondable de sus aguas: «Mi ameno cauce está ya lleno de cadáveres, / no puedo verter en el límpido mar por ningún sitio mi curso, / obstruido de cuerpos, y tú continúas tu destructiva matanza. / ¡Déjame de una vez! El horror me embarga, caudillo de huestes».<sup>[69]</sup>

Aquiles respondió que no cesaría de matar troyanos hasta tenerlos acorralados a todos en el interior de la ciudad y obligar a Héctor a pelear con él, enfrentándose los dos solos en duelo «para ver si él me doblega a mí o yo a él».<sup>[70]</sup> Escamandro entonces intentó ahogar a Aquiles, quien finalmente se salvó porque Hera pidió a Hefesto que desencadenara una tormenta de fuego que obligó al dios-río a calmar su furia.

Las tensiones creadas por el combate suscitaron una auténtica guerra civil entre los dioses: Ares luchaba contra Atenea; Atenea contra Afrodita; Apolo contra Posidón; Ártemis contra Hera; Hermes contra Leto; y Ártemis contra Zeus en el Olimpo. Cuando los inmortales dejaron de pelearse entre ellos,

... por su parte, Febo Apolo penetró en la sacra Ilio,  
pues le preocupaba la muralla de la bien edificada ciudad,  
por si los dánaos la saqueaban aquel día contra el destino.  
Los demás sempiternos dioses marcharon al Olimpo,  
irritado unos y muy ufanos los otros,  
y se sentaron al lado del padre, de oscura nube.<sup>[71]</sup>

Mientras Aquiles continuaba con su matanza de troyanos, y los que lograban escapar de él se refugiaban en la ciudadela. Apolo inspiró al valeroso guerrero Agénor la idea de enfrentarse al Pelida ante las propias puertas de la ciudad, y los dos arrojaron sus lanzas uno contra otro sin resultado alguno. Apolo envolvió entonces a Agénor en una espesa niebla y lo puso a buen recaudo dentro de la ciudad, mientras él tomaba su apariencia, y cuando Aquiles se abalanzó sobre él, salió huyendo a la carrera, llevando siempre una ligera ventaja sobre su perseguidor. Entre tanto

... los demás troyanos, fugitivos, llegaron en tropel  
felices a la ciudad, que se llenó de refugiados.  
Y fuera de la ciudad y de la muralla ni siquiera osaron  
aguardarse unos a otros para informarse del que hubiera escapado  
y del que había muerto en el combate, sino que penetró presuroso  
en la ciudad todo aquel a quien sus rodillas y sus pies salvaron.<sup>[72]</sup>

Mientras Aquiles perseguía en vano al supuesto Agénor lejos de las puertas de Troya, Febo Apolo reveló al fin su verdadera identidad. Aquiles, frustrado, volvió corriendo ante las murallas, donde Héctor aguardaba firmemente fuera de las Puertas Esceas, sin atender al llanto ni a los ruegos de sus padres, Príamo y Hécuba. Pero cuando Aquiles llegó corriendo ante él, blandiendo su lanza de fresno,

... nada más verlo, Héctor fue presa del temblor y ya no soportó  
seguir allí, sino que dejó atrás las puertas y echó a huir.  
El Pelida arremetió fiado en sus raudos pies.<sup>[73]</sup>

...

[Aquiles] volaba derecho enardecido, y Héctor echó a huir  
hacia el pie de la muralla, moviendo con celeridad las rodillas.  
Más allá de la atalaya y del ventoso cabrahígo pasaron,  
cada vez más lejos de la muralla por la senda de carretas,  
y llegaron a los dos manantiales, de bello caudal.

...

Allí hay cerca... unos anchos lavaderos  
bellos, de piedra, donde los resplandecientes vestidos  
solían lavar las esposas y las bellas hijas de los troyanos  
en tiempos de paz, antes de llegar los hijos de los aqueos.<sup>[74]</sup>

Cuando por cuarta vez llegaron a la altura de los manantiales, Atenea, adoptando la apariencia de Deífobo, hermano de Héctor, convenció a este de que se detuviera e hiciera frente a Aquiles. Los dos campeones se enfrentaron cara a cara y Aquiles arrojó su lanza contra Héctor. El arma pasó volando por encima del hombro del troyano y fue a clavarse en el suelo, pero Atenea la recuperó y se la devolvió a Aquiles. Héctor, a su vez, arrojó su lanza, que rebotó contra el escudo del Pelida, tras

lo cual echó mano a la espada y blandiéndola se lanzó contra su adversario, que lo atravesó con su pica. Héctor iba bien protegido con la armadura que había arrebatado a Patroclo, pero Aquiles le clavó la lanza en la garganta, la parte que tenía más expuesta.

Al exhalar el último suspiro, Héctor recordó a Aquiles que él también estaba destinado a morir en la guerra. «Ya estaba muerto cuando dijo Aquiles, de la casta de Zeus: / «¡Muere! Mi parca yo la acogeré gustoso cuando Zeus / quiera traérmela y también los demás dioses inmortales»»<sup>[75]</sup>.

Aquiles despojó el cadáver de sus armas ensangrentadas, y los aqueos acudieron a rematarlo y a contemplar el cuerpo del hombre que había quitado la vida a tantos compañeros suyos. Aquiles ató luego por los pies el cadáver de su oponente a la parte trasera del carro, y lo arrastró alrededor de las murallas de Troya, mientras Príamo, Hécula y Andrómaca aguardaban a verlo pasar entre lamentos, a los que se unieron los gemidos y el llanto de todas las mujeres de Troya.

Entre tanto, una vez que Aquiles hubo arrastrado el cuerpo de Héctor hasta las naves, los aqueos empezaron a hacer los preparativos para las exequias de Patroclo. Aquella noche el espectro de este se apareció en sueños a Aquiles y le dijo: «Entiérrame cuanto antes, que quiero cruzar la puerta del Hades».<sup>[76]</sup> Pidió también que sus restos fueran enterrados junto con los de Aquiles, pues habían sido compañeros desde la niñez y siempre se habían querido: «¡Que también un mismo ataúd encierre juntos nuestros huesos, / y que sea la áurea urna que te procuró tu augusta madre!».<sup>[77]</sup>

Al día siguiente empezaron a cortar árboles para levantar la pira funeraria y a reunir las víctimas sacrificiales que iban a ser consumidas por el fuego junto con los despojos de Patroclo. Los aqueos condujeron luego su cadáver en procesión y lo depositaron en el lugar que Aquiles había escogido, tras lo cual apilaron la leña de la hoguera. Encima dispusieron el cuerpo de Patroclo y le prendieron fuego, mientras Aquiles se despedía de su querido compañero diciendo: «¡Te saludo, Patroclo, incluso en las mansiones de Hades!».<sup>[78]</sup>

La pira, sin embargo, no se encendió hasta que Aquiles no dirigió sus preces a Bóreas y a Zéfiro, el viento del norte y el viento del oeste respectivamente, que empezaron a soplar, cayeron sobre la hoguera y «prendió el maravilloso fuego crepitando»;<sup>[79]</sup> los vientos azotaron las llamas de la hoguera durante toda la noche. Al día siguiente Agamenón convocó una asamblea y, cuando se despertó, Aquiles se reunió con los demás aqueos y les dijo que había que recoger los huesos de Patroclo de entre las cenizas y depositarlos en una urna de oro. «Un túmulo no muy grande os mando que hagáis con vuestra labor, / del tamaño que creáis conveniente. Más tarde lo debéis / erigir ancho y elevado los aqueos que después de mí / quedéis en las naves, de muchas filas de remeros»<sup>[80]</sup>.

Una vez que comprobó que habían hecho lo que había ordenado, Aquiles permaneció allí con todos los aqueos y celebró unos juegos atléticos en honor de su

amigo muerto, sacando de sus naves cuantiosos premios para los vencedores. Cuando concluyeron los juegos, los aqueos

... a las veloces naves  
marcharon en grupos y se dispersaron; pensaban en la cena  
y en el dulce sueño, que querían satisfacer. Mas Aquiles  
lloraba recordando a su compañero, y el sueño,  
que a todos doblega, no lo vencía; daba vueltas aquí y allá,  
añorando la hombría de Patroclo y su noble ardor.<sup>[81]</sup>

Al amanecer, Aquiles enganchó sus caballos al carro y ató el cadáver de Héctor a la parte trasera, arrastrándolo por tres veces alrededor de la tumba de Patroclo antes de arrojarlo otra vez de cara al polvo. Al verlo, casi todos los dioses se compadecieron de Héctor, que llevaba ya doce días insepulto; todos menos Hera, Atenea y Posidón, que habían favorecido siempre a los aqueos contra los troyanos. Zeus envió a Iris a llamar a Tetis, y cuando esta llegó le dijo que convenciera a su hijo de que aceptara el rescate que le diera Príamo a cambio del cadáver de Héctor, de modo que pudiera enterrarlo de una vez. Cuando Tetis cumplió lo que le habían mandado, diciendo a Aquiles que venía de parte de Zeus, el héroe respondió de inmediato con las siguientes palabras: «¡Sea así! El que traiga rescate llévese el cadáver, / si el propio Olímpico así lo manda con ánimo benévolo».<sup>[82]</sup>

Zeus entonces envió a Iris a Ilión, a decir a Príamo que fuera solo a ver a Aquiles, llevándole regalos «que le ablanden el ánimo».<sup>[83]</sup> Pese a las objeciones de su esposa Hécuba, el rey de Troya reunió gran cantidad de oro y otros ricos presentes para el rescate, y partió en su carro seguido de una carreta de mulas guiada por su heraldo Ideo. Al verlo partir, Zeus mandó a Hermes que escoltara a Príamo, haciéndole fingir que era un escudero de Aquiles. Hermes cogió las riendas del carro del rey y lo hizo cruzar ante los centinelas conduciéndolo directamente hasta la tienda de Aquiles, donde descargó los regalos que traía como rescate. Hermes regresó al Olimpo, mientras Príamo entraba en la tienda de Aquiles, dejando a Ideo a la puerta.

El rey de Troya penetró sin ser visto y fue directamente hasta el Pelida, cogiéndolo de las rodillas y besándole las manos. El anciano se identificó como el padre de un guerrero troyano:

Hace poco lo has matado cuando luchaba en defensa de la patria,  
Héctor. Por él he venido ahora a las naves de los aqueos,  
para rescatarlo de tu poder, y te traigo inmensos rescates.  
Respeto a los dioses, Aquiles, y ten compasión de mí  
por la memoria de tu padre. Yo soy aún más digno de piedad  
y he osado hacer lo que ningún terrestre mortal hasta ahora:  
acercar a mi boca la mano del asesino de mi hijo.<sup>[84]</sup>

...  
Así habló, y le infundió el deseo de llorar por su padre.  
Le tocó la mano y retiró con suavidad al anciano.  
El recuerdo hacía llorar a ambos: el uno al homicida Héctor  
lloraba sin pausa, postrado ante los pies de Aquiles;  
y Aquiles lloraba por su propio padre y a veces también

por Patroclo; y los gemidos se elevaban en la estancia.<sup>[85]</sup>

Príamo pidió a Aquiles que le entregara el cadáver de Héctor a cambio del rescate lo antes posible, pues su hijo llevaba ya doce días insepulto. Aquiles aceptó inmediatamente la propuesta y salió con dos compañeros hasta donde se encontraba la carreta para recoger los regalos, haciendo entrar en la tienda al heraldo Ideo. Tras mandar a sus esclavas que lavaran el cadáver de Héctor y lo ungieran con aceite, Aquiles y sus compañeros lo colocaron en unas andas, lo sacaron de la tienda y lo cargaron en la carreta, cubriéndolo con dos grandes mantos y una túnica de las que había traído Príamo como regalo. A continuación mataron una oveja y se la comieron de cena con Príamo e Ideo, tras lo cual el Pelida ordenó a sus sirvientes que prepararan lechos para sus huéspedes.

Después de cenar, Aquiles preguntó a Príamo cuánto tiempo de tregua necesitaba para el sepelio de Héctor. Príamo respondió directamente diciendo:

Si deseas que realice funerales en honor del divino Héctor,  
mi agradecimiento te ganarías, Aquiles, si obras de esta manera:  
sabes que asediados estamos en la ciudad, que la leña está lejos  
para traerla del monte, y que los troyanos tienen enorme temor.  
nueve días nos harían falta para llorarlo en el palacio;  
al décimo lo enterraríamos y la hueste celebraría el banquete;  
al undécimo erigiríamos una tumba sobre sus restos;  
y al duodécimo entablaremos combate si es preciso.<sup>[86]</sup>

A su vez replicó Aquiles: «Así se hará también eso, anciano Príamo, como solicitas. / Pues suspenderé el combate todo el tiempo que me pides».<sup>[87]</sup>

Y así se fue cada uno a su lecho: «Allí mismo, en el vestíbulo de la morada, se acostaron / el heraldo y Príamo, llenos de sagaces ideas en sus mientes. / Aquiles se durmió al fondo de la bien claveteada tienda; / y a su lado se acostó Briseida, la de hermosas mejillas».<sup>[88]</sup>

Hermes había estado meditando «en su ánimo cómo escoltar al rey Príamo / fuera de las naves a escondidas de los sagrados centinelas».<sup>[89]</sup> Se apareció entonces a Príamo y le advirtió del peligro que había de arrostrar, pues si Agamenón lo reconocía seguramente lo retendría para pedir rescate por él. «Así habló, y el anciano sintió miedo y levantó al heraldo. / Hermes les unció los caballos y las mulas, y a toda prisa / los guió él mismo por el campamento sin que nadie lo notara»<sup>[90]</sup>.

Ya había amanecido cuando llegaron al vado del Escamandro, donde Hermes se separó de ellos y regresó al Olimpo, dejando que Príamo e Ideo prosiguieran solos camino de Troya con el cuerpo de Héctor. La primera en divisarlos fue Casandra, hija de Príamo, que distinguió el cadáver de Héctor arrastrado en una litera por las mulas. Lanzó un grito de dolor y avisó a toda la ciudad de su llegada.

Príamo dijo a los troyanos que Aquiles le había prometido no atacar la ciudad hasta el cabo de doce días, de modo que debían traer leña a toda prisa para la pira funeraria de Héctor. «Durante nueve días acarrearón una indecible cantidad de leña. /

Y al llegar la décima aurora, trayendo la luz a los mortales, / procedieron al sepelio del audaz Héctor derramando lágrimas; / pusieron el cadáver en la cima de la pira y prendieron fuego»<sup>[91]</sup>.

Cuando llegó la aurora todos se congregaron alrededor de la hoguera, donde primero extinguieron lo que quedaba del fuego derramando vino, y luego

... los blancos huesos [de Héctor] recogieron sus hermanos y compañeros con duelo, mientras rodaban lozanas lágrimas por sus mejillas. Los cogieron y los depositaron en un áureo cofre, cubiertos con unos delicados velos de púrpura. Luego los depositaron en un cóncavo hoyo.<sup>[92]</sup>

A continuación colocaron rápidamente sobre la tumba varias piedras grandes, con las que formaron la base del túmulo de Héctor:

... y apostaron vigías por doquier, por si los aqueos, de buenas grebas, atacaban de antemano. Tras verter el montón del túmulo, volvieron a irse. Después se reunieron y participaron del eximio banquete fúnebre en las moradas de Príamo, el rey criado por Zeus. Así celebraron los funerales de Héctor, domador de caballos.<sup>[93]</sup>

Y así concluye la *Ilíada*, aunque con ella no acabara la guerra de Troya. Como señala Richmond Lattimore: «En realidad Aquiles no tomó Troya, ni en la *Ilíada* ni de ninguna otra manera. Murió antes de que cayera la ciudad, pero su muerte no la cuenta la *Ilíada*, si bien la pronostica».<sup>[94]</sup>

Pensé yo en todo esto cuando por primera vez subí al montículo que hoy día cubre el emplazamiento de la antigua Troya. Contemplando la llanura troyana, pude divisar los túmulos que la tradición ha identificado como la última morada de los dos heroicos protagonistas del último combate épico de la *Ilíada*, la tumba de Aquiles, junto a la costa del Egeo, y la de Héctor, a orillas del Helesponto. El recuerdo de sus hazañas sigue vivo más de tres mil años después de la guerra de Troya.

## LA MEZCLA DE GENTES Y LA GRAN MIGRACIÓN

La guerra de Troya, como todas las grandes guerras, provocó una dislocación sísmica de la geopolítica de su época, las postrimerías de la Edad del Bronce, a la que siguieron unos cuatro siglos de oscuridad que Tucídides denominaba el período en que las gentes «emigraban sin dificultad».<sup>[1]</sup> En este movimiento de población se inscribe la gran migración de los helenos a través del Egeo hasta la costa occidental de Asia Menor y las islas situadas frente a ella, así como la primitiva «mezcla de gentes» de la que habla Estrabón.<sup>[2]</sup> Según Estrabón, se trataba de huestes heterogéneas, entre las que había griegos y otros pueblos, que abandonaron Troya tras la caída de la ciudad siguiendo a los adivinos Calcante, Anfíloco y Mopso, que las condujeron a través de los montes Tauro hasta las costas del Mediterráneo oriental, a las regiones conocidas como Panfilia y Cilicia, continuando después por Siria hasta Fenicia.

Heródoto menciona a dos de estos tres adivinos en su descripción del contingente panfilio de la flota persa cuando Jerjes invadió Grecia en el curso de las guerras médicas: «Los panfilios, que iban equipados con armas de tipo griego, aportaban treinta naves. Los integrantes de ese pueblo descienden de los soldados que acompañaron a Anfíloco y Calcante, cuando los griegos, al regreso de Troya, se vieron dispersados».<sup>[3]</sup>

Anfíloco y Calcante eran dos célebres adivinos griegos asociados con las migraciones de la mezcla de gentes, y otro era Mopso, hermano del primero. Calcante ocupa un lugar destacado en la *Ilíada*, pero Anfíloco y Mopso no son mencionados por Homero. Los tres aparecen en la *Melampodia* de Hesíodo, poema perdido cuyo contenido aparece resumido en el volumen de la Biblioteca Clásica Loeb titulado *Hesiod, the Homeric Hymns and Homeric*. Al parecer, su argumento eran las historias de los adivinos famosos, incluida Manto, la madre de Mopso, y el padre de esta, Tiresias. El poema comienza en Colofón, una de las antiguas ciudades de Jonia: «Se dice que el adivino Calcante, durante el regreso de Troya, llegó a pie aquí [a Colofón], acompañado de Anfíloco, el hijo de Anfiarao, y que encontrándose en las proximidades de la ciudad de Claros con un adivino superior a él, con Mopso, el hijo de Manto, hija de Tiresias, murió de dolor».<sup>[4]</sup>

Calcante, Anfíloco y Mopso son mencionados por Estrabón en su relato de la migración de los panfilios, donde cita a Heródoto diciendo que cuenta más o menos lo mismo. Estrabón cita también al poeta arcaico Calino de Éfeso, quien dice que Calcante murió antes de cruzar el Tauro, y que Anfíloco y Mopso condujeron a algunos de los fugitivos a Cilicia y más allá, hasta Siria e incluso Fenicia.

Pero otras versiones de la historia de la mezcla de gentes no dicen nada de la muerte de Calcante en Claros, y afirman que, junto con Anfíloco y Mopso, condujo a sus huestes al otro lado del Tauro, hasta Panfilia y Cilicia.

Tiresias, el legendario adivino ciego de Tebas, es mencionado en el canto X de la Odisea, cuando Odiseo (Ulises) viaja al Hades siguiendo el mandato de la ninfa Circe, que le dice: «Mas fuerza / es primero que hagáis nueva ruta al palacio de Hades / y la horrenda Perséfone a fin de pedir sus augurios / y consejos al alma del ciego adivino Tiresias, / el tebano, que guarda aún allí bien entera su mente, / pues a él solo Perséfone ha dado entre todos los muertos / sensatez y razón, y los otros son sombras que pasan».<sup>[5]</sup>

Calcante, nieto de Apolo, fue el adivino más dotado de su época y su ayuda fue inestimable para los aqueos en todas las fases de la guerra de Troya, empezando por el momento mismo en que Agamenón concentró su flota en Áulide. Calcante hace su primera aparición en la *Ilíada* casi al comienzo del canto I, cuando, en respuesta a la petición de Aquiles, le revela ante todos los aqueos reunidos en asamblea el motivo de la cólera de Apolo, que ha provocado la mortífera peste entre los griegos. Calcante dice a los aqueos que Apolo está irritado con ellos porque han deshonrado a su sacerdote Crises al capturar a su hija, Criseida, y que el dios no hará cesar la peste hasta que la muchacha sea devuelta al santuario del dios en Crisa.

Fue también Calcante el que ideó la estratagema del caballo de madera, y fue incluso uno de los aqueos que se escondieron en su interior. Tras el saqueo de Troya, cuando el resto de los dánaos se disponía a regresar a Grecia, Calcante vaticinó que sus viajes de vuelta a la patria serían difíciles, pues Atenea estaba irritada con ellos. Por eso Calcante decidió no seguirlos y, junto con Anfíloco, vidente como él, se dispuso a cruzar Asia Menor a pie, al frente de la hueste de fugitivos griegos y troyanos que Estrabón denomina «mezcla de gentes».

Anfíloco era hijo de la profetisa Manto y, por lo tanto, nieto de Tiresias. Mopso era también hijo de Manto y nieto de Tiresias. Se dice que Mopso fundó la ciudad jonias de Colofón y era también el adivino del santuario oracular de Apolo en Claros. A él y a su hermano Anfíloco se les atribuye la fundación de varias ciudades de Panfilia y Cilicia.

Las migraciones de la mezcla de gentes tuvieron lugar aproximadamente un siglo antes del comienzo de la gran migración helénica al otro lado del Egeo, a la costa de Asia Menor y las islas adyacentes, siendo los eolios los primeros en emprender la marcha, seguidos de los jonios y finalmente por los dorios.

Según Heródoto, los tres grupos de colonizadores griegos formaron confederaciones políticas, constituidas originalmente por doce ciudades de eolios y otras doce de jonios, y por seis de dorios. La cohesión de estas confederaciones era muy laxa, y cada ciudad era completamente autónoma, lo mismo que las demás colonias griegas que no llegaron a unirse nunca a ninguna de estas tres ligas.

La tradición sostenía que las ciudades eolias fueron fundadas por colonos procedentes del este de Tesalia y de Beocia, que cruzaron el Egeo septentrional y se establecieron en las islas de Lesbos y Ténedos y la costa de Anatolia, donde establecieron sus asentamientos entre el Helesponto y el golfo de Esmirna. La cerámica protogeométrica descubierta en Lesbos y en Esmirna indica que los primeros colonos eolios llegaron a la zona en c. 1000 a. C. o incluso antes.

Las ciudades de la confederación eolia estaban entre los ríos Caico y Hermo, y estaban separadas de las de Lesbos, Ténedos y la costa septentrional de Asia Menor por el territorio de los misios. Estos vivían entre el río Caico y el golfo de Adramitene, el profundo entrante del mar Egeo en la costa asiática limitado al norte por la Tróade, la gran península formada por el monte Ida y flanqueada en su parte superior por el Helesponto. Las colonias griegas de Lesbos, Ténedos y la Tróade no se unieron nunca a la confederación eolia, que, al parecer, fue fundada antes de finales del siglo VIII a. C.

Más al interior, en los montes de Anatolia, estaban los frigios, pueblo indoeuropeo que sustituyó a los hititas en la zona central de Asia Menor a comienzos del primer milenio a. C. Como señalamos anteriormente, los frigios son mencionados en la *Ilíada*, donde son citados junto con los léleges, los pelagos y los misios entre los aliados de los troyanos.

Cime, famosa por sus iniciativas marítimas, era con diferencia la ciudad más importante de la confederación. La Cime eolia, junto con las ciudades euboicas de Calcis y Eretria, participó en 757 a. C. en la fundación de Cumas, la primera colonia griega en el territorio continental de Italia. Los cimeos solos fundaron luego Side, en la costa de Anatolia bañada por el Egeo. Según dice Estrabón, «Cime es la más grande y rica de las ciudades eolias, y es, junto con Lesbos, prácticamente la capital de todas las otras, unas treinta, de las que no pocas han desaparecido».<sup>[6]</sup>

El geógrafo dice a continuación que Cime fue la ciudad natal de Dío, el padre de Hesíodo, que emigró a Beocia, en la Grecia continental. Estrabón señala que los cimeos afirmaban que en su ciudad había nacido también Homero, pero añade que «en el caso de Homero no hay acuerdo sobre su origen [si era o no de Cime], pues son muchos los que se lo disputan».<sup>[7]</sup>

Heródoto cuenta que los eolios tenían también colonias en Lesbos y Ténedos, y asimismo en los alrededores del monte Ida, en la Tróade, pero que no pertenecían a la confederación. Originalmente en Lesbos había seis ciudades, las más importantes de las cuales eran Mitilene, frente al sector de la costa de Anatolia ocupado por los misios, y Metimna, que estaba justamente al otro lado del estrecho frente al cabo de Lecto, el promontorio que forma el extremo suroccidental de la Tróade. Colonos de Metimna fundaron la ciudad de Aso, en la costa del golfo de Adramitene, al oeste del cabo de Lecto, probablemente a finales del siglo VIII a. C. Una expedición que partió de Mitilene fundó un pequeño asentamiento en la costa septentrional de la Tróade llamado Aquileo, en el que, según dice Estrabón, se encontraba la tumba de Aquiles.

En Tenedos solo había una ciudad, pero controlaba varias colonias a lo largo de la costa del continente situada enfrente de la isla, la llamada Perea Tenedia. Una de las colonias de la Perea Tenedia era Crisa, donde se encontraba el santuario de Apolo Esminteo.

En la Tróade fueron fundadas otras colonias eolias en diversos lugares que iban desde la costa del golfo de Adramitene hasta el Helesponto, incluidas Antandro, Polimedio, Hamaxito, Larisa, Colonas y Sigeo. En torno al año 750 a. C. unos colonos eolios fundaron también un asentamiento en la ubicación de la antigua Troya llamado Ilión.

En algún momento de la segunda mitad del siglo VIII a. C. los jonios de Colofón arrebataron el control de Esmirna a los eolios, incidente relatado por Heródoto en el libro I de su *Historia*. Al distinguir los orígenes de los dos poetas, la obra titulada *Sobre el origen de Homero y Hesíodo y el certamen de estos* afirma que, además de Colofón, Esmirna y Quíos pretendían ser las ciudades natales de Homero, aunque el poeta no menciona ninguno de estos lugares en la *Ilíada* y solo Quíos en la *Odisea*:

De Homero, en cambio, casi todas las ciudades y sus colonias aseguran que ha nacido entre ellos. Primero los de Esmirna afirman que era hijo de Meles, el río de su tierra, y de la ninfa Creteida, y que al principio se llamaba Melesígenes.<sup>[8]</sup>

El emplazamiento de Colofón se sitúa a unos treinta kilómetros al sur de Esmirna. Como señalamos más arriba, Colofón se hallaba cerca del santuario oracular de Apolo en Claros, donde Calcante y Anfíloco condujeron desde Troya a la mezcla de pueblos. Durante los primeros tiempos de la historia de la Dodecápolis o Doce Ciudades de los jonios, Colofón fue la más grande y la más poderosa de la confederación. Además de hacerse con el control de Esmirna, los colofonios se anexionaron la ciudad eolia vecina de Notio, que a partir de ese momento pasó a ser el puerto de Colofón. Esta circunstancia permitió a Colofón convertirse en una potencia naval, y en c. 700 a. C. los colofonios establecieron colonias en Mirlea, a orillas del mar de Mármara, y en Siris, en el sur de Italia.

El santuario oracular de Apolo se encuentra situado a unos trece kilómetros al sur de la Colofón jonia y a unos tres al norte de la Notio eolia. Las impresionantes ruinas del santuario datan del siglo VI a. C., y sus instalaciones siguieron en uso hasta 392 d. C., cuando fueron cerradas por el emperador Teodosio I. El santuario es citado en uno de los *Himnos homéricos*, concretamente en uno de los dedicados a Ártemis:

Canta, Musa, a Ártemis, la hermana del Certero, la virgen diseminadora de dardos, criada a la vez que Apolo, la que tras haber abrevado sus corceles en el Melete de espesos junquerales, impulsa raudamente su carro, todo él de oro, a través de Esmirna, hasta Claros cubierta de viñedos, donde el del arco de plata, Apolo, está sentado a la espera de la certera flechadora, diseminadora de dardos.<sup>[9]</sup>

Las recientes excavaciones llevadas a cabo en Claros han sacado a la luz cerámica griega datada en c. 900 a. C., lo que indica que peregrinos griegos visitaban la fuente sagrada antes incluso de que se construyeran en el lugar los primeros edificios. La fuente se encontraba originalmente dentro del territorio de la Notio eolia, pero

también reclamaban tener derecho sobre ella los jonios de Colofón. Parece que los habitantes de Notio creían que el propietario original del oráculo había sido Mopso, cuyas raíces griegas eran eolias, mientras que los colofonios afirmaban que su primer profeta había sido Calcante, que era oriundo de la Argólida. Esa era la base de la legendaria disputa entre Calcante y Mopso. Cuando finalmente los colofonios absorbieron Notio, se apoderaron del santuario de Apolo. Sostenían además que su héroe, Calcante, no había muerto en Claros, sino que había marchado con los colofonios que habían fundado Siris en el sur de Italia, donde aún se conservaba su tumba.

Mileto, la única de las ciudades jonias mencionada por Homero, era la más importante de las integrantes de la Dodecápolis que estaba en el continente, y tenía fama de ser la más antigua de las colonias jonias y su potencia marítima más importante. Los milesios decían orgullosamente que su ciudad era «la primera establecida en Jonia y la metrópoli de muchas otras grandes ciudades del Ponto y de Egipto, y de varias partes más del mundo».<sup>[10]</sup>

Durante sus primeros años Mileto fundó un número de colonias mucho mayor que cualquier otra ciudad-estado del mundo griego, incluidas más de treinta en las costas del Ponto Euxino (el mar Negro) y en las proximidades del Helesponto y del mar de Mármara. Entre las colonias milesias fundadas en la ribera anatólica del Ponto a partir del siglo VIII a. C. estaban Sinope (la moderna Sinop), Ámiso (Samsun) y Trapezunte (o Trebisonda, la actual Trabzon), que hoy día son las tres ciudades más importantes de la costa del mar Negro que hay en Turquía. Además de la colonia de Abido, en el Helesponto, los milesios establecieron también un asentamiento en Cizico, en la costa asiática del mar de Mármara.

Mileto disfrutaba también de una posición privilegiada en Náucratis, el gran *emporion* o centro mercantil en el delta del Nilo fundado por los griegos en c. 610 a. C., donde los milesios establecieron una estación comercial fortificada llamada Milesionticos. En la fundación de Náucratis participaron otras once ciudades griegas, a saber, jonios de Samos, Quíos, Teos, Focea y Clazomenas, dorios de Rodas, Egina, Cnido, Halicarnaso y Fasélide, y eolios de Mitilene.

La rival en las iniciativas marítimas de Mileto era Focea, la más septentrional de las ciudades jonias, fundada al otro lado del río Hermo, en la península que forma el extremo norte del golfo de Esmirna. Fue establecida más tarde que las demás ciudades de la Dodecápolis, fundada por colonos procedentes de las ciudades jonias de Éritras y Teos, probablemente en el siglo VIII a. C. Su emplazamiento fue escogido por el excelente puerto natural del que disponía, el mejor de toda la costa egea de Anatolia.

Los foceos aprovecharon plenamente su magnífica localización para enviar misiones coloniales a ultramar, y en su primera empresa se asociaron a los milesios para fundar Ámiso, en la ribera anatólica del mar Negro. Luego, en 654 a. C. los foceos solos fundaron Lámpsaco, en la ribera asiática del Helesponto. En torno a 600

a. C. fundaron Masalia, la actual Marsella, con colonos que decidieron no quedarse ahí, sino fundar también Nicea y Antípolis, conocidas hoy como Niza y Antibes. Luego, en 560 a. C., los foceos fundaron Alalia, en Córcega, y por la misma época establecieron un asentamiento en Cerdeña, aunque no duró mucho. Se atrevieron incluso a adentrarse en el Atlántico y fundaron una colonia en Tartesos, cerca de la actual Sevilla.

Las ciudades jonias y eolias comerciaban con los lidios, cuya capital era Sardes, a unos ochenta kilómetros al este de Esmirna, en el valle del Hermo. La cerámica micénica encontrada en Sardes indica que los helenos habían penetrado en Lidia a finales de la Edad del Bronce, aunque parece que jonios y eolios no llegaron a Sardes hasta el siglo VII a. C.

Dos colonias llamadas ambas Magnesia fueron fundadas tierra adentro, más allá de donde se encontraban los demás asentamientos jonios. Una de ellas, Magnesia del Sípilo, se encontraba al noreste de Esmirna, al pie del monte Sípilo; la otra, Magnesia del Meandro, estaba al sureste de Éfeso, en el valle del río Meandro. Se decía que los fundadores de estas dos ciudades habían sido eolios procedentes de Magnesia, en el norte de Grecia, los llamados magnetes, que se suponía que se habían quedado en Asia Menor después de la guerra de Troya, y que probablemente estuvieran entre la mezcla de gentes que siguieron los pasos de Calcante y Anfíloco. Una inscripción descubierta en Magnesia del Meandro afirma que los fundadores de la ciudad fueron los primeros griegos que cruzaron a Anatolia.

El emplazamiento de Magnesia del Sípilo está ocupado hoy día por la ciudad turca de Manisa, nombre que es una corrupción de «Magnesia». La parte alta de la localidad está en las laderas del monte Sípilo, donde hay una curiosa peña que semeja una figura humana llamada «Níobe que llora». El primero en identificarla como tal fue Pausanias, que, al parecer, vivió en cierta ocasión en Magnesia del Sípilo: «A esta Níobe yo mismo la vi de cerca cuando subí al monte Sípilo. Esta de cerca es una roca escarpada, que no presenta ninguna forma de mujer, ni llorando ni en ninguna otra actitud; pero si te alejas un poco, creerás estar viendo a una mujer llorando y abatida».<sup>[11]</sup>

Según el mito, Níobe tuvo seis hijos y seis hijas. Todos ellos fueron muertos por Apolo y Ártemis, los gemelos, retoños de Leto, irritados con Níobe porque se había burlado de su madre, a la que reprochó haber tenido solo dos hijos, mientras que ella había engendrado doce. Homero cuenta la historia en el canto XXIV de la *Ilíada*, donde Príamo deplora la muerte de su hijo Héctor a manos de Aquiles, cuando este intenta persuadir al anciano de que cese en sus lamentos y tome un bocado. Aquiles recuerda a Príamo que Níobe había llorado la muerte de sus hijos durante nueve días, hasta que por fin fueron enterrados:

Entonces fue cuando se acordó del alimento, agotada de llorar.  
Y ahora Níobe en algún sitio entre rocas en los montes solitarios  
del Sípilo, donde dicen que están los cubiles de las divinas

Ninfas que en las riberas del Aqueloo brotan,  
convertida en piedra, rumia sus duelos por obra de los dioses.<sup>[12]</sup>

La migración de los dorios los llevó desde Lacedemón, en el centro del Peloponeso, hasta el otro lado del Egeo, a las islas de Creta, Rodas y Cos, y hasta Caria, en la costa suroccidental de Anatolia. Los dorios fundaron una confederación, originalmente llamada la Hexápolis o las Seis Ciudades, constituida por tres ciudades de Rodas —Lindo, Yáliso y Camiro—, una de Cos y dos de Caria, Halicarnaso y Cnido. Las ciudades del continente fueron establecidas en el extremo más suroccidental de Anatolia, con Cnido en la península situada entre Rodas y Cos, y Halicarnaso en la que queda justo al norte de Cos.

Las ciudades de la Liga Doria tenían su centro religioso y su punto de reunión en el Triopio, en la misma península en la que se encuentra Cnido. Halicarnaso acabó bajo la influencia de las ciudades jonias situadas más al norte, principalmente Mileto, lo que dio lugar a su expulsión de la Hexápolis, que pasó a denominarse Pentápolis o Cinco Ciudades.

Había también una colonia doria en Íaso, a medio camino entre Mileto y Halicarnaso. Las excavaciones han revelado que el lugar estaba habitado ya en el tercer milenio a. C. Se han descubierto restos de cerámica minoica y casas del período correspondiente a c. 1900-1550 a. C., así como cerámica micénica datada c. 1400-1200 a. C. Según la tradición, los primeros colonos dorios fueron argivos provenientes del Peloponeso, que llegaron en el siglo IX a. C.

Caria y Licia aparecen en el canto II de la *Ilíada*, en los últimos versos del catálogo de los troyanos, donde se comenta que Sarpedón y Glauco acaudillaban el contingente venido «de lejos, de Licia, de orillas del turbulento Janto».<sup>[13]</sup> El río Janto nace en los montes de Licia y desemboca en el Mediterráneo cerca de la ciudad de Kalkan. Tres de las ciudades más importantes de la Liga Licia se encuentran en el bajo valle del río —Tlos, Pinara y Janto—, y de las tres se conservan unas ruinas impresionantes.

Tlos probablemente sea el asentamiento más antiguo del valle del Janto. La ciudad se llamaba en lengua licia Tlawa, identificada con la *Dalawa* en tierras de *Lukka* mencionada en los archivos hititas del siglo XIV a. C. Esta fecha tan temprana ha sido confirmada por el hallazgo en este yacimiento de una pequeña hacha de bronce datada en el segundo milenio a. C.

El resto más notable de Tlos es un monumento funerario en forma de templo jónico, tallado en la ladera del barranco de la Acrópolis y llamado Tumba de Belerofontes. La tumba lleva este nombre por el relieve esculpido en la pared del pórtico. Dicho relieve muestra al héroe corintio Belerofontes montado en su caballo alado, Pegaso, regalo de su padre, Posidón. La tumba probablemente fuera construida para un príncipe de la familia real de Tlos que afirmaba descender de Belerofontes (habitualmente llamado en español Belerofonte), abuelo de los caudillos licios Sarpedón y Glauco. Según la mitología, Belerofontes llegó a Licia durante el reinado

de Ióbates, que le encargó la realización de una serie de hazañas relatadas en el canto VI de la *Ilíada*, la primera de las cuales fue matar a la Quimera:

Mandole, en primer lugar, a la tormentosa Quimera  
matar. Era esta de raza divina, no humana:  
por delante león, por detrás serpiente, y en medio cabra, y exhalaba la terrible furia de una ardiente  
llama.  
Pero logró matarla, fiado en los portentos de los dioses.<sup>[14]</sup>

Las ruinas de la antigua ciudad griega de Olimpo se encuentran medio sumergidas en la desembocadura de un río en la costa del este de Licia. El lugar está a veinte kilómetros al sur del monte Olimpo de Licia, en turco Tahtali Dağ, del que toma su nombre la ciudad de Olimpo. Al describir en el libro XIV de su *Geografía* la costa oriental de Licia, Estrabón dice: «Olimpo, una gran ciudad, y un monte del mismo nombre que también se llama Fenicunte».<sup>[15]</sup>

El monumento más impresionante de la ciudad es el pórtico de un templo romano; no hay ningún indicio de la divinidad a la que estaba dedicado, pero probablemente fuera Hefesto, dios de la fragua. Hefesto era el patrono de Olimpo y estaba asociado con la ciudad debido al fuego inextinguible que desde la Antigüedad lleva ardiendo en las estribaciones del monte Olimpo, que Plinio llama el monte Quimera. Según dice este autor: «En Licia... se encuentran la población de Simena, el monte Quimera, que arroja llamas por las noches, y la ciudad de Hefestio, también ella con montes que a menudo arrojan llamas. Allí estuvo la población de Olimpo».<sup>[16]</sup>

Desde la Antigüedad la Quimera ha sido identificada con el fuego inextinguible que sigue ardiendo en una de las colinas situadas al pie del monte Olimpo de Licia. Dicho monte es citado en el canto V de la *Odisea*, cuando Posidón, al regresar del país de los Etíopes, divisa a Odiseo a punto de alcanzar la isla de los feacios en la penúltima fase de su largo viaje de regreso a Ítaca.

La montaña de fuego, llamada en turco Yanar, es una zona quemada de unos cincuenta metros de diámetro, y las llamas salen de un agujero profundo de aproximadamente un metro de anchura y que apenas sobresale del suelo. Un equipo de científicos turcos estudió el Yanar y encontró rastros de metano, que sale a presión ya ardiendo, y si se intenta de cualquier modo apagar las llamas, estas vuelven a prender al cabo de unos segundos.

Los rodios también establecieron una colonia en Fasélide, en la costa oriental de Licia, al pie del monte Olimpo, separada de Panfilia por el golfo de Antalya. Según la tradición, Fasélide fue fundada en c. 690 por unos dorios de Rodas capitaneados por un héroe argivo llamado Lacio. Las gentes de Fasélide tenían fama por su habilidad en el comercio marítimo, y suya era una de las nueve ciudades que fundaron en el delta del Nilo, el *emporion* llamado Náucratis, la «Soberana del Mar».

Panfilia es una palabra griega que significa «país de todas las tribus». El nombre deriva de la tradición según la cual sus fundadores fueron la mezcla de gentes que

llegaron siguiendo las directrices de Calcante, Mopso y Anfíloco. Las principales ciudades panfilias de la Antigüedad eran, de oeste a este, Atalea (la moderna Antalya), Perge, Aspendo y Side. Atalea fue fundada en el siglo II a. C., mientras que las otras tres eran mucho más antiguas.

Los habitantes de Perge creían que su ciudad había sido fundada por Calcante y Mopso. En las paredes que rodean el patio interior de las puertas de la ciudad hay unas hornacinas que en otro tiempo contuvieron las estatuas de sus fundadores. Las excavaciones llevadas a cabo en 1953 recuperaron los pedestales de nueve de esas estatuas, que datarían del siglo II d. C. y que corresponderían a Calcante y a Mopso, así como a otros cinco personajes mitológicos, todos ellos oscuros, además de a un senador romano y su hijo. Las inscripciones de los dos primeros contienen dedicatorias al «fundador Calcante de Argos, hijo de Téstor» y al «fundador Mopso de Delfos, hijo de Apolo».<sup>[17]</sup>

Perge ha sido identificada con la «Parha» de los textos hititas. Los fragmentos de una carta real hitita, conocida desde hace ya bastante tiempo por los especialistas, hablan de un príncipe del suroeste de Asia Menor llamado Muksus, nombre que tal vez se refiera a Mopso. La inscripción en luvita y en fenicio grabada en una puerta neohitita de Karatepe, en el noreste de Cilicia, descubierta en 1946 señala que un príncipe llamado Azitawattas era de la familia real de Mukas y reinaba en Adana, en la llanura de Cilicia. Algunos estudiosos han identificado a «Mukas» con «Mopso», lo que indicaría, al parecer, que el adivino legendario era en realidad un personaje histórico. Posteriormente se han encontrado en la región otras tres inscripciones del mismo estilo. Todas datan del siglo VIII a. C., como cabría esperar de los monumentos neohititas, pero la carta, que originalmente se había pensado que databa de c. 1200 a. C., ha sido considerada últimamente anterior a 1400 a. C., fecha demasiado antigua para el adivino Mopso.

Aspendo es famosa por su teatro romano, conservado casi perfectamente, que fue construido en la ladera de la colina de la acrópolis. Las excavaciones realizadas en la acrópolis demuestran que el lugar fue ocupado por primera vez a finales de la Edad del Bronce. Según la tradición, Aspendo fue fundada por gentes de Argos, en el Peloponeso. Unas monedas acuñadas en Aspendo entre comienzos del siglo V a. C. y durante todo el siglo IV a. C. levan como nombre de la ciudad Estwediiya. Este nombre ha sido identificado con el del príncipe neohitita Azitawattas, de la «familia real de Muksus», lo que ha dado lugar a la teoría de que Aspendo fue fundada por la mezcla de gentes que acompañaban a Mopso, como afirmaba la tradición de la ciudad.

En su descripción de la costa este de Side, Estrabón dice que esta ciudad constituía la frontera marítima entre Panfilia y Cilicia. En la sección anterior de su *Geografía*, este autor explicaba que la costa de Cilicia situada a los pies de los montes Tauro estaba dividida en dos partes; una era la Cilicia Traquea o «escabrosa»,

una franja costera estrecha, rocosa e inhóspita; y la otra, más al este, era una región amplia y fértil llamada Cilicia Pediada o «llana», la Çukurova turca.

Cuando la carretera de la costa se adentra en la Cilicia Llana pasa ante las ruinas de la antigua Solos, que en tiempos de los romanos fue rebautizada Pompeyópolis. Solos era una de las ciudades griegas más antiguas de Cilicia, fundada como colonia rodia en c. 700 a. C. Estrabón toma nota de ello y dice que «es fundación de aqueos y rodios procedentes de Lindos».<sup>[18]</sup>

Es posible que los rodios se limitaran a refundar un asentamiento ya existente con anterioridad, pues, según la tradición, Solos fue una de las ciudades de Cilicia fundada por la mezcla de gentes después de la caída de Troya, pues Hesíodo dice en la *Melampodia* que «Anfíloco fue matado por Apolo en Solos».<sup>[19]</sup>

Después de Solos, la carretera de la costa pasa sucesivamente por las tres ciudades más grandes del litoral de Cilicia. Primero, al cabo de diez kilómetros, está Mersin; treinta kilómetros después está Tarso, y luego, después de un trayecto de otros cincuenta kilómetros, viene Adana. Las tres forman parte de la misma área metropolitana, con una población conjunta de más de tres millones de personas, que habitan en la que es considerada una de las regiones agrícolas más productivas del mundo, una auténtica cuna de la civilización. Las tres ciudades tienen raíces que se remontan a la época Neolítica, y durante el período neohitita formaban parte del reino llamado Kizzuwatna, cuyo soberano, como hemos visto, afirmaba pertenecer a la casa real de Mukas, que tal vez sea Mopso.

Veinticinco kilómetros al oeste de Adana hay un desvío a la derecha que permite acceder a la localidad de Yakapiñar, emplazamiento de la antigua Mopsuestia — nombre que significa «Hogar de Mopso»—, que según la tradición fue fundada por Mopso y la mezcla de gentes que lo acompañaron desde Troya. Las excavaciones llevadas a cabo en la colina de la acrópolis de Mopsuestia indican que el lugar fue ocupado por primera vez a mediados del segundo milenio a. C., y habría sido una de las ciudades del imperio hitita. Siguió siendo un lugar relativamente importante durante toda la Antigüedad y hasta comienzos del siglo XVI d. C., que controlaba un puente sobre el río Píramo en la ruta de las caravanas de Siria.

Al sur de Mopsuestia, en el delta formado por los ríos Seyhan y Ceyhan, se encuentran los restos de otras dos ciudades antiguas, Malo y Magarsa, que, según Estrabón, fueron fundadas por la mezcla de gentes. Según Arriano, su biógrafo, Alejandro Magno peregrinó a estos dos lugares justo antes de la batalla de Iso en 333 a. C.

Después del golfo de Iso, llamado hoy día golfo de Iskenderum, se llega al Hatay, la provincia turca que formó parte del mandato francés de Siria hasta 1938, cuando, a raíz de un plebiscito, fue traspasada a la República de Turquía. La capital del Hatay es Antakya, la antigua Antioquía, llamada en el período Helenístico Antioquía del Orontes, capital del reino selécucida fundado por Seleuco I Nicátor (que reinó de 312 a 281 a. C.). Estrabón dice que uno de los cuatro barrios de la ciudad estaba poblado

por la mezcla de gentes acaudilladas por el dios del grano Triptólemo, que fueron realojadas aquí por Seleuco:

Nicátor estableció aquí también a los descendientes de Triptólemo... Y por ese motivo los antioquenos lo veneran [a Triptólemo] como héroe y celebran una fiesta en su honor en el monte Casio, en las proximidades de Seleucia. Se dice que fue enviado por los argivos en busca de Ío, cuyo rastro se había perdido por primera vez en Tiro, y que anduvo errante por Cilicia; y que algunos de los argivos que lo acompañaban lo abandonaron allí y fundaron Tarso, mientras que el resto siguieron con él remontando toda la costa hasta que, desesperados, renunciaron a continuar la búsqueda y se quedaron con él en el valle del Orontes.<sup>[20]</sup>

La Seleucia mencionada por Estrabón es Seleucia de Pieria, el puerto de Antioquía, al norte de la desembocadura del Orontes. Se encuentra en las cercanías del Samandağ turco, el monte Casio de los antiguos, llamado por los árabes Jebel Akra, situado a unos cincuenta kilómetros al sur de Antioquía, que domina la zona fronteriza entre Turquía y Siria. Los hititas lo llamaban Hazzi y hacían allí sacrificios a los dioses de la montaña, y erigieron en su cima un templo de Zeus Casio, en el que habría estado el *heroon* de Triptólemo.

La antigua ciudad de Al Mina se encontraba en la desembocadura del Orontes, al pie del Samandağ o monte Casio. El lugar fue excavado en 1936 por Leonard Wooley, que lo identificó con una colonia eubea fundada poco antes de 800 a. C., en competencia directa con los fenicios. Como hemos visto, fue allí donde los eubeos adquirieron el alfabeto fenicio y lo transmitieron a todo el mundo griego, que lo utilizó para producir las primeras versiones escritas de la *Ilíada* y la *Odisea*.

Y así, en este remoto territorio fronterizo entre Turquía y Siria, donde, al parecer, la mezcla de gentes acabó su larga peregrinación desde Troya, el mito y los poemas épicos de Homero enlazan de nuevo con la historia gracias a los picos de los arqueólogos.

## TROYA DESPUÉS DE LA CAÍDA

Tras la caída de Troya c. 1200 a. C., el lugar permaneció casi deshabitado durante cerca de cinco siglos, hasta que fue ocupado de nuevo por griegos de estirpe eolia, que lo llamaron Ilión. Troya y la Tróade volvieron a entrar en la corriente de la historia, como señala Heródoto de Halicarnaso, nacido c. 490-485 a. C., poco después del inicio de las guerras médicas. Al comienzo de su *Historia* afirma la finalidad de su obra:

Esta es la exposición del resultado de las investigaciones de Heródoto de Halicarnaso para evitar que, con el tiempo, los hechos humanos queden en el olvido y que las notables y singulares empresas realizadas, respectivamente, por griegos y bárbaros —y, en especial, el motivo de su mutuo enfrentamiento— queden sin realce.<sup>[1]</sup>

El rey de los persas Ciro «el Grande» (r. 560/559-530 a. C.), fundador de la dinastía Aqueménida, conquistó Sardes, la capital de Lidia, en la cuenca alta del Meandro, en 546 a. C., y poco después sometió las colonias griegas de la costa occidental de Asia Menor, incluida Troya y las demás ciudades de la Tróade. Su tercer sucesor, Darío I (r. 522-486 a. C.) comenzó su reinado dividiendo sus vastos dominios en una veintena de satrapías o provincias, cada una de ellas administrada por un gobernador llamado sátrapa. La mayor parte de las ciudades griegas fueron incluidas en dos de esas satrapías, concretamente en Lidia, con capital en Sardes, en el alto valle del Hermo, y en Frigia, con capital en Dascilio, a unos ciento sesenta kilómetros de Troya.

Durante el décimo año de su reinado, en 512 a. C., Darío realizó una campaña contra los escitas, en el territorio que hoy día constituye el sur de Rusia. Hizo a su ejército cruzar el Bósforo en un puente de barcos, que los griegos de Bizancio desmantelaron cuando se marchó, y así, al término de la campaña, regresó a Asia cruzando por un puente de barcos a través del Helesponto, entre Sesto y Abido.

Las ciudades jonias de Asia Menor se sublevaron contra el dominio persa en 499 a. C. con el apoyo de los atenienses, que enviaron veinte naves en su ayuda, y de los eretrios, que contribuyeron con diez. Al comienzo de la sublevación los griegos capturaron Sardes e incendiaron la ciudad y sus templos antes de retirarse a la costa. Los persas encargados de administrar el feudo de Asia Menor acudieron en ayuda de Sardes y alcanzaron a los griegos antes de que lograran reembarcar en Éfeso, infligiéndoles graves pérdidas. Los atenienses y los eretrios regresaron a sus ciudades dejando a los jonios que siguieran con su revuelta solos. La guerra continuó hasta 494 a. C., cuando la flota jonia sufrió una derrota definitiva en la batalla de Lade, frente a las costas de Mileto, que posteriormente fue incendiada y arrasada por los persas.

Darío juró vengarse de los atenienses y los eretrios, y en 492 a. C. lanzó una campaña con la intención de invadir Grecia, que encomendó a Mardonio, el hijo de su hermana. Según Heródoto,

Mardonio, hijo de Gabrias... bajó a la costa acompañado de un numerosísimo ejército de tierra y abundantes tropas de marina... Se dirigió a marchas forzadas al Helesponto. Una vez que se hubo concentrado un cuantioso número de naves, así como un nutrido ejército de tierra, los persas cruzaron el Helesponto a bordo de sus navíos y emprendieron la marcha a través de Europa, teniendo como objetivo Eretria y Atenas.<sup>[2]</sup>

Cuando la flota persa contorneaba la península del monte Atos fue sorprendida por una violenta tempestad que causó el hundimiento de trescientas naves y la pérdida de más de veinte mil hombres. Al mismo tiempo el ejército de Mardonio encontraba una tenaz resistencia de las tribus tracias en Macedonia, de modo que tuvo que abortar la misión y conducir a sus maltrechas tropas de vuelta a Asia, «tras una desgraciada campaña».<sup>[3]</sup>

Al año siguiente Darío envió una nueva expedición contra Grecia, esta vez al mando del medo Datis. Datis iba «al frente de un ejército de tierra numeroso y perfectamente pertrechado... y con seiscientas trirremes», además de naves destinadas al transporte de las cabalgaduras de la caballería.<sup>[4]</sup> Tras someter la isla de Naxos y saquear Eretria, la flota se dirigió hacia el sur para atacar Atenas, desembarcando en la playa de la llanura de Maratón, situada a 42 kilómetros al norte de la ciudad. Al enterarse de su llegada, los atenienses marcharon a Maratón, donde infligieron a los persas una derrota total, tras lo cual Datis regresó con sus naves a Asia.

Darío murió en 486 a. C. y fue sucedido por su hijo Jerjes, que por entonces tuvo que hacer frente a una sublevación de Egipto. Su primo Mardonio, que había estado al mando de la expedición contra Grecia de 492 a. C., le convenció de que debía reanudar la guerra de su padre contra Atenas en cuanto sofocara la rebelión de Egipto.

Al describir los preparativos de Jerjes para la invasión de Grecia, dice Heródoto:

... En efecto, por espacio de cuatro años [484-481 a. C.] enteros a partir de la reconquista de Egipto, Jerjes estuvo preparando su ejército y todo lo necesario para el mismo; finalmente, a los cinco años, se puso en campaña con un enorme contingente de tropas. De hecho, que nosotros sepamos, de todas las expediciones militares, esta fue, con gran ventaja, la más importante.<sup>[5]</sup>

Según Heródoto, durante 483-481 a. C. los hombres de Jerjes abrieron un canal en el angosto istmo de la península del monte Atos, donde la flota persa había sido destruida por una tempestad en 492 a. C. Al mismo tiempo construyeron un puente de barcos a través del río Estrimón, en Macedonia, y depósitos para el almacenamiento de grano y de carne salada que el ejército necesitaría en su avance. Construyeron asimismo un doble puente de barcos a través del estrecho del Helesponto, uno más abajo para las bestias de carga dedicadas al transporte de víveres y pertrechos, y otro más arriba para que cruzaran la caballería y la infantería. En el extremo de la

península que queda en el lado europeo del Helesponto, la colonia ateniense de Eleunte (Elayunte) proporcionaba un fondeadero tranquilo justo dentro del estrecho, que los fenicios y otros integrantes de la flota persa utilizaron durante tres años como base antes de que Jerjes cruzara a Europa.

Poco después de que quedaran concluidos los dos puentes sobre el Helesponto, estos fueron destruidos por una gran tempestad. Heródoto dice que

... al tener noticias de ello, Jerjes montó en cólera y mandó que propinasen al Helesponto trescientos latigazos y que arrojaran al agua un par de grilletes... Jerjes, como digo, ordenó castigar al mar con esos correctivos, y, además, que les cortaran la cabeza a quienes habían dirigido la construcción de los puentes sobre el Helesponto.<sup>[6]</sup>

En la primavera de 481 a. C., cuando todo estuvo listo, Jerjes emprendió la marcha al frente de su ejército por el camino real que iba de Susa a Sardes, donde pasó el invierno. Al llegar la primavera reanudó la marcha, que lo llevó a la costa del Egeo, justo a la altura de Lesbos, y luego atravesando la Tróade llegó al Helesponto. Por el camino el ejército persa llegó al Escamandro, el primer río cuyo caudal se agotó sin lograr calmar la sed de hombres y bestias, según Heródoto, que a continuación cuenta que las tropas acamparon en la llanura troyana, y Jerjes aprovechó para ir en peregrinación a Pérgamo, la ciudadela de Troya:

Cuando Jerjes, repito, llegó al citado río [Escamandro], subió a la Pérgamo de Príamo con el deseo de visitarla. Después de haberla visitado y de haberse informado de todos los pormenores, mandó sacrificar mil vacas en honor de Atenea Iliada, y los magos ofrecieron libaciones a los héroes. Por cierto que, debido a esas ceremonias, una sensación de pánico se apoderó durante la noche del campamento. Al amanecer, el ejército abandonó aquella zona, dejando a mano izquierda, en el curso de su avance, las ciudades de Reteo, Ofrineo y Dárdano, que, precisamente, linda con Abido.<sup>[7]</sup>

Los dos puentes de barcos dispuestos para cruzar el Helesponto se hallaban en la parte más angosta del estrecho. El de la parte de arriba, destinado a la caballería y la infantería, quizá partiera de la punta de Abido (Punta Nağara), mientras que el situado más abajo, por el que debían cruzar las bestias de carga y la servidumbre, probablemente estuviera cinco kilómetros corriente abajo.

Cuando llegó a Abido, donde se había instalado con suficiente antelación una tribuna de mármol blanco a tal efecto, Jerjes pasó revista a su ejército y presenció un simulacro de batalla naval en el Helesponto entre los diversos contingentes de su flota. Luego, según Heródoto,

... al ver plagado de navíos todo el Helesponto, y atestados de soldados todas las playas y todos los campos de los abidenos, en ese momento Jerjes se consideró un hombre afortunado; pero, acto seguido, se echó a llorar. Al percatarse Artábano, su tío materno... que Jerjes se había echado a llorar, le dijo lo siguiente: «Majestad, ¡qué gran diferencia existe entre tu actitud de ahora y la de hace un instante! Primero, te consideraste un hombre afortunado, y, en estos momentos, estás llorando». «Es que —replicó Jerjes— me ha invadido un sentimiento de tristeza al pensar en lo breve que es la vida de todo ser humano, si tenemos en cuenta que, de toda esa cantidad de gente, no quedará absolutamente nadie dentro de cien años»<sup>[8]</sup>.

Heródoto continúa relatando el cruce del Helesponto, que comenzó al día siguiente al amanecer y prosiguió ininterrumpidamente a lo largo de siete jornadas:

Al rayar el sol, Jerjes efectuó en el mar una libación con una copa de oro y, dirigiéndose al sol, le rogó que, antes de llegar a los últimos confines de Europa, no le sucediera ningún grave contratiempo que le impidiese someterla. Y, terminada su plegaria, arrojó la copa al Helesponto, así como una cratera de oro y una espada persa.<sup>[9]</sup>

El ejército persa marchó hacia el sur a lo largo de la costa de Grecia, aunque durante algún tiempo le cortó el paso una fuerza espartana apostada en el desfiladero de las Termópilas, mientras la flota le seguía los pasos por mar, donde la fuerza naval de los aliados griegos le infligió daños significativos en la batalla del cabo Artemisio, frente a las costas de Eubea. Los atenienses abandonaron su ciudad y su flota permaneció en el estrecho situado entre la isla de Salamina y el continente, donde, mientras Jerjes observaba las operaciones sentado en un trono de piedra, los griegos infligieron una derrota sin paliativos a los persas, cuyas naves zarparon al día siguiente rumbo al Helesponto.

Al término de la batalla, Jerjes emprendió el viaje de regreso a Asia con la mayor parte de su ejército, dejando trescientos mil hombres escogidos al mando de Mardonio para que pasaran el invierno en Beocia. Al año siguiente los aliados griegos destruyeron por completo al ejército persa en la batalla de Platea, matando incluso a Mardonio. Al mismo tiempo (Heródoto dice que el mismo día), los griegos acabaron con la flota persa en la batalla del cabo Mícala, frente a la costa de Asia Menor. Los griegos de Jonia, apoyados por los atenienses, se sublevaron inmediatamente contra la dominación persa, restableciendo la libertad de sus ciudades. Estas batallas representan el comienzo triunfal del período Clásico de la historia de Grecia (479-323 a. C.), cuando Atenas llegaría al punto culminante de su gloria como adalid político e intelectual del mundo griego.

Atenas y las demás ciudades-estado griegas perdieron su independencia en agosto de 338 a. C., cuando fueron derrotadas por Filipo II de Macedonia en la batalla de Queronea. Durante el invierno siguiente Filipo invitó a los estados griegos a enviar representantes a un congreso celebrado en Corinto. Se creó así la Liga de Corinto, llamada también Liga Helénica, una confederación de estados griegos bajo la égida de Macedonia. El acuerdo fue ratificado por todos los estados griegos situados al sur de Macedonia, incluidas muchas islas, menos uno: esa única excepción fue Esparta. En su primera reunión, celebrada en el verano de 337 a. C., la federación concluyó formalmente una alianza con el estado de Macedonia, definido como «Filipo y sus descendientes».<sup>[10]</sup> Filipo fue elegido *hegemón* o caudillo por la comunidad, que a continuación declaró la guerra a Persia.

Filipo comenzó los preparativos para la guerra contra Persia, mediante la cual tenía el propósito de liberar las ciudades griegas de Asia Menor. Mientras tanto, la dinastía Aqueménida había conocido dos violentos cambios de régimen. El primero tuvo lugar en agosto de 338 a. C., cuando Artajerjes III fue asesinado y subió al trono Artajerjes IV. El segundo se produjo en la primavera de 336 a. C., cuando Artajerjes IV fue asesinado y lo sucedió Darío III.

Filipo envió una expedición preliminar a Asia Menor en la primavera de 336 a. C., poniendo a diez mil soldados a las órdenes de Parmenión, apoyados por la flota macedonia. Pero la expedición fue abortada ese mismo verano, cuando Filipo fue asesinado en Pella, la capital de Macedonia. Su hijo, Alejandro, que a la sazón contaba apenas veinte años, fue proclamado rey por el ejército.

La Liga de Corinto eligió *hegemón* a Alejandro, tras lo cual acordó apoyarlo para que llevara a cabo la cruzada planeada por su padre con el fin de liberar a los griegos de Asia Menor del yugo persa. La campaña de Alejandro dio comienzo dos años después y duró el resto de su corta vida. El relato de la campaña nos lo cuenta el historiador griego Arriano, ciudadano romano que escribió su obra a mediados del siglo II a. C., y entre sus fuentes habría que incluir los relatos de muchos de los hombres que acompañaron a Alejandro.

A comienzos de la primavera de 334 a. C., tras nombrar regente a Antípatro en Macedonia, Alejandro salió de Pella a la cabeza de su ejército y se dirigió al Helesponto. Arriano dice que la fuerza expedicionaria estaba compuesta por no más de «treinta mil hombres, entre infantes, tropas ligeras y arqueros, así como algo más de cinco mil jinetes», pero unos cálculos realizados recientemente elevan esas cifras a cuarenta y tres mil soldados de infantería y seis mil de caballería.<sup>[11]</sup> La flota macedonia, suministrada por la Liga de Corinto, constaba solo de ciento sesenta naves, una tercera parte del volumen de la marina fenicia, que era mucho más eficiente.

Según Arriano, el ejército de Alejandro tardó veinte días en llegar a Sesto, en la ribera europea del Helesponto, donde su general, Parmenión había cruzado a Abido con la caballería y la mayor parte de la infantería. Alejandro se llevó al resto de sus tropas a Eleunte, casi al extremo de la ribera europea del Helesponto, en la península de Galípoli, donde había un santuario dedicado a Protesilao, que, según dice Homero en el catálogo de las naves, fue el primero de los aqueos en morir en el sitio de Troya:

Y los que poseían Fílace y la florida Píraso,  
sagrado predio de Deméter, e Itón, madre de ganados,  
y la marítima Antrón y Pteleo, sobre un herboso lecho.  
Al frente de estos había estado el marcial Protesílaos  
en vida; mas entonces ya lo tenía en su seno la negra tierra.  
Su esposa se había quedado en Fílace con las mejillas arañadas  
y una casa a medio acabar. Un guerrero dárdano lo había matado,  
el primerísimo de todos los aqueos al saltar de la nave.<sup>[12]</sup>

Arriano dice que «con este sacrificio, Alejandro intentaba propiciarse una arribada más feliz que la que había tocado en suerte a Protesílaos».<sup>[13]</sup> Cruzó entonces el Helesponto y arribó al puerto Aqueo, donde Agamenón había varado sus naves durante el sitio de Troya. Según dice Arriano:

Sostiene la tradición más difundida que Alejandro arribó al puerto Aqueo procedente de Eleunte, y que la travesía la había hecho pilotando él mismo la nave capitana, y que una vez que estuvo en medio del

estrecho del Helesponto degolló un toro en honor de Posidón y vertió una libación al mar con una copa de plata en honor de las Nereidas...<sup>[14]</sup>

... [una vez en tierra] subiendo hasta Ilión, hizo un sacrificio en honor de Atenea troyana, y ofrendó al templo su armadura completa, y a cambio de ella tomó una de las armaduras dedicadas a la diosa desde la época de la guerra de Troya. Dicen, en efecto, que sus hipaspistas [guardia de corps] siempre le llevaban estas armas cuando Alejandro iba a primera línea de combate.<sup>[15]</sup>

Arriano continúa relatando cómo Alejandro y su íntimo amigo Hefestión fueron en peregrinación a las tumbas de Aquiles y de Patroclo respectivamente, sus heroicos predecesores: «Dicen unos que Alejandro impuso una corona sobre la tumba de Aquiles, y según otros también Hefestión hizo lo propio sobre la tumba de Pátroclo. Según se cuenta, Alejandro felicitó a Aquiles por haber tenido en Homero un heraldo que perpetuara eternamente su recuerdo, y por ello Aquiles podía considerarse en opinión de Alejandro el más afortunado de los hombres».<sup>[16]</sup>

Alejandro y sus tropas se reunieron luego con Parmenión y el resto del ejército en Arisbe, cerca de Abido, antes de proseguir la marcha, como señala Arriano: «Desde Ilión, pues, llegó Alejandro hasta Arisbe, donde estaba acampado el grueso de todo su ejército tras haber pasado el Helesponto, y al día siguiente se dirigió a Percote; al otro día abandonó Lámpsaco»,<sup>[17]</sup> que el año anterior había sido arrebatada a los griegos por el general persa Memnón. Cuando Alejandro se aproximaba a Lámpsaco salió a su encuentro una delegación de ciudadanos griegos de la localidad, que le convencieron de no entrar en ella, pues Memnón y sus tropas se habían retirado a Dascilio, cuartel general de Arsites, el sátrapa persa de Frigia. Alejandro se dirigió entonces al este siguiendo la costa del mar de Mármara hacia Dascilio.

Mientras tanto, Arsites había mandado una petición de ayuda a los otros dos gobernadores persas del Asia Menor occidental: Espitrídates, sátrapa de Jonia y Lidia, y Arsames, sátrapa de Cilicia, que se congregaron en Dascilio con sus tropas, incluidos algunos mercenarios griegos a las órdenes de Memnón. Los persas se atrincheraron en su campamento en la margen derecha del río Gránico, que Alejandro debía cruzar para atacar Dascilio.

Parmenión intentó convencer a Alejandro de que no llevara a cabo un asalto directo a través del río, dada la superioridad de la posición persa. Pero Alejandro ordenó a sus tropas cruzarlo y cargar contra los persas apostados en la margen derecha. El rey participó de lleno en el combate y mató a Mitrídates, el yerno del rey Darío, tras lo cual perdió su montura y a punto estuvo también de perder la vida en dos ocasiones. Finalmente los persas salieron huyendo después de sufrir graves daños y de que muchos perecieran, entre otros Espitrídates, que fue muerto cuando se disponía a descargar su alfanje contra Alejandro. Memnón logró sobrevivir y seguir luchando. Arriano dice que «Arsites huyó del combate hacia Frigia y allí murió, según se dice, suicidándose, por ser a los ojos de los persas el causante de la presente derrota».<sup>[18]</sup>

La imparable marcha y las conquistas de Alejandro lo llevaron hasta Transoxiana y el valle del Indo, desde donde regresó a Persia en el invierno de 324 a. C. Su fin

llegó la mañana del 10 de junio de 323 a. C., casi un mes antes de que cumpliera los treinta y tres años, cuando falleció después de permanecer gravemente enfermo durante diez días como consecuencia de una noche de juerga con sus compañeros.

Los griegos de Asia Menor se vieron por fin libres del yugo persa más de dos siglos después de haber sido conquistados por Ciro «el Grande», aunque no tardaría en ponerse de manifiesto que una vez más lo único que habían conseguido había sido cambiar de amo.

El período Helenístico de la historia de Grecia comienza con la muerte de Alejandro, y en esta época la cultura griega llegó a extenderse desde el Egeo hasta Afganistán y el valle del Indo. El vasto imperio de Alejandro se lo repartirían sus principales generales, los Diádocos o Sucesores, particularmente Antípatro, Antígono Monoftalmo («el Tuerto»), Lisímaco, Seleuco y Ptolomeo. Los Diádocos se enzarzaron en una serie de guerras interminables de unos contra otros que continuarían sus hijos, los Epígonos.

Ptolomeo se adelantó a sus colegas haciendo desaparecer los restos embalsamados de Alejandro, al que enterró con honores divinos en Menfis, construyéndole además una tumba grandiosa en Alejandría. Los Diádocos no tardaron en declararse la guerra unos a otros para expandir sus respectivos reinos, en un conflicto generalizado que se prolongó por espacio de más de cuarenta años, durante los cuales las ciudades griegas de Asia Menor no serían más que meros peones en la lucha por la supremacía.

Antípatro, que había sido nombrado por el propio Alejandro regente en Macedonia, siguió dominando toda Grecia excepto Tracia, y cuando murió en 319 a. C. lo sucedió su hijo Casandro. Tracia y el noroeste de Asia Menor, incluidas Troya y la Tróade, quedaron bajo la autoridad de Lisímaco, Antígono gobernaría Frigia y el oeste de Asia Menor, Seleuco se convirtió en sátrapa de Babilonia, y Ptolomeo en sátrapa de Alejandría.

Ptolomeo gobernó de 323 a 283/282 a. C., y en 304 a. C. se proclamó rey de Egipto, título que heredó su hijo y sucesor, Ptolomeo II Filadelfo y luego todos sus sucesores de la dinastía ptolemaica hasta Cleopatra, que murió en 30 a. C., cuando Egipto había sido ya conquistado por Roma. En su momento de mayor esplendor el reino de los Ptolomeos llegó a extenderse más allá de Egipto, e incluiría Libia, Etiopía, Arabia, Fenicia, Celesiria (la Siria Hueca o meridional), el sur de Asia Menor y algunas islas del Egeo.

Seleuco se proclamó rey en 312 a. C. con el epíteto de Nicátor («Vencedor»). Acabó aliándose con Lisímaco contra Antígono, que intentaba reunificar el imperio de Alejandro bajo la autoridad de su hijo Demetrio Poliorcetes («Sitiador de Ciudades»). Los aliados derrotaron a Antígono en 301 a. C. en la batalla de Ipsos, en Frigia, acabando con su reino de Asia Menor, aunque luego su hijo Demetrio se convertiría en rey de Macedonia. Después Seleuco derrotó y mató a Lisímaco en la batalla de Corupedio, cerca de Magnesia del Meandro, en Jonia. Esta victoria puso en

manos de Seleuco el control de Asia Menor, de modo que su reino pasó así a extenderse desde el Egeo hasta el Indo.

Poco después, cuando ese mismo año invadió Tracia, Seleuco fue asesinado por Ptolomeo Cerauno («el Rayo»), hermanastro de Ptolomeo II Filadelfo. Seleuco fue sucedido por su hijo Antíoco I Sóter («el Salvador»), que renunció a las ambiciones de su padre en Occidente y centró su atención en Anatolia y Siria.

Entre tanto, Demetrio Poliorcetes había sido sucedido como rey de Macedonia por su hijo Antígono II Gónatas. De ese modo en 281 a. C. cuarenta y dos años después de la muerte de Alejandro, su imperio había quedado dividido principalmente en tres partes, dos de ellas gobernadas por Epígonos, hijos de los Diádocos, y la tercera por un nieto de estos, Antígono II. Finalmente todos estos reinos y los que los sucedieron en Anatolia fueron absorbidos por Roma e incorporados a la provincia romana de Asia, creada en 129 a. C.

Mientras, la antigua ciudad de Troya, que pasó a llamarse Ilión durante el período Helenístico (*Novum Ilium*, en latín), siguió siendo un lugar de peregrinación, que visitaron o al que enviaron regalos todos los conquistadores que dominaron la parte occidental de Asia Menor, desde Jerjes, Alejandro y los Diádocos hasta los romanos. Estos consideraban la Troya homérica la antepasada de Roma, que había sido fundada por Eneas, caudillo de los dardanos, hijo de Anquises y Afrodita. La familia Julia, a la que pertenecía la dinastía imperial Julio-Claudia, remontaba sus orígenes a Julo, hijo de Eneas.

Estrabón dedica la mayor parte del libro XIII de su *Geografía* a Troya y la Tróade, incluyendo un relato de la historia de la antigua ciudad y de la comarca circundante.

El emplazamiento de la antigua Troya fue identificado por la mayor parte de los autores griegos antiguos con la ciudad helenística de Ilión, en la llanura troyana, a unos cinco kilómetros al sur del Helesponto y a otros cinco, tierra adentro, del Egeo. Pero Estrabón sostenía que la ciudad homérica se encontraba a unos cinco kilómetros y medio más al interior. Estrabón seguía en este punto a Demetrio de Escepsis (*fl. c.* 214 a. C.), antigua ciudad de la Tróade, que escribió una obra en treinta libros sobre los apenas sesenta versos del canto II de la *Ilíada* que contienen el catálogo de los troyanos. Demetrio dice que Troya fue destruida por completo al final de la guerra y que no volvió a ser reconstruida, y que Ilión no era la ciudad homérica, sino que esta se encontraba en un lugar unos cinco kilómetros y medio más hacia el interior que llama *Iliéon kóme*, «Aldea de los ilieos».

Estrabón dice que Ilión fue restaurada por Lisímaco, que dominó el noroeste de Asia Menor tras la caída de Antígono, en cumplimiento, al parecer, de una promesa que había hecho a Alejandro:

Después de su muerte [de Alejandro] Lisímaco se preocupó especialmente de la ciudad y le construyó un templo, la rodeó con una muralla de unos cuarenta estadios y formó un sinecismo incorporándole las ciudades de alrededor, viejas y ya en ruinas, y esto lo hizo cuando ya se había preocupado también de Alejandría, ciudad que Antígono había fundado antes y a la que había llamado Antigonea, pero que luego

cambió su nombre, pues parecía un signo de veneración que los sucesores de Alejandro fundaran primero ciudades con el nombre de este y después ciudades con sus nombres. Y ciertamente la ciudad perduró y alcanzó un gran auge; en la actualidad acoge una colonia de los romanos y está entre las ciudades famosas. [19]

Alejandría, que pasaría a llamarse Alejandría de Troya, fue construida a orillas del Egeo más o menos a medio camino entre el Helesponto y el cabo Lecton, el promontorio más suroccidental de la Tróade. Durante el período Helenístico Alejandría de Troya se convirtió en la ciudad más rica y populosa de la Tróade, pues su estratégica posición cerca de la entrada del Helesponto hacía de ella un puerto muy conveniente. Durante el reinado de Augusto (r. 27 a. C.-14 d. C.), se estableció allí una colonia romana, que alcanzó la cima de su prosperidad en tiempos de Adriano (r. 117-138 d. C.), como ponen de manifiesto el enorme gimnasio y las termas construidas durante este reinado por Herodes Ático, los principales monumentos que aún se conservan de Alejandría de Troya.

A mediados del siglo I d. C. había empezado a congregarse en Alejandría de Troya un pequeño número de cristianos, una de la veintena —como mínimo— de comunidades de este tipo que sabemos que se formaron por aquella época en Asia Menor. Esas comunidades cristianas primitivas son mencionadas en los *Hechos de los apóstoles*, por los que sabemos que san Pablo visitó Alejandría de Troya en dos ocasiones durante sus viajes de misión, probablemente durante los años 48 y 53.

Alejandría de Troya seguía siendo una ciudad importante a comienzos de la época bizantina, cuando se tiene constancia de que poseía el rango de sede episcopal. Pero finalmente desapareció de las páginas de la historia, como la mayoría de las demás ciudades antiguas de la Tróade. Acabó convertida en un montón de ruinas, tan espectaculares que muchos de los primeros viajeros llegaron a confundir Alejandría de Troya con Troya. Durante la época turca el lugar pasó a llamarse Eski Stamboul (Vieja Estambul), nombre por el que sigue siendo conocida.

Julio César, que afirmaba ser descendiente directo de Eneas, visitó Troya en 48 a. C. y concedió a la ciudad inmunidad fiscal. El poeta latino Lucano dice en su *Farsalia*, escrita en el siglo I d. C., que César visitó el emplazamiento de Troya, destruido en 86 a. C. por el general romano rebelde Fimbria:

Gira una visita a lo que solo es ya nombre memorable de la abrasada Troya y busca las anchas huellas de la muralla de Febo. Ahora matojos estériles y troncos podridos en su madera agobian el palacio de Asáraco y ocupan con sus raíces ya gastadas los templos de los dioses, y Pérgamo se halla en su totalidad cubierta de malezas: incluso las ruinas han desaparecido.<sup>[20]</sup>

Según Walter Leaf, la visita de Julio César a Troya fue «el comienzo de una nueva era de prosperidad para Troya»:<sup>[21]</sup>

Durante muchas generaciones los romanos colmaron a la ciudad de privilegios fiscales y religiosos, e hicieron de ella lo que no había sido nunca su antepasada, una ciudad realmente grande. La vieja ciudad del Hissarlik se convirtió solo en la acrópolis; la ciudad propiamente dicha se extendió mucho más allá por la llanura hacia el noreste... Corrieron rumores de que primero Julio César y luego Augusto habían contemplado la idea de hacer de ella la capital de todo el imperio romano... Nerón extendió los privilegios de la ciudad; Adriano la visitó en 124 [d. C.] e indudablemente dejó huellas de su visita en los nuevos

edificios; Antonino Pío confirmó sus privilegios, y parece que Marco Aurelio inauguró unos nuevos juegos religiosos verdaderamente espléndidos. En 214 Caracalla se imaginó que era un nuevo Alejandro corriendo alrededor de los túmulos de los héroes y erigiendo una gran estatua de bronce de Aquiles.<sup>[22]</sup>

Una vez convertido en emperador en solitario en 324, Constantino «el Grande» decidió establecer su nueva capital cerca de Troya, en el promontorio de Sigeo, que se asoma a las aguas del Egeo. Pero no tardó en cambiar de idea y eligió la ciudad de Bizancio, en el Bósforo, que fue reconstruida y engrandecida en 330, convirtiéndose en Constantinopla. Constantino hizo del cristianismo la religión oficial de su reino, que por aquel entonces pasó a ser llamado imperio bizantino. El hijo y sucesor de Constantino, Constancio, continuó la política procrisiana de su padre y en 356 promulgó un edicto por el que se mandaba cerrar todos los templos paganos del imperio y se prohibían las prácticas paganas.

El sucesor de Constancio, Juliano «el Apóstata» (r. 361-364), hijo de un hermanastro de Constantino, expresó claramente su adhesión al paganismo en cuanto fue nombrado emperador. Promulgó diversos decretos que permitían la observancia pública de todas las ceremonias religiosas, paganas, cristianas y judías. Cuando reorganizó el gobierno, excluyó a los cristianos de todos los nombramientos, influyendo en muchos para que renunciaran a sus cargos. Pero a su muerte en 364 el cristianismo volvió a ser proclamado religión oficial del estado y siguió siendo así durante todo el resto de la historia bizantina.

Seis años antes de que Juliano fuera nombrado emperador, cuando solo ostentaba el título de César, visitó Troya. Según una carta del propio Juliano, su guía fue el obispo cristiano Pegasio, que le mostró «un *herôon* de Héctor donde se levanta una estatua de bronce en una pequeña capilla. Frente a esta habían colocado al aire libre al gran Aquiles».<sup>[23]</sup> El emperador se sorprendió al constatar que seguía ardiendo el fuego en el santuario de Héctor, y cuando preguntó por ello a Pegasio, el obispo respondió: «¿Y qué tiene de extraño que rindan culto a un hombre bueno, conciudadano suyo, lo mismo que nosotros a los mártires?».<sup>[24]</sup>

Juliano pidió entonces que lo llevaran al templo de Atenea, y Pegasio así lo hizo, y también al Aquileo, esto es, la tumba de Aquiles:

Y él con todo su afán me condujo y me abrió el templo y, como tomándome por testigo, me enseñó todas las estatuas cuidadosamente conservadas... Me acompañó también al Aquileion y me enseñó la tumba conservada y con mucha piedad se acercó a ella, aunque me habían convencido de que había sido demolida por él. Eso lo he visto yo mismo y he oído a quienes ahora son sus enemigos que a escondidas invocaba y adoraba a Helios.<sup>[25]</sup>

Prácticamente no se sabe nada de la historia ulterior de *Novum Ilium*. El emperador erudito Constantino VII Porfirogeneta (r. 911-959) comenta en su libro sobre la organización del estado bizantino que la mayor parte de las ciudades de la Tróade son sedes episcopales, y entre ellas cita Adramitene, Aso, Gárgara, Antandro, Alejandría de Troya, Ilión, Dárdano y Lámpsaco, mientras que Pario era un arzobispado.

En su libro sobre la Tróade (1973), J. M. Cook incluye una recapitulación de las monedas encontradas en el sitio de Ilión, que se creía que había sido abandonado a raíz de un terremoto devastador en torno al año 500:

El catálogo de las monedas del yacimiento de Troya nos proporciona una estadística. En dicho catálogo encontramos casi ciento veinte monedas que cubren medio siglo hasta el año 450, seis del período 457-518, y una de Justiniano [r. 527-565]; los cuatro siglos y medio siguientes están representados por una sola moneda de comienzos del siglo IX, prueba suficiente de que la vida de la ciudad había llegado a su fin.<sup>[26]</sup>

Y así la antigua ciudad de Troya desapareció de la historia, hasta que fue redescubierta por los viajeros europeos y luego desenterrada por los arqueólogos, revelada en estratos sucesivos que se remontarían a la época de Homero e incluso más atrás, hasta la más primitiva ocupación del lugar en la noche de los tiempos.

## EL REDESCUBRIMIENTO DE LA ANTIGUA TROYA

El emplazamiento en general de Troya no fue olvidado nunca, y los relatos de los primeros viajeros demuestran que seguía hablándose de las ruinas de Ilión como de la ubicación de la ciudad homérica, aunque probablemente lo que vieran fueran los restos más impresionantes de Alejandría de Troya.

El más curioso de todos esos primitivos viajeros fue el humanista y coleccionista de antigüedades Ciríaco de Ancona (1391-1453/5). Ciríaco pertenecía a una destacada familia de comerciantes de Ancona, y se embarcó en su primer viaje a la edad de nueve años en compañía de su tío materno. Al principio sus viajes se debieron a motivos relacionados con los negocios de la familia, pero luego los llevó a cabo para satisfacer su propia curiosidad, llegando a recorrer todo el Mediterráneo oriental y a registrar en su diario descripciones detalladas de muchos monumentos antiguos, ilustrados con dibujos de su propia mano, y textos copiados de inscripciones antiguas en griego y en latín.

Ciríaco efectuó su primer viaje a Constantinopla en 1418 y el segundo en 1425. En el ínterin fue empleado por el sultán otomano Murat II en su infructuoso asedio de Constantinopla en 1422. Exploró la Tróade y la costa asiática del mar de Mármara en 1431 y 1444. En este último viaje, tras recorrer la llanura troyana, Ciríaco tomó un barco en Imbros y vio la cumbre del monte Fengari, que domina Samotracia. Esto le recordó el pasaje del canto XIII de la *Iliada* en el que Posidón contempla los combates que se desarrollan sobre la llanura troyana desde la cima más alta de Samotracia, que Homero llama Samos de Tracia. Ciríaco anotó esta observación en su ejemplar de la *Geografía* de Estrabón, conservada hoy día en la Eton College Library, pues era una prueba más de que el poema de Homero se basaba en la topografía real de la llanura troyana y sus alrededores.

Ciríaco fue luego a trabajar de nuevo para Murat II, esta vez como profesor de latín y griego de su hijo Mehmet, que sucedería a su padre en 1451 como sultán con el nombre de Mehmet II cuando apenas tenía diecinueve años. Mehmet puso sitio a Constantinopla y la conquistó en 1453, poniendo así fin a la larga historia del imperio bizantino. Ciríaco estaba todavía con Mehmet durante el asedio y quizá se quedara en la ciudad por un breve espacio de tiempo tras la conquista, cuando Mehmet empezó a transformar Constantinopla en Estambul, la nueva capital otomana. Pero Ciríaco se retiró por fin a Cremona, donde murió al cabo de dos años.

Parece que Ciríaco enseñó a Mehmet a leer a Homero, lo que llevó al sultán a visitar Atenas y Troya en el curso de sus campañas de conquista. Un contemporáneo

suyo, el biógrafo griego Cristóbulo de Imbros, describe la visita del sultán a Troya en 1462:

El sultán Mehmet paseó por la periferia de la ciudad, inspeccionó sus ruinas, vio sus ventajas topográficas y su favorable posición cerca del mar y enfrente del continente. Luego pidió que le mostraran las tumbas de los héroes, Aquiles, Héctor y Áyax, y de otros grandes conquistadores anteriores a él, y realizó sacrificios ante la tumba de Aquiles, felicitándolo por sus grandes hazañas y por haber contado con el poeta Homero para cantarlas. Entonces, según se dice, pronunció estas palabras: «Es a mí a quien Alá ha concedido el privilegio de vengar a esta ciudad y a su pueblo... En efecto, fueron los griegos los que devastaron esta ciudad y han sido sus descendientes los que después de tantos años me han pagado la deuda que su orgullo ilimitado había contraído con la gente de Asia y por lo tanto con nosotros».<sup>[1]</sup>

Uno de los primeros viajeros europeos que buscaron el emplazamiento de la antigua Troya fue Richard Pococke, que exploró el noroeste de la Tróade en julio de 1740. J. M. Cook dice que Pococke «buscó en el interior los emplazamientos de Ilión y de la Troya homérica; y reconoció sin demasiado convencimiento los túmulos de las tumbas de Áyax, Aquiles y otros héroes».<sup>[2]</sup>

Los modernos estudios topográficos de la Tróade suele decirse que empiezan con Jean-Baptiste Le Chevalier, quien en noviembre de 1785 visitó por primera vez la región con la *Ilíada* en la mano. Durante esta visita Le Chevalier se convenció de que el emplazamiento de Troya no estaba cerca del mar Egeo, sino más en el interior, en el valle del Escamandro, en un lugar al pie del Ballı Dağ («el Monte de la Miel») llamado Bunarbashi o Pınarbaşı en turco moderno, que significa «Fuente de los Manantiales». Los manantiales epónimos reciben en la localidad el nombre de Kırk Göz o los «Cuarenta Ojos», que, según creía Le Chevalier, eran los manantiales de agua fría y caliente de Troya mencionados por Homero. La cita en cuestión se encuentra en la dramática escena del canto XXII de la *Ilíada* en la que Aquiles persigue a Héctor, quien intenta huir dando vueltas alrededor de las murallas de Troya.

Edward Daniel Clarke, alumno del Jesus College de Cambridge, discrepaba de la opinión de Le Chevalier y no pensaba que Bunarbashi fuera el emplazamiento de la Troya homérica. En compañía de su discípulo John Martin Cripps pasó quince días recorriendo la Tróade en marzo de 1801, llegando en sus viajes hasta el Kurşunlu Dağ, el sitio en el que se había levantado la antigua Escepsis, y subió luego al monte Ida. En el curso de esta expedición, según J. M. Cook, «mediante la precoz aplicación de buenos métodos arqueológicos Clarke y Cripps descubrieron el emplazamiento de Ilión».<sup>[3]</sup> Clarke narró su hallazgo en el segundo tomo de sus *Travels in Various Countries of Europe, Asia and Africa* (1812).

El lugar recibía entre los habitantes de la zona el nombre de Hisarlik, «la Fortaleza», debido a las ruinas de murallas que había en él, situado en el extremo occidental de una cresta de poca altura a unos seis kilómetros de distancia del mar Egeo, al otro lado de la llanura troyana. Cuando Clarke y Cripps visitaron la zona, los lugareños se dedicaban a llevarse los sillares de las antiguas murallas, que utilizaban para construir sus propias casas. Clarke llegó a la conclusión de que aquella «antigua

fortaleza en esa eminencia del terreno, rodeada por todas partes por una llanura, eran a todas luces los restos de la Nueva Ilión».<sup>[4]</sup>

La primera excavación arqueológica real llevada a cabo en la Tróade fue la del coleccionista de antigüedades Johann Georg von Hahn, cónsul general de Austria en Grecia oriental establecido en Siros. Convencido por los argumentos de Le Chevalier de que Bunarbashi era el emplazamiento de la Troya homérica, Von Hahn llevó a cabo una serie de excavaciones en la cima del Ballı Dağ durante la primavera de 1864. Sacó a la luz una fortaleza, pero se sintió muy frustrado cuando descubrió que databa de período Clásico y no de finales de la Edad del Bronce. Amplió sus excavaciones a las laderas del Ballı Dağ, en dirección a Bunarbashi, pero no logró encontrar el menor rastro de una ciudad baja de Troya, por lo que abandonó el proyecto y regresó a Siros. J. M. Cook dice que Von Hahn quedó tan decepcionado que «llegó a la conclusión de que nunca había existido una Troya histórica y de que el relato de la *Ilíada* era una antigua saga nórdica».<sup>[5]</sup>

Charles Maclaren, geólogo de afición y fundador de *The Scotsman*, el periódico nacional de Escocia, escribió en 1822 una tesis titulada *A Dissertation on the Topography of the Plain of Troy*, en la que sostenía que el emplazamiento de la Troya homérica debía ser el mismo que el de Ilion y el de Nueva Ilión. La tesis de Maclaren tenía una base sólida apoyada en fuentes antiguas, pero no había estado nunca en la Tróade y su estudio no recibió demasiada atención.

Maclaren no visitó la llanura troyana hasta 1847, y en 1863, a los ochenta años, finalmente publicó la obra que consiguió para su teoría la amplia atención que merecía: *The Plain of Troy Described*, que, como señala J. M. Cook, «promovía la teoría del Hisarlık al mismo tiempo que las excavaciones de Von Hahn hundían las del lugar propuesto por Le Chevalier».<sup>[6]</sup>

La primera excavación en el montículo del Hisarlık fue obra de Frank Calvert, perteneciente a una familia que había vivido en la Tróade desde comienzos del siglo XIX. La familia Calvert poseía una finca llamada Thymbra Farm en Akça Köy, a unos ocho kilómetros de Hisarlık remontando el curso del Escamandro. Frederick, el hermano de Frank, fue el cónsul inglés en Çanakkale entre 1846 y 1862, mientras que su hermano James era el cónsul norteamericano, cargo que pasaría luego a Frank. Calvert había creído al principio en la teoría de Le Chevalier, según la cual la Troya homérica estaba en Ballı Dağ, y había ayudado a Von Hahn en sus excavaciones. Pero el resultado de estas llevó a Calvert a cambiar de opinión en 1864 y a volver su atención hacia el Hisarlık, especialmente tras leer la tesis de Charles Maclaren, que indudablemente conoció a los Calvert cuando visitó por primera vez la Tróade en 1847. Calvert había llevado a cabo un sondeo preliminar en el Hisarlık que indicaba la existencia de numerosos restos antiguos en el montículo.

Frank Calvert compró un terreno en la mitad septentrional del montículo del Hisarlık en 1865 y empezó a excavar en él con la esperanza de encontrar la Troya de Homero. Cavó cuatro zanjas, descubriendo los restos de lo que llamó el «templo de

Atenea» y la muralla «Iisimáquea», sacando a la luz restos de cerámica romana, helenística y prehistórica. Debajo del templo de Atenea descubrió también estratos que databan de la Edad del Bronce directamente.

Calvert sabía que una excavación sistemática del lugar iba a requerir más fondos de los que disponía. En 1853 había conocido a Charles Newton, del Museo Británico, que posteriormente excavaría el famoso Mausoleo de Halicarnaso. Por entonces Calvert acompañó a Newton a Bunarbashi y a Hisarlık como posibles emplazamientos de Troya. Descartaron Bunarbashi porque no lograron encontrar fragmentos de cerámica antigua a nivel superficial, pero en Hisarlık Calvert mostró a Newton las murallas y otros restos todavía visibles en el montículo y concluyeron que efectivamente aquel era un posible emplazamiento de la ciudad homérica. Mantuvieron una correspondencia regular y cuando Calvert comunicó a Newton los resultados de su prospección en el Hisarlık de 1863 esbozaron un plan para obtener el respaldo del Museo Británico a su proyecto, pero al final no se llegó a nada. El proyecto quedó por tanto a disposición de Heinrich Schliemann, quien visitó la Tróade por primera vez en agosto de 1868.

Heinrich Schliemann (1822-1890) cuenta en el capítulo autobiográfico inicial de su libro *Ilios, the City and Country of the Trojans* (1880) que cuando tenía ocho años leyó por primera vez algo acerca de Homero y que decidió que un día excavaría Troya. Cuando llegó a la edad adulta, dedicó algunos años a los negocios con el fin de acumular dinero suficiente para poder hacer realidad aquel sueño infantil.

Cuando Schliemann llegó a la Tróade empezó por excavar zanjas exploratorias en el lugar conjeturado por Le Chevalier, Ballı Dağ. Los resultados fueron insatisfactorios, pero entonces conoció a Frank Calvert, que le convenció de que el Hisarlık era el emplazamiento de la Troya homérica. Como decía Schliemann en su primer libro, *Ítaca, el Peloponeso y Troya* (1869), «tras examinar cuidadosamente la llanura troyana en dos ocasiones, estuve plenamente de acuerdo con las convicciones de este sabio [Calvert], que opina que la meseta del Hisarlık corresponde al emplazamiento de la antigua Troya, y que ese cerro es el lugar en el que se erguía su Pérgamo».<sup>[7]</sup>

Schliemann relata la primera vez que exploró el cerro del Hisarlık el 14 de agosto de 1868, cuando Frank Calvert estuvo enseñándole el paraje:

El lugar coincide por completo con la descripción que hace Homero de Ilión y añadiré que, en cuanto se pisa la llanura troyana, la visión del hermoso cerro de Hisarlık lo llena a uno de asombro. Esa colina parece destinada por la naturaleza a sustentar una gran ciudad... No hay otro lugar en toda la región que se le compare.<sup>[8]</sup>

Schliemann pasó en Estados Unidos todo el año 1869, pero volvió a la Tróade en compañía de Sophia, su esposa griega, en abril de 1870, para hacer una excavación preliminar en el montículo de Hisarlık. A continuación, entre 1871 y 1873 llevó a cabo tres grandes campañas de excavación, cada una de unos tres meses de duración, empleando de ochenta a ciento sesenta operarios, todos ellos griegos de las aldeas de

la comarca, principalmente de Yeışehir, en griego Neochorio, términos ambos que significan «Pueblo Nuevo», aunque la localidad tiene unos dos mil años de antigüedad.

Carl Blegen, que excavó el montículo de Hisarlık entre los años 1932 y 1938, describe las primeras excavaciones llevadas a cabo allí por Schliemann en 1871-1873, empezando por la enorme zanja que todavía divide el yacimiento arqueológico:

Schliemann no tardó en descubrir que la acumulación de escombros que formaban el cerro de Hisarlık antes de las excavaciones tenía una profundidad enorme, más de quince metros. Como partía de la idea, tomada de Homero, de que la ciudad de Príamo era el asentamiento establecido originalmente en la colina, pensó que sus ruinas debían de estar en el fondo de aquel gigantesco acúmulo. Así pues, Schliemann decidió abrir una zanja grandísima, de unos cuarenta metro de anchura, directamente en medio del montículo, de norte a sur, y retirar todo lo que encontrara en esa zona que hubiera sido superpuesto al estrato inferior.<sup>[9]</sup>

Durante las excavaciones de 1871-1873 Schliemann se percató enseguida de la estratificación del yacimiento y logró identificar cuatro estratos sucesivos, que llamo «Ciudades», por debajo de la Ilión helénica. Afirmó que la Troya homérica era el segundo estrato a partir del último, una capa de tierra quemada que creyó que eran los restos de la ciudad de Príamo destruida por el ejército de Agamenón.

Pero había dos grandes objeciones a la teoría de Schliemann. La primera era la poca extensión de la ciudad que había identificado con la Troya homérica, que tenía solo noventa metros de diámetro. La segunda objeción la planteó Frank Calvert en un periódico de Estambul, *The Levant Herald*, el 4 de febrero de 1873, donde señalaba que

... falta un eslabón importantísimo entre 1800 y 700 a. C., un hueco de más de mil años en el que se inscribe la fecha de la guerra de Troya, 1193-1184 a. C., pues no se han encontrado todavía restos de una época intermedia entre la que presuponen los instrumentos de piedra prehistóricos y la de la cerámica de estilo arcaico.<sup>[10]</sup>

Cuatro meses después, casi al final de la temporada de excavaciones de 1873, Schliemann hizo el primero de los varios descubrimientos de tesoros antiguos que llegó a encontrar, conocido como el «Gran Tesoro» o el «Tesoro de Príamo», que, según dice, localizó en la «Casa del Rey de la Ciudad».<sup>[11]</sup>

El «Gran Tesoro» contenía una colección de joyas que pasaron a denominarse las «Joyas de Helena», incluida una magnífica diadema de oro, unos pendientes y un collar igualmente de oro, que Sophia aparece luciendo en una famosa fotografía tomada después de que Schliemann se llevara de contrabando el «Gran Tesoro» a Atenas, cosa que irritó sobremanera a las autoridades turcas, que, cuando solicitó permiso para reanudar las excavaciones, se lo negaron. Hasta 1876, tras pagar una cantidad enorme de dinero como soborno, no pudo regresar a la Tróade para llevar a cabo dos nuevas grandes temporadas de excavaciones en 1878-1879.

Durante esas dos campañas Schliemann examinó más a fondo los estratos del Hisarlık e identificó otras dos «ciudades». Una de ellas estaba en el estrato

prehistórico, lo que hacía de momento que el estrato quemado que había identificado con la Troya homérica fuera el tercero empezando por el final, no el segundo. Al otro, actualmente el sexto empezando por el final, lo llamó la ciudad «lidia», que, según Estrabón, había precedido a la Ilión helénica.

Tras la temporada de excavaciones de 1879 pensó que su labor en Hisarlık había llegado a su fin, y escribió el libro que hoy día se considera su obra maestra, *Ilios, la ciudad y el país de los troyanos* (1881). A Schliemann le desconcertaban las pequeñas dimensiones de la ciudad antigua que había descubierto hasta ese momento, y en 1882 reanudó las excavaciones, ayudado ahora por el joven arquitecto y arqueólogo alemán Wilhelm Dörpfeld (1853-1940).

Dörpfeld siguió colaborando con Schliemann hasta la muerte de este en 1890, no solo en Troya, sino también en Micenas y Tirinto. Durante ese tiempo Schliemann y Dörpfeld descubrieron otras dos «ciudades» en el cerro de Hisarlık, con las que se sumaban nueve en total, contando de abajo arriba a partir de la más profunda y presumiblemente la más antigua.

Como el estrato más bajo, Troya I, proporcionó sobre todo objetos toscos de piedra y de hueso, cerámica primitiva y muy poco metal, principalmente cobre, Schliemann llegó a la conclusión de que se había equivocado al pensar que esa era la ciudad homérica, que ahora identificaba con el espeso estrato quemado que constituía el tercero empezando por el fondo. En él desenterró restos de lo que parecía una cultura mucho más desarrollada, encontrando numerosos objetos de oro, plata y cobre o bronce, incluido un espléndido depósito de armas, vasijas y ornamentos.

Se llevó a cabo una nueva revisión cuando Dörpfeld indicó a Schliemann que la «Ciudad quemada» representaba lo que debía de ser la última fase de Troya II. Luego, en 1890, descubrieron que era necesaria otra modificación, pues, en efecto, bastante fuera de la muralla de fortificación de Troya II, hacia el sur, localizaron un gran edificio similar por su planta a los salones del trono que habían encontrado en los palacios de Micenas y Tirinto.

Schliemann había visitado por primera vez Micenas en 1868, cuando el joven que lo llevó al lugar le mostró la ciudadela y el llamado Tesoro de Atreo, asociando ambas construcciones con Agamenón. Volvió al yacimiento para excavarlo en 1876, cuando desenterró también Orcómenos y Tirinto.

Las excavaciones de Schliemann en Micenas sacaron a la luz cinco tumbas de fosa en una zanja que abrió justo detrás de las enormes murallas ciclópeas de la ciudadela. Las tumbas contenían los restos de diecinueve hombres y mujeres y dos niños, así como gran abundancia de objetos funerarios de oro y plata, incluidas espadas y puñales de bronce con mango de oro, cuyas hojas estaban decoradas con incrustaciones de oro y plata. Las caras de los hombres estaban cubiertas con máscaras mortuorias revestidas de pan de oro que mostraban los rasgos fisonómicos del individuo, incluidos bigote y barba. Una de ellas pasó a denominarse la «Máscara

de Agamenón», pues Schliemann creía que aquellos hombres eran Agamenón y sus compañeros, como afirmaba en su libro *Micenas*, publicado en 1880.

Estudios posteriores revelarían que las tumbas de fosa descubiertas por Schliemann databan del siglo XVI a. C., tres o cuatro siglos antes de la supuesta época de Agamenón. Pero Schliemann quedó contentísimo de que entre las preciadas ofrendas funerarias que había encontrado en aquellas tumbas hubiera representaciones de armas y otros objetos que Homero había descrito en la *Ilíada*.

Schliemann y Dörpfeld visitaron Creta en la primavera de 1886. En la capital de la isla, Heraclion, conocieron a un erudito local llamado Minos Kalokairinós, que cinco años antes había realizado una excavación en Cnosos. Kalokairinós les mostró los hallazgos que había hecho, incluida una tablilla con una inscripción en lineal B, la primera que se sepa que haya sido descubierta en tiempos modernos. Luego los llevó a Cnosos y lo que vieron allí entusiasmó tanto a Schliemann que inmediatamente escribió —en inglés— a su amigo Max Müller, de Oxford, una carta fechada el 22 de mayo de 1886, en la que especulaba con la posibilidad de que las ruinas de Cnosos fueran los restos de una civilización mucho más antigua que la de la edad heroica.

Schliemann regresó a Creta en la primavera de 1889, e intentó comprar el terreno que había visitado con Kalokairinós. Pero no lo consiguió, y al año siguiente desistió y volvió a la Tróade, dejando escrito que en Cnosos «esperaba descubrir la sede original de la civilización micénica».<sup>[12]</sup>

La creencia de Schliemann de que Cnosos era la sede de una antigua civilización, mucho más vetusta que la de la edad heroica, fue reivindicada por sir Arthur Evans, quien empezó a excavar allí el 23 de marzo de 1900. Durante las nueve semanas de la temporada de excavaciones de 1900, con ayuda de entre cincuenta y ciento ochenta hombres que cavaron más de ocho mil metros cuadrados, Evans desenterró la mayor parte del ala oeste de lo que llamaría el «Palacio de Minos», que constituye hoy día uno de los grandes yacimientos arqueológicos del Egeo. Evans había descubierto una civilización desconocida hasta entonces, la minoica, cuyo nombre deriva del legendario rey Minos, mencionado en el canto XIX de la *Odisea*.

Evans descubrió que el lugar de Cnosos había estado habitado desde el Neolítico, quizá desde finales del séptimo milenio a. C. En torno a 2600 a. C. había habido una gran migración a Creta de gentes procedentes de Anatolia occidental, que habían llevado consigo la cultura de la Edad del Bronce, iniciando la que pasó a denominarse período Minoico. Hacia 1200 a. C. tuvo lugar un profundo cambio en la estructura de la sociedad cretense, cuando apareció la institución de la monarquía, junto con una sociedad jerárquica y un funcionariado. Esto dio lugar a la construcción de edificios lo suficientemente grandes como para ser llamados palacios, siendo los mayores los de Cnosos, Festos y Malia. Este hecho marca el comienzo del período Protopalacial, 2000-1700 a. C., cuando los grandes palacios y las residencias reales menores formaron el centro de ciudades de buen tamaño, las naves de la isla transportaban

productos cretenses a Troya y otros lugares del oeste de Asia Menor, e incluso a Chipre, Siria, Egipto, la isla griega de Citera y las islas Lípari.

El período Protopalacial acabó en torno a 1700 a. C., cuando todos los palacios minoicos de Creta fueron destruidos junto con las ciudades que los rodeaban. Probablemente ello se debiera a un terremoto de proporciones catastróficas, que se sabe que por entonces causó desastres generalizados en todo el Mediterráneo oriental. Poco después fueron construidos nuevos palacios, todavía más grandes, en el emplazamiento de los antiguos, dando comienzo al período Neopalacial, 1700-1450 a. C. El más majestuoso de ellos era el palacio de Minos en Cnosos, donde Evans descubrió unos frescos extraordinarios que representan escenas de la vida palaciega en su época de mayor esplendor.

En torno a 1450 a. C. casi todos los palacios minoicos y las ciudades que los rodeaban fueron destruidos por el fuego. El de Cnosos fue uno de los pocos que no fueron pasto de las llamas, aunque sufrió algunos daños. La catástrofe ha sido atribuida por algunos estudiosos a la colosal explosión volcánica que hizo estallar el centro de la isla de Tera (Santorini), en las Cícladas, acompañada quizá de un terremoto y un gigantesco maremoto. Otras autoridades atribuyen la destrucción a la invasión de los griegos micénicos, que en cualquier caso se hicieron con el control de Cnosos en 1450 a. C.

Hacia 1380 a. C. se produjo en Creta otra catástrofe generalizada, quizá un terremoto o una guerra o una mezcla de ambos desastres, que dio lugar a la destrucción final del gran palacio de Cnosos. Parece que todos los demás palacios que quedaban en Creta fueron destruidos por esta misma época, y ninguno volvió a ser reconstruido, poniéndose fin así a la época imperial de la historia minoica. Cuando Evans desenterró los restos de esta gran conflagración en Cnosos descubrió unas dos mil tablillas de arcilla escritas en el sistema de escritura llamado lineal B, cocidas por el fuego y de ese modo conservadas para la posteridad. El propio Evans llegó a la conclusión de que en la arqueología de Cnosos no había nada que indicara la llegada de un pueblo nuevo, esto es, los griegos micénicos, pues la escritura lineal B, que ya había sido encontrada por Carl Blegen en 1939 durante sus excavaciones en Pilos, siguió siendo un misterio hasta que fue descifrada en 1951-1952 por Michael Ventris. Como anunció el propio Ventris en el «Third Programme» de la BBC, en una declaración reproducida en *The Listener* el 10 de julio de 1952,

... durante las últimas semanas, he llegado a la conclusión de que al fin y al cabo las tablillas de Cnosos y Pilos deben estar escritas en griego, un griego difícil y arcaico, teniendo en cuenta que es quinientos años más antiguo que Homero y que está escrito en una forma más o menos abreviada, pero griego al fin y al cabo.<sup>[13]</sup>

La mayor parte de las inscripciones en lineal B han sido encontradas en Cnosos y en Cidonia (Chaniá), en Creta, y en la Grecia continental en Pilos, Micenas y Tebas. La más antigua de estas inscripciones, procedente del archivo de la Sala de las

Tablillas del Carro del palacio de Cnosos, ha sido datada por la cerámica que llevaba asociada en 1425-1390 a. C. Parece que estos millares de tablillas fueron escritos por un número relativamente pequeño de «manos», lo que indica que la escritura era usada solo por un gremio de escribas profesionales al servicio de la burocracia de los reyes en los grandes palacios micénicos. Una vez que estos fueron destruidos, la escritura lineal B desapareció, y durante los aproximadamente cuatro siglos de la Edad Oscura los griegos fueron literalmente analfabetos hasta la aparición del primitivo alfabeto griego en la segunda mitad del siglo VIII a. C.

Mientras tanto, en 1888, Schliemann fue al suroeste del Peloponeso en busca del palacio de rey Néstor en la «arenosa Pilos». Pero aunque descubrió fragmentos de cerámica micénica, no encontró tumbas reales ni el menor rastro del palacio de Néstor.

Schliemann murió en Nápoles el día de Navidad de 1890, mientras Dörpfeld trabajaba completando la parte que le tocaba de la obra conjunta que habían escrito acerca de los recientes descubrimientos realizados por ambos. Dörpfeld volvió a Hisarlık en la primavera de 1893 y se hizo cargo de las excavaciones, que volvieron a reanudarse financiadas por Sophia Schliemann y el káiser Guillermo II. Durante los años 1893-1894 desenterró las enormes fortificaciones de lo que hoy día se llama Troya VII, testimonio espectacular de que efectivamente aquella era la ciudad que Homero había descrito en la *Ilíada*. Dörpfeld concluyó sus excavaciones de Hisarlık en el verano de 1894, convencido de que Schliemann y él habían descubierto allí la ciudad homérica.

Tras la última temporada de excavaciones de Dörpfeld en Hisarlık en el verano de 1894, el yacimiento quedó intacto hasta 1932, cuando un equipo de arqueólogos americanos de la Universidad de Cincinnati empezó a excavar bajo la dirección de Carl Blegen. El equipo de Blegen siguió excavando en Hisarlık hasta 1938, pero el estallido al año siguiente de la segunda guerra mundial puso fin al proyecto y retrasó la publicación de sus hallazgos hasta 1950.

Blegen resumió los resultados de la expedición de la Universidad de Cincinnati, así como de las excavaciones anteriores llevadas a cabo a partir de 1870, en su libro *Troy and the Trojans*, aparecido en 1963. Junto con sus colegas pudo diferenciar un total de cuarenta y seis estratos entre los nueve grandes estratos. Según comentaba,

... a grandes rasgos... ahora está claro que los estratos y períodos que van de Troya I a Troya V (incluida) pertenecen a una época que corresponde a la Edad del Bronce Temprana egea, mientras que el comienzo de Troya VI marca un giro brusco hacia la Edad del Bronce Media...<sup>[14]</sup>

... Con Troya VIIb2... nos encontramos con un cambio brusco, que, al parecer, señala la llegada de un nuevo pueblo. Cuánto tiempo exactamente perduró este régimen todavía no se sabe, pero parece que el lugar fue abandonado por fin y permaneció desierto varios siglos, siendo ocupado de nuevo por colonos griegos hacia 700 a. C. El estrato correspondiente se denomina Troya VIII; y Troya IX designa el período y las ruinas de la ciudad helenística y romana de Ilión.<sup>[15]</sup>

El cuadro cronológico de Blegen para los estratos principales desde Troya I hasta los comienzos de Troya VIII es el siguiente: Troya I (3000-2500 a. C.); Troya II

(2500-2200 a. C.); Troya III (2200-2050 a. C.); Troya IV (2050-1900 a. C.); Troya V (1900-1800 a. C.); Troya VI (1800-1300 a. C.); Troya VIIa (1300-1260 a. C.); Troya VIIb1 (1260-1190 a. C.); Troya VIIb2 (1190-700 a. C.); Troya VIII (700 a. C.-).

Blegen llegaba a la conclusión de que el subestrato superior de Troya VII, que él llamaba Troya VIIa, representaba la ciudad que había sido destruida durante la guerra de Troya, c. 1260 a. C.:

Al margen de cuál sea su fecha exacta, la destrucción fue obra indudablemente del hombre, y fue acompañada de violencia y de fuego. Una gran masa de piedras y de ladrillos toscos, junto con otros escombros quemados y ennegrecidos, se amontonaban sobre las casas en ruinas y en las calles, y una vez más el nivel del suelo se levantó de manera apreciable. En medio de las ruinas de la Casa 700 —la primera a la derecha dentro de la Puerta Sur— se encontraron fragmentos de una calavera humana; otros restos, recogidos en la calle fuera de la casa, quizá pertenecieran al mismo individuo.<sup>[16]</sup>

Blegen continúa diciendo que en la ruinas de otras casas pertenecientes a este mismo estrato se encontraron restos desperdigados de otras personas, donde:

la acumulación de testimonios [en dicho estrato] me parece que demuestra que los combates y las muertes debieron de acompañar la destrucción de Troya VIIa... La devastación y las ruinas ennegrecidas por el fuego que vemos en el yacimiento ofrecen una viva imagen del destino... al que hubo de enfrentarse una ciudad sitiada, conquistada y saqueada por unos enemigos implacables.<sup>[17]</sup>

En 1982 se inició un nuevo proyecto de excavación llevado a cabo por un equipo de arqueólogos alemanes de la Universidad de Tubinga dirigido por el profesor Manfred Korfmann (1942-2005), quien en el curso de sus campañas anuales a lo largo de los cinco años siguientes excavó varios lugares alrededor de Beşik Tepe, un enorme montículo a orillas del Egeo, en el extremo septentrional de la bahía de Beşik, a siete kilómetros al suroeste de Hisarlık. El montículo ya había sido excavado por Schliemann en 1879 y de nuevo en 1924 por Dörpfeld, quien demostró que un túmulo prehistórico anterior había sido transformado hasta adoptar su forma actual, es decir un montículo cónico, a finales de la Edad del Bronce.

El equipo de Korfmann descubrió que la bahía de Beşik era el principal puerto de la Troya de la Edad del Bronce y no el llamado «Puerto de los Aqueos» en el Helesponto, en la desembocadura del Escamandro. Llegó también a la conclusión de que este túmulo es casi con toda seguridad el único que en la época clásica se creía que era la tumba de Aquiles, y no el llamado «Túmulo de Aquiles», situado un poco más abajo, en el extremo septentrional del promontorio de Sigeo, a unos nueve kilómetros al norte de la bahía de Beşik.

Korfmann logró determinar cuál era el primitivo trazado del litoral a finales de la Edad del Bronce, cuando la bahía de Beşik se adentraba más en tierra y el túmulo se encontraba en un promontorio que se proyectaba casi un kilómetro y medio en el Egeo.

El equipo de Korfmann descubrió que los niveles prehistóricos de Beşik Tepe databan de comienzos de la Edad del Bronce (tercer milenio a. C.) y de la época neolítica (quinto milenio a. C.). Desenterraron también una necrópolis del siglo XIII

a. C., así como el poblado de Aquileo, que dataría de los siglos VII-VI a. C. La necrópolis, situada cerca del antiguo litoral, contenía más de cincuenta tumbas de cremación e inhumación, con cerámica micénica y ofrendas fúnebres, entre ellas una espada, y cinco sellos de piedra procedentes de la Grecia continental. Se suscitó la cuestión de si aquel era el cementerio del ejército de Agamenón, o quizá el de una colonia comercial micénica, lo que resulta más verosímil dado que entre los restos hay algunos de mujeres y niños.

Korfmann descubrió que a finales de la Edad del Bronce el mar llegaba unos quinientos metros más dentro de la bahía de Beşik de lo que llega hoy día. Detrás de la playa había una laguna de agua dulce de ochocientos metros de longitud por unos trescientos cincuenta de anchura, en la actualidad cubierta por sedimentos. Así pues, la bahía de Beşik constituía un fondeadero ideal, con un puerto profundo y resguardado, y un suministro constante de agua fresca. Los barcos fondeaban en él mientras aguardaban la aparición de vientos favorables que les permitieran remontar el Helesponto, como lo hicieron hasta comienzos del siglo XX, o descargaban sus mercancías para transportarlas por tierra siguiendo la vieja senda que iba de la bahía de Beşik a Troya, como hizo Schliemann con sus provisiones y su equipo.

Los estudios de Korfmann han demostrado que el yacimiento de la bahía de Beşik estuvo habitado ininterrumpidamente desde el tercer milenio a. C. hasta la época bizantina medieval. Fue casi con toda seguridad el emplazamiento del campamento de Agamenón mientras los aqueos sitiaban Troya.

Posteriormente, en 1988, el gobierno turco concedió a Korfmann una licencia exclusiva para excavar el montículo de Hisarlık, que había permanecido cerrado durante cincuenta años desde que terminaran las excavaciones de Blegen. Korfmann organizó un equipo internacional de arqueólogos, en su mayoría alemanes, americanos y turcos, que continuó dirigiendo hasta su muerte en 2005. Las excavaciones continúan llevándose a cabo anualmente durante los meses de verano. Las antiguas estructuras que se han sacado a la luz han sido restauradas, se ha explorado y cartografiado la ciudad baja de Troya, y se ha llevado a cabo un estudio geomorfológico completo del montículo y de la llanura troyana.

Las excavaciones han dado lugar a una identificación más detallada y a la datación de las «nueve ciudades» estudiadas por Schliemann, Dörpfeld y Blegen, así como a una ampliación del ámbito de las investigaciones. La datación de los diversos estratos es un poco distinta de la que dio Blegen, se han identificado más subestratos, y la Troya VIII y la Troya IX, la ciudad griega y la ciudad romana respectivamente, han sido estudiadas con más detalle y datadas con más precisión. Las fechas ahora asignadas a los principales estratos son: Troya I (3000-2500 a. C.); Troya II (2500-2300 a. C.); Troya III-IV-V (2300-1700 a. C.); Troya VI (1700-1250 a. C.); Troya VIIa (1250-1180 a. C.); Troya VIIb (1180-1000 a. C.); Troya VIII (1000-85 a. C.); Troya IX (85 a. C.-400 o 600 d. C.).

Troya I era una simple aldea, con un diámetro de unos noventa metros, rodeada de un muro de piedra construido de forma muy tosca, de dos metros y medio de espesor, que fue reconstruido y reforzado periódicamente, situándose su puerta principal, de solo dos metros de anchura, al sur, flanqueada por dos grandes torres. Los escasos restos de la muralla defensiva, cuyos cimientos estaban en el lecho de roca, fueron descubiertos por primera vez por Schliemann cuando abrió su gran zanja norte-sur. Durante todas las fases de Troya I el interior de la ciudadela estuvo ocupado por casas independientes de diversas formas y tamaños, casi todas de una sola estancia con un portal. Parece que ninguna de ellas tenía ventanas; las cubiertas eran planas de arcilla y paja. Al parecer, estaban dispuestas en un sistema regular de alineación, pero no hay pruebas de que hubiera calles, ni caminos que condujeran a ellas desde las puertas de la muralla.

Respecto a los habitantes de Troya I Korfmann y sus colegas llegaron más o menos a las mismas conclusiones que Blegen y su grupo: «El pueblo de Troya se dedicaba a la agricultura, a la ganadería y a la pesca, y tenían contactos culturales con las regiones de la costa del Egeo septentrional y del mar de Mármara, que se extendían hasta el interior de la Europa meridional y de Anatolia».<sup>[18]</sup>

Troya II comenzó, como dice Blegen, «con una reconstrucción total de la ciudadela tras el desastre que acabó con el Primer Asentamiento. No hay pruebas de ninguna interrupción ni de ninguna laguna cronológica apreciable; por el contrario, parece que la cultura de Troya I pasó sin solución de continuidad a la de Troya II».

Troya II estaba rodeada por un muro defensivo cuyo perímetro medía unos trescientos treinta metros, solo un poco más grande que el de Troya I. La muralla era más gruesa que la de Troya I, a la cual fue incorporada en gran parte por su lado norte. Las dos puertas que se conservan, al sureste y al suroeste, son descritas por Korfmann y Mannsperger en los siguientes términos:

Las puertas del sureste y del suroeste tienen las típicas salas de entrada, y dando acceso a la puerta suroeste hay una empinada rampa pavimentada provista de parapeto. El interior está separado por otra puerta, el *Própylon* IIC, y por una columnata techada. En el interior hay grandes casas alargadas, del tipo de edificio *mégaron*, que se considera el antecedente del templo griego «in antis».<sup>[19]</sup>

Enfrente del *própylon* o puerta interior se encuentra el más grande de los *mégara* que hay dentro de la ciudadela, que mide cerca de treinta por catorce metros. El gran *mégaron*, que estaba orientado al sudeste, llevaba delante un gran pórtico, de planta aproximadamente cuadrada, que daba paso a una espaciosa sala, que quizá tuviera una o dos columnas de madera para aguantar la techumbre. Se cree que era el salón del trono del rey. A uno y otro lado había sendas estructuras de planta casi idéntica, pero construidas a una escala mucho más modesta. Estos dos edificios probablemente fueran los aposentos y los dormitorios de la familia real. Los otros *mégara* que había en la ciudadela tal vez fueran utilizados también por el rey.

Korfmann y Mannsperger, que llaman a la ciudad antigua *Troia*, concluyen de sus excavaciones que la ciudadela de Troya II probablemente estaba reservada al

monarca y a la aristocracia, mientras que el resto de la población viviría en los barrios más bajos, fuera de las murallas.

Tanto Blegen como Korfmann coinciden al pensar que Troya VI supone una ruptura total y sorprendente con el pasado. Según Korfmann y Mannsperger,

... se construyó una ciudadela principesca o regia completamente nueva que cubría un área de veinte mil metros cuadrados. En tamaño y probablemente en importancia, superaba a la ciudadela conocida previamente en Hisarlık y a todas las demás estudiadas hasta ahora en el oeste de Asia Menor... Las fortificaciones son de un nuevo estilo, de 552 metros de longitud, y técnicamente superiores, con muros en ligera pendiente de sillares, con retallos y grandes torres. Los muros tienen entre cuatro y cinco metros de espesor y más de seis metros de altura... la puerta principal está al sur, flanqueada por una torre... Detrás de la muralla de la fortaleza, los edificios del interior estaban situados en terrazas concéntricas que iban ascendiendo hacia el centro de la ciudadela. Había grandes edificios aislados (incluidos varios *mégara*), a veces de dos plantas; pero estos solo se conservan más o menos en la periferia de la acrópolis.<sup>[20]</sup>

Blegen dice lo siguiente acerca de lo que indudablemente fue la novedad más significativa encontrada en la excavación de Troya VI:

Fue el caballo, cuyos huesos no encontró la expedición de Cincinnati en ninguno de los estratos anteriores. En el estrato que representa la primera fase del Sexto Asentamiento salieron a la luz huesos de caballo, y en adelante continuarían apareciendo con más o menos frecuencia en los estratos subsiguientes. Los recién llegados que al comienzo de la Edad del Bronce Media se hicieron con el dominio del lugar debieron de traer consigo el caballo, una ventaja que debió de darles superioridad sobre los troyanos de la Edad del Bronce Temprana.<sup>[21]</sup>

La excavación de Korfmann en Hisarlık comenzó por la búsqueda de la ciudad baja de Troya VI, a los pies de la ciudadela.

Su existencia ha sido sobradamente demostrada desde entonces, y ahora se sabe que está rodeada por una instalación defensiva de unos cuatrocientos metros al sur de la ciudadela. Se han descubierto impresionantes estructuras de madera. Con un asentamiento que ocupaba una zona de casi doscientos mil metros cuadrados, Troya es ahora diez veces más grande de lo que se suponía anteriormente. Se ha calculado que su población ascendía a unas siete mil personas. Estos hallazgos sitúan a Troya entre las principales ciudades comerciales y palaciales de Asia Menor y del Oriente Próximo en esta época. Troya estaba unida a esta red comercial a varios niveles.<sup>[22]</sup>

Tanto Blegen como Korfmann llegaban a la conclusión de que Troya VI fue destruida por un terremoto de magnitud catastrófica, y que la ciudad fue reconstruida inmediatamente para crear el asentamiento llamado Troya VIIa. Como dicen Korfmann y Mannsperger a propósito de la transición de Troya VI a Troya VIIa, que ellos datan en el período 1250-1180 a. C.,

... los restos de las casas de Troya VI, junto con algunas partes de la muralla de la ciudadela, fueron reparados y reutilizados. No hay ninguna fractura cultural entre Troya VI y Troya VIIa, pero los edificios tienen una disposición clara y son notablemente más pequeños y están más hacinados. Hay un incremento de la población y del número de vasijas de almacenamiento, tanto dentro del poblado como probablemente también en el asentamiento circundante. Siguió utilizándose cerámica micénica. Los excavadores americanos [la expedición de Cincinnati] identifican la Troya VIIa, que fue destruida por el fuego, con la «Troya» o la «Ilio» de la *Ilíada*. Semejante interpretación no está fuera de toda duda.<sup>[23]</sup>

La nueva ciudad griega de Ilión, la Troya VIII, fue datada por Korfmann y sus colaboradores en el período 1000-85 a. C. Según Korfmann y Mannsperger, «el lugar,

abandonado en su mayor parte, fue repoblado por griegos de Asia Menor»:[24]

Lo que quedaba de los monumentos de Troya VI/VII fue incorporado a las murallas de fortificación y a las casas nuevamente erigidas. Al principio fue un asentamiento modesto, pero luego, y especialmente a partir de comienzos del siglo III a. C., se desarrolló una veneración deliberada de la «Sagrada Ciudad de Ilión» con la construcción de un santuario de Cíbele fuera de la ciudadela, hacia el suroeste, y de un templo de Atenea en su interior... Cuando se construyó el templo, si no antes, los edificios centrales y más altos de Troya VII y Troya VI fueron eliminados. Por el sur se extendió una ciudad baja de trazado regular por encima y en medio de las ruinas de la ciudad baja de Troya VI/VII. En 85 a. C. el poblado fue repentinamente destruido por los romanos.[25]

La ciudad romana de *Novum Ilium* («Nueva Ilión»), Troya IX, fue datada por el equipo de Korfmann en el período correspondiente a 85 a. C.-400 o 600 d. C., cuando parece que fue destruida por un potente terremoto. El templo de Atenea fue reconstruido, probablemente por el emperador Augusto, que veneraba Troya como cuna de su supuesto antepasado Eneas, el antecesor de la estirpe Julio-Claudia. Korfmann y Mannsperger describen los restos del templo y otros elementos que se conservan de la ciudad romana en los siguientes términos:

De este monumento se conservan solo largas secciones de los fuertes cimientos que soportaban los pórticos y el muro circundante del recinto sagrado rectangular de 9500 metros cuadrados; en la ladera sur de las ruinas de la «sagrada Ilio», quedan altares y una sala de reuniones, así como un pequeño teatro cubierto (el Odeón) de época de Augusto, pero reconstruido en tiempos de Adriano; no lejos de estos restos hay un posible complejo deportivo-termal con pavimentos de mosaico (no conservados); y un gran teatro situado en una oquedad natural al noreste del cerro del templo. Ilión recibió el generoso patrocinio de Roma hasta el siglo III d. C. La ciudad baja fue reconstruida y ampliada varias veces siguiendo el sistema tradicional de *insulae*, y fue rodeada de una muralla de 3,5 kilómetros de longitud.[26]

Y esta es la historia del redescubrimiento de la antigua Troya, al menos hasta la fecha. Como dice Michael Wood al final de la segunda edición de su libro *In Search of the Trojan War* (1996), «por supuesto es prematuro sugerir que la larga búsqueda de la historicidad de Troya y de la guerra de Troya esté acercándose a su punto culminante; pero quizá estemos alcanzando ahora el punto en el que pueda delinearse con claridad la intersección de la historia y el mito».[27]

## TROYA Y LA TRÓADE

Visité por primera vez el emplazamiento de la antigua Troya en abril de 1961, durante mis vacaciones de primavera en el Robert College de Estambul, donde había empezado a dar clases en el mes de septiembre anterior. Mi esposa Toots (Dolores) y yo y nuestros tres hijos pequeños, Maureen, Eileen y Brendan, zarpamos de Estambul en un barco de las Líneas Marítimas Turcas que nos llevó al puerto de Çanakkale, en la ribera asiática de los Dardanelos, el Helesponto griego. Nos acompañaba un alumno mío, Andreas Dimitriades, de etnia griega y nacionalidad turca, que había decidido unirse a nosotros en el último momento, cuando se enteró de que íbamos a visitar Troya y que a partir de ahí íbamos a echar un vistazo a otros yacimientos arqueológicos griegos en la costa de Asia Menor bañada por el Egeo.

El turismo todavía no había empezado a desarrollarse en Turquía, así que tuvimos Troya para nosotros solos, aparte de un guardia turco encargado de vigilar las ruinas. Acababa de releer la *Ilíada* para preparar nuestra visita, así como las obras de los arqueólogos que habían estudiado el lugar hasta esa época.

Era un hermoso día de primavera y después de recorrer las ruinas almorzamos al pie de una encina en lo alto del montículo de Hisarlık, que conservaba todavía las profundas cicatrices de las zanjas excavadas por Schliemann. El montículo dominaba un panorama enorme por el noroeste, mientras el sol del mediodía hacía que lanzara destellos luminosos la que Homero llama «bella corriente»<sup>[1]</sup> del Escamandro, que serpentea a través de la «florida pradera»<sup>[2]</sup> de la llanura troyana, camino de mezclarse con las «enormes corrientes»<sup>[3]</sup> del Helesponto justo al norte del promontorio de Kum Kale, donde las aguas del estrecho se juntan con las del Egeo.

Un poco más al sur de Kum Kale pudimos ver dos montículos cónicos que se erguían uno cerca del otro, junto a la ribera del Egeo. Comprendí que eran los túmulos que Schliemann había identificado con las tumbas de Aquiles y Patroclo. Andreas y yo decidimos hacer una excursión a través de la llanura hasta Kum Kale para ver de cerca los túmulos, mientras que Toots vigilaba a los niños que jugaban entre las ruinas. Consultando mi mapa, calculé que Kum Kale estaba a unos seis kilómetros de distancia, de modo que el paseo no nos iba a llevar más de una hora. Pero nos llevó más del doble, debido al Escamandro, que nos cortó el paso y que finalmente logramos cruzar cerca ya de Kum Kale, a través de un primitivo puente como los de Tarzán construido con dos maromas, una sobre la que tuvimos que caminar como funámbulos y otra para agarrarnos a ella con las manos.

Encontramos los túmulos aproximadamente a un kilómetro al sur de Kum Kale, y nos detuvimos a descansar en aquel que Schliemann había identificado con la tumba

de Aquiles, que estaba rodeado de lápidas rematadas con turbantes, propias de los cementerios turcos.

Mientras examinábamos el túmulo nos sorprendió el rumor de unos cascos de caballo cada vez más cercanos y entonces vimos aparecer media docena de jinetes que venían hacia nosotros a lo largo de la cresta que corre en paralelo a la orilla del Egeo entre Kum Kale y el promontorio de Sigeo, uno de los puntos de referencia de la topografía de la Troya homérica.

Salimos al camino para encontrarnos con los jinetes, que nos dieron la bienvenida y nos preguntaron quiénes éramos y qué estábamos haciendo allí. Andreas les dijo que yo era un profesor americano y que él era mi alumno, y les explicó que estábamos visitando los alrededores de la antigua Troya. El más anciano de los jinetes, que parecía tener setenta y tantos años, sabía que Troya era una ciudad antigua de Anatolia que había sido conquistada por los griegos, o eso era lo que le habían contado en la escuela. Dijo que sus compañeros y él eran de la aldea de Yenişehir, y que en su juventud al menos la mitad de sus vecinos eran griegos. Nos contó que siempre se había llevado bien con sus vecinos griegos, y que a menudo lo habían invitado a participar en sus *paniyiria*, sus fiestas religiosas. Pero en 1923 se habían ido todos, debido a los cambios de población que se produjeron a raíz de la guerra de independencia turca, en la que él mismo había combatido, como afirmó orgullosamente. Señalando al montículo de Hisarlık, dijo que «los griegos conquistaron Troya hace mucho tiempo, pero nosotros los echamos a ellos, y ahora Anatolia es nuestra».

El anciano dijo entonces que tenían cosas que hacer y que debían irse, y nos deseó que nos fuera todo bien en el viaje de vuelta. Una vez que sus compañeros y él se hubieron marchado, Andreas y yo descansamos un rato junto al montículo antes de ponernos de nuevo en marcha camino de Hisarlık, pensando en el encuentro que habíamos tenido.

Recordé que Schliemann comentaba que había contratado a cien operarios griegos de Yenişehir y de otras dos aldeas próximas para que excavaran el montículo de Hisarlık en 1871, señalando que «no podían emplearse operarios turcos, pues en aquellos momentos estaban ocupados en las tareas del campo».<sup>[4]</sup> Se lamentaba de que el trabajo a menudo debía interrumpirse con motivo de las diversas festividades griegas, pues «hasta los griegos más pobres de la comarca no trabajarían un día de fiesta aunque cobraran mil francos la hora».<sup>[5]</sup> En otro momento comentaba para su sorpresa que los griegos, después de tres siglos de dominación turca, seguían conservando intacta su lengua nacional. Ahora, en cambio, menos de un siglo después, todos los griegos habían desaparecido, aunque todavía eran recordados en Yenişehir. Así, junto a la tumba de Aquiles tuve la sensación de que estaba ante el comienzo y el final de la presencia griega en Asia Menor, que había durado más de tres milenios, durante los cuales buena parte de Anatolia había sido helenizada antes de que la marcha de la historia cambiara de rumbo con la conquista turca.

Al día siguiente alquilamos en Çanakkale un pequeño pesquero con la intención de recorrer el lado europeo de los Dardanelos hasta el Egeo y volver luego por la ribera asiática del estrecho. Cruzamos de Çanakkale, la Abido griega, a Kilitbahir, el «Cerrojo del Mar», la pintoresca fortaleza construida por Mehmet II justo antes de conquistar Constantinopla en 1452, una de las fortalezas interiores con las que cerró el paso del Helesponto antes de poner sitio a la ciudad. Desde allí viajamos a lo largo de la costa de la península de Galípoli, pasando ante el impresionante monumento a los soldados turcos caídos durante la primera guerra mundial en la campaña de Galípoli de 1915. Llegamos hasta Seddülbahir, la «Barrera del Mar», construida en 1659 como una de las dos fortalezas exteriores con el fin de cortar la entrada a los Dardanelos; la otra era Kum Kale, el «Castillo de Arena», en la ribera asiática, y las dos posiciones defensivas habían resultado gravemente dañadas durante la campaña de Galípoli.

Cruzamos a Kum Kale, donde desde la Antigüedad había existido un faro para marcar la entrada en el Helesponto; había otro en el cabo de Hele, en la punta de la península de Galípoli. En su tragedia *Agamenón*, Esquilo cuenta cómo Clitemnestra recibió la noticia de la caída de Troya a través de una serie de señales luminosas enviadas desde el Helesponto hasta Micenas.

Empezamos entonces a remontar la ribera asiática del estrecho, pasando ante un estuario pantanoso justo al este de Kum Kale, donde el Escamandro y luego el Simois desembocan en el Helesponto. Estrabón habla de este estuario cuando describe el primer tramo de la costa asiática del Helesponto, desde Kum Kale a Retio, a unos ocho kilómetros del Egeo, comentando que

... detrás de Retio está la ciudad destruida de Sigeo, el fondeadero y el puerto de los aqueos, el campamento militar aqueo, la llamada Estomalimne y la desembocadura del Escamandro, pues el Simois y el Escamandro bajan, una vez que han confluído en la llanura, arrastrando gran cantidad de barro, de manera que obstruyen la costa y forman una boca ciega, lagunas y pantanos.<sup>[6]</sup>

Ahí es donde se supone que desembarcaron los aqueos y pusieron su campamento cuando comenzaron el asedio de Troya, aunque Korfmann y sus colegas afirman que el lugar del desembarco y el emplazamiento del campamento estaba en la bahía de Beşik, a orillas del Egeo.

En este tramo de los Dardanelos es donde la mayor parte de los viajeros divisaban por primera vez la llanura troyana. Estrabón dice que «a esta llanura se la llama también propiamente troyana y el poeta sitúa allí la mayor parte de los combates porque es más ancha».<sup>[7]</sup>

Más allá del estuario pasamos ante un montículo llamado por los lugareños In Tepe. Los primitivos viajeros solían identificarlo con la tumba de Áyax Telamonio. La supuesta tumba de Áyax había sido convertida en un *heroon*, esto es, en el santuario de un héroe que había pasado a ocupar un puesto entre los dioses. Estrabón dice que cerca de Retio hay

... un trecho de costa suave en la que están la tumba y el santuario de Áyax, y además una estatua que César Augusto devolvió a los ciudadanos de Retio después de que Antonio la cogiera y se la llevara a Egipto, de igual forma que devolvió otras estatuas a otros pueblos, pues Antonio se apoderó de las más bellas ofrendas de los santuarios más notables para agradar a la egipcia [Cleopatra].<sup>[8]</sup>

El emperador Adriano fue en peregrinación hasta el santuario de Áyax durante su gira por Asia Menor en 124 d. C. Descubrió que las aguas del Egeo se habían comido parte del túmulo, dejando al descubierto los huesos blanquecinos de un hombre gigantesco, que besó reverencialmente y mandó enterrar debajo de un túmulo nuevo en un terreno más elevado, el mismo que sigue estando ahí hoy día. Este túmulo fue excavado en 1879 por Schliemann, que lo dató en época de Adriano (117-138 d. C.), pero encontró también pruebas de que había sido erigido en el emplazamiento de un *herôon* más antiguo. Cerca del túmulo Schliemann descubrió «una estatua mutilada de un guerrero, vestido y de tamaño gigantesco».<sup>[9]</sup> Probablemente fuera la estatua de culto de Áyax que había sido incautada por Marco Antonio y devuelta por Augusto. La escultura ha desaparecido, probablemente porque los lugareños la utilizaron como material de construcción o bien porque la quemaron para hacer cal, compartiendo el mismo destino sufrido por muchas otras obras escultóricas del mundo grecorromano.

Cinco kilómetros más allá remontando el estrecho pasamos ante un promontorio llamado Baba Kale. Ha sido identificado con el emplazamiento de Retio, que en la época clásica fue una de las ciudades más ricas del Helesponto, como pone de manifiesto el cuantioso tributo que le asignó la Liga de Delos en 425 a. C. Estrabón dice de Ilión que su «territorio se lo repartieron, una vez que desapareció la ciudad, los que ocupaban Sigeo, Retio y otros pueblos vecinos, pero lo restituyeron cuando se llevó a cabo la nueva fundación».<sup>[10]</sup> Las excavaciones arqueológicas han revelado que el sitio de Retio fue habitado desde c. 700 a. C. hasta comienzos de la época romana, pero hoy día no hay prácticamente nada que ver allí.

Otros tres kilómetros más arriba a lo largo de la costa llegamos a un pequeño cabo cerca del emplazamiento de la antigua Ofrinio, cuyos escasos restos se hallan diseminados por un antiguo cementerio turco que domina los Dardanelos. Estrabón la menciona brevemente, y dice que «cerca de allí [de Retio] está Ofrinio y junto a esta, en un lugar muy destacado, el bosque de Héctor».<sup>[11]</sup>

Un estudio arqueológico del lugar ha sacado a la luz los cimientos de algunas estructuras antiguas, así como fragmentos de cerámica y otros objetos que se remontarían a c. 600 a. C., y también bronce de comienzos de la época bizantina. Pero no hay rastro alguno de un santuario de Héctor, cuyo supuesto túmulo seguía siendo enseñado aquí a los viajeros incluso en el siglo XVII d. C.

Cinco kilómetros más arriba pasamos ante un promontorio que ha sido identificado con el lugar de la antigua Dardania. La ciudad recibió este nombre por Dárdano, hijo de Zeus y de la Pléyade Electra, que fue el fundador de la estirpe real de Troya. Según cierta tradición antigua, esta fue la primera ciudad construida en la Tróade, dando su nombre a la región circundante de Dardania y en último término a

los Dardanelos. Dárdano es mencionado en el canto XX de la *Ilíada*, donde Eneas interpela a Aquiles antes de trabar combate, y le cuenta cuál es su linaje: «Zeus, que las nubes acumula, primero engendró a Dárdano / y fundó Dardania cuando la sagrada Ilio todavía no / estaba edificada en la llanura, ciudad de míseras gentes, / sino que aún habitaban las faldas del Ida, rico en manantiales».<sup>[12]</sup>

Los fragmentos de cerámica encontrados en este lugar son de fechas muy dispares y van desde comienzos de la Edad del Bronce hasta la época romana. Por lo demás, casi no queda nada de la ciudad antigua aparte de un túmulo funerario llamado «Túmulo de Dárdano». Las ofrendas fúnebres encontradas en la tumba datan de los siglos IV al II a. C.

Rodeamos luego la punta llamada Kephez Burnu, anteriormente llamada cabo de Dárdano, que nos llevó a la amplia bahía que queda justo al sur de Çanakkale. Allí se divisaban de un lado a otro del estrecho las fortalezas interiores de Kilitbahir y Çanakkale, enmarcando el magnífico espectáculo del Helesponto que se ofrece al pasar el cabo de Nagara entre los continentes enfrentados de Europa y Asia.

Al día siguiente nuestros hijos se pusieron bastante enfermos y el médico local que los examinó dijo que habían contraído la escarlatina, así que Toots tuvo que quedarse con ellos varios días en el pabellón de infecciosos del hospital de Çanakkale. Tras ingresarlos en el hospital, Andreas y yo alquilamos un *jeep* para seguir explorando al día siguiente la Tróade.

Salimos a primera hora de la mañana e hicimos nuestra primera parada en Ezine, la localidad más importante del interior de la Tróade, a orillas del Akçi Çay, el principal afluente del Escamandro, cuyas fuentes se encuentran en las laderas norte y oeste del monte Ida. Allí estábamos en el corazón de la Dardania homérica, la región que, según el catálogo de los troyanos, regía Eneas, el fundador de Roma según la *Eneida* de Virgilio.

Cuando cruzamos el puente sobre el río vimos una multitud de gente reunida en la otra orilla, así que fuimos a su encuentro. Acababan de sacar del río un relieve antiguo enorme, en el que aparecía representado un grupo de soldados romanos en el momento en que les pasaba revista su general. Los lugareños pensaron al principio que éramos arqueólogos del museo de Çanakkale, pero Andreas les aclaró quiénes éramos y les dijo que yo creía que el relieve databa del período Romano. En la actualidad se encuentra en el Museo Arqueológico de Estambul y ha sido identificado como una obra de época imperial.

Continuamos el viaje dejando la carretera principal y tomando una pista polvorienta hasta la aldea de Behramkale, en la costa meridional de la Tróade. Se trata del emplazamiento de la antigua Aso, excavada por primera vez en 1881-1883 por una expedición americana patrocinada por la Antiquarian Society de Boston, encargándose de la dirección de las excavaciones J. T. Clarke y F. H. Bacon. La mayor parte de las antigüedades encontradas por la expedición americana han estado expuestas desde hace más de un siglo en el Museum of Fine Arts de Boston, y otras

pocas en el Louvre y en el Museo Arqueológico de Estambul. Por consiguiente, Aso era bien conocida en Occidente, aunque no fuera muy visitada hasta que comenzó el *boom* del turismo en Turquía, y ahora es uno de los lugares más populares de la costa del Egeo. Cuando Andreas y yo firmamos en el libro de visitas vimos que los nombres reseñados eran pocos y estaban muy alejados cronológicamente unos de otros, siendo los nuestros los primeros desde hacía muchos años.

El emplazamiento de la antigua Aso ha sido estudiado exhaustivamente de nuevo después de nuestra visita por un equipo turco que ha estado trabajando en la acrópolis y otro de arqueólogos franceses que se han encargado de excavar la ciudad baja, situada en la ladera que da al mar, al pie de la escarpada cara norte del peñón en el que fue fundada la ciudad.

La expedición americana sacó a la luz en la acrópolis diversos objetos que indicaban que el poblado fue ocupado por primera vez a comienzos de la Edad del Bronce. Clarke identificó este asentamiento de la Edad del Bronce con la ciudad de Pédaso citada en Homero y Estrabón. Homero menciona esta ciudad en el canto VI de la *Ilíada*, donde dice que «Agamenón, soberano de hombres, [desarmó] a Élato, / que habitaba a orillas del Satnioente, de bello caudal, / en la escarpada Pédaso».<sup>[13]</sup>

Alude también a Pédaso en el canto XXI, donde habla de Altes, rey de los léleges, aliados de los troyanos, cuya hija Laótoe, era una de las esposas de Príamo: «Altes, que es el soberano de los combativos léleges / y el dueño de la escarpada Pédaso a orillas de Satnioente. / Príamo tenía a su hija como esposa, igual que a muchas otras».<sup>[14]</sup>

Los testimonios arqueológicos indican que la ciudad de Aso cuyas ruinas vemos hoy día fue fundada en el siglo VII a. C. Según Estrabón, que cita a historiadores griegos anteriores, Aso fue fundada por eolios de Metimna, ciudad situada en la punta más septentrional de la isla de Lesbos, visible desde el otro lado del estrecho, y que es la actual localidad griega de Mólivos.

El período más ilustre de la historia de Aso tuvo lugar en los años 347-344 a. C., cuando Aristóteles dirigió en ella una escuela de filosofía bajo la égida del eunuco Hermias, déspota benévolo conocido como tirano de Atarneo, que había estudiado en Atenas con Platón.

Las murallas defensivas de Aso están entre las más impresionantes de Asia Menor. Originalmente tenían un perímetro de unos cinco kilómetros, de los cuales siguen en pie cerca de la mitad. En lo alto de la acrópolis está el templo de Atenea, que data de 530 a. C., uno de los más antiguos de Asia Menor. La acrópolis está a 236 metros sobre el nivel del mar, situado a sus pies. Domina un magnífico panorama que por un lado permite ver toda la Tróade hasta el monte Ida, mientras que por el otro, a través del golfo de Adrimetene, se divisan Lesbos y la costa eolia.

Después de salir de Aso continuamos nuestra ruta en el *jeep* por una pista muy desigual a lo largo de la costa hasta Lekton (Lecto), llamada en turco Baba Burnu, el cabo que forma el extremo suroccidental de la Tróade. Cuando llegamos a Baba

Burnu los habitantes de la diminuta aldea se aglomeraron a nuestro alrededor y nos dijeron que pocas veces llegaban forasteros a su localidad. Un joven se ofreció a venderme una muñeca de terracota que parecía romana, pero la devolví porque Turquía tiene una legislación muy estricta en lo tocante a las antigüedades, hasta las menos importantes.

Estrabón hace alusión al cabo Lecto en varias ocasiones, pues es un punto trascendental de la topografía de la Tróade. Una de sus referencias también habla de un monumento homérico por lo demás desconocido. Dice que «en Lecto se puede ver un altar de los doce dioses, al que llaman fundación de Agamenón»,<sup>[15]</sup> pero nunca se ha encontrado el menor rastro de él.

Tras visitar el cabo Lecto, Andreas y yo rehicimos el camino y volvimos a Çanakkale. Dos días después Toots y los niños recibieron permiso para salir del hospital y volvimos todos a Estambul en un barco de las Líneas Marítimas Turcas, acabando así nuestra primera exploración de Troya y la Tróade.

Toots y yo volvimos allí a menudo en los años sucesivos, a veces acompañados de amigos en su coche, y luego solos en nuestro propio automóvil, un Opel de tercera mano que llamábamos «Opeless» porque siempre estaba averiándose.<sup>[\*]</sup> Toots conducía (yo no he aprendido nunca a conducir) y yo hacía de copiloto, utilizando modernos mapas de carreteras y atlas de los yacimientos antiguos, deteniéndonos a menudo para preguntar la dirección que debíamos seguir cuando nos veíamos irremediabilmente perdidos en alguna carretera de la Tróade y de otras regiones de Anatolia que no aparecía reseñada en los mapas.

En uno de nuestros viajes Toots y yo exploramos el centro de la Tróade, entre Ezine y Odunluk por una pista muy desigual, que, según los carteles de tráfico, conducía a Neandria. El yacimiento se encuentra en lo alto de Çiğrı Dağı, a 520 metros sobre el nivel del mar, una montaña de granito que forma una conspicua cadena de colinas de cinco kilómetros de longitud, las estribaciones más importantes por el norte del monte Ida. Las impresionantes murallas defensivas de Neandria, que datan de c. 400 a. C., tienen tres metros de espesor y rodean una zona de mil cuatrocientos por cuatrocientos cincuenta metros, y en el lado sur se encuentra la puerta principal de la ciudad, muy bien conservada.

El yacimiento fue excavado en 1899 por el arqueólogo alemán Robert Koldewey. Los hallazgos de cerámica indican que Neandria fue fundada a finales del siglo VIII a. C. por colonos eolios originarios de Lesbos. La ciudad pervivió hasta la última década del siglo IV a. C., cuando Antígono I Monoftalmo deportó a sus habitantes a la nueva ciudad de Antigonía (llamada luego Alejandría de Troya o de Tróade), que había construido en la costa. El poblado quedó abandonado desde entonces y fue utilizado por los pastores de la zona para llevar a pastar a su ganado, como vimos cuando visitamos el lugar. Resulta interesante recordar que las monedas de Neandria llevan en el reverso la efigie de un caballo pastando.

La acrópolis está en lo alto de una colina, cerca del extremo este de la ciudad, otrora rodeada de una muralla poligonal del siglo VI a. C., parte de la cual sigue en pie. El único monumento que queda de Neandria está marcado por un único árbol torcido por el viento a unos doscientos metros al noroeste de la puerta principal. Se trata de la plataforma de un templo eólico de Apolo que dataría de c. 600 a. C., y sus hermosos capiteles eólicos se conservan actualmente en el Museo Arqueológico de Estambul.

Volvimos luego a la carretera principal que va de Ezine a Odunluk Iskelesi, y poco después empezamos a pasar por las grandes ruinas de Alejandría de Troya, cuyo perímetro calculaba Schliemann que medía cinco kilómetros. El yacimiento había sido utilizado como cantera, así que, salvo una notable excepción, no hay muchas cosas en concreto que ver a lo largo de la carretera, aparte de los restos desperdigados de un edificio no identificado y varios sarcófagos. La única estructura que sigue en pie es el enorme edificio en ruinas llamado localmente Bal Saray, el «Palacio de la Miel». Formaba parte de un gimnasio y un complejo termal erigido en 135 d. C. por Herodes Ático, quien vivió en Alejandría de Troya cuando fue el principal administrador de la provincia de Asia en tiempos del emperador Adriano, íntimo amigo suyo.

Según Estrabón, el asentamiento original de este poblado fue una antigua colonia griega llamada Sigea. En c. 310 a. C. fue fundada en ese mismo lugar una nueva ciudad, mucho más grande, por iniciativa de Antígono I, que la llamó Antigonía en honor a su propia persona. Cuando Antígono fue derrotado y muerto en la batalla de Ipo en 201 a. C. por Lisímaco, el nombre de la ciudad fue cambiado por el de Alejandría. Pero los viajeros, incluso en la Antigüedad, se vieron inducidos por la proximidad de Troya a llamarla Alejandría de Troya.

A la izquierda, una pista mal asfaltada nos condujo de vuelta al mar, a Dalyan, una diminuta aldea agazapada alrededor de una pequeña cala en forma de media luna con una playa de arena, que es todo lo que queda del antiguo puerto de Alejandría de Troya, ocluido por los depósitos de aluvi6n. La cala ofrecía una vista magnífica, pues a lo largo de la playa había varios grandes monolitos de granito, todos ellos partidos por la mitad. Luego me enteré de que habían sido hechos en una cantera situada en lo alto del estribo septentrional del monte Ida durante el período otomano, con la intención de ser erigidos en una de las mezquitas imperiales de Estambul y habían sido trasladados hasta allí para ser embarcados con destino a la capital, pero se habían roto y habían quedado abandonados.

Mientras estábamos en Dalyan nos enseñaron una estatua de mármol de Nike, de tamaño más grande que el natural, semejante a la famosa *Victoria Alada* del Louvre. Había sido descubierta esa misma mañana por un campesino del lugar mientras cavaba en un campo de su propiedad, y la había destrozado buscando el tesoro que pensaba que se ocultaba en su interior, creencia habitual entre los aldeanos que habitan cerca de las ruinas grecorromanas antiguas de Asia Menor. El campesino me

propuso venderme la mano derecha que había arrancado de la estatua de Nike por cinco liras turcas, equivalentes a poco más de medio dólar americano, pero rechacé cortésmente la oferta.

Continuamos luego remontado la costa por una pista mal asfaltada hacia Odunluk Iskelesi, donde había un caique a punto de zarpar rumbo a Ténedos, a unos seis kilómetros al otro lado del estrecho, y todos los pasajeros —aproximadamente unos doce— hablaban griego. Ténedos e Imbros fueron concedidas a Turquía en virtud del tratado de Lausana de 1923, al término de la guerra greco-turca de 1919-1922. La población de ambas islas era casi exclusivamente griega, pero ahora la mayoría la constituyen colonos venidos de Turquía.

Al comienzo de la gran migración helénica a la costa egea de Asia Menor, una expedición eolia estableció una colonia en Ténedos, probablemente en la actual localidad de Kale, la población más grande de la isla. Después unos eolios de Ténedos fundaron asentamientos en la costa de la Tróade bañada por el Egeo, haciéndose con el control de territorio llamado la Perea Tenedia. Los isleños eolios mantuvieron la posesión de la franja costera hasta finales del siglo IV a. C., cuando pasó a la nueva ciudad de Alejandría de Troya.

Ténedos desempeñó un papel importante en la conquista de Troya por Agamenón, cuando la flota aquea se ocultó detrás de la isla mientras sus compañeros, escondidos en el interior del caballo de madera, lograban entrar en la ciudadela y les abrían sus puertas. Este episodio no lo cuenta la *Ilíada* propiamente dicha, sino la *Pequeña Ilíada*, uno de los relatos que componen el ciclo épico.

La historia la conocía Virgilio, que la incluye en el libro II de su *Eneida*, donde Eneas cuenta cómo los aqueos lograron entrar en la ciudad: «A la vista de Troya está la isla de Ténedos, sobrado conocida por la fama. / Abundaba en riquezas mientras estuvo en pie el reino de Príamo, / hoy solo una ensenada, fondeadero traidor para las naves. / Hasta allí se adelantan los dánaos y se ocultan en la playa desierta. / Nosotros nos creímos que ya se habían ido».<sup>[16]</sup>

En el curso de una visita posterior, cuando las carreteras secundarias de la Tróade habían mejorado y habían sido construidas otras nuevas, Toots y yo recorrimos en su totalidad la carretera de la costa, desde Çanakkale hasta Edremit, la antigua Adramitene, deteniéndonos en lugares que no habíamos visto anteriormente, utilizando como guías a Homero y a Estrabón.

Partiendo de Çanakkale fuimos por la autopista de Esmirna hasta llegar al desvío que hay a la izquierda y tomar la nueva carretera que va a Kum Kale. Luego, en Kum Kale seguimos la carretera de la costa en dirección al sur pasando ante los túmulos de Aquiles y Patroclo. Hicimos la primera parada en Beşik Tepe, donde Korfmann y su equipo excavarían más tarde los restos de un asentamiento contemporáneo de Troya I. Era también el emplazamiento de la ciudad de época arcaica de Aquileo, datada en los siglos VII-VI a. C.

Una de las pocas referencias que tenemos de Aquileo aparece en Heródoto, en el breve relato que hace el autor de la llamada guerra lelantina. Fue este un conflicto que tuvo lugar entre Aquileo y la colonia ateniense de Sigeo a comienzos del siglo VI a. C. Entre los que combatieron en ella estuvo el poeta Alceo de Lesbos, contemporáneo de Safo, que prestó servicio militar al lado de las fuerzas de Aquileo. Alceo salió huyendo en la batalla para salvar la vida, dejando tras de sí su escudo para que los vencedores lo capturaran como trofeo. Alceo relató el incidente en un poema dedicado a su amigo Melanipo de Mitilene, que concluía con los siguientes versos: «Ahora es el momento, ahora, / de aprovechar la felicidad que los dioses nos permiten».<sup>[17]</sup>

Continuamos hacia el sur bordeando la costa, pasando ante Odunluk Iskelesi y Dalyan, el puerto cubierto por los depósitos de aluvión de Alejandría de Troya, y nuestra siguiente parada fue Gülpınar, aldea situada a unos cinco kilómetros al norte del cabo Lecto. Aquí se encontraba Crisa, donde Aquiles capturó a Criseida, hija de Crises, sacerdote de Apolo Esminteo. Crisa es el escenario de uno de los episodios más líricos de la *Ilíada*, cuando Odiseo devuelve a Criseida a su padre, que ruega a Apolo que haga cesar la peste con la que ha castigado a los aqueos, «y lo escuchó Febo Apolo».<sup>[18]</sup>

Cuando los aqueos devolvieron a Criseida a su padre celebraron un banquete de acción de gracias a Apolo que duró un día entero, antes de regresar a su campamento a la mañana siguiente: «Todo el día estuvieron propiciando al dios con cantos y danzas / los muchachos de los aqueos, entonando un peán en el que / celebraban al Protector; y este se recreaba la mente al oírlo».<sup>[19]</sup>

Visitamos Gülpınar de nuevo a mediados de la década de los noventa, después de que los arqueólogos turcos excavaran y restauraran un templo de Apolo Esminteo que databa de la segunda mitad del siglo III a. C. Se trata de un templo jónico períptero, con un pórtico de ocho por catorce columnas que se levantan sobre un estilóbato o plataforma de 24 por 43 metros. En la localidad existe un pequeño museo que contiene restos arquitectónicos del templo, junto con interesantes fragmentos de los relieves que lo decoraban.

Seguimos bajando por la costa, pasando ante el cabo Lecto y deteniéndonos brevemente en Aso, antes de seguir por la carretera de la costa a su paso por el golfo de Edremit. El paisaje a lo largo del sector septentrional del golfo es extraordinariamente hermoso, y la carretera corre a lo largo de la orilla del mar por un lado y de olivares por otro, playas de arena blanca y promontorios cubiertos de pinares. Sobre nosotros, a la izquierda se erguía la majestuosa cima del monte Ida, que alcanza los 1724 metros por encima del nivel del mar, dominando todas las perspectivas sobre la Tróade.

En Küçükkuşu hay una indicación a la izquierda que señala el camino hacia el llamado «Altar de Zeus». Se llega así a la localidad de Adatepe, cerca de la cual hay una enorme piedra lisa que Schliemann llamaba el Altar de Zeus Ideo. Aunque

prácticamente no hay testimonios arqueológicos que respalden semejante identificación, Schliemann estaba convencido de que era el Gárgaro homérico, el pico del Ida desde el que Zeus contemplaba los altibajos de los combates que se desarrollaban en la llanura troyana.

Volviendo a la carretera de la costa, continuamos avanzando hacia el este, a lo largo de la ribera norte del golfo. Cerca del fondo de este, casi directamente al pie del monte Ida, llegamos a la localidad de Devren, identificada con el emplazamiento de la antigua Antandro.

Tanto Heródoto como el poeta Alceo dicen que Antandro estuvo habitada antes de que los eolios se establecieran por primera vez en Asia Menor, en la costa norte del Egeo. En el siglo V a. C. la ciudad estaba habitada por griegos eolios oriundos de Lesbos, pues en esa época el nombre de Antandro figura en las listas de pago de tributos como colonia de Mitilene. Heródoto dice que la cima del monte Ida situada directamente encima de Antandro se llamaba Alejandría por Alejandro, más conocido como Paris, hijo de Príamo y Hécuba. Según el mito, Paris pasó su juventud apacentando sus ovejas en el monte Ida justo encima de Antandro, y fue allí donde arbitró el famoso concurso de belleza entre Hera, Atenea y Afrodita, el juicio de Paris, que dio lugar a la guerra de Troya.

La primera alusión al monte Ida la tenemos en el canto II de la *Ilíada*, en el catálogo de los troyanos, donde el poeta describe el contingente acaudillado por Eneas, hijo de Anquises, primo segundo del rey Príamo. Según la mitología griega, cuando Anquises era joven se dedicó a apacentar sus ovejas en el Ida, donde Afrodita se enamoró de él y acabó dando a luz a Eneas.

Virgilio, tras la caída de Troya Eneas emprendió su viaje de exilio en Antandro, según cuenta en el libro II de la *Eneida*:

Y después que cayó  
la soberbia Ilión y que toda la Troya de Neptuno alzaba desde el suelo  
espiras de humo, nos fuerzan los augurios de los dioses a ir en busca de lugares  
distantes de destierro en comarcas desoladas. Construimos debajo de Antandro nuestras naves,  
al pie de la montaña frigia de Ida, sin saber dónde nos conducen los hados,  
dónde se nos concede establecernos...  
... Abandoné llorando las playas de la patria y los puertos  
y la llanura donde estuvo Troya. Me llevan desterrado mar adentro  
con mis hombres y mi hijo y los penates y con los grandes dioses.<sup>[20]</sup>

Cuando visitamos por primera vez Antandro todo lo que quedaba de la ciudad antigua eran algunos fragmentos arquitectónicos dispersos que habían sido reutilizados para construir los muros de las terrazas plantadas de olivares que bordeaban el mar. Pero cuando volvimos a visitarla a mediados de los años noventa comprobamos que los arqueólogos turcos habían desenterrado abundantes restos a ambos lados de la carretera, incluidos algunos edificios con pavimentos de mosaico aparentemente de época romana.

En todas nuestras excursiones por la Tróade nos detuvimos en Troya, que hasta el comienzo de las excavaciones de Korfmann siguió exactamente igual que cuando la vimos por primera vez en 1961. Pero cuando volvimos a visitarla a mediados de los años noventa, tras un intervalo de dos décadas, el lugar se había transformado, había nuevas excavaciones y carteles que identificaban los diversos estratos de Troya y sus principales monumentos, además de un museo y una maqueta del caballo de Troya, por no hablar del casino Helena y Paris, donde se servía a los turistas «vino troyano», que por lo menos era de Ténedos.

Buena parte del yacimiento está en la actualidad acordonado debido a las excavaciones, de modo que los visitantes ven limitados sus movimientos a un itinerario fijo. Por ello tuvimos que efectuar un circuito a través de las excavaciones, a las que llegamos desde el sureste; giramos luego a la derecha siguiendo un sendero que nos llevó a pasar por la puerta este de las murallas de defensa. Aquellas murallas extraordinariamente bien construidas formaban parte de las fortificaciones de Troya VI y de Troya VIIa, calificadas por Blegen de «una obra maestra de la ingeniería militar de finales de la Edad del Bronce».<sup>[21]</sup>

Pasamos por el circuito de las fortificaciones de la Puerta Este, parte de Troya VIIa, y nos fijamos en las piedras de color claro de las murallas romanas de la Troya IX. Una vez traspasada la puerta vimos los cimientos de varias casas de Troya VI y de Troya VIIa, construidas después de que la ciudad se extendiera más allá de sus límites a comienzos de la Edad del Bronce.

Luego, en el sector noroeste del montículo, llegamos al emplazamiento del templo grecorromano de Atenea, restaurado o reconstruido por Augusto; los restos y los fragmentos arquitectónicos que quedan de él datan de época helenística y romana. El templo, cuya base mide 16 x 36 metros, era períptero, con un pórtico dórico de seis columnas en ambos extremos y trece en los lados, contando dos veces las de las esquinas, con dos columnas *in antis* en las entradas delantera y trasera. El pórtico sostenía una techumbre de casetones, de los cuales pueden verse por el suelo, en medio de las ruinas, dos grandes paneles, junto con fragmentos de la decoración escultórica. El entablamento del pórtico delantero tenía metopas decoradas con relieves, el más famoso de los cuales, actualmente en el Museo Arqueológico de Berlín, muestra al dios del Sol Apolo/Helios conduciendo una cuadriga o carro de cuatro caballos, con un nimbo de rayos que rodea su cabeza. El templo se encontraba cerca del extremo noroeste de un gran *témenos* o recinto sagrado, un área rectangular de unos nueve mil quinientos metros cuadrados, cuya entrada principal estaba en medio del lado este del recinto amurallado.

En la ladera noroeste del montículo pudimos ver el gran teatro grecorromano, que todavía estaba en proceso de excavación. El teatro, que, según se calcula, tenía capacidad para acoger a unos seis u ocho mil espectadores sentados, fue restaurado o reconstruido también por Augusto.

Pasamos luego a la ciudadela de Troya I, cuya primitiva muralla de fortificación tenía una longitud de más de quince metros; su rasgo más destacado era la torre este de la puerta principal, situada al sur. En medio de la acrópolis pudimos contemplar los cimientos de un *mégaron* palacial y otras construcciones del mismo tipo, y el primero de esos *mégara* estaba colgado al borde de la gran zanja norte-sur de Schliemann.

La puerta situada en la esquina suroeste de las murallas de Troya II daba acceso a una rampa pavimentada que nos condujo de nuevo a los confines de la Troya VI, pasando ante varios grandes *mégara*, los más impresionantes de los cuales eran la Casa de la Pilastra y la Casa de las Columnas. Se ha sugerido que la Casa de la Pilastra, que se encuentra justo dentro de la puerta sur, un poco a la izquierda, de Troya VI, ocupa el emplazamiento de la «muy bella morada de Príamo, construida con pulidos pórticos».<sup>[22]</sup>

Parece que la puerta sur de Troya VI eran las Puertas Esceas de Homero, pues constituían el principal acceso a la ciudad desde la llanura situada a sus pies, y la Gran Torre de Ilión estaba justo al lado, al oeste de las Puertas.

Tras pasar por la puerta sur de Troya VI vimos varias estructuras de la Troya VIII y la Troya IX, las ciudades griega y romana respectivamente. Justo a la derecha de la puerta está el *bouleutérion* o cámara del consejo, parte del cual fue construido sobre las murallas de la ciudadela de la Troya VI. Como el Templo de Atenea y el teatro, el *bouleutérion* fue restaurado o reconstruido por Augusto, probablemente después de su visita a Troya en 20 a. C.

Al otro lado de la puerta está el odeón romano, un pequeño teatro semicircular construido por Augusto para albergar las actuaciones musicales. El arco superior del odeón está construido sobre las murallas de Troya VI y casi toca con la Casa de la Pilastra, uno de cuyos pilares puede verse justo detrás de él. Solo se han conservado ocho filas de asientos del odeón, y el de mármol situado en el centro de la fila de más arriba estaría reservado al emperador. La estructura que forma el frente de la orquesta es todo lo que queda de la *skené*, o edificio del escenario, en el que había una estatua más grande que el natural del emperador Adriano, que restauró o reconstruyó el edificio.

Más adelante, pasado el odeón, vimos a nuestra derecha las termas y el gimnasio de época romana, parcialmente restaurados. Las termas, el odeón y el *bouleutérion* estaban en un extremo del ágora, la plaza del mercado de la ciudad grecorromana y el centro de su vida pública.

Un poco más adelante, en la misma dirección, llegamos a un santuario construido contra las murallas de Troya VI justo al lado de su puerta suroeste. Se cree que el santuario data del siglo VIII a. C., época en la que habría sido erigido sobre la ciudad baja de Troya VI y Troya VII. Siguió en uso hasta finales de la época romana, aunque a menudo fue reconstruido y modificado. El santuario está formado por varios altares y pozos sacrificiales, así como por las zapatas de cimentación de lo que

probablemente fuera una tribuna escalonada para contemplar las ceremonias religiosas. Las numerosas estatuillas de culto de Cíbele y Deméter encontradas en Troya indican que el santuario quizá estuviera dedicado a ellas. Originalmente tal vez fuera un santuario de Cíbele, pues era la diosa frigia de la fertilidad, la «madre de los animales», una forma posterior de la Gran Madre Tierra anatólica, y es posible que luego, en época helenística, fuera dedicado a la diosa griega de la fertilidad, Deméter.

En nuestra visita más reciente a Troya, a comienzos del nuevo milenio, el panorama que contemplamos desde lo alto de la acrópolis fue más o menos el mismo que viéramos aquella mañana cálida y clarísima de abril de 1961: el antiguo montículo dominando la ventosa llanura troyana, cuyos verdeantes campos de cultivo resplandecían con miríadas de amapolas mecidas por el viento que agitaba los olivares y los encinares de las colinas circundantes. El Escamandro centelleaba aquí y allá mientras serpenteaba camino del Helesponto, donde sus vertiginosas aguas desembocan en las olas del Egeo entre las islas flotantes de Imbros y Ténedos. Más allá, hacia el sur, la cima del Ida, rodeada de nubes, se cernía majestuosamente sobre las colinas de la Tróade, en un paisaje que Homero habría reconocido.

## LOS HÉROES REGRESAN

Cuando Odiseo (Ulises) partió de Ítaca para unirse a la expedición de Agamenón a Troya, dejó tras de sí a su esposa, Penélope, y a su hijo, todavía en pañales, Telémaco. Pocos años antes de que regresara, los jóvenes solteros del reino empezaron a cortejar a Penélope, dando por supuesto que Odiseo había muerto. Pero ella seguía esperando que su marido regresara y pusiera a raya a aquellos pretendientes, que se habían metido como huéspedes en su palacio sin que nadie los hubiera invitado, consumiendo en banquetes sus bueyes y sus ovejas.

Homero comienza la *Odisea* con una invocación a Calíope, la musa de la poesía épica, pidiéndole que le cuente el viaje de vuelta al hogar de Odiseo al término de la guerra de Troya.

Musa, dime del hábil varón que en su largo extravío,  
tras haber arrasado el alcázar sagrado de Troya,  
conoció las ciudades y el genio de innúmeras gentes.  
Muchos males pasó por las rutas marinas luchando  
por sí mismo y su vida y la vuelta al hogar de sus hombres,  
pero a estos no pudo salvarlos con todo su empeño,  
que en las propias locuras hallaron la muerte. ¡Insensatos!

...

Cuantos antes habían esquivado la abrupta ruína,  
en sus casas estaban a salvo del mar y la guerra;  
solo a él, que añoraba en dolor su mujer y sus lares,  
reteníalo la augusta Calipso, divina entre diosas.<sup>[1]</sup>

Como la *Ilíada*, que comienza en el décimo año de la guerra de Troya, la *Odisea* empieza en el décimo año del viaje de regreso al hogar de Odiseo, cuando el relato está punto de alcanzar su punto culminante. Tras la invocación a la Musa, Homero explica el momento, el lugar y las circunstancias en que comienza su historia: Odiseo está retenido en la pequeña isla de Ogigia por la ninfa Calipso, y Posidón le impide llevar a buen término su viaje tras haber convencido a los demás dioses de que retrasen su regreso a Ítaca.

Posidón estaba irritado con Odiseo porque este había dejado ciego a su hijo, el cíclope Polifemo. Todos los demás inmortales, y en particular Atenea, sentían compasión por Odiseo, de modo que cuando Posidón se fue a visitar a los etíopes, la de ojos de lechuza aprovechó la oportunidad para plantear el caso ante Zeus en una asamblea de los dioses celebrada en el monte Olimpo.

Atenea se quejó ante Zeus de que se había olvidado de «Ulises, / infeliz, que hace tanto padece de miles trabajos»,<sup>[2]</sup> detenido en la isla de Calipso, «en vano que Ulises en ansias / de mirar cómo el humo se eleva del suelo paterno / prefiriera morir».<sup>[3]</sup>

Zeus respondió a su hija que no se había olvidado de «Ulises divino»,<sup>[4]</sup> y que «Posidón, batidor de la tierra, es quien sigue / enconado por mor del ciclope, del gran Polifemo / al que Ulises cegó».<sup>[5]</sup>

Y a continuación añade: «Pero, ¡ea!, tratemos nosotros de acuerdo su vuelta / y que el héroe regrese a su hogar».<sup>[6]</sup> Atenea contesta entonces a Zeus sugiriendo que envíe a Hermes a decir a Calipso que deje marchar a Odiseo, mientras que ella irá a Ítaca, donde espera infundir ánimos a Telémaco afirmando que «en su pecho pondré diligencia y valor».<sup>[7]</sup>

Atenea salió entonces volando y se presentó en Ítaca, donde fue a ver a Telémaco disfrazada de Mentos, «el señor de los tafios, nación de gozosos remeros».<sup>[8]</sup> Dijo a Telémaco que su padre seguía vivo «en isla que cercan las olas»,<sup>[9]</sup> pues los dioses le habían cortado el camino impidiendo que prosiguiera su viaje. Le exhortó luego a visitar a Néstor y a Menelao, dos de los héroes que ya habían vuelto a su hogar, y preguntarles si por ventura sabían si Odiseo seguía vivo y si aún estaba camino de Ítaca.

Telémaco navega entonces de Ítaca a Pilos, en la costa del suroeste del Peloponeso, donde visita a Néstor y le pregunta por su padre. Néstor responde que durante el asedio de Troya Odiseo y él estuvieron siempre juntos, «un alma, una mente / a los dos nos movió; con prudencia inspirábamos ambos»<sup>[10]</sup> a los dánaos siempre lo más conveniente, pero que en el transcurso del viaje de vuelta fueron dispersados por la voluntad de los dioses:

Arrasado que hubimos el alto castillo de Príamo,  
en las naves volvíamos y un dios dispersó a los aqueos;  
en su ánimo Zeus tramó la ruína en la vuelta  
a los dánaos, pues no fueron todos sensatos ni justos.  
Muchos de ellos tuvieron por esto un funesto destino  
en la ira fatal de la hija del padre terrible,  
la ojizarca [Atenea], que allí desavino a los hijos de Atreo.<sup>[11]</sup>

Atenea estaba irritada porque el Locrio Áyax Oileo, Áyax «el Menor», había violado a Casandra, hija de Príamo, que se había refugiado en el templo de la propia diosa cuando Troya fue saqueada por los aqueos. Posteriormente Casandra fue capturada por Agamenón, que hizo de ella su concubina y se la llevó consigo de vuelta a Micenas, donde ambos fueron asesinados por la esposa de él, Clitemnestra, y su amante, Egisto.

Néstor cuenta luego la disputa entre Menelao y Agamenón, ocurrida a raíz del saqueo de Troya. Menelao instó a los aqueos a pensar en volver a la patria, pero Agamenón quiso quedarse todavía algún tiempo para hacer sacrificios y hecatombes con el fin de «aplacar el terrible rencor de la diosa [Atenea]. ¡Insensato! / No llegó a comprender que sus preces no habían de ablandarla».<sup>[12]</sup>

Néstor añade que la mitad de los aqueos se quedaron con Agamenón, mientras que la otra mitad, incluidos él y sus seguidores, zarparon junto con Menelao,

deteniéndose en Ténedos e «hicimos allí sacrificios».<sup>[13]</sup> Pero entonces estalló otra disputa, y algunos siguieron a Odiseo, quien decidió partir «y a agregarse volvió a Agamenón para darle contento».<sup>[14]</sup>

Néstor cuenta también que él y los suyos, junto con los seguidores de Menelao y Diomedes, continuaron el viaje de regreso a la patria:

A la cuarta jornada dejaban en Argos sus naves  
a los hombres que daban escolta a Diomedes Tidida,  
domador de caballos. Siguiendo yo a Pilos, ya el viento  
no dejó de soplar como un dios lo mandara al principio,  
y en tal modo, hijo amado, llegué sin saber de los otros,  
si por fin se salvaron o hallaron la muerte.<sup>[15]</sup>

Néstor a continuación da cuenta a Telémaco «de aquello / de que vine a enterarme más tarde, sentado en mis salas».<sup>[16]</sup> Cuenta que tuvo así conocimiento del regreso al hogar sano y salvo del hijo de Aquiles, Neoptólemo, así como de la suerte de Filoctetes e Idomeneo, que llegaron también incólumes a sus patrias respectivas, mientras que Agamenón había sido asesinado a su vuelta por Egisto, el amante de su esposa.

Cuatro de estos héroes aqueos —Diomedes, Neoptólemo, Idomeneo y Filoctetes— tuvieron que emprender arriesgados viajes una vez que llegaron a su hogar procedentes de Troya y, según ciertas versiones de sus respectivos mitos, todos ellos murieron lejos de su patria natal. Estos relatos forman parte de los *Nóstoi*, los relatos posthoméricos de los héroes aqueos al regresar de Troya.

Durante el sitio de Troya, Diomedes había herido a Afrodita cuando peleaba con el hijo de esta, Eneas, en socorro del cual había acudido la diosa. Afrodita se había vengado incitando a Egialea, la esposa de Diomedes, a cometer adulterio en su ausencia, y cuando el héroe regresó a Argos, se las vio y se las deseó para escapar de las asechanzas que le tendió Egialea. Diomedes y sus hombres se refugiaron en el templo de Hera, de donde huyeron por fin aprovechando el manto de la noche.

Diomedes se trasladó entonces a Etolia, y desde allí a Daunia (Apulia), en Italia, donde fue bien recibido por el rey Dauno. Este le pidió que le ayudara a luchar contra los mesapios, ofreciéndole una parte de su reino y la mano de su hija, Evipe. Cuando Diomedes se alzó con la victoria, desposó a Evipe, con la cual tuvo dos hijos, y compartió su reino con sus compañeros. Llegó incluso a fundar al menos diez ciudades en Italia, entre ellas Brundisio (Bríndisi). Se dice que fue muy longevo y que recibió sepultura en el sur de Italia, donde era venerado como héroe divinizado.

Neoptólemo recibió aviso del adivino troyano Héleno, hijo de Príamo y Hécuba y hermano gemelo de Casandra, que le dijo que permaneciera en Troya algunos días después de que los demás aqueos zarparan en sus naves, y que regresara a su patria por tierra y no por mar, librándose así de la suerte que corrieron muchos de sus compañeros.

Neoptólemo hizo prisionera a la viuda de Héctor, Andrómaca, a la que convirtió en su amante, y se la llevó consigo a Grecia como cautiva junto con Héleno, el hermano de Héctor. Siguiendo los consejos de Héleno, que tenía dotes premonitorias, se estableció en el Epiro y no en la Ftiótide, el reino de su padre. Allí se casó con Hermíone, hija de Menelao y Helena, pero su matrimonio fue estéril, mientras que con Andrómaca llegó a tener tres hijos. Esta circunstancia provocó los celos de Hermíone, que pidió ayuda a Orestes, con el cual había estado prometida anteriormente. Orestes mató entonces a Neoptólemo y se casó con Hermíone.

Idomeneo volvió a Creta y allí se encontró con que su hijo adoptivo, Leuco, había usurpado el trono. Mientras Idomeneo estaba en Troya, Leuco había seducido a la esposa del rey, Meda, y luego la había asesinado junto a su hija, Clisítira. Idomeneo intentó recuperar el poder, pero Leuco le obligó a huir de Creta. El fugitivo llegó entonces al sur de Italia y se estableció en el Salento, donde construyó un templo dedicado a Atenea.

Filoctetes regresó a su reino en Magnesia de Tesalia, pero fue derrocado y se vio obligado a trasladarse a Campania, cerca de Nápoles. Se dice que fundó varias ciudades en torno a la región de Crotona, en el sur de Italia, en particular Macala, donde dedicó un templo a Apolo. Murió en combate cuando intentaba ayudar a unos colonos rodios, que eran atacados por los habitantes de la zona. Varias de las ciudades fundadas por Filoctetes afirmaban ser el lugar en el que el héroe había sido enterrado.

Así pues, la tradición sitúa el final de los viajes de varios caudillos aqueos en el sur de Italia, circunstancia que sin duda se debe a la fundación de las primeras colonias griegas en la Magna Grecia en el siglo VIII a. C., precisamente la época en la que empezaron a tomar forma los relatos incluidos en los *Nóstoi*.

Telémaco pregunta luego por Menelao, y Néstor dice que el Atrida y él volvieron juntos: «Mas llegando / a tocar al sagrado Sunión, promontorio de Atenas, / Febo Apolo, lanzando sus flechas suaves, dio muerte / al piloto de aquel [Menelao]». [17] A continuación dice que Menelao se detuvo a enterrar al piloto y luego prosiguió su viaje, pero en el cabo Malea, en el Peloponeso, una tempestad dividió su flota en dos partes: una naufragó frente a las costas de Creta, mientras que la otra fue empujada por los vientos directamente hasta Egipto, donde Menelao logró reunir abundantes riquezas antes de regresar a su patria.

Néstor aconseja entonces a Telémaco que vaya a visitar a Menelao, «que hace poco llegó del extraño país»; [18] y añade: «Tú mismo suplícale allí que te hable / con franqueza, y no habrá de mentirte, pues es bien sensato». [19]

Al día siguiente Telémaco, dejando a sus hombres y su nave en el puerto de Pilos, emprende el viaje en carro junto con Pisístrato, el hijo de Néstor. Dos días después «a Laconia llegaron por fin, la de valles profundos, / y guiaron el carro a las casas del gran Menelao». [20] El rey mandó a sus criados que se ocuparan de los caballos y a sus sirvientas que bañaran a sus huéspedes, los ungieran con aceite, les dieran ropas

limpias, y por fin los sentó a su lado ante una mesa cargada de platos de carne y vasos de oro para el vino.

E invitólos así Menelao, el de rubios cabellos:  
«Poned mano al manjar y gozad a placer. Cuando estéis satisfechos del todo diréis quiénes sois. No ha acabado de seguro en el mundo el solar de que sois descendientes, antes bien vuestra raza es de reyes, de nietos de Zeus poseedores de cetro: los viles no dan tales hijos».<sup>[21]</sup>

Mientras comen, Telémaco dice en voz baja a Pisístrato: «¿No imaginas / que es así la morada de Zeus, el olimpio? ¡Son tantas / las riquezas que veo! El asombro me toma al mirarlas».<sup>[22]</sup> Menelao los escucha «y dejando ir su voz replicó con aladas palabras».<sup>[23]</sup>

Hijos míos, no puede un humano medirse con Zeus,  
que inmortales, lo mismo que él, son su casa y sus bienes;  
de los hombres, ¿quién sabe si alguno compite conmigo  
en riquezas? De cierto yo sé que sufrí grandemente,  
que he pasado ocho años errante en mis naves, llevado  
ya a las costas de Chipre y Fenicia, ya a tierras de egipcios;  
que llegué a los etíopes, sidonios y erembos y a Libia,  
el país donde nacen corderos con cuernos.<sup>[24]</sup>

Y añade que mientras él andaba errante y reunía todas esas riquezas, su hermano Agamenón fue asesinado por su esposa infiel y el amante de esta, y que así «he perdido el placer de reinar entre tantas riquezas».<sup>[25]</sup> Y a continuación dice que lamenta sobre todo la suerte de Odiseo:

Porque nadie penó entre los hombres aqueos  
como Ulises penó y se afaná; sus trabajos debían  
convertírsele en lutos y a mí en aflicción incesante  
por su suerte, pues tanto de aquí falta ya y no sabemos  
si está vivo o ha muerto. Sin duda conmigo le lloran  
la discreta Penélope, el viejo Laertes y el hijo  
que tan niño al partir para Troya dejaba en su casa.<sup>[26]</sup>

Al oír sus palabras, Telémaco se echa a llorar, y alzando las manos se tapa los ojos con el manto para que los demás no lo vean. Pero su gesto no pasa desapercibido a Menelao,

... que quedó meditando en su mente y su pecho si habría  
de dejar que él mentara a su padre o debía por sí mismo  
preguntar y moverle a dar cuenta de todo. Y en tanto  
meditaba estas cosas el rey en su mente y su pecho,  
vino Helena del cuarto aromado de excelsa techumbre,  
semejante a Artemisa, la diosa de rueda de oro.<sup>[27]</sup>

Recostándose en una silla, Helena «comenzó a hablar preguntando insistente a su esposo».<sup>[28]</sup>

Menelao, retoño de Zeus, ¿sabemos qué clase de varones se ufanan de ser los que hoy han venido al palacio? ¿Me engaño o acierto? Callar no podría: nunca vi ni en mujer ni en varón semejanza con otros cual la muestra a mi vista ese joven. Con pasmo lo miro y un retoño paréceme ver del magnánimo Ulises; yo diría que es Telémaco, el hijo que apenas nacido él dejaba en su hogar cuando, ¡impúdica yo!, por mi causa los argivos marchasteis a Troya en afanes de lucha.<sup>[29]</sup>

Menelao le replica que a él también le ha sorprendido el parecido de su joven huésped con Odiseo:

Así creo yo también, ¡oh mujer!, como tú conjeturas; tales eran las piernas de Ulises y tales sus manos, tal su agudo mirar, su cabeza y así sus cabellos. hace poco acordándome de él les hablé de lo mucho que por mí se afaná y padeció y al instante el muchacho derramó largo llanto y lo quiso ocultar con los pliegues de la capa purpúrea que alzó hasta cubrirse los ojos.<sup>[30]</sup>

Habló entonces Pisístrato y dirigiéndose a Menelao dijo que su compañero era efectivamente Telémaco. Menelao respondió hablando del amor que siempre había sentido por Odiseo y diciendo que, si Zeus les hubiera permitido a los dos regresar a su hogar sanos y salvos, había pensado hacerlo venir con toda su familia desde Ítaca a Argos, y «habitando él aquí cada día nos veríamos y nada / rompería nuestro amor y recíproco goce hasta tanto / nos viniese la muerte a envolver en su nube sombría».<sup>[31]</sup>

Al oír aquellas razones todos se echaron a llorar, incluido Pisístrato, que «así respondió con aladas palabras»,<sup>[32]</sup> poniéndose a hablar de su hermano mayor, Antíloco, que había muerto en Troya: «Yo también he perdido a un hermano, que no era de cierto / el peor de los dánaos; tú debes saberlo, yo nunca / ni a su lado me hallé ni lo vi, mas de Antíloco cuentan / que en correr y en luchar a ninguno cedía de los vuestros».<sup>[33]</sup>

Percatándose entonces de que Pisístrato es hijo de Néstor, Menelao responde:

Has hablado, ¡oh amigo!, en verdad como hacerlo podría un sesudo varón y de más larga edad; mas, nacido de ese padre que tú, ¿cómo habrías de hablar de otro modo?

...

Mas nosotros dejemos sin más los lamentos de antes y tornemos la mente al festín: que nos viertan el agua nuevamente en las manos; Telémaco y yo desde el punto en que el alba parezca hablaremos despacio y a solas.<sup>[34]</sup>

Tras lavarse las manos, se disponen a comer y a beber, y Helena les cuenta una proeza de Odiseo, a saber, la incursión que llevó a cabo en la ciudad de Ilión, disfrazado de mendigo, con el fin de espiar a los troyanos. Dice que ella lo reconoció, pero que prestando juramento solemne, prometió no delatarlo a los teucros, tras lo

cual él le contó de una vez los planes que tenía de matar a sinfín de troyanos y volver con los otros argivos cargado de información:

Las troyanas entonces rompieron en gritos; mi pecho alegrábase, en cambio, pues ya el corazón me impulsaba a volver a mi hogar, y lloraba el error que Afrodita me inspirara al llevarme hasta allí de este suelo querido en el cual me dejaba a mi hija, mi lecho y mi esposo, no inferior a ningún otro hombre, en figura ni genio.<sup>[35]</sup>

Menelao respondió luego a Helena contando el episodio del caballo de Troya, estratagema ideada por Odiseo. Menelao fue uno de los que se escondió en el caballo, junto con Odiseo y otros caudillos aqueos, cuando los troyanos, entre perplejos y curiosos, lo arrastraron al interior de la ciudad y empezaron a examinarlo, encabezados por la propia Helena. Menelao describe la escena en los siguientes términos:

Y nos diste tres vueltas. Palpabas el hueco escondite y empezaste a llamar por su nombre a los héroes argivos imitando la voz de la esposa del uno y del otro. Y hete aquí que yo mismo, el Tidida y el prócer Ulises, en mitad de la turba sentados, oíamos tus gritos y Diomedes y yo nos alzamos con vivos anhelos de salir del caballo o de dar desde dentro respuesta; mas Ulises cogiose a los dos y cortó nuestro impulso.<sup>[36]</sup>

Al cabo de un rato se van todos a acostar. A la mañana siguiente, en cuanto se levanta, Menelao va a buscar a Telémaco y le dice: «¿Qué ocasión o qué apremio te trajo, Telémaco insigne, / por las anchas espaldas del mar hasta Esparta divina? / ¿Es del pueblo o es tuyo? Fielmente refiérelo todo».<sup>[37]</sup> Telémaco entonces responde:

Menelao, retoño de Zeus, señor de tus gentes, vine a ti por si acaso lograba saber de mi padre: mi mansión se consume, perecen mis pingües haciendas, llena está de enemigos mi casa y, sin darse reposo, me degüellan ovejas y bueyes de pasos de rueda y a mi madre cortejan henchidos de orgullo insolente. He llegado por ello a tus pies por si quieres decirme cómo ha sido su fin miserable, lo vieras tú mismo con tus ojos u oyéraslo de otro, quizá de un viajero.<sup>[38]</sup>

Menelao se enfurece al conocer el comportamiento de los pretendientes, y luego le cuenta al joven lo que sabe de Odiseo. De todo ello se había enterado en la isla de Faros, en Egipto, de labios del adivino Proteo, el Viejo del Mar, que contó a Menelao que era retenido allí por voluntad de los dioses olímpicos, y añadió: «No debiste embarcar sin hacer sacrificios perfectos / al gran Zeus y las otras deidades, si ansiabas tan pronto / a tu patria venir recorriendo el vinoso océano».<sup>[39]</sup>

Menelao respondió a Proteo que así lo haría, y regresó a Egipto a «hacer hecatombes sagradas / a los dioses eternos que habitan el cielo anchuroso».<sup>[40]</sup> Preguntó entonces a Proteo qué suerte habían corrido los aqueos a los que Néstor y él habían dejado atrás en Troya: «¿Arribaron sin daño en sus barcos aquellos argivos / que dejé sobre tierras de Ilión al partirme con Néstor? / ¿Acabó con alguno la muerte cruel en su nave / o quizá de los suyos en brazos después de la guerra?».<sup>[41]</sup>

Proteo contestó advirtiéndole que no le convenía conocer sus secretos: «¡No habrá de tardarse / mucho tiempo tu llanto una vez que los oigas!».<sup>[42]</sup>

»Entre aquellos ya muchos y muchos quedaron, mas solo dos varones con mando en los dánaos vestidos de bronce de regreso han caído: tú viste a los muertos en guerra y otro más está preso con vida en el ancho océano. El primero en perderse fue Áyax, con todas sus naves longirremes».<sup>[43]</sup>

Proteo le contó cómo fue destruida la flota de Áyax y cómo él mismo murió frente a las costas de la isla de Giras, actualmente llamada Giaros, en las Cícladas, donde Posidón lo hizo estrellarse contra las rocas que rodean sus costas una vez que escuchó sus blasfemias y su desafío a las divinidades.

Proteo contó entonces de manera sucinta el viaje de regreso al hogar de su hermano Agamenón, que sobrevivió a la tempestad causante de la muerte de Áyax:

Esquivada la muerte, tu hermano llegaba ya indemne con las cóncavas naves, salvado por Hera, la augusta, cuando, yendo a alcanzar la escarpada montaña malea, levántose violento ciclón y arrastrolo de nuevo por el mar rico en peces, lanzando profundos gemidos.

...

Todo en gozo pisaba los campos paternos, besaba, abrazando la arena, aquel suelo natal, y sus ojos contemplando la patria vertían un cálido llanto.<sup>[44]</sup>

Proteo siguió explicando a Menelao cómo su hermano fue asesinado por Egisto, que había contratado a un vigía para que lo avisara del regreso de Agamenón y que, una vez recibido el aviso, le tendió una emboscada:

... Eligiendo veinte hombres, los más arriscados del pueblo, los puso en celada; mandó de otra parte adobar un banquete, invitó a Agamenón, el pastor de soldados, y fuese a encontrarlo con carro y corceles y el crimen por dentro. Ignorante de todo llevolo con él y matolo tras sentarlo al festín, como a buey amarrado al pesebre. De sus hombres ninguno con vida quedó, mas cayeron los de Egisto también en la sala con ellos.<sup>[45]</sup>

Menelao dice a Telémaco que, cuando oyó el relato de la muerte de Agamenón, «largo llanto / derramaba tirándome allá por la arena y mi alma / no quería ya vivir ni

ver más los fulgores del día».[46] Proteo, sin embargo, le dijo que no perdiera el tiempo lamentándose de aquel modo, sino que regresara a toda velocidad a su patria para vengarse; y si Orestes, el hijo de Agamenón, había matado ya a Egisto, aún podría «alcanzar sus exequias» [de su hermano].[47]

Menelao recuperó la compostura y, volviéndose a Proteo, le habló «con aladas palabras», preguntándole por el otro héroe que aún no había vuelto a su hogar. El Viejo del Mar respondió:

... Es el hijo  
de Laertes, que en Ítaca tiene sus casas: vertiendo  
de los ojos le vi copiosísimo llanto en la isla  
y palacio que habita la ninfa Calipso; por fuerza  
lo retiene ella allí sin que pueda volver a su patria,  
pues no cuenta con barcos de remos ni amigos que ayuden  
su camino en la espalda anchurosa del mar.[48]

...  
«Cuanto a ti, Menelao, retoño de Zeus, tu destino  
no es morir allá en Argos, criadora de potros: los dioses  
te enviarán a los campos elisios, al fin de las tierras,  
donde está Radamantis de blondo cabello y la vida  
se les hace a los hombres más dulce y feliz, pues no hay  
allá nieve ni es largo el invierno ni mucha la lluvia  
y el océano les manda sin pausa los soplos sonoros  
de un poniente suave que anima y recrea: tal se debe  
al esposo de Helena, tenido por yerno de Zeus».  
Así habló: sumergiose después en las olas marinas.[49]

Cuando Menelao concluyó su relato, invitó a Telémaco a permanecer una temporada en su palacio. Pero el joven le dijo que debía partir, pues sus compañeros lo aguardaban en Pilos para regresar juntos a Ítaca. Entonces sin dilación Menelao regaló a Telémaco una cratera de plata con los bordes de oro, y la noche antes de la partida celebró un banquete de despedida en honor de sus huéspedes.

En Ítaca, los pretendientes se habían dado cuenta en el palacio de Odiseo de que Telémaco se había marchado y enviaron una nave a interceptar la del joven cuando regresara a la patria, con la intención de matarlo. Penélope se enteró de sus planes y quedó desconsolada, pero Atenea se le apareció en sueños y le dijo que Telémaco regresaría sano y salvo.

Atenea volvió entonces volando al palacio de Menelao y se apareció a Telémaco en sueños para avisarle de que los pretendientes habían enviado una nave para tenderle una emboscada durante su viaje de regreso. Le aconsejó mantenerse alejado de la costa y navegar incluso de noche:

... Y tan pronto  
como toques la tierra primera de Ítaca, ordena  
a tu gente ir de allí a la ciudad con la nave. Tú, en cambio,  
desembarca y emprende el camino hasta hallar al porquero  
que los cerdos te cuida y que tanto te quiere. Esa noche  
pasarasla con él. Luego irá a la ciudad de tu parte

a llevarle a Penélope insigne en prudencia la nueva  
de que ya has regresado de Pilos y estás sano y salvo.<sup>[50]</sup>

A la mañana siguiente Telémaco se despidió de Menelao y Helena, que le hicieron abundantes y ricos regalos para que los llevara de vuelta a su casa. Una vez que el joven se dispuso a partir en compañía de Pisístrato, Menelao hizo una libación colocándose delante del tronco de caballos y los despidió diciendo: «Id con dicha, mancebos, y a Néstor, pastor de sus gentes, / mi saludo llevad: dulce fue para mí como un padre / todo el tiempo que en tierras de Troya luchamos los dánaos».<sup>[51]</sup>

Cuando llegaron a Pilos, Telémaco pidió que lo dejaran en la playa, donde lo aguardaba su embarcación. Allí se despidió de Pisístrato y le explicó que no tenía más remedio que regresar de inmediato. El joven animaba a sus hombres diciéndoles: «Disponed bien aprisa las jarcias del negro navío / y embarcad sin tardanza, ¡oh amigos!, que hagamos la ruta».<sup>[52]</sup>

Zarparon enseguida, pues «la ojizarca Atenea envíoles un viento propicio»<sup>[53]</sup> y al amanecer del día siguiente llegaron a Ítaca, esquivando la nave que los pretendientes habían apostado para asaltarlos. Fondearon la suya en una buena playa, que no era visible desde la ciudad, y Telémaco dijo a sus hombres que lo dejaran allí, pues él quería ir a ver sus fincas y a hablar con sus pastores. Añadió que a la puesta del sol se reuniría con ellos en la ciudad, donde «os daré el galardón por la buena jornada, / un banquete abundante de carnes y vino gustoso».<sup>[54]</sup> Se encaminó entonces a la casa del fiel porquero Eumeo, sin saber que Odiseo, su padre, lo aguardaba allí disfrazado.

## MARCHA DE LA ISLA DE CALIPSO

Cuando los dioses volvieron a reunirse en el Olimpo, Atenea recordó a Zeus y a las demás divinidades que Odiseo seguía retenido por la ninfa Calipso en su isla, sin poder regresar a su patria, donde los pretendientes conspiraban para matar a Telémaco, su hijo.

Zeus se volvió hacia su amado hijo Hermes, también llamado Argifontes, diciéndole que debía ir a informar a la ninfa Calipso de que dejara marchar a Odiseo, para que este pudiera reanudar su viaje de regreso a la patria.

Hermes se puso de inmediato sus sandalias, empuñó el caduceo, y se fue volando sobre la tierra y el mar hasta llegar a la isla de Calipso. Una vez allí, se encaminó a la gran cueva en la que moraba la diosa y la halló en su interior.

Allí estaba ella; un gran fuego  
alumbra el hogar, el olor del alerce y del cedro  
de buen corte, al arder, aromada dejaban la isla  
a lo lejos. Cantaba ella dentro con voz melodiosa  
y tejía aplicada al telar con un rayo de oro.<sup>[1]</sup>

Hermes entró en la gruta, donde Calipso lo reconoció al punto. Pero «el magnánimo Ulises no estaba con ella: seguía / como siempre en sus llores, sentado en los altos cantiles, / destrozando su alma en dolores, gemidos y llanto, / que caía de sus ojos atentos al mar infecundo».<sup>[2]</sup>

Una vez que lo hubo saludado y obsequiado, Calipso preguntó a Hermes por qué venía a visitarla, y él le dijo que Zeus deseaba que dejara a Odiseo proseguir su viaje de vuelta. Calipso se estremeció al oír sus palabras: «Sois sañudos, ¡oh dioses!, no hay ser que os iguale en envidia, / no sufrís a las diosas que yazgan abierta y lealmente / con mortales si alguno les place de esposo».<sup>[3]</sup>

Hermes responde a Calipso diciendo: «Deja, pues, que se parta y evita las iras de Zeus; / que no quede de hoy más enojado contigo».<sup>[4]</sup>

Cuando Hermes se fue, salió Calipso en busca de Odiseo y lo encontró sentado a la orilla del mar, llorando.

¡Infeliz! No me llores ya más, no consumas tu vida  
de ese modo: estoy pronta a dejarte partir. Anda, corta  
con el hacha de bronce unos largos maderos, ensambla  
una balsa espaciosa con una toldilla que pueda  
conducirte a través del océano brumoso.<sup>[5]</sup>

Continuó explicándole lo que iba a hacer para ayudarlo a sobrevivir en su viaje de vuelta al hogar sobre aquella almadía, si así lo querían los dioses:

... Yo dentro  
cargaré con el agua manjares y vino rojizo  
que te sacien el gusto y el hambre te quiten, vestidos  
te pondré y enviaré por detrás una brisa ligera  
por que llegues sin daño a tu patria si así lo quisieren  
las deidades que habitan los anchos espacios del cielo.<sup>[6]</sup>

Condujo entonces a Odiseo de nuevo a su gruta, donde «le pusieron / ambrosía delante las siervas y líquido néctar».<sup>[7]</sup> Una vez concluido el banquete, Calipso habló con Odiseo y le preguntó si todavía estaba ansioso por volver a su hogar, asegurándole que haría todo cuanto estuviera en su mano para ayudarlo.

Mas si ver en tu mente pudieses los males que antes  
de encontrarte en la patria te hará soportar el destino,  
seguirías a mi lado guardando conmigo estas casas,  
inmortal para siempre, por mucho que estés deseando  
ver de nuevo a la esposa en que piensas un día tras otro.  
Comparada con ella, de cierto, inferior no me hallo  
ni en presencia ni en cuerpo, que nunca mujeres mortales  
en belleza ni en talla igualarse han podido a las diosas.<sup>[8]</sup>

Odiseo habló a su vez respondiendo a la diosa que lo había confinado en su isla durante siete años convertido en su preso de amor:

No lo laves a mal, diosa augusta, que yo bien conozco  
cuán por bajo de ti la discreta Penélope queda  
a la vista en belleza y en noble estatura. Mi esposa  
es mujer y mortal, mientras tú ni envejeces ni mueres.  
Mas con todo yo quiero, y es ansia de todos mis días,  
el llegar a mi casa y gozar de la luz del regreso.  
Si algún dios me acosare de nuevo en las olas vinosas,  
lo sabré soportar; sufridora es el alma que llevo  
en mi entraña; mil penas y esfuerzos dejé ya arrostrados  
en la guerra y el mar; denle colmo esos otros ahora.<sup>[9]</sup>

Así habló Odiseo en respuesta a Calipso «y marchando hacia el fondo los dos de la cóncava gruta, / en la noche gozaron de amor uno al lado del otro».<sup>[10]</sup>

Al mostrarse la Aurora temprana de dedos de rosa,  
presto Ulises vistiose de túnica y manto; la ninfa  
se ciñó por su parte el albor de una gran sobreveste  
delicada y graciosa; prendió su cintura en un lindo  
ceñidor de oro puro; por fin se tocó con el velo  
y la marcha empezó a disponer del magnánimo Ulises.<sup>[11]</sup>

Calipso proporcionó a Odiseo un hacha de bronce de doble filo y una azuela y, provisto de estas herramientas, lo condujo a los bosques que había en los confines de la isla, donde el héroe taló veinte árboles enormes. «Veinte troncos en junto abatió, los hachó con el bronce / y puliéndolos luego hábilmente reglolos a cuerda»<sup>[12]</sup> La ninfa volvió trayéndole unos taladros «y, horadando con ellos Ulises sus piezas, trabolas / con clavijas bien recias y juntas de firmes encajes. / Cuando asiento de

tablas un buen armador redondea para hacerse la quilla de un buque de carga espacioso, otro tanto él tomó al construirse la vasta armadía».<sup>[13]</sup>

A continuación «la toldilla montó sobre espesas cuadernas, enlace / por encima les dio con corona de largas regalas».<sup>[14]</sup> «En mitad puso el mástil después y la verga en lo alto, / colocó de otra parte el timón que rigiese los rumbos / y, cercándolo todo con zarzos de mimbre, defensa / de la fuerza del agua, lastró con madera abundante»<sup>[15]</sup>.

«Llegó entonces Calipso divina trayendo unos mantos / que le hiciesen de velas; dispúsolas él con maestría, / adaptó luego en ellas las brazas, las drizas y escotas / y con fuertes palancas la balsa llevó al mar divino»<sup>[16]</sup>. A los cuatro días estaba lista la balsa, y

... preparolo en el quinto la diosa a partir de la isla:  
tras haberlo bañado vistiolo de ropa aromada  
y en la balsa le puso dos odres, el uno con vino  
y el segundo con agua, mayor; en un saco de cuero  
le hizo acopio de muchos manjares sabrosos al gusto  
y envióle una brisa de popa, templada y suave.<sup>[17]</sup>

Odiseo zarpó con viento propicio, guiándose en la noche por las estrellas y siguiendo en todo momento las instrucciones dadas por Calipso:

La divina entre diosas Calipso dejó dicho a Ulises  
que arrumbase llevándola [a la Osa] siempre a su izquierda.  
cumplidas diecisiete jornadas de ruta en el mar, se mostraban  
la siguiente a la vista de aquel las montañas umbrías  
de la tierra feacia: avanzada mirábala en frente  
como comba de escudo surgiendo del mar nebuloso.<sup>[18]</sup>

La mayor parte de los escritores, tanto antiguos como modernos, han identificado Esqueria, la isla de los feacios, con Corfú, la griega Corcira, la más septentrional de las islas Jónicas, que se extiende frente a la costa de Grecia al sur de la frontera de la actual Albania. Se trata de una isla alargada y estrecha, de unos setenta kilómetros de extensión en dirección noroeste-sureste, y cuya anchura va de los treinta kilómetros que alcanza en su extremo norte a los apenas cuatro de su ribera sur. La parte norte de la isla está dominada por el monte Pantocrátor, de 906 metros de altura, que cualquiera que se acerque a Corfú por el oeste diría en efecto que es «como comba de escudo surgiendo del mar nebuloso».<sup>[19]</sup>

Mientras tanto Posidón, que regresaba de su estancia en el país de los Etíopes, contempló el panorama desde lo alto de las montañas de los sólimos, en Licia, y vio a lo lejos a Odiseo navegando por el mar. La cólera de Posidón contra el héroe se acentuó al darse cuenta de que los demás dioses habían cambiado de parecer

... sobre Ulises al tiempo en que yo visité a los etíopes:  
cerca está de la tierra feacia y allí es su destino  
escapar a la red de dolores que en torno le envuelve;

pero no ha de llegar sin que yo lo sumerja en desdicha.<sup>[20]</sup>

...

Así dijo, espesó los celajes y, asiendo el tridente,  
removió el océano, soltó huracanados los vientos  
en su gran multitud y a la vista robó con las nubes  
a una vez tierra y mar: en el cielo asomaba la noche.  
Levantáronse el euro y el noto y el rudo poniente  
con el bóreas helado que arrastra imponente oleaje.<sup>[21]</sup>

La tempestad aterrorizó a Odiseo, y una ola gigantesca hizo girar la balsa en círculo, arrojando al héroe al mar, partiendo el mástil por la mitad y arrastrando la vela con la toldilla. Odiseo intentó llegar a nado a lo que quedaba de la almadía: «Persiguiéndola fue con vigor a través de las olas / y, alcanzada, sentose en mitad esquivando la muerte».<sup>[22]</sup>

La diosa marina Ino, también llamada Leucótea, se apiadó de él al verlo desamparado a la deriva en plena tempestad y «de las aguas salió parecida a una gran gaviota, / se posó junto a él en la balsa y le habló».<sup>[23]</sup> He aquí sus palabras: «Esas ropas desecha, abandona a los vientos la balsa / y, esforzando tus brazos, ve a nado hasta dar en la costa / de la tierra feacia, que habrá de salvarte a sus iras».<sup>[24]</sup>

Entonces, la diosa «zambullose otra vez, semejante a una gran gaviota»<sup>[25]</sup> y le dijo:

Toma en tanto este velo inmortal, ponlo abierto debajo  
de tu pecho, no temas con él sufrimientos ni muerte;  
pero, ya que tus manos alcancen la playa, desliga  
otra vez de tu cuerpo sus nudos y, vuelto de espaldas,  
a las olas vinosas arrójalo lejos de tierra.<sup>[26]</sup>

La diosa puso en sus manos el velo y volvió a zambullirse en el mar. Odiseo estaba indeciso sin saber qué hacer, y decía para sus adentros: «¡Ay de mí! ¿No será que algún dios trama nuevas astucias / en mi daño al mandarme en tal modo dejar la armadía?».<sup>[27]</sup> Decidió así permanecer en la balsa mientras siguiera intacta, pero en ese momento una ola gigantesca la hizo pedazos y él «se salvó sobre un leño montando a horcajadas».<sup>[28]</sup>

Allí estuvo dos días y dos noches errante en la prieta  
marejada mirando ante sí muchas veces la muerte;  
pero, al dar plenitud al tercero la Aurora de hermosa  
cabellera, cesó el huracán, bonancible sosiego  
se produjo en redor y, aguzando su vista, la tierra  
pudo ver ya de cerca empinado por ola gigante.<sup>[29]</sup>

Pero a medida que iba acercándose a tierra pudo oír el batir de las olas contra uno de los promontorios rocosos de la isla. Una gran ola lo arrojó contra un acantilado, y se agarró a un peñasco hasta que la resaca lo arrastró mar adentro. Al calmarse el oleaje siguió nadando hasta que llegó a la desembocadura de un río, en una playa despejada de rocas y protegida del viento. Odiseo rogó al espíritu del dios del río y

este «paró su corriente, detuvo / ante sí el oleaje, ofreciósele en calma y salvolo / en sus fauces».<sup>[30]</sup> Cuando recobró el aliento y los ánimos, Odiseo se deshizo por fin del velo de Ino, que se fue flotando a la deriva siguiendo la corriente hasta que la diosa «lo atrapó con sus manos».<sup>[31]</sup>

«Ulises dejó la ribera / y besó reclinado en los juncos la tierra nutricia»<sup>[32]</sup> Pensando dónde podría pasar la noche, subió el pequeño repecho que formaba la orilla y se adentró en la espesura del bosque, ocultándose en mitad de las frondas de dos tallos brotados en un mismo lugar. «Tal allí se cubrió con las hojas Ulises; y Atena / en sus ojos el sueño vertió, que los párpados luego / le cerrase y calmara sin más su penosa fatiga.»<sup>[33]</sup>

El lugar en el que pisó tierra Odiseo ha sido identificado con varios puntos de la costa occidental de la isla de Corfú, y los candidatos más probables, de norte a sur, son Afionas, Paleokastritsa y Ermones: todos ellos tienen una pequeña ensenada y una especie de río que desemboca en el mar. Tras examinar los tres lugares, comparto la opinión de Ernle Bradford y pienso que el punto de la isla en el que Odiseo salió del mar es la bahía de Ermones.

Mientras tanto Atenea había ido a la ciudad y al palacio de Alcínoo, el rey de los feacios, que la mayoría de las autoridades sitúan en la actual capital, Corfú, a trece kilómetros al este de Ermones, al otro lado de la isla, por su parte más estrecha, más o menos en el centro. La diosa entró en la alcoba de Nausícaa, la hija de Alcínoo, y le imbuyó la idea de ir al día siguiente en compañía de sus criadas a lavar la ropa del palacio en el río que desemboca en la bahía de Ermones.

A primera hora de la mañana Nausícaa comunicó su plan a su padre y éste dispuso que se aprestara un carro de mulas para ella y que lo trajeran de inmediato, mientras que la reina, Arete, preparó una cesta cargada de comida y de vino para la expedición. Una vez colocada en la carreta la ropa que se había de lavar, Nausícaa tomó las riendas, fustigó las mulas y se puso en marcha, con las sirvientas siguiéndola a pie.

Cuando llegaron a Ermones, desengancharon las mulas y las dejaron pastando a la orilla del río; mientras tanto, «sacaron del carro / los vestidos y, echados que fueron al agua sombría, / los lavaron a más y mejor con los pies en las hoyas».<sup>[34]</sup> Una vez concluida la colada, extendieron la ropa «prenda a prenda en la playa, por donde, al cambiar la marea, / más peladas dejaba las guijas el mar».<sup>[35]</sup>

... Se bañaron  
ellas mismas después y, ya unguadas de aceite brillante,  
el almuerzo tomaron al pie de las dunas del río  
entre tanto la fuerza del sol les secaba las ropas.  
De comer satisfechas sus siervas y ella, cogiendo  
la pelota, a jugar empezaron. Tirados los velos,  
el cantar inicios Nausícaa de cándidos brazos.<sup>[36]</sup>

Nausícaa tiró la pelota a una de sus sirvientas, pero erró el golpe, y la bola cayó entre los remolinos del río. Las muchachas gritaron disgustadas y sus voces despertaron a Odiseo, que se levantó y «salió de las ramas Ulises divino, / con su mano robusta tronchó de la selva un retallo / bien frondoso y, cubriendo con él sus vergüenzas viriles, avanzó cual león montaraz confiado en su fuerza».[37]

Todas las doncellas salieron corriendo horrorizadas, pero Nausícaa permaneció en su sitio mirando cara a cara a Odiseo, y este se acercó a ella «con frases de halago, no fuese / que al cogerse a sus pies se irritase con él la doncella. / Y sin más dijo así con sagaces y blandas palabras»:[38]

Yo te imploro, ¡oh princesa! ¿Eres diosa o mortal? Si eres una  
de las diosas que habitan el cielo anchuroso, Artemisa  
te creería, la nacida del máximo Zeus: son de ella  
tu belleza, tu talla, tu porte gentil...  
...  
Ser mortal como tú nunca he visto hasta aquí con mis ojos,  
ni mujer ni varón: el asombro me embarga al mirarte.[39]

Contó entonces a Nausícaa que «tras dejar el islote de Ogigia y errar veinte días / entre embates de olas y raudos ciclones... el hado / para nuevas desgracias aquí me arrojó, que no espero / en mis males cesar sin que antes lo colmen los dioses».[40]

Pidió además a la princesa que se apiadara de él: «Muestra, pues, tu ciudad, dame un paño que cubra mis miembros, / si es que alguno trajiste al venir envolviendo tus ropas».[41] Nausícaa respondió que era Zeus quien determinaba el hado de los hombres y que «a ti ha dado esos males ahora y es fuerza los sufras».[42]

Añadió que como infortunado suplicante no le faltaría de nada en su país, que era el de los feacios, donde reinaba su padre, Alcínoo. Nausícaa llamó entonces a sus sirvientas y les dijo:

... Muchachas,  
deteneos: ¿adónde corréis asustadas tan solo  
por la vista de un hombre? ¿Enemigo quizá lo creísteis?  
...  
Pero este que llega no es más que un viajero perdido.  
¡Infeliz! Acojámoslo: es Zeus quien nos manda a los pobres  
y extranjeros errantes que el don más pequeño agradecen.  
Dadle, pues, un vestido y un manto, buscad en la orilla  
el amparo de algún caracol y bañadlo en el río.[43]

Las criadas obedecieron sus órdenes, y «a su lado trajeron la ropa, la túnica, el manto; / en la ampolla de oro le dieron el límpido aceite / y quisieron llevarlo a bañar en las aguas del río».[44] Odiseo les dijo que se apartaran, que se bañaría solo, pues «me da gran vergüenza / desnudarme ante tales muchachas de lindos tocados».[45]

Cuando se hubo bañado y ungido debidamente con el aceite, Odiseo se puso las ropas que le había dado Nausícaa, tras lo cual «caminando señor... se sentó en la

rompiente / de hermosura radiante y de gracia; mirándolo atenta, / la doncella les dijo a sus siervas de trenzas pulidas»:[46]

Antes, cierto, noté su fealdad, mas paréceme ahora  
algún dios de entre aquellos que ocupan la anchura del cielo.  
¡Ojalá que así fuera el varón a quien llame mi esposo,  
que viniendo al país le agradase quedarse por siempre!  
Mas dad, siervas, al huésped comida, llevadle que beba.[47]

Una vez que Odiseo hubo comido, y que las criadas doblaron la ropa y la colocaron en la carreta, Nausícaa mandó acercarse a su huésped: «Ponte, huésped, de pie, vamos ya a la ciudad, que te lleve / al palacio de Alcínoo, mi padre, que allí bien seguro / congregada verás a la flor de las gentes feacias».[48]

Le dijo que la siguiera a cierta distancia junto con las sirvientas, pero que cuando llegaran a las afueras de la ciudad se detuviera junto a una pequeña alameda consagrada a Atenea, dándoles tiempo a ella y a las criadas a llegar al palacio, pues su presencia junto a ellas sin duda daría lugar a hablillas y comadreos. Dijo que todo el mundo sabía dónde estaba el palacio, y que hasta un niño podría conducirlo a él. Cuando llegara a la augusta mansión, debía cruzar el salón y acercarse a la reina Arete, y postrándose a sus pies abrazar sus rodillas: «Si con ánimo amigo llegare a acogerte, confía / en ver pronto a los seres queridos y hallarte de vuelta / en tu tierra paterna y tu casa de sólidos muros».[49]

Una vez que llegaron al bosque de Atenea, Odiseo se quedó atrás y Nausícaa y sus sirvientas siguieron adelante. Cuando pensó que había pasado suficiente tiempo, se dirigió a la ciudad y, ya en sus inmediaciones, se encontró a Atenea, disfrazada de niña, que accedió a guiarlo hasta el palacio. La diosa lo rodeó de una mágica niebla, de modo que pasara desapercibido a todos aquellos que se cruzaran en su camino. Cuando llegaron al palacio, Atenea dejó que Odiseo entrara solo, dándole las mismas instrucciones que le había dado Nausícaa, esto es, que fuera directamente hasta Arete y se postrara a sus pies, agarrándola de las rodillas, pues si lo acogía favorablemente no tardaría en volver a su patria y en reunirse con sus seres queridos.

Tras admirar un rato el fabuloso palacio real, Odiseo entró y se dirigió al salón del trono, sin que nadie lo viera, pues seguía envuelto en la mágica niebla vertida por Atenea, que se disipó cuando por fin llegó

... hasta Arete y al rey su marido [Alcínoo].  
Y, postrándose el héroe, abrazó las rodillas de Arete  
a la par que dejaba su cuerpo la niebla divina.  
Los presentes quedaron sin voz cuando vieron tal hombre  
en la casa, admirábanse todos y Ulises decía:[50]

...  
«Noble Arete, nacida del héroe Rexénor, yo vengo  
a tus pies, a tu esposo, a estos hombres que están a tu mesa,  
...  
mas a mí dadme ayuda, que vuelva al país de mis padres  
prestamente: ¡padezco hace tanto sin ver a los míos!».[51]

Tales fueron los términos de su súplica, «y marchando al hogar se sentó en las cenizas / a la vera del fuego. En silencio quedaron los otros».<sup>[52]</sup> El primero en hablar fue el héroe Equeneo, el más anciano de los feacios, quien dijo a Alcínoo que debía invitar al extranjero a sentarse entre ellos y ofrecerle de comer, cumpliendo con los sagrados derechos de los extranjeros suplicantes.

Alcínoo tomó de la mano a Odiseo y lo invitó a la mesa. Lo sentó en una silla, de la que hizo levantar a Laodamante, el preferido de entre sus hijos. Una sirvienta trajo agua y la vertió en una jofaina de plata para que se lavara, y la dispensera le ofreció de comer, tras lo cual Alcínoo ordenó a su heraldo que sirviera vino a todos. Cuando hubieron bebido a placer, el rey se levantó y pronunció un discurso, diciendo a los presentes que al día siguiente vinieran todos al alba al palacio del consejo con los demás ancianos,

... después será bien que tratemos  
de ayudarle a partir: preparemos nosotros su ruta  
y que vaya ligero y feliz, sin dolor ni trabajo  
al país de sus padres, por lejos que quede; cuidemos  
de evitar que le aflija pesar ni desgracia hasta el día  
en que pise de nuevo su tierra natal.<sup>[53]</sup>

Cuando todos se fueron, Odiseo se quedó con Alcínoo y Arete, sentado en su compañía mientras las criadas quitaban la mesa y arreglaban la sala. La primera en tomar la palabra fue Arete, «pues había / conocido al mirarlos el manto y el vestido de Ulises, / las dos prendas hermosas labradas por ella y sus siervas».<sup>[54]</sup> «Extranjero, ante todo querría preguntarte: ¿quién eres? / ¿De qué gente y país? ¿Quién te dio esos vestidos? ¿No has dicho / que arribaste a estas tierras errando a través de las olas?»<sup>[55]</sup>.

Odiseo respondió diciendo: «Es difícil, ¡oh reina!, contar por menudo los duelos / que por miles me han dado los dioses olímpicos y voy / a explicarte no más lo que quieres saber».<sup>[56]</sup>

Procedió entonces a relatar las infinitas pruebas por las que había tenido que pasar, empezando por el hundimiento de su nave y la pérdida de sus compañeros, y cómo tras el naufragio había llegado a la isla de Ogigia, donde había permanecido siete años en compañía de Calipso hasta que esta le había dejado proseguir su camino de regreso al hogar. Terminó contando cómo, tras desatar Posidón la espantosa tempestad que acabó con su balsa, llegó a nado a la costa, donde, exhausto, pasó la noche durmiendo en la espesura del bosque, hasta que a la mañana siguiente lo despertaron las voces de las muchachas:

A las siervas sentí con tu hija jugando en la playa.  
Ella estaba del grupo en mitad semejante a una diosa;  
le pedí protección. No hubo error en su mente discreta.  
...  
Procurome abundantes manjares y vino espumoso,  
en el río me lavó y entregome estas ropas: os cuento

lo ocurrido en verdad, aunque aún con la pena en el alma.<sup>[57]</sup>

Alcínoo replicó que Nausícaa habría debido traerlo directamente al palacio, pero Odiseo explicó que la joven había temido que semejante proceder hubiera molestado e irritado a su padre. El rey respondió afirmando: «Siendo / tal cual eres y acorde también tu sentir con el mío, a mi hija tomases de esposa y con nombre de yerno / a mi lado quedaras: daríate una casa y haciendas, si ello fuera tu gusto».<sup>[58]</sup>

Alcínoo aseguró a su huésped que al día siguiente, cuando hubiera descansado debidamente, habría dispuesto para él los medios de transporte necesarios para emprender el regreso a su hogar, mientras que Arete ordenó a las sirvientas que le prepararan un lecho en el pórtico del palacio, tras lo cual se retiraron todos.

A la mañana siguiente, Alcínoo acompañó a Odiseo al palacio del consejo, donde los feacios se habían reunido para escuchar la alocución del rey. Este les hizo saber que el extranjero había pedido que le proporcionaran medios de transporte para volver a su patria y añadió que debían aparejar una nave aún sin estrenar, tripulada por cincuenta y dos de los mejores jóvenes del lugar, y que él mismo le daría provisiones abundantes. A continuación invitó a todos los principales del país a participar del banquete que iba a dar en su palacio, tras lo cual envió al heraldo a llamar a los cincuenta y dos jóvenes que debían tripular el navío, y los invitó igualmente al banquete junto con el aedo Demódoco.

Cuando todos hubieron comido y bebido a su placer, la Musa envió su inspiración a Demódoco, que se puso a cantar un famoso incidente ocurrido durante la guerra de Troya, aquel en el que se produjo una disputa entre Odiseo y Aquiles. Al oírlo, Odiseo se conmovió y no pudo evitar que se le saltaran las lágrimas, cubriéndose el rostro con el manto para ocultar su llanto. «No hubo nadie en verdad que notara sus llantos; Alcínoo / solamente al hallarse más cerca observándolo estaba. / Diose cuanta de todo al oír sus profundos suspiros»<sup>[59]</sup>.

Levantose entonces el rey y habló a los feacios diciéndoles: «Vamos fuera, por tanto, probemos en todos los juegos / nuestras fuerzas y así pueda el huésped contar a los suyos, / cuando vuelva a su hogar, la ventaja que a todos sacamos / en luchar con el cuerpo y los puños y en salto y carrera».<sup>[60]</sup>

La primera prueba fue la de carrera a pie, que ganó Clitoneo; a continuación Euríalo se impuso a los demás en la lucha, Anfíalo batió a sus competidores en salto, y Elatreo lanzó el disco más lejos que nadie. Habló entonces Euríalo, dirigiéndose a Odiseo en los siguientes términos: «¡Padre huésped, ven tú con nosotros, comparte los juegos, si es que alguno aprendiste!».<sup>[61]</sup>

Espoleado por aquellas palabras de sorna y todavía cubierto con el manto, Odiseo saltó al palenque y agarrando un disco más pesado que el que había utilizado el resto de los competidores, lo lanzó. «La mirada bajaron a tierra / los feacios, potentes remeros, gloriosos marinos, / al disparo del disco que en vuelo pasó a los de todos»<sup>[62]</sup>.

Odiseo retó entonces a los jóvenes feacios a mejorar su lanzamiento o a superarlo en cualquier otra prueba:

Alcanzad ese blanco, donceles, que yo voy al punto  
a tirar otro igual o quizá más lejano, y si a alguno  
su valor y coraje en el alma le impulsan, que venga  
y se pruebe conmigo, pues tanto me habéis irritado,  
con los puños, el cuerpo o los pies.<sup>[63]</sup>

Alcínoo apaciguó a Odiseo y luego, para calmar los ánimos, invitó a los mejores bailarines entre los feacios a ejecutar una danza en honor de su huésped:

Vamos, pues, bailarines feacios, los más distinguidos,  
a danzar y que el huésped, de vuelta a su casa, refiera  
a los suyos cuál es la ventaja que a todos sacamos  
en llevar una nave, en carreras, en cantos y en danza;  
que le traiga a Demódoco alguno la lira sonora,  
que sin duda en mi casa olvidada quedó.<sup>[64]</sup>

Mandó buscar al aedo «y llegando el heraldo a Demódoco, puso en su mano / el sonoro instrumento; ya en medio el cantor, los donceles, / casi niños aún, sabedores del baile, en contorno, / a compás golpearon la pista pulida y Ulises / el veloz centellar de sus pies contemplaba embebido».<sup>[65]</sup>

Demódoco entonces empezó a tañer la lira y cantó la historia de los amores de Ares y Afrodita, tras lo cual el rey mandó a sus hijos Halio y Laodamante, que ejecutaran una danza acrobática en la que saltaron sucesivamente por los aires tirándose uno a otro una hermosa pelota roja, mientras el resto de los mancebos «palmeaban de pie por la pista: subía gran estruendo».<sup>[66]</sup>

Dirigiéndose a Alcínoo, Odiseo lo felicitó por la habilidad en la danza de los feacios diciendo: «El asombro me embarga al mirarlo[s]».<sup>[67]</sup> Sus palabras complacieron al rey que, dirigiéndose a los nobles feacios, invitó a doce de ellos a imitarlo enviando a sus heraldos a buscar algún rico presente para el extranjero diciendo además que «Euríalo / acompañe sus dones con frases de agrado, pues antes / dirigió al forastero palabras de tal desmesura».<sup>[68]</sup>

Todos los nobles enviaron a sus respectivos heraldos a buscar regalos para el huésped, mientras que Euríalo le obsequió con su preciosa espada diciendo:

Padre huésped, salud; y si alguna palabra se ha dicho  
desmedida, arrebaténla luego los vientos y dente  
las deidades el ver a tu esposa y llegar a tu patria,  
pues tan largos pesares sufriste arrancado a los tuyos.<sup>[69]</sup>

Odiseo a su vez le respondió diciendo: «Y a ti, amigo, también den los dioses salud, larga dicha, / y en tu buen porvenir jamás eches de menos la espada / que me acabas de dar con palabras de agrado».<sup>[70]</sup>

Acabado el banquete, Alcínoo y Arete sacaron sus propios regalos de despedida para el huésped, tras lo cual la despensera le preparó el baño. Las criadas lo bañaron y lo ungieron de aceite, y luego le ciñeron en torno la túnica y un espléndido manto. Cuando salió del baño se encontró a Nausícaa, que «apostada en la puerta del rico salón admiraba / con los ojos bien fijos a Ulises y al cabo, dejando / que escapase su voz, dirigíole palabras aladas: / “Ve, extranjero, con bien: cuando estés en los campos paternos / no te olvides de mí, pues primero que a nadie me debes / tu rescate”». [71]

Volviéndose a ella dijo a su vez Odiseo, de infinitos recursos:

¡Oh Nausícaa, nacida de Alcínoo el magnánimo! Zeus,  
el esposo tonante de Hera, me cumpla ese voto  
y que, vuelto a mi hogar, goce yo de la luz del regreso.  
Cada día en mi casa te habré de invocar como a diosa  
y por siempre jamás, que tú, hija, me diste la vida. [72]

Odiseo fue a sentarse junto a Alcínoo justo cuando pasó a su lado el heraldo conduciendo al aedo Demódoco a la sala «y en medio sentolo / del banquete apoyándolo en alta columna». [73] Odiseo cortó una tajada de lomo de cerdo y mandó al heraldo que se la llevara a Demódoco, «y este alegrose en su alma». Cuando hubieron acabado de comer, Odiseo interpeló al aedo, pidiéndole que cantara para ellos la historia del caballo de madera, «que Ulises divino llevó con engaño al alcázar / tras llenarlo de hombres que luego asolaron a Troya». [74]

Acabado que hubo el aedo su canto, Alcínoo se dirigió a los feacios y dijo: «Desde el punto / que empezamos la cena y se ha alzado el aedo divino, / nuestro huésped no deja de dar lastimeros sollozos / y algún grave dolor lo acongoja, sin duda, en el pecho». [75] Y volviéndose a Odiseo le habló directamente en los siguientes términos:

No me ocultes con trazas astutas aquello que quiero  
de tu boca saber, que a ti cumple también declararlo.  
Habla y di cómo allá te llamaban tu padre y tu madre.  
...  
... Y dime  
cuáles son tu país, tu ciudad y tu raza, que puedan  
conducirte hasta allí rumbeando en su mente las naves. [76]

Respondióle a su vez Odiseo diciendo cuál era su nombre y cuáles sus orígenes:

Soy Ulises Laertiada, famoso entre todas las gentes  
por mis muchos ardides; mi gloria ha subido hasta el cielo.  
Mi mansión está en Ítaca insigne en el mar, pues en ella  
alza el Nérito excelso sus bosques de trémulas hojas;  
muchas islas también habitadas se agrupan en torno,  
tales Sama y Duliquio, con Zante poblada de selvas;  
baja es Ítaca, empero, y, repuesta en las sombras de ocaso,  
ve a las otras alzarse del lado del sol y la aurora.  
Aunque abrupta, sustenta valientes muchachos; no hay nada  
que se muestre de amable a mis ojos igual que mi tierra. [77]

Y concluyó diciendo: «Mas, ¡ea!, / el relato os haré de mi vuelta de tierras de Troya / que entre innúmeras penas y duelos me impuso el gran Zeus».<sup>[78]</sup> Y en ese punto comenzó a relatar la larga historia del épico viaje que lo había llevado desde Troya hasta el país de los feacios.

## CRUZANDO EL VINOSO MAR EGEO

Odiseo comienza relatando a Alcínoo y a su corte la primera etapa de su viaje de regreso al hogar, que lo condujo en compañía de sus hombres desde Troya a la ciudad de Ísmaro, en Tracia, el país de los cícones, que habían luchado en la guerra de Troya como aliados de Príamo.

Los cícones desaparecieron de la historia, junto con todas sus ciudades y los topónimos relacionados con ellos, pero es indudable que Ísmaro estaba cerca de Dorisco, fortaleza persa construida por Darío y utilizada por Jerjes. Según Heródoto, Dorisco estaba en la margen izquierda del Hebro, y los cícones dominaban el territorio que se extendía por el oeste desde allí hasta el río Nesto. El Hebro constituye hoy día la frontera entre Turquía y Grecia, y el emplazamiento de la antigua Dorisco es una aldea que lleva ese nombre en el lado griego de la frontera, cerca de la ciudad de Feras, a unos veinte kilómetros al este de Alejandrópolis, por la que pasamos muchas veces cuando fuimos en coche de Estambul a Atenas.

Odiseo no navegó directamente de Troya a Ísmaro, pues las fuertes corrientes del sur que caracterizan la parte meridional sur del Helesponto lo habrían obligado a cruzar el estrecho entre la llanura troyana y Ténedos, donde habría aguardado que soplaran vientos favorables. El viento predominante en el Egeo es el del norte, el que los griegos llaman hoy día *meltemi*, conocido entre nosotros como vientos etesios. Odiseo habría aguardado que soplara un viento del sur que lo llevara al norte, pasando al este de Imbro y Samotracia hasta la costa de Tracia, donde atacó Ísmaro.

De la costa troyana llevonos el viento a la patria  
de los cícones, Ísmaro; allí saqué su poblado  
y a los hombres di muerte; el copioso botín y mujeres  
con justicia partimos, que nadie quedase sin premio.  
Exhortelos al punto a la rápida fuga, mas ellos  
Como niños sin juicio negáronse a oírme.<sup>[1]</sup>

Sus compañeros permanecieron bebiendo en la playa y comiéndose las ovejas y reses del enemigo, pero

... entre tanto, los cícones daban la alarma a los suyos,  
que habitaban lugares vecinos allá tierra adentro.  
Eran más y mejores que aquellos y habían aprendido  
a luchar con los hombres a pie y en los carros.<sup>[2]</sup>

...  
Mantuvímonos firmes al pie de las naves ligeras  
y, llevando recíproca muerte, volaban las lanzas.  
...  
Mas cayendo ya el sol, a la hora en que sueltan los bueyes,

a los cícones dieron los dánaos la espalda. Habían muerto seis varones de espléndidas grebas por nave; los otros conseguimos al cabo rehuir el destino y la muerte.<sup>[3]</sup>

A continuación cuenta Odiseo cómo perdonó la vida a Marón, sacerdote de Apolo en Ísmaro, a su esposa y su hijo. Marón le mostró su gratitud haciéndole ricos regalos, entre ellos doce ánforas de vino.

Me entregó, lo primero, hasta siete talentos de oro de esmerada labor y añadió una crátera de plata; doce ánforas, luego, me dio, todas llenas de un vino generoso y sin mezcla, bebida de dioses.<sup>[4]</sup>

...

Navegamos después desde allí con la angustia en el pecho, pues, salvados nosotros, perdíamos tan buenos amigos.<sup>[5]</sup>

...

Pero Zeus que amontona las nubes alzó con el bóreas a mis naves tremenda borrasca; cubrió con sus nieblas tierra y mar juntamente: en el cielo asomaba la noche. Hociendo de proa marchaban mis barcos; las velas desgarraba en tres trozos y cuatro la furia del viento. Las echamos abajo por miedo a la muerte y remamos con vigor rumbo hacia tierra: dos noches seguidas y dos días yacimos allá consumidos a un tiempo de fatiga y dolor...<sup>[6]</sup>

Odiseo y sus hombres pasarían esos dos días en Eno, ciudad griega situada a unos dieciséis kilómetros de Dórico, en la margen derecha del Hebro, junto a la desembocadura.

Cuando trajo el tercero la Aurora, la de espléndidos bucles, irguiendo los palos de nuevo desplegamos en ellos el blanco velamen; sentados nuestro rumbo dejamos regir al piloto y las brisas. Sin más daño yo entonces llegara al país de mis padres, pero, dando la vuelta a Malea, la fiera corriente con el cierzo me vino a arrastrar rebasando Citera.<sup>[7]</sup>

Odiseo no da ninguna indicación acerca del rumbo seguido en su viaje a través del Egeo hasta que llega al cabo Malea, la más oriental de las tres penínsulas que forman el extremo sur del Peloponeso, y a la vecina isla de Citera. Lo único que podemos hacer es conjeturar la ruta del viaje, pero el número de las posibilidades es escaso, y se basan en unas cuantas pistas que da la propia *Odisea*, y desde luego en el conocimiento de los vientos y la climatología de la zona.

Una de las pistas la proporciona el relato que hace Néstor de su propio viaje de regreso al hogar, en el que describe la ruta seguida tras separarse de Odiseo, que una vez en Ténedos dio media vuelta para reunirse de nuevo con Agamenón en Troya. Néstor dice a Telémaco que «debíamos cortar por mitad a las aguas de Eubea / y esquivar nuestro mal cuanto antes».<sup>[8]</sup> En Eubea pasaron Néstor y sus naves por

Geresto (Caristo), el cabo situado al sur de la isla. Pasaron luego por delante del cabo Posidón, el promontorio situado en la península del Ática, desde donde continuaron hacia el sur para rodear el cabo Malea y luego proseguir su camino bordeando la costa del Peloponeso hasta Pilos. Esa sería la ruta que seguiría también Odiseo tras abandonar Ísmaro, de no ser por las grandes tempestades con las que se encontró, primero en el Egeo y luego frente al cabo Malea.

Pero Odiseo no hace mención alguna a los lugares descritos por Néstor, aparte del cabo Malea, así que sus naves debieron de ser arrastradas hacia el sur por en medio de las Cícladas, «las islas en círculo» que rodean el sagrado centro de Delos, el lugar donde nació Apolo. Las Cícladas se extienden por el centro del Egeo desde la punta más meridional de Eubea y el cabo Sunión hasta la más occidental de las islas que bordean la costa de Asia Menor, de modo que cualquiera que navegue rumbo al sur desde la costa de Tracia estará obligado a pasar por ellas, y si continúa hacia el sur llegará a Creta.

Odiseo alude a Delos en su primera conversación con Nausícaa, cuando la compara con una palmera joven que vio en la isla: «Una vez solo en Delos, al lado del ara de Apolo, / una joven palmera advertí que en tal modo se erguía. / Cuando allí vine a dar, larga hueste escoltaba mis pasos / en jornada que había de traerme dolor y desgracias».<sup>[9]</sup>

El himno homérico «A Apolo Delio», que relata el nacimiento del dios en Delos, habla de la palmera que se encuentra junto al lugar mismo en el que Leto dio a luz a su hijo. Cuando visitamos Delos por primera vez a comienzos de los años sesenta comprobamos que había sido plantada una palmera en el lugar en el que los mitos sitúan el nacimiento de Apolo.

El accidentado viaje de Odiseo y sus compañeros desde Ísmaro probablemente los llevara hacia el sur a través de las Cícladas hasta Creta, donde habrían esperado que soplaran vientos favorables que los condujeran rumbo al noroeste hacia Citera y el cabo Malea.

Odiseo nos da una pista en uno de los «relatos mentirosos» que cuenta cuando aparece como un vagabundo que pretende ser un noble desposeído. Esa es la historia que cuenta a Penélope, haciéndose pasar por el hermano menor de Idomeneo, y afirma que había visto a Odiseo en Amniso, en Creta, cuando este último iba camino de Troya. Dice que Odiseo había sido alejado de su ruta por una tempestad en el cabo Malea y que había desembarcado en Amniso antes de seguir su camino hacia Troya, invirtiendo así el rumbo real de su viaje para ocultar su verdadera identidad:

Por entonces vi a Ulises y dile mi don de hospedaje,  
pues la fuerza del viento lo trajo hasta Creta en su empeño  
de tomar tierra en Troya, torciendo su rumbo en Malea.  
Por Amniso abordó, donde está la caverna de Ilitía,  
un mal puerto; gran pena costole rehuir las borrascas.<sup>[10]</sup>

A continuación cuenta a Penélope cómo acogió a Odiseo y sus compañeros cuando fueron desviados a Amniso por la tempestad, y tuvieron que quedarse allí esperando que soplaran de nuevo vientos favorables que los condujeran a Troya:

Enseguida subió a la ciudad y buscó a Idomeneo,  
pues decía ser huésped de este apreciado y querido,  
pero al rey ya alumbraba la décima aurora o la oncenava  
de camino hacia Ilión en los combos bajeles. Yo al punto  
lo conduje a mi casa, en sus salas le di buen albergue  
y brindele lo mucho que en ella tenía.<sup>[11]</sup>

Cuando estuvimos en Creta en los años ochenta visitamos el yacimiento arqueológico de Amniso, que en época minoica era el puerto de Cnosos. La cueva de Ilitía, llamada por las gentes del lugar Nereidaspilios o «Cueva de las Nereidas», está a unos dos kilómetros tierra adentro de Amniso. Se trata de uno de los santuarios más antiguos e importantes de Creta, que dataría del período Neolítico, y las ofrendas votivas encontradas en el interior de la cueva indican que estaba dedicado a Ilitía, venerada allí desde el año 3000 a. C., y durante todo el período Grecorromano hasta comienzos de la era cristiana como protectora de las parturientas, atributo de la antigua diosa de la fertilidad. Ilitía era conocida en la mitología griega por haber asistido a Leto cuando dio a luz a Apolo junto a la palmera en Delos, y la divina comadrona había sido enviada hasta allí por su propia madre, la diosa Hera.

Así pues, una vez más aparece la palmera de Delos y de esta forma, indirectamente, en el «relato mentiroso» que cuenta al rey Alcínoo, Odiseo revela la verdadera ruta de la primera etapa de su gran peregrinación, que lo llevó de Troya a Ísmaro, y desde allí hacia el sur a través de las Cícladas hasta Creta.

Desde Creta Odiseo habría puesto rumbo al noroeste para pasar por el cabo Malea y Citera, costeano el Peloponeso y remontar esta península a través de las islas Jónicas hasta Ítaca.

Citera es solo de manera nominal una de las islas Jónicas, los Eptánisa o «Siete Islas», pues está muy lejos del mar Jónico propiamente dicho: se encuentra situada frente al promontorio más suroriental del Peloponeso —el cabo Malea—, y al oeste tiene el cabo Matapán, el antiguo cabo Ténaro. Su isla gemela —Anticitera— está un poco más lejos, a medio camino entre las costas de Citera y el noroeste de Creta. Según Estrabón Citera y Anticitera formaban parte de la frontera marítima que separaba el mar de Creta y el mar de Sicilia, constituyendo sendos hitos, igual que son dos hitos sucesivos en la ruta que va de Creta al Peloponeso.

Históricamente Citera está relacionada con las otras seis islas de los Eptánisa debido a la decisión administrativa tomada en 1669 por los venecianos, y siguió formando parte de las islas Jónicas hasta que la reina Victoria se las regaló al reino de Grecia en 1864. Cuando pasó a formar parte de Grecia, Citera seguía siendo llamada por su nombre italiano —Cerigo—, mientras que Anticitera era llamada Cerigotto, y solo en el pasado siglo XX volvieron a recuperar sus nombres clásicos.

Las alusiones más antiguas a Citera se encuentran en la *Odisea* y la *Ilíada*. En ambos poemas Homero llama a la isla «la muy divina Citera»,<sup>[12]</sup> por el famoso santuario que en ella había de Afrodita Citerea, la diosa «de hermosa corona».<sup>[13]</sup>

Cuando Odiseo cuenta la historia de sus viajes al rey Alcínoo dice que, al llegar al cabo Malea, la tempestad le hizo perder el rumbo tras pasar Citera obligándolo a adentrarse en aguas desconocidas. Pero no describe ni la isla de Citera ni el cabo Malea. El estrecho que separa la isla del cabo ha sido temido por los marinos griegos desde la Antigüedad, pues hasta que se abrió el canal de Corinto en 1893 los barcos que navegaban entre el mar Jónico y el Egeo tenían que pasar obligatoriamente por él bordeando el Peloponeso, y muchos de ellos no volvían nunca a puerto. Un viejo proverbio griego citado por vez primera por Estrabón decía: «Cuando dobles Malea, olvídate de tu casa».<sup>[14]</sup>

El estrecho que separa Citera del continente tiene poco más de cinco millas náuticas de anchura frente a las costas de Elafonisi, un islote situado justo enfrente del promontorio al oeste del cabo Malea. Antiguamente era llamado Onúgnato o «Quijada de Asno», y originalmente debía de estar unido al continente, pues Estrabón dice que Onúgnato era «una península baja».<sup>[15]</sup> El principal puerto del continente para Citera era Gitio, en el centro del golfo de Laconia, entre los cabos Malea y Matapán, donde llegan los transbordadores procedentes de Agia Pelagia y Diakofti, los más septentrionales de los tres puertos de la isla. El tercero, situado en la costa meridional, es Kapsali, el puerto de Chora, la capital de Citera, a dos kilómetros hacia el interior. Agia Pelagia está a cuatro kilómetros al sureste de Akri Spathi, la punta de la isla llamada en la Antigüedad Platanistunte, «el promontorio de los Plátanos».

Pausanias cuenta cómo se cruzaba en su época del continente a la isla:

Citera está enfrente de Beas, y hasta el promontorio de Platanistunte —por aquí la isla es por donde menos dista del continente— desde un promontorio del continente llamado «Quijada del Asno» hay cuarenta estadios de travesía. En Citera, junto al mar, está el puerto de Escandea. El santuario de Afrodita Urania es muy venerado y el más antiguo de todos los que hay de Afrodita entre los griegos.<sup>[16]</sup>

Al describir los combates que se produjeron durante el séptimo año de la guerra del Peloponeso, esto es, en 425/424 a. C., Tucídides relata el desembarco anfibio de los atenienses en la isla espartana de Citera, y comenta que en el puerto, llamado entonces Escandea, «tenían los lacedemonios una escala para los barcos mercantes procedentes de Egipto y de Libia, y gracias a ella los piratas infestaban menos Laconia desde el mar, la única vía por donde podían llegarle los daños».<sup>[17]</sup>

Estos pasajes de Tucídides y Pausanias han llevado a la mayor parte de los autores a identificar Kastri con Escandea y a Paleópolis con la antigua ciudad de Citera, la capital de la isla en época clásica.

Hesíodo nos cuenta en la *Teogonía* un curioso relato del nacimiento de Afrodita. Describe cómo Urano, el dios del cielo, fue castrado por su hijo Crono, que arrojó los genitales cortados de su padre al mar, dando así lugar al nacimiento de Afrodita:

En cuanto a los genitales, desde el preciso instante en que los cercenó con el acero y los arrojó lejos del continente en el tempestuoso ponto, fueron luego llevados por el piélagos durante mucho tiempo. A su alrededor surgía del miembro inmortal una blanca espuma y en medio de ella nació una doncella. Primero navegó hacia la divina Citera y desde allí se dirigió después a Chipre, rodeada de corrientes. Salió del mar la augusta y bella diosa, y bajo sus delicados pies crecía la hierba en torno. Afrodita [...] la llaman los dioses y los hombres, porque nació en medio de la espuma, y también Citerea, porque se dirigió a Citera. Ciprogénea, porque nació en Chipre de muchas olas.<sup>[18]</sup>

Heródoto dice que el santuario más antiguo de la diosa estaba en Ascalón de Siria, donde era venerada como Afrodita Urania, la «celeste», y que su culto fue llevado de allí a Chipre y a Citera por los fenicios. Anteriormente era venerada en Mesopotamia como Istar, diosa de la fertilidad y divinidad celeste, cuyo nombre ha sido perpetuado en las lenguas indoeuropeas en la palabra «estrella», empezando por el término griego *astér*, y por el nombre griego del planeta Venus, «Afrodita».

Pausanias dice que «los primeros hombres que veneraron a Urania fueron los asirios, y después de los asirios los de Pafos en Chipre, y los fenicios que habitan Ascalón en Palestina, y los de Citera la veneran por haberlo aprendido de los fenicios».<sup>[19]</sup>

Según Aristóteles en tiempos prehistóricos la isla era llamada Porfirusa, la «rica en púrpura», pues era una importante fuente de múrce (*purpura haemastoma*), el molusco buscadísimo en la Antigüedad para fabricar el tinte de color púrpura. En la costa del sureste de Citera se han encontrado amplios lechos de múrce, concretamente en Avlemonas: puede que los fenicios tuvieran una colonia comercial en la isla, pues Jenofonte dice que su puerto se llamaba originalmente Fénico.

Las excavaciones arqueológicas llevadas a cabo en Citera han sacado a la luz restos micénicos que indican que aquí, como en Creta, los aqueos del Peloponeso arrebataron el poder a los minoicos a finales de la Edad del Bronce. La isla no es mencionada en el catálogo de las naves de Homero, pero en otros pasajes de la *Ilíada* el poeta menciona a dos guerreros de Citera —Anfidamante y Licofrón—, que lucharon en el ejército de Agamenón en Troya.

Schliemann fue el primero en emprender la exploración arqueológica de la isla, y en 1888 pensó que había encontrado el famoso templo de Afrodita en Paleópolis, a unos pocos kilómetros de Kastri hacia el interior, en la bahía de Avlemonas, en la costa del sudeste de la isla, frente a Creta. Sylvia Benton, de la British School of Archaeology de Atenas, empezó a excavar en Kastri en 1932, sacando a la luz los restos de un centro mercantil minoico que dataría de c. 2000-1450 a. C. Las posteriores investigaciones de Benton y otros arqueólogos de la British School demostraron que la colonia minoica de Kastri comerciaba con lugares tan alejados como Pilos, Troya y Egipto. Confirmaron también que la antigua Escandea estaba en esta zona en general. Se cree que Paleócastro, más al interior, era el emplazamiento de la antigua Citera, la capital de la isla. En esta localidad, la iglesia de Agios Kosmás, del siglo XIV, incorpora capiteles dóricos y otros elementos arquitectónicos que se cree que proceden del famoso templo de Afrodita. Como señala Peter Levi en

una nota al pie de su traducción de Pausanias, «en julio de 1437 Ciríaco de Ancona dibujó las ruinas del templo *in summa civitatis arce*, y su dibujo se ha conservado». [20] Parece, pues, que una vez más Schliemann estaba en lo cierto.

El primer viajero europeo conocido que visitó Cerigo fue Ciríaco de Ancona, que en 1437 exploró Paleópolis. Por entonces se había desarrollado una leyenda que decía que Helena de Troya estaba viviendo en Cerigo con Menelao cuando fue raptada y posteriormente conducida a Troya por Paris. El viajero inglés sir Richard Guylforde repite este mismo rumor en su descripción de la isla, plagada de elementos mitológicos, que fue publicada en 1511.

El martes hacia el anochecer pasamos por la isla llamada Cerigo,  
la cual isla era llamada otrora Citeria, donde Helena, la reina griega nació.  
Pero posteriormente fue raptada por Paris en la isla  
llamada Cerigo haciendo un sacrificio en el templo,  
por el cual rapto se produjo después la destrucción de Troya,  
como muestra la famosa historia de la misma  
conocida en todas las lenguas...  
Y la dicha isla de Cerigo está directamente enfrente de la punta del cabo Maleo, en Morea.  
En esa misma isla nació Venus. [21]

El último en ver las ruinas del templo fue el francés Nicolas de Nicolay Dauphinois, geógrafo y gentilhombre de cámara de la corte. Nicolas de Nicolay refiere que, estando en Cerigo, vio las ruinas del templo de Afrodita «en lo alto de una montaña»; [22] todavía seguían en pie dos columnas jónicas a lo largo de un gran pórtico coronado por la «estatua de una mujer de tamaño monstruoso vestida al modo griego», [23] presumiblemente Afrodita. Al pie del templo un isleño le mostró las supuestas ruinas del «Castillo de Menelao», [24] aunque no pudo ver los «Baños de Helena», [25] de los que hablaron a otros viajeros posteriores. George Wheler y sus acompañantes visitaron la isla en 1675, época en la cual los «Baños de Helena» formaban parte ya del itinerario de rigor de los monumentos que debían ver los visitantes extranjeros; según dice:

Cerigo tiene Morea al norte; y era llamada antiguamente Citera, famosa por ser la tierra natal de Venus y Helena. De modo que si hemos de formarnos una idea de este lugar por la fama de estas beldades, nos figuraríamos que es uno de los lugares más encantadores del mundo. Pero, por el contrario, en su mayor parte es un terreno yermo, rocoso y montañoso, mal habitado, y no puede jactarse de producir abundancia de nada, ni grano, ni vino ni aceite, lo que indudablemente llevó a Venus a cambiar su país natal por Chipre, y a Helena a desear ser robada y conducida a las agradables llanuras del continente. Las beldades que ahora produce las desconozco, pues no recuerdo haber visto ni una sola mujer. [26]

El barco de Wheler entró luego en la bahía de Avlemonas para proveerse de agua potable en Agios Nikólaos, el fondeadero llamado por los venecianos Porto San Nicola, donde un lugareño los guió hasta las ruinas.

Vimos unas ruinas antiguas cerca de este lugar, que supusimos que eran los restos de la ciudad de Menelao, en época antigua rey de esta isla. Están casi a ras de suelo. Entre las ruinas hay algunas grutas excavadas en la peña, que un lugareño que se hacía pasar por aficionado a las antigüedades nos aseguró que en el pasado habían sido los Baños de Helena, afirmando que su palacio se encontraba a menos de tres o

cuatro millas de allí, en las colinas. Hicimos de este anticuario nuestro guía, y fuimos a ver qué podíamos encontrar de todo aquello. Pero todo lo que encontramos fueron dos columnas que seguían en pie, aunque sin chapiteles [*sic*], y sus bases tan profundamente enterradas en el suelo que no pudimos juzgar a qué orden pertenecían... Yo creo más bien que debían de ser de algún templo antiguo, no de un palacio. Este lugar se llama ahora Paleo-Castro o Castillo Viejo.<sup>[27]</sup>

El escritor francés Fénelon utilizó la *Odisea* como modelo para su *Telémaco*, publicado en 1699, que relata los viajes de Telémaco en busca de su padre y describe su estancia en Citera como un idilio pastoril. Fénelon sentó las bases de los cuadros que representan aquella isla remota y supuestamente encantadora, el más famoso de los cuales es el *Viaje de Citera* de Watteau. Pero algunos de los que viajaron hasta allí se sintieron muy pronto decepcionados, como le ocurrió a François Pouqueville, cuyo *Viaje a Morea* fue publicado en 1813.

Cerigo es bien sabido que es la antigua Citera. Aquí, por un extraño capricho de la imaginación, fueron contruidos altares en honor de la alegre diosa, amante de las sonrisas, en medio del paisaje más áspero y desolado. Aunque pueden verse algunos campos cultivados, el panorama que se divisa desde las rocas basta para desengañar las ideas que pudieran abrigar los poetas y los amantes que visitan la isla de recrearse en los recuerdos de la Antigüedad. En vez de Celadones verán campesinos bastos; en vez de Venus y las Gracias, griegas medio salvajes; y en vez de hermosos prados esmaltados de flores, piedras desnudas y ásperas o valles cubiertos de maleza.<sup>[28]</sup>

Los viajeros que llegan a la isla desde Atenas suelen desembarcar en Kapsali, desde donde una sinuosa carretera conduce hasta Chora, la capital de la isla. Las casas encaladas de Chora le dan más la apariencia de un pueblo típico de las Cícladas que de las islas Jónicas.

Siguiendo la carretera del norte hacia el interior de la isla se llega a un cruce de caminos en Livadi, donde el desvío a la izquierda conduce al monasterio de Myrtidia, en la costa occidental. Una tradición local sitúa la fundación de este monasterio en el siglo XIII, aunque la estructura actual data solo de 1841. El monasterio fue construido para albergar un icono de la virgen que un pastorcillo encontró entre las ramas de un mirto en la ribera occidental de la isla, y por eso se llamó originalmente Myrtidiotissa, «Nuestra Señora del Mirto», llamada por los lugareños Myrtidia. El *paniyiri* de la Myrtidia se celebra el 7 de octubre, cuando el icono es sacado en una procesión presidida por el obispo de Citera. Ha sido la fiesta más importante de Citera de finales de la época bizantina, y en su libro *The Latins of the Levant* William Miller sugiere que la Myrtidiotissa es una supervivencia del antiguo culto de Afrodita Citerea, pues ese día todos los habitantes de la isla acuden hasta allí a celebrar «la fiesta de su santa patrona, Nuestra Señora de la Rama de Mirto, cuya imagen, portada por las olas hasta la isla y encontrada en un arbusto de mirto, representa la versión cristiana de Afrodita saliendo de entre las olas».<sup>[29]</sup>

Los que llegan a Citera en el *ferry* procedente de Gitio habrán seguido primero la carretera procedente de Sparti, la antigua Esparta, la patria de Menelao. Justo a la salida del puerto de Gitio hay un islote llamado Marathonisi, la antigua Cránae, mencionada por Homero en el canto III de la *Ilíada*. Según el poeta, fue allí donde

Paris y Helena hicieron el amor por primera vez después de huir del palacio de Menelao camino de Troya. Paris alude a Cránae cuando vuelve a la ciudadela tras ser vencido en combate por Menelao y recibe los reproches de Helena por poner en riesgo su vida:

¡Mujer! No me amonestes el ánimo con duras injurias.  
Es verdad que ahora ha vencido Menelao gracias a Atenea,  
pero yo lo venceré otra vez: también con nosotros hay dioses.  
Mas, ea, acostémonos y deleitémonos en el amor.  
Nunca el deseo me ha cubierto así las mientes como ahora,  
ni siquiera cuando tras raptarte de la amena Lacedemonia  
me hice a la mar en las naves, surcadoras del ponto,  
y en la isla de Cránae compartí contigo lecho y amor.  
¡Tan enamorado estoy ahora y tanto me embarga el dulce deseo!<sup>[30]</sup>

Anticitera, la latina Cerigotto, es una de las islas más remotas y solitarias de Grecia, situada en las aguas raramente frecuentadas que separan Citera del noroeste de Creta. Durante los meses de verano dos veces a la semana hay un servicio de *ferry* a Citera, Creta y El Pireo, pero en invierno el servicio es menos habitual y cuando hace mal tiempo la isla queda a menudo totalmente incomunicada del resto del mundo durante días que parecen no tener fin.

Potamós, la única población de la isla, se encuentra en su abrigada bahía, en el extremo norte de la isla. La mayor parte de sus habitantes —unas ciento veinte almas— vive allí, aunque hay algunas casas de campo e incluso unas cuantas residencias de verano en otros puntos. Potamós está cerca de Egilia, la principal ciudad de Anticitera en la Antigüedad, fragmentos de cuyas murallas de defensa pueden verse en el espigón de Paleócastro, aproximadamente a kilómetro y medio al noreste de la ciudad. Paleócastro era también el emplazamiento de la ciudad medieval, que durante toda la época veneciana fue gobernada por los Viari, una familia noble de Venecia que tomó posesión de Cerigotto poco después de la conquista latina de Constantinopla en 1204.

A pesar de lo apartado de su situación, Anticitera debió de ser una escala importante para los marinos antiguos que navegaban entre Creta y el Peloponeso y para los que pasaban del Egeo al mar de Sicilia. En 1900 se encontró un espectacular testimonio de esta faceta de la isla cuando un barco dedicado a la pesca de esponjas procedente de Symi ancló en la bahía de Potamós buscando refugio de las tormentas. Un tripulante del barco se zambulló en busca de esponjas y encontró en el fondo del mar los restos de una nave naufragada de época romana, de cuyo cargamento formaban parte varias estatuas, entre ellas la figura de un joven de bronce conservada casi perfectamente, expuesta desde entonces en el Museo Arqueológico Nacional de Atenas. Conocida en la actualidad como el *Efebo de Anticitera*, la estatua representa a un musculoso joven desnudo, con el brazo derecho levantado y los dedos arqueados como si sostuvieran algún objeto esférico, actualmente perdido. Se ha sugerido que está ofreciendo la manzana de la discordia a Afrodita en el certamen de belleza que

tuvo lugar en el monte Ida de la Tróade, por considerarla más hermosa que Hera y Atenea, cuya envidia provocó la guerra de Troya. De ser así, sería la famosa estatua de Paris esculpida por el célebre escultor y pintor Eufránor, que trabajó en Atenas a mediados del siglo IV a. C. La nave en la que fue encontrada ha sido datada en el siglo II o I a. C., y quizá fuera un buque mercante que transportaba obras de arte de Atenas a Roma, y que naufragó en este remotísimo rincón de las islas Jónicas.

Odiseo y sus compañeros habrían visto Anticitera cuando el viento los arrastrara desde el Egeo hasta el Mediterráneo occidental, llevándolos desde el *oikóúmenos*, el «mundo habitado», al mundo de las maravillas.

## UN MUNDO DE MARAVILLAS

Cuando Odiseo cuenta en su corte a Alcínoo, el rey de los feacios, las peripecias de su viaje de regreso al hogar desde Troya, dice que el viento del norte lo desvió de su rumbo tras pasar Citera, y que durante nueve días fue arrastrado por las olas hasta que al décimo llegó a una tierra ignota. De ese modo, al superar el cabo Malea, Odiseo abandonó el mundo conocido del Egeo para adentrarse en un mundo de maravillas, a través del cual anduvo errante durante nueve años hasta que por fin volvió a la patria después de innúmeras aventuras a cual más fantástica.

Este elemento de fantasía ha llevado a muchos escritores, desde la Antigüedad hasta nuestros días, a adoptar actitudes muy distintas frente los viajes de Odiseo, desde la credulidad hasta la desconfianza más absoluta. Eratóstenes (c. 276-194 a. C.), director de la famosa Biblioteca de Alejandría y editor de los poemas de Homero, creía que la geografía de la *Odisea* era en gran medida imaginaria y fabulosa, y afirmaba que «solo se podría encontrar dónde ha andado errante Odiseo cuando se encontrara al guarnicionero que cosió el odre de los vientos».<sup>[1]</sup> Pero, según dice Estrabón:

*Como cuando alguien vierte oro sobre plata, así añadía él [Homero] un ingrediente mítico a las peripecias verdaderas, haciendo grata y adornando la dicción poética, y fijándose el mismo objetivo que el historiador y el que cuenta los hechos reales. Así fue precisamente cómo, tras recoger la tradición de lo que fue la guerra de Troya, la adornó con creaciones míticas e igualmente hizo con las de Odiseo. El ensartar una vacua narración extraordinaria a partir de un hecho en modo alguno auténtico no es característico de Homero.*<sup>[2]</sup>

El viento predominante en el Mediterráneo oriental es llamado en griego moderno *meltemi*, y sopla constantemente del noreste durante cinco días seguidos o más cada vez. Así, cuando Odiseo pasó por Citera, habría sido desviado a través del mar de Libia hasta la costa del norte de África, esto es, hasta una distancia de casi mil kilómetros, y habría tomado tierra en algún punto de la costa de lo que hoy día constituye la frontera entre Libia y Túnez.

La primera vez que navegué por el Mediterráneo fue en octubre de 1945, a bordo de un buque de transporte de tropas de la marina norteamericana que, al final ya de la segunda guerra mundial, nos llevó de Calcuta a Nueva York a través del canal de Suez. Había leído la *Odisea* dos años antes, cuando estaba a punto de escaparme del instituto para alistarme en la marina y conocer mundo, así que cuando cruzamos el Canal y pusimos rumbo al oeste a través del Mediterráneo supe que enseguida empezaría a seguir la ruta de Odiseo.

Tras cruzar el Canal a primera hora de la mañana, poco antes de amanecer del día siguiente, mirando a estribor desde la cubierta superior divisé el promontorio rodeado

de peñascos del cabo Trypiti, en la isla griega de Gavdos, al sur de Creta, que constituye el punto más meridional de Europa. Poco después de la salida del sol, y mirando desde el lado de babor, pude comprobar que estábamos pasando ante el punto más septentrional de Libia, llamado por Estrabón cabo Fico, al oeste de la antigua ciudad griega de Cirene, capital de la Cirenaica, fundada en c. 630 a. C. Empezamos entonces a surcar el golfo que Estrabón llamaba la Gran Sirte, que se extiende desde Bengasi hasta Trípoli, por donde pasamos durante la noche. Al amanecer del día siguiente, empezamos a virar al noroeste para cruzar el canal de Sicilia: por el lado de babor podía verse la costa de Túnez, y pasamos así por el profundo golfo de Gabès, la Pequeña Sirte de Estrabón. Al atardecer salimos del Canal y dejamos el cabo Bon a babor, virando al oeste cuando estuvimos a la vista de Túnez, emplazamiento de la antigua Cartago. No lo sabía en ese momento, pero aquel día crucé por dos veces la senda de Odiseo, tomando las rutas que siguió para llegar a la costa del norte de África y para abandonarla.

En el canto IX de la *Odisea* Homero describe el primer lugar en el que desembarcaron Odiseo y sus compañeros tras su ajetreada travesía llevados al antojo de los vientos después de pasar por el cabo Malea y la isla de Citera:

Nueve días de allí derivé con mortíferos vientos  
sobre el mar rico en peces. Al décimo vimos la tierra  
de los hombres lotófagos, gente que solo de flores  
se alimenta; salimos del barco e hicimos la aguada  
y a comer nos pusimos al pie de las naves ligeras.<sup>[3]</sup>

En su descripción de esta parte de la costa del norte de África a lo largo del canal de Sicilia, Estrabón dice:

A la entrada de la Sirte [la punta septentrional de la Pequeña Sirte] hay una isla alargada, Cercinna [Chergui], bastante grande, en la que se encuentra la ciudad que lleva su nombre; y hay una segunda isla más pequeña, Cercinnitis [Gharbi].

Inmediatamente después viene la Pequeña Sirte, que llaman también la Sirte Lotofagita. El perímetro de este golfo es de mil seiscientos estadios [unos trescientos veinte kilómetros], y la anchura de su boca es de seiscientos estadios. En cada una de las puntas que forman la embocadura hay sendas islas contiguas al continente, Cercinna, como hemos dicho, y Meninge [Djerba], parejas en tamaño. Se cree que Meninge es la tierra de los lotófagos de la que habla Homero, y entre otros indicios se señala la presencia de un altar de Odiseo, y la del propio fruto, pues abunda en ella el árbol llamado loto, cuyo fruto es dulcísimo.<sup>[4]</sup>

En el canto IX de la *Odisea*, el protagonista cuenta lo que les ocurrió a tres de sus compañeros cuando se encontraron a los lotófagos y comieron del loto:

... El que de ellos probaba  
su meloso dulzor, al instante perdía todo gusto  
de volver y llegar con noticias al suelo paterno;  
solo ansiaba quedarse entre aquellos lotófagos, dando  
al olvido el regreso, y saciarse con flores de loto.  
Los conduje a las naves por fuerza y en llanto; arrastrellos  
por la cala y, al fin, los dejé bien atados debajo  
de los bancos. Al punto ordenaba a mis otros amigos  
que embarcaran deprisa en las rápidas naves, no fuese

que comieran algunos la flor y olvidasen la patria.<sup>[5]</sup>

A continuación «diligentes entraron a bordo, pusiéronse al remo / y, sentados en fila, batieron las aguas grisáceas».<sup>[6]</sup>

Los lotófagos o comedores de loto son mencionados también por Heródoto, que los sitúa en la misma zona que Estrabón, aunque su conocimiento de las costas es bastante difuso:

Y por cierto que un promontorio que penetra en el mar a partir del país de los mencionados gindanes lo ocupan los lotófagos, que viven alimentándose únicamente del fruto del loto. El fruto del loto es, aproximadamente, del tamaño del fruto del lentisco, pero, por su dulzura, se asemeja a los dátiles. Con dicho fruto los lotófagos también hacen vino.<sup>[7]</sup>

En su *Commentary on Herodotus* (1912) How y Wells ofrecen alguna información interesante acerca de este fruto:

H. [Heródoto] es muy preciso en la descripción del loto, debido a la legendaria fama que tenía, según Homero, de causar el olvido del hogar y la familia; Polibio lo describe de forma todavía más exhaustiva. Es una especie de arbusto espinoso, el azufaifo [*zizyphus vulgaris*], de la familia de las ramnáceas, a la que pertenece el *buckthorn* inglés, cuyo fruto es una drupa, semejante a la ciruela por su forma y su tamaño, comestible, especialmente cuando está seca. El loto egipcio es muy distinto... De su fruto sigue haciéndose una especie de vino.<sup>[8]</sup>

La isla de Djerba [denominada históricamente en español los Gelves] ha estado poblada desde época prehistórica por bereberes, la población indígena del norte de África al oeste del valle del Nilo. Se hallan repartidos de forma continua desde la costa del Atlántico hasta el oasis de Siwa, en la frontera entre los modernos estados de Libia y Egipto, y desde el Mediterráneo hasta el río Níger. Históricamente han hablado diversas variedades de la lengua bereber, que forman todas ellas una rama de la familia de lenguas afroeuropas. Los bereberes modernos descienden de los protobereberes, la población tribal mencionada en los documentos del antiguo Egipto. Las tribus protolíbicas se formaron en época homérica, entre finales de la Edad del Bronce y comienzos de la Edad del Hierro.

Las creencias tradicionales de los bereberes del norte de África se han visto influenciadas sucesivamente por el contacto con el antiguo Egipto, Fenicia, el judaísmo, la Grecia helenística, el cristianismo primitivo y más tarde por el islam, ya en la Edad Media. Djerba es el centro de la secta musulmana de los ibadíes, y tuvo también una antigua comunidad judía, perteneciente a la secta de los cohanim, que siguen practicando sus cultos en la sinagoga de la Ghriba, una de las más antiguas del mundo, pues data de c. 500 a. C.

Djerba, la isla más grande del norte de África, con una población de ciento cuarenta mil habitantes, es uno de los pocos lugares de Túnez en los que sigue hablándose la lengua bereber. Sus hermosas playas, una de las cuales debió de ser aquella en la que Odiseo y sus compañeros desembarcaron, se han convertido en un destino turístico muy popular. En 1977 Djerba Ajim, la tercera localidad más poblada de la isla, situada a orillas del estrecho canal que separa Djerba del continente, se

convirtió en el cuartel general del equipo de rodaje de la primera película de la serie *La guerra de las galaxias*, y fue elegida probablemente por el ambiente como de otro mundo que tiene el país de los lotófagos.

Una vez que subió a bordo de su nave a los compañeros que habían probado el loto, Odiseo y sus hombres zarparon rumbo a la siguiente etapa de su viaje, que los llevó al país de los cíclopes. Puede que la travesía fuera bastante corta, pues Odiseo lo describe con solo dos frases, aunque bastante largas:

Desde allí, con dolor en el alma, seguimos bogando  
hasta dar en la tierra que habitan los fieros cíclopes,  
unos seres sin ley. Confiando en los dioses eternos,  
nada siembran ni plantan, no labran los campos, mas todo  
viene allí a germinar sin labor ni simienza: los trigos,  
las cebadas, las vides que dan un licor generoso  
de sus gajos, nutridos tan solo por lluvias de Zeus.  
Los cíclopes no tratan en juntas ni saben de normas  
de justicia; las cumbres habitan de excelsas montañas,  
de sus cuevas haciendo mansión; cada cual da la ley  
a su esposa y sus hijos sin más y no piensa en los otros.<sup>[9]</sup>

Platón (*Leyes* 3680) da a entender que la imagen que ofrece Homero de la vida de los cíclopes constituye un ejemplo del primer estadio de la civilización, antes de que la humanidad emprendiera actividades colectivas y relaciones entre comunidades distintas, y formulara leyes de ningún tipo. Según la mitología griega, los cíclopes eran hijos de Urano, dios del infierno, y Gea, la Madre Tierra. Hesíodo los describe al hablar de los hijos de Gea en los siguientes términos:

Dio a luz además a los cíclopes de soberbio espíritu, a Brontes [«Trueno»], a Estéropes [«Fulgurante»] y al violento Arges [«Deslumbrante»], que regalaron a Zeus el trueno y le fabricaron el rayo. Estos en lo demás eran semejantes a los dioses [pero en medio de su frente había un solo ojo]. Cíclopes era su nombre por eponimia, ya que, efectivamente, un solo ojo completamente redondo se hallaba en su frente. El vigor, la fuerza y los recursos presidían sus actos.<sup>[10]</sup>

Polifemo, hijo de Posidón, es el más famoso de los cíclopes. Es descrito en el canto I de la *Odisea*, donde Zeus dice a Atenea que Posidón está irritado con Odiseo porque este cegó a su hijo: «El gran Polifemo / al que Ulises cegó siendo él el mayor por su fuerza / entre aquellos gigantes: pariolo la ninfa Toosa, / la nacida de Forcis, ministro del mar iracundo, / que amorosa se dio a Posidón en las cóncavas grutas».<sup>[11]</sup>

El primer desembarco efectuado por Odiseo y sus compañeros en el país de los cíclopes se produjo en una isla deshabitada que denominaremos isla de las Cabras: «Una isla por nombre Laquea se extiende de frente / a la costa de aquellos cíclopes, ni cerca ni lejos; es boscosa y en ella se crían las cabras salvajes / incontables por cierto, pues no las ahuyentan los pasos / de los hombres».<sup>[12]</sup>

Odiseo prosigue su relato desarrollando el tema de que los cíclopes son criaturas que no han pasado de la primera fase de la civilización, pues, de lo contrario, habitarían en la isla de las Cabras y construirían naves para dedicarse al comercio, y ejercitarían la agricultura y la viticultura, como habrían hecho los griegos:

Y es que faltan a aquellos cíclopes las naves purpúreas  
y no tienen varones que hagan los sólidos buques  
en que puedan pasar a las muchas ciudades pobladas  
por humanos, cual suelen los otros hacer que en bajeles  
atravesan el mar de país en país. Tales hombres  
bien pudieran tener floreciente su isla.<sup>[13]</sup>

Se dirigieron al fondo del puerto «a través de la lóbrega noche sin luz y sin vista; / densa sombra cercaba las naves; la luna no daba / en el cielo sus rayos; cubríanlo del todo las nubes».<sup>[14]</sup> Fondearon los barcos en la playa, arriaron las velas, y «en la misma rompiente salimos del barco y, a poco, / en espera del alba divina nos dimos al sueño».<sup>[15]</sup>

Se levantaron al amanecer y «recorrimos la isla admirándolo todo». Al ver las «cabras montaraces»,<sup>[16]</sup> sacaron sus arcos y sus venablos y mataron ciento nueve animales, nueve para cada una de las doce naves y una más para Odiseo. «Allí hasta la puesta del sol estuvimos / consumiendo del dulce licor y las carnes sin cuento»<sup>[17]</sup>.

Volvieron la vista hacia el país de los cíclopes y «percibimos sus humos, sus voces, también los balidos / de sus cabras y ovejas».<sup>[18]</sup> Al caer el sol se acostaron a dormir en la playa y a la mañana siguiente Odiseo convocó a sus hombres a una asamblea, diciéndoles que pensaba cruzar con algunos de ellos al vecino país de los cíclopes, mientras que el resto de las naves aguardaban donde estaban.

Atracamos bien pronto en la costa vecina y, al punto,  
en un cabo a la orilla del mar una cueva advertimos  
grande y alta, emboscada en laureles; allí amajadaban  
muchas reses, ovejas y cabras, y en torno un recinto  
extendíase solado de lajas hundidas en tierra  
con altísimos pinos y encinas de excelso ramaje.  
Era dueño del antro un varón monstruoso; pacía  
sus ganados aparte, sin trato con otros cíclopes,  
y guardaba en su gran soledad una mente perversa.  
Aquel monstruo causaba estupor, porque no parecía  
ser humano que vive de pan, sino pico selvoso  
que se eleva señero y domina a las otras montañas.<sup>[19]</sup>

Odiseo escogió a los doce mejores de entre sus hombres y se puso en camino, diciendo al resto de sus compañeros que permanecieran en la nave. Llenó un odre del vino tinto dulce como la miel que le había regalado el sacerdote de Apolo en Ísmaro, y se llevó consigo además un saco lleno de viandas.

Polifemo estaba apacentando sus rebaños fuera de su gruta, de modo que Odiseo y sus compañeros entraron en ella y se pusieron a admirar todo lo que contenía:

Vimos zarzos cargados de quesos y prietos rediles  
que guardaban por orden de edad los corderos y chotos,  
los de dos estaciones aquí, más allá los medianos,  
a otro lado los más pequeñuelos; bosaban de leche  
las vasijas labradas, colodras y jarras, en donde  
reservaba su ordeño.<sup>[20]</sup>

Odiseo cuenta que sus compañeros le pidieron «que, cogiendo los quesos y dando salida / a corderos y chivos, volviéramos luego con ellos / a cruzar en la rápida nave las aguas salobres. Mas yo, sordo a sus ruegos... / quise ver a aquel hombre y pedirle los dones de huésped».<sup>[21]</sup>

Mientras tanto, Odiseo y sus hombres encendieron un fuego e hicieron un sacrificio a los dioses, y mientras se regalaban con los quesos que había fabricado Polifemo «allá nos sentamos / a esperar su venida. Llegó con sus reses; traía / una carga imponente de leños pensando en su cena; / tal estruendo produjo al tirarla en mitad de la gruta, / que de miedo nos fuimos al fondo de aquella».<sup>[22]</sup>

Se quedaron mirando cómo el cíclope metía en la cueva «la pingüe manada / de sus hembras paridas; dejó en el corral allá fuera / a los machos, carneros y bucos»;<sup>[23]</sup> pero a continuación «levantando un enorme peñón, ajustolo a la entrada».<sup>[24]</sup> Se puso entonces a ordeñar sus ovejas y cabras. La mitad de la leche la cuajó y la guardó en cestillos trenzados para hacer queso con ella, y la otra mitad la echó sin cuajar en jarras para beberla o quizá para tomársela de cena.

Una vez que atendidos quedaron aquellos quehaceres, encendiendo el hogar descubríonos y habló de este modo: «¿Quiénes sois, forasteros? ¿De dónde venís por la ruta de las aguas? ¿Viajáis por negocio o quizá a la ventura, como van los piratas del mar que navegan errantes exponiendo su vida y llevando desgracia a los pueblos?». Al oírle, el temor quebrantó nuestros pechos, tal era de terrible su voz, de espantosa su propia figura; mas con todo logré contestarle con estas palabras.<sup>[25]</sup>

Odiseo contestó a Polifemo que eran aqueos del ejército de Agamenón que volvían a casa después de saquear Troya. Habían sido desviados de su rumbo por una tempestad y habían llegado hasta él como suplicantes

«esperando nos des la señal de hospedaje o nos hagas de lo tuyo otro don según es entre huéspedes ley. Ten respeto, señor, a los dioses. En ruego venimos; al que en súplica llega y al huésped, amparo y venganza presta Zeus hospital; él conduce al honrado extranjero». Dijo así y él sin más contestome con ánimo impío:<sup>[26]</sup> «Eres necio, extranjero, o viniste de lejos, pues quieres que yo tema o esquive a los dioses. En nada se cuidan los cíclopes de Zeus que embraza la égida, en nada de los dioses felices, pues somos con mucho más fuertes; por rehuir el enojo de aquel no haré yo gracia alguna ni a tus hombres ni a ti cuando no me lo imponga mi gusto. Pero dime, ¿por dónde atracaste tu sólida nave? ¿Fue quizá en el cabo o más cerca? Quisiera saberlo».<sup>[27]</sup>

Odiseo asegura que se dio cuenta de que Polifemo simplemente pretendía ponerlo a prueba, «mas no me engañaba, / que era larga mi astucia, y así contestele con dolo».<sup>[28]</sup> Cuenta que replicó diciendo:

Mi bajel lo estrelló Posidón que sacude la tierra,  
pues lo vino a lanzar contra aquel roquedal de la costa  
en la punta del cabo, que allí lo acercaron los vientos,  
y con estos me pude salvar de la muerte inminente.<sup>[29]</sup>

...

Dije así, pero nada repuso su espíritu impío.  
Dando un salto, sus manos echó sobre dos de mis hombres,  
los cogió cual si fueran cachorros, les dio contra el suelo  
y corrieron vertidos los sesos mojando la tierra.  
En pedazos cortando sus cuerpos dispuso su cena:  
devoraba, al igual que el león que ha crecido en los montes,  
sin dejarse ni entrañas ni carnes ni huesos meolludos  
y nosotros, en llanto, testigos del acto maldito,  
levantamos las manos a Zeus, del todo impotentes.<sup>[30]</sup>

Odiseo esperó a que Polifemo, una vez acabada la cena, cayera dormido, pensando matarlo con su espada, pero entonces cayó en la cuenta de que si lo hacía así, sus hombres y él quedarían atrapados en la gruta, pues no serían capaces de mover el gran peñasco que bloqueaba la entrada.

A la mañana siguiente Polifemo volvió a ordeñar sus ovejas:

Y, cumplido que estuvo el quehacer, alcanzando  
a otros dos de mis hombres dispuso su almuerzo con ellos.  
ya comido, sacó de la cueva sus pingües rebaños,  
expedito quitando el gran cierre; mas luego volviolo  
a su propio lugar cual si fuera una tapa de aljaba.<sup>[31]</sup>

Odiseo se puso entonces a pensar cómo podrían escapar y, una vez urdido el plan, se lo comunicó a sus compañeros y les mandó ponerse a hacer con él los preparativos para llevarlo a efecto.

Polifemo había dejado en el suelo de la gruta «un gran tronco de olivo que aún verde arrancó»,<sup>[32]</sup> para, cuando se secara, utilizarlo a modo de porra. De aquel leño cortó la extensión de una braza y mandó a sus hombres que fueran puliéndolo; «le aguzaba yo en tanto la punta / y después lo curé al fuego vivo».<sup>[33]</sup> Lo escondió después y mandó a sus amigos que echaran a suertes «los que habían entre ellos de alzar aquel palo / y arriesgarse conmigo a meterlo y frotarlo en el ojo / del cíclope una vez le tomara el hechizo del sueño».<sup>[34]</sup>

Cuando volvió Polifemo, metió sus rebaños en la caverna y «levantando enseguida el ingente portón, ajustolo»,<sup>[35]</sup> tras lo cual se puso a ordeñar sus ovejas y cabras.

Cuando al fin atendidos quedaron aquellos quehaceres,  
atrapando a otros dos de los míos los hizo su cena.  
acerqueme yo entonces a él levantando mis manos  
con un cuenco de negro licor y le hablé de este modo:<sup>[36]</sup>  
«Toma y bebe este vino, cíclope, una vez que has comido  
carnes crudas de hombre. Verás qué bebida guardaba  
mi bajel; para ti la traía si acaso mostrabas  
compasión y ayudabas mi vuelta al hogar; mas no tienes

en tu furia medida. ¡Maldito! ¿Qué seres humanos  
llegarán después de esto hasta ti? No has obrado en justicia».[37]

«Tal le dije; cogíolo y bebió con deleite salvaje / todo el dulce licor y pidiome sin  
pausa otro cuenco: “Dame más, no escatimes, y sepa yo al punto tu nombre; / te he de  
hacer un regalo de huésped que habrá de alegrarte”»[38].

Polifemo trasegó todo el vino y siguió pidiendo más y más, y cuando pareció que  
empezaba a hacerle efecto Odiseo se identificó diciendo:

Preguntaste, cíclope, cuál era mi nombre glorioso  
y a decírtelo voy, tú dame el regalo ofrecido:  
ese nombre es Ninguno. Ninguno mi padre y mi madre  
me llamaron de siempre y también mis amigos. Tal dije  
y con alma cruel al momento me dio la respuesta:  
«A Ninguno me lo he de comer el postrero de todos,  
a los otros primero; hete ahí mi regalo de huésped».[39]

Polifemo se desplomó en el suelo y cayó presa del embotamiento de la ebriedad,  
momento que aprovechó Odiseo para meter la afilada punta del tronco de olivo en las  
brasas ardientes, calentándolo hasta que estuvo al rojo vivo. Ordenó entonces a sus  
compañeros que lo colocaran en la posición debida encima de Polifemo, dispuestos a  
cegarlo:

Levantando la estaca oliveña aguzada en su punta  
se la hincaron con fuerza en el ojo. Apoyado yo arriba,  
la forzaba a girar cual taladro que en manos de un hombre  
va horadando una viga de nave; a derecha e izquierda  
mueven dos la correa y él gira sin pausa en su sitio.  
tal clavando en el ojo la punta encendida, a mi impulso  
daba vueltas en él; barbotaba caliente la sangre  
en su torno y el ascua abrasaba, quemada la niña,  
ya la ceja y el párpado; el fondo del ojo chirriaba  
en el fuego.[40]

Polifemo exhaló un alarido feroz, mientras Odiseo y sus compañeros «de terror  
nos echamos atrás».[41] Luego, tras arrancarse la estaca del ojo, se puso a llamar a los  
demás cíclopes que poblaban las cuevas de las inmediaciones. Acudieron todos al oír  
sus gritos y aglomerándose alrededor de la gruta le preguntaron qué mal le afligía:

¿Por qué así, Polifemo, angustiado nos das esas voces  
a través de la noche inmortal y nos dejas sin sueño?  
¿Te ha robado quizá algún hombre las reses? ¿O acaso  
a ti mismo te está dando muerte por dolo o por fuerza?[42]  
desde el fondo del antro les dijo el atroz Polifemo:  
«¡Oh, queridos! No es fuerza. Ninguno me mata por dolo».[43]

Al oírlo los otros replicaron:

«Pues si nadie te fuerza en verdad, siendo tú como eres  
imposible es rehuir la dolencia que manda el gran Zeus,

pero invoca en tu ayuda al señor Posidón, nuestro padre». Tal diciendo se iban y yo me reí en mis adentros del engaño del nombre y el plan bien urdido.<sup>[44]</sup>

Polifemo gemía de dolor, y a tientas se dirigió hasta la entrada de la cueva, retiró el gran peñasco «y, sentado en la puerta, los brazos tendía por sí a alguno / atrapaba dispuesto a escaparse mezclado al rebaño: / ¡Tal de necio sin duda juzgábame a mí en sus entrañas!».<sup>[45]</sup>

Odiseo se puso a cavilar un instante hasta que se le ocurrió el plan más adecuado para salir de aquel trance. Estuvo trabajando sigilosamente toda la noche, reunió a los carneros y los ató de tres en tres con mimbres de fuerte trabazón que cogió de los que formaban el lecho del cíclope:

Amarra tres juntos, colgábase un hombre al de en medio y los otros a izquierda y derecha servíanle de guarda. Un varón transportaban así cada tres; por mi parte atrapé por el lomo a un morueco, con mucho el más fuerte del rebaño; corrime después hasta el vientre velludo y me eché bajo él; con las manos cogido a sus lanas prodigiosas, me tuve allí firme con ánimo entero y en tal guisa gimiendo esperamos el alba divina.<sup>[46]</sup>

Al clarear el día,

el cíclope sacaba sus machos al prado; balaban las ovejas allá en sus rediles por falta de ordeño, rebosantes las ubres...<sup>[47]</sup>  
... Su dueño, abrumado de horribles sufrimientos, posaba la mano en el lomo a las reses que un instante parábanse erguidas: el necio ignoraba que los hombres colgaban del vientre y las lanas espesas. Mi morueco el postrero pasó hacia la puerta; llevaba de sus lanas el peso y a mí con mis graves cuidados.<sup>[48]</sup>

Cuando estaban a cierta distancia de la cueva, Odiseo se desató de su morueco y liberó al resto de sus hombres, tras lo cual se llevó las ovejas a la nave. Advirtió a los compañeros que estaban esperándolos que guardaran silencio «y mandé que, cargando enseguida los muchos carneros / de preciosos vellones, surcaran las aguas saladas».<sup>[49]</sup> Cuando apenas estaban a un grito de distancia de la costa, Odiseo llamó a Polifemo y le dijo palabras injuriosas:

¡Oh cíclope! En verdad no era un débil aquel cuyos hombres devoraste en la cóncava gruta con fiera violencia; sin remedio tenías a tu vez que sufrir un mal trato, pues osaste, maldito, comerte a tus huéspedes dentro de tu casa. Ya Zeus se ha vengado y las otras deidades.<sup>[50]</sup>

Polifemo se llenó de nuevo de furia, hasta tal punto que

... arrancando la cima de una alta montaña, lanzola

contra el barco de proa azulada; cayó por delante casi a punto de herir el timón en su extremo. Al venirle desde arriba el peñón, solevose la mar, y las olas empujaron de nuevo la nave hacia tierra, al reflujo de las aguas; forzada marchaba a chocar con la costa.<sup>[51]</sup>

Odiseo impulsó el barco lejos de la orilla con ayuda de un gran botador y mandó a sus hombres remar con todas sus fuerzas para escapar. Cuando distaban de tierra el doble que antes volvió a llamar al cíclope diciendo: «¡Oh, cíclope! Si alguno tal vez de los hombres mortales / te pregunta quién fue el que causó tu horrorosa ceguera, / le contestas que Ulises, aquel destructor de ciudades que nació de Laertes y en Ítaca tiene su casa».<sup>[52]</sup>

Lanzando furiosos gemidos, Polifemo respondió y dijo que en otro tiempo un adivino le había dicho que perdería la vista de su único ojo a manos de un hombre llamado Odiseo [Ulises]; pero él pensaba pedir a su padre, Posidón, que lo sanara, si así le placía. Odiseo le replicó en los siguientes términos: «¡Ojalá tan de cierto pudiera privarte del alma / y la vida y mandarte sin más a las casas de Hades / como no curará tu ceguera el que agita la tierra!».<sup>[53]</sup>

Polifemo entonces invocó a Posidón y dijo en su plegaria: «Si soy tuyo en verdad y en llamarte mi padre te gozas, / haz, te ruego, que Ulises, aquel destructor de ciudades / que nació de Laertes y en Ítaca tiene sus casas, / no retorne a su hogar... / Esta fue su plegaria que oyó el de cabellos azules».<sup>[54]</sup>

Polifemo levantó entonces un peñón mucho más grande que el anterior y lo lanzó contra la nave, pero no la alcanzó. Se solevaron las aguas y el reflujo impulsó hacia delante el barco acercándolo a la isla en la que los aguardaban los demás hombres, con los que se repartieron los rebaños del cíclope. Odiseo y sus compañeros pasaron el resto del día «devorando sentados las carnes sin fin y bebiendo», hasta el atardecer.<sup>[55]</sup> A continuación «nos dormimos oyendo el romper de las aguas marinas».<sup>[56]</sup> Al día siguiente, al amanecer, subieron a bordo de las naves, Odiseo ordenó a sus hombres soltar las amarras de popa y ellos «ocuparon los bancos y, en fila, / azotaron a golpes de remo las aguas grisáceas. / No sin duelo volvíamos al mar, mas contentos en parte / por salvar nuestras vidas después de perder los amigos».<sup>[57]</sup>

La mayor parte de los autores, antiguos y modernos, sitúan la isla de las Cabras y el país de los cíclopes en el extremo oriental de Sicilia. Una opinión minoritaria bastante interesante, con la que no puedo menos que estar de acuerdo, es la que exponen los hermanos Armin y Hans-Helmut Wolf en su libro *Die wirkliche Reise des Odysseus. Zur Rekonstruktion des homerischen Weltbildes* [«El verdadero viaje de Odiseo. Para una reconstrucción de la imagen del mundo de Homero»] (1990). Identifican la isla de las Cabras con Chergui, la antigua Cercinna, una de las islas Kerkennah [llamadas históricamente en español los Querquenes], frente a las costas de Sfax, en la punta septentrional de la Pequeña Sirte (el golfo de Gabès).

Si el viaje de Odiseo desde el país de los lotófagos hasta su siguiente parada fue efectivamente breve —digamos que duró un día y parte de la noche siguiente, esto es, unas diecisiete horas, a una velocidad de aproximadamente cuatro nudos—, habría supuesto un recorrido de unas sesenta y cinco millas náuticas, que, según Estrabón, es la distancia que a través del golfo de Gabès separa Meninge (Djerba) de los Querquenes. Este pequeño archipiélago fue utilizado como base naval tanto por los fenicios como por los romanos, y de ambos quedan vestigios en las islas, siendo visibles todavía algunos mosaicos romanos debajo de las arenas movidas por el viento. En Chergui hay densos bosques de palmeras datileras bajo las cuales todavía pastan las cabras y las ovejas, de ahí que los hermanos Wolf la identificaran con la isla de las Cabras.

Según los hermanos Wolf, el país de los cíclopes estaba en el continente, en las inmediaciones del golfo de Gabès, cuya punta norte, en Sfax, está a veinte kilómetros del extremo más próximo de Chergui, y en mi opinión su identificación es correcta. En la Antigüedad esta región se caracterizaba por la profusión de las viviendas troglodíticas de las tribus bereberes locales, que, según la tradición, se ocultaban bajo tierra cuando los invadían y salían de nuevo a la superficie en la oscuridad de la noche para matar a sus invasores. Esta costumbre dio lugar a la leyenda de que las cavernas estaban habitadas por monstruos, como los cíclopes, que se cebaban en los extranjeros.

Se ha sugerido que la leyenda griega de los cíclopes procede del mito líbico del gigante Anteo, hijo de Posidón y Gea, la Madre Tierra. Tanto Polifemo como Anteo eran hijos de Posidón, y puede que los griegos adoptaran la leyenda líbica cuando empezaron a fundar colonias en el norte de África durante la segunda mitad del siglo VII, siguiendo las rutas de los comerciantes micénicos de finales de la Edad del Bronce.

Según la mitología griega y bereber, Anteo (llamado por los bereberes Anti) era un gigante del interior del desierto de Libia que desafiaba a todos los que pasaban por sus tierras a luchar con él, y cuando los mataba, amontonaba sus huesos, de tal modo que con ellos construyó un templo dedicado a su padre, Posidón. Un día, cuando iba camino del jardín de las Hespérides, Heracles visitó a Anteo, que lo desafió a luchar con él. Heracles se dio cuenta de que su adversario lo superaba siempre que estaba en contacto con la tierra, su madre, que era la fuente de toda su fuerza. Pero una vez que dejaba de estar en contacto con el suelo, perdía todo su poder, de modo que Heracles consiguió levantarlo en alto y matarlo aplastándolo en un abrazo mortal. El poeta latino Ovidio cuenta el episodio en sus *Metamorfosis*, donde Heracles dice: «Soy yo... el que ha privado al cruel Anteo de su materno alimento».<sup>[58]</sup>

Cuando los griegos colonizaron por primera vez Libia a mediados del siglo VII a. C., oyeron hablar de este héroe-gigante líbico, y enseguida lo asociaron con uno de sus héroes viajeros, Heracles. Quizá un siglo antes Homero oyera una versión

micénica de la misma leyenda, y la adaptara a su héroe viajero Odiseo, que derrotó al gigante líbico Polifemo.

Las viviendas troglodíticas bereberes mejor conservadas están en las inmediaciones de Marmata, localidad cerca de la punta sur de la Pequeña Sirte, accesible por carretera desde la ciudad de Gabès, capital administrativa de la región. Estos poblados subterráneos siguieron siendo durante siglos desconocidos para el mundo exterior, pues se encontraban en una región muy hostil habitada mayoritariamente por tribus nómadas.

Por fin en 1967 la región fue anegada por una intensísima lluvia que duró veintidós días e inundó las viviendas troglodíticas, provocando el hundimiento de muchas de ellas. Una delegación de los habitantes de la zona se presentó en Gabès, donde las autoridades les prestaron ayuda construyéndoles nuevas casas, esta vez de ladrillo. Pero casi toda la gente acabó por reconstruir sus viviendas trogloditas tradicionales y sigue habitándolas, como hicieran sus antepasados en la noche de los tiempos.

Marmata fue el lugar en el que se rodaron en 1977 los exteriores de la primera película de la serie *La guerra de las galaxias*, y desde entonces se ha convertido en una atracción turística muy popular. El hotel Sidi Driss es una vivienda troglodita tradicional de Marmata que hizo en la película las veces de casa de Luke Skywalker en el planeta Tatooine, y algunos elementos del decorado que quedaron fueron incorporados a sus paredes.

Este es el tramo de la costa del norte de África por el que pasé un día de octubre de 1945, preguntándome a mí mismo cuándo seguiría la senda de Odiseo.

## EL PALACIO DE LA HECHICERA

La mayoría de los autores antiguos y modernos coinciden en afirmar que cuando Odiseo abandonó la costa del norte de África, navegó rumbo al noreste, y que sus siguientes aventuras tuvieron lugar en Sicilia y el sur de Italia y sus alrededores. Esta región era conocida entre los griegos como Magna Grecia, la «Gran Grecia», donde, desde comienzos del siglo VIII a. C., diversas ciudades-estado griegas, en particular Calcis, en la isla de Eubea, establecieron más de una quincena de colonias y *emporia* o escalas comerciales.

El primero de esos emporios, fundado por los eubeos no después de 775/770 a. C., fue establecido en Pitecusas, la isla italiana de Ischia, a unos once kilómetros del extremo septentrional del golfo de Cumas, el actual golfo de Nápoles. En la isla se ha encontrado cerámica griega (micénica) de finales de la Edad del Bronce (c. 1400 a. C.).

En torno a 750 a. C. los mercaderes griegos se trasladaron de Pitecusas a Cumas, en la Italia continental, y establecieron allí un emporio que en el plazo de unos veinticinco años se convirtió en una *polis* o ciudad-estado independiente. Luego, en c. 730-720 a. C. fundaron Regio (Reggio Calabria) en la punta de la bota de la península Itálica, y cruzando el estrecho se establecieron en Sicilia y fundaron Zancle (Messina). Luego se establecieron en varias otras colonias alrededor de la costa de Sicilia, entre ellas Hímera, Catana y Naxos, esta última con colaboración con los habitantes de la isla de las Cícladas del mismo nombre. Las excavaciones llevadas a cabo en Messina han sacado a la luz pruebas de ocupación humana ya en la Edad del Bronce, lo que indicaría que en ella, como en otros lugares, los griegos volvieron a establecerse en localidades que ya habían sido emporios micénicos.

Y así es como la mayoría de los lugares del «mundo de maravillas» que describe Odiseo en sus viajes se sitúan en el nuevo mundo griego de la Magna Grecia, en torno al sur de Italia y sus alrededores.

Homero no da ninguna indicación sobre cuánto tiempo navegaron Odiseo y sus compañeros tras dejar las costas del norte de África, ni tampoco explica en qué dirección lo hicieron. Lo único que dice es que, tras dejar el país de los cíclopes, su siguiente parada tuvo lugar en «la isla... flotante»<sup>[1]</sup> de Eolo, el mítico rey de los vientos. Eolo y su esposa vivían allí en compañía de sus doce hijos:

Seis varones ya en flor y con ellos seis hembras: él dioles  
por mujeres a aquellos sus hijas y un día tras de otro  
comen todos en casa del padre y la madre su esposa.  
Infinitos manjares hay siempre en la mesa, el aroma  
de la grasa desborda el hogar donde suenan los cantos

todo el día; las noches descansan al lado de aquellas venerables esposas en lechos con ricos tapetes.<sup>[2]</sup>

Estrabón y casi todos los demás autores, antiguos y modernos, identifican el país de Eolo con Lípari o alguna otra de las islas Eolias, situadas al norte de Sicilia. Ernie Bradford difiere un poco de esta opinión, y la sitúa en Ustica, una isla a unos ciento sesenta kilómetros de Lípari, y yo no puedo más que mostrar mi aquiescencia, dado el conocimiento que tiene este autor de los vientos y las corrientes predominantes en estas aguas.

Según cuenta Odiseo,

a esa villa y hermosos palacios llegamos nosotros  
y hospedonos allí todo un mes; preguntó largamente  
por Ilión, por las naves aqueas, la vuelta de Troya  
y fielmente le fui contestando yo a todo, mas luego  
le pedí me dejara partir y ayudara mi vuelta  
a la patria y él nada rehusó, me otorgó toda ayuda.<sup>[3]</sup>

Eolo dio a Odiseo un odre lleno con todos los vientos menos uno, «solo el céfiro [viento del oeste] fuera dejó que soprase ayudando / a mi flota y mi gente en la ruta. ¡No había de cumplirse! / La locura de aquellos amigos nos trajo la muerte».<sup>[4]</sup>

Con el viento del oeste soplando a su espalda, Odiseo cuenta que

navegamos así noche y día por nueve jornadas,  
era ya la decena. Asomaron los campos paternos  
y alcanzamos a ver las hogueras que en ellos hacían,  
pero entonces a mí me tomó dulce sueño, cansado  
de regir sin cesar las escotas. Me había resistido  
a dejarlas a otro en mi afán por llegar a la patria.<sup>[5]</sup>

Relata luego cómo «a ese tiempo entre sí platicaban mis hombres. Decían / que en el barco llevaba yo a casa oro y plata, regalo / del magnánimo Hipótada Eolo».<sup>[6]</sup> Uno de ellos propuso lo siguiente a los otros:

«... Pero, ¡ea!, miremos aprisa lo que hay aquí dentro  
y sepamos el oro y la plata que guarda en el odre».<sup>[7]</sup>

...

Tal decían. El mal parecer acabó de imponerse:  
desataron el odre, en tropel se escaparon los vientos  
y su furia arrastrose de nuevo a la mar, ya a la vista  
de la patria, sumidos en llanto. Despierto yo entonces  
meditaba en mi mente sin tacha si habría de arrojarme  
de la nave a morir en el agua o mejor me estaría  
aguantar en silencio y seguir en la grey de los vivos.  
Y sufrí y resistí y, envolviéndome todo en mi manto,  
me acosté en el bajel. La borrasca llevaba las naves  
otra vez a la isla de Eolia; mis gentes gemían.<sup>[8]</sup>

Fondearon sus barcos una vez más en la isla de Eolo y, tras abastecerse de agua, «almorzaron mis hombres en torno a las naves ligeras».<sup>[9]</sup> Llevando a dos de sus

hombres consigo, Odiseo se presentó otra vez ante Eolo, que estaba cenando con su familia. El rey le preguntó: «¿Por qué vuelves, Ulises? ¿Qué infausta deidad te ha atacado? / En verdad que de todo te dimos a fin de que fueras / a tu patria, a tu propia morada, a cualquier otro sitio / que quisieses».<sup>[10]</sup>

El héroe respondió:

«... Me han perdido mis malos amigos y el sueño funesto,  
mas sacadme vosotros con bien, pues está en vuestra mano».<sup>[11]</sup>

Tal les dije queriendo ganarlos con dulce palabras  
y guardaron silencio. Rompiolo por último el padre:  
«¡Deja al punto la isla, infeliz entre todos los vivos!  
No es mi ley acoger ni ayudar en su ruta a hombre alguno  
que aborrezcan los dioses de vida dichosa. Sal luego,  
que en verdad has llegado hasta aquí de los dioses maldito».<sup>[12]</sup>

...

Tal diciendo me echó de sus casas, salí suspirando  
y volvimos al mar con la angustia en el pecho: quebraba  
el valor de mis hombres su duro remar, pues habíamos  
por la propia locura perdido la ayuda del viento.<sup>[13]</sup>  
Navegamos así seis jornadas de noche y de día  
y a la séptima vimos el alto castillo de Lamo  
y a Telépilo en tierra lestrigona.<sup>[14]</sup>

La mayoría de los autores antiguos y modernos sitúan a los lestrigones en la Magna Grecia, y Tucídides incluso los identifica con los primeros habitantes de Sicilia. Varios especialistas modernos los sitúan en el extremo occidental de la isla, en torno a la enorme laguna denominada Stagnone di Marsala.

El extremo septentrional de la bahía está casi cerrado por una isla alargada, la Isola Grande, cuya punta norte quizá estuviera unida a tierra firme en la Antigüedad, formando un profundo puerto natural. Allí establecieron los fenicios la colonia de Motya, fundada en torno a 725 a. C. por colonos venidos directamente de Cartago a través del canal de Sicilia. Unos dieciséis kilómetros más al norte se levanta el monte Erice, cuya cima alcanza los 750 metros y constituye un buen punto de referencia para los navegantes que pasan por la zona desde los tiempos de Odiseo hasta nuestros días, como yo mismo pude comprobar cuando bordeé la costa de Sicilia en un barco de pasajeros italiano en septiembre de 1963, tras salir de Palermo rumbo al puerto griego de Patras.

La ciudad histórica de Erice, en lo alto del monte, que aún conserva parte de sus murallas fenicias, está coronada por un castillo medieval, construido por los normandos sobre las ruinas del antiguo templo romano de Venus Ericina, supuestamente erigido por Eneas. Se trata del punto que Odiseo llamó Lamo cuando avistó el país de los lestrigones, sin saber que eran gigantes antropófagos, caníbales que no reconocían las leyes.

Odiseo describe «el cómodo puerto; una roca / en escarpa continua lo ciñe de un lado y de otro / con remates en dos promontorios que dan frente a frente / y que

forman su boca: delgado canal los divide».<sup>[15]</sup>

El héroe atracó su navío en la entrada del puerto, y lo amarró a una peña. Subió a lo alto de una prominencia rocosa para inspeccionar el entorno, pero «solo un humo observé que surgía de la tierra».<sup>[16]</sup> Así pues, envió por delante a tres hombres a que vieran «qué mortales había en el país, comedores de trigo».<sup>[17]</sup> Sus compañeros siguieron el ancho camino que conducía del monte a la ciudad y cerca ya de esta encontraron a una doncella que había ido a buscar agua a la fuente. Según les dijo, era la hija de Antífates, el rey de los lestrigones, y les indicó la casa en la que residía su familia. Pero cuando entraron en ella, vieron a una mujer

... que en su talla era monte rocoso. Tomoles el miedo,  
pero ella llamó desde el ágora a Antífate el grande,  
su marido, que trajo a mis hombres funesta ruina.<sup>[18]</sup>

...

Reventando a uno de ellos comiolo de almuerzo y los otros  
escaparon de un salto y huyeron corriendo a las naves.  
Y hete al rey que gritaba la alarma y, oyéndola todos,  
acudieron de acá y acullá los lestrigones fieros  
en tropel, con su talla gigante, mayor que la humana.<sup>[19]</sup>

Los gigantes corrieron a los acantilados que dominaban el puerto, donde, atadas unas a otras, estaban atracadas las naves de los aqueos. Se encontraban por tanto completamente desamparadas. Todas menos la de Odiseo, que había fondeado fuera del puerto, desde donde el héroe contempló los estragos que los lestrigones causaban a sus compañeros. «Apostados arriba en la escarpa lanzaban enormes / pedrejones: subía de las naves fragor horroroso / al morir de mis gentes y al rudo estallar de las quillas. / Ensartados a modo de peces lleváronlos luego / a su triste festín»<sup>[20]</sup>.

Mientras tanto Odiseo desenvainó su espada y cortó las amarras que sujetaban su nave a la peña. Según cuenta,

... al instante, avivando a mi gente, mandé que se echaran  
con vigor a los remos por ver de escapar al desastre  
y ellos todos batieron las aguas con miedo a la muerte.  
¡Qué descanso al salir el bajel de aquel techo de piedras  
hacia el mar! Aplastados en masa quedaban los otros.<sup>[21]</sup>

La siguiente etapa del viaje los llevó a la isla de Eea, la patria de Circe, una diosa *pharmakia*, una maga o hechicera, experta en el proceso de las metamorfosis o transformaciones mágicas y en el oscuro arte de la nigromancia, la adivinación por medio de la comunicación con los muertos, así como en el uso de drogas y hechizos. Su hermano Eetes vivía en la isla de Ea, país situado en los remotos confines de Oriente, mientras que Eea se creía que estaba en el extremo Occidente, en los confines del mar y el río Océano que rodeaba la tierra.

Según cuenta Odiseo: «... Llegamos a Eea, la isla habitada por Circe, / la de hermosos cabellos, potente deidad de habla humana».<sup>[22]</sup> Y añade: «Por aquella ribera

en silencio atracamos la nave / en un puerto espacioso: sin duda algún dios nos guiaba. / Descendiendo a la playa pasamos en ella dos días / con sus noches, tendidos en presa al dolor y al cansancio».<sup>[23]</sup>

Cuando amaneció el tercer día, Odiseo, armado con su lanza y su espada, subió a una eminencia del terreno «para ver si advertía desde ella labores de hombres / o sentía alguna voz. Vigilando en la cima fragosa, / vi salir de la tierra de extensos caminos un humo / en espeso encinar».<sup>[24]</sup>

Todas las fuentes antiguas y la mayoría de los autores modernos, incluido Ernle Bradford, coinciden en identificar Eea con el cabo Circeo, la punta noroccidental del golfo de Gaeta, al norte del de Nápoles. Este promontorio, llamado también monte Circeo, que alcanza los 541 metros de altura, está unido al continente por un terreno bajo y llano, formado por los sedimentos arrastrados al mar por el Tíber, de modo que en la Antigüedad probablemente fuera una isla. Estrabón dice: «Después de Ancio, a doscientos noventa estadios, viene el monte Circeo, que, en medio de unas marismas, recuerda a una isla en el mar».<sup>[25]</sup> Ernle Bradford cita lo que dice el *Admiralty Pilot* acerca de la costa occidental de Italia:

El promontorio o monte Circeo, cuyo extremo suroccidental es el cabo Circeo, es un conglomerado aislado de rocas que se eleva de forma abrupta y está cubierto de escasa vegetación. El promontorio está unido al continente por un terreno bajo y llano y visto desde nornoroeste, parece una isla cónica y apuntada.<sup>[26]</sup>

Tras explorar superficialmente la isla, Odiseo pensó si debía seguir investigando, pero decidió volver primero a la nave y aprestar el almuerzo para sus compañeros. Cuando estaba ya cerca del barco le salió al paso «un gran ciervo de excelsa / cornamenta»<sup>[27]</sup>, y no dudó en matarlo arrojándole su lanza, tras lo cual prosiguió su camino y llevó el animal a sus compañeros, que «se lavaron las manos e hicieron el pingüe banquete» con él.<sup>[28]</sup>

Pasaron el resto de la jornada «devorando sentados las carnes sin fin y bebiendo / dulce vino»<sup>[29]</sup>, y cuando se fue la luz y se extendieron las sombras, se acostaron oyendo el romper de las olas. Cuando amaneció el día siguiente, Odiseo reunió a sus compañeros y les contó lo que había visto en su primera observación de la isla, diciéndoles que no les quedaba más remedio que explorar más a fondo el terreno, pues ignoraban dónde estaban. No tenían más remedio que encontrar la morada de Circe, que era la única que podía ayudarlos.

Se entristecieron todos al enterarse de que la isla estaba habitada, recordando el desastre que habían sufrido a manos de los cíclopes y los lestrigones. Teniéndolo todo en cuenta, Odiseo dividió a sus hombres en dos grupos iguales, encabezando él mismo el primero de ellos, y el «de los otros Euríloco, igual a los dioses».<sup>[30]</sup> Echaron las suertes de ambos en un casco de bronce para ver cuál de ellos iba a ponerse en contacto con Circe y «la señal nos salió del magnánimo Euríloco y luego / emprendió su camino y, con él, veintidós de mis hombres».<sup>[31]</sup>

Encontraron la casa de Circe en un claro del bosque:

Allá afuera veíanse leones y lobos monteses  
hechizados por ella con mal bebedizo: se alzaron  
al llegar mis amigos y en vez de atacarlos vinieron  
a halagarlos en torno moviendo sus colas...<sup>[32]</sup>  
[Mi gente] acogiose al umbral de la diosa de hermoso cabellos.  
Percibíase allá dentro el cantar bien timbrado de Circe,  
que labraba un extenso, divino tejido, cual suelen  
ser las obras de diosas, brillante, sutil y gracioso.<sup>[33]</sup>

Llamaron a la dueña de la casa y «tras abrir las espléndidas puertas, salió e invitolos / a que entrasen. Siguiéronla allá sin saber lo que hacían; / solo Euríloco fuera quedó sospechando el engaño».<sup>[34]</sup> Circe los mandó sentar «y ofreciéndoles queso y harina y miel verde y un vino / generoso de Pramno, les dio con aquellos manjares / un perverso licor que olvidar les hiciera la patria».<sup>[35]</sup> Una vez que hubieron bebido la pócima,

... les pegó con su vara y llevolos allá a las zahúrdas:  
ya tenían la cabeza y la voz y los pelos de cerdos  
y aun la entera figura, guardando su mente de hombres.  
Al mirarse en su encierro lloraban y dábales Circe  
de alimento bellotas y hayucos y bayas de corno,  
cuales comen los cerdos que tienen por lecho la tierra.<sup>[36]</sup>

Euríloco salió huyendo y volvió a la nave para contar a sus compañeros lo sucedido. Odiseo, armado con su espada y su arco, dijo a Euríloco que lo condujera a la mansión de Circe. Pero Euríloco le suplicó que no lo llevara consigo contra su voluntad, diciéndole que ni él ni sus compañeros volverían nunca de casa de Circe. Antes bien, añadió, «huyamos con estos / sin tardanza: aún es tiempo quizá de esquivar la ruína».<sup>[37]</sup>

Odiseo dijo a Euríloco que se quedara en el barco y afirmó que iría él solo a arrostrar el peligro. Cuando estaba ya cerca de la mansión de Circe, se encontró a Hermes, que había tomado la apariencia de un joven mancebo. Hermes advirtió al héroe que no saldría nunca vivo de la casa de Circe si no tomaba el remedio y el consejo que iba a darle:

«... Un mal tósigo hará para ti, lo pondrá en la comida,  
mas con todo no habrá de hechizarte. Será tu defensa  
la triaca que yo te daré, pero habrás de hacer esto:  
cuando Circe te mande correr manejando su vara  
fuerte y larga, tú saca del flanco tu agudo cuchillo  
y le saltas encima, a tu vez, como ansiando su muerte.»<sup>[38]</sup>

...  
»Al momento verás que asustada te invita a que yazgas  
a su lado: no habrás de rehusar aquel lecho divino  
por que suelte a los tuyos y a ti te agasaje en sus casas,  
pero exígele el gran juramento que tienen los dioses  
de que no tramará para ti nuevo daño, no sea  
que te prive de fuerza y vigor una vez desarmado».<sup>[39]</sup>  
Tal diciendo, el divino Argifonte entregome una hierba  
que del suelo arrancó y, a la vez, me enseñó a distinguirla;

su raíz era negra, su flor del color de la leche;  
«molu» suelen llamarla los dioses; su arranque es penoso  
para un hombre mortal; para un dios todo, en cambio, es sencillo.<sup>[40]</sup>

Ernie Bradford cita el artículo de R. M. Henry acerca de esta planta en el número de la *Classical Review* de diciembre de 1906 (p. 434) cuando habla del *molu*: «R. M. Henry llegaba a la conclusión de que la planta sagrada derivaba de fuentes fenicias o egipcias. Desde época clásica se da ese nombre a una especie de ajo (*Allium Moly*) que tiene flores amarillas».<sup>[41]</sup>

Hermes salió volando y Odiseo se encaminó a la mansión de Circe, a cuya puerta se plantó llamando a voces a su dueña. Abrió ésta de inmediato las puertas y lo invitó a entrar. Según cuenta en su relato,

... invitome  
a que entrara; seguía angustiado en mi alma y ya dentro  
me sentó en un sillón...<sup>[42]</sup>  
...  
Y mezcló en una copa de oro un brebaje agregando  
venenoso licor: meditaba en su ánimo un crimen.  
Me lo dio y lo apuré, pero el filtro no pudo hechizarme;  
me pegó con la vara y a un tiempo me habló de este modo:  
«Anda allá a las zahúrdas y tiéndete igual que los otros...».<sup>[43]</sup>

Al oír sus palabras, Odiseo respondió haciendo exactamente lo que le había dicho Hermes que hiciera:

Tal me dijo, mas yo, del costado sacando el cuchillo  
puntiagudo, a la diosa asalté cual queriendo matarla;  
lo esquivó por debajo chillando, abrazó mis rodillas  
y me habló suplicante en aladas palabras: «¿Quién eres?»<sup>[44]</sup>  
¿De qué gente y país? ¿Dónde son tu ciudad y tus padres  
y por qué maravilla bebiendo el brebaje no fuiste  
hechizado? Jamás un varón resistióse a esta droga  
una vez que bebida pasaba el vallar de los dientes;  
mas sin duda en tu entraña se encierra una mente indomable.<sup>[45]</sup>  
...  
¿O por acaso eres tú aquel Ulises mañero que siempre  
me auguró el Argifonte, el de vara de oro, que habría  
de llegar en su negro, ligero bajel al retorno  
desde Ilión? Vamos, pues, pon la espada en la vaina y ahora  
sin tardanza a mi lecho subamos los dos, por que unidos  
en descanso y amor confiemos el uno en el otro...».<sup>[46]</sup>

Recordando de nuevo el consejo de Hermes, Odiseo respondió a Circe preguntándole cómo podía confiar en ella cuando había transformado a sus compañeros en cerdos y podía hacer lo mismo con él en cuanto lo viera desnudo e inerme. Le pidió entonces que prestara el juramento que Hermes le había dicho que le exigiera:

«... No quisiera yo, diosa, de cierto subir a tu lecho

si tú antes no accedes a darme palabra y jurarme firmemente que no has de tramar nueva astucia en mi daño». Tal hablé y ella al punto juró como yo le pedía; una vez que acabó el juramento con todos sus ritos, al bellissimo lecho de Circe subí.<sup>[47]</sup>

Circe mandó a sus sirvientas que bañaran al héroe y le dieran de comer y beber. Pero nada parecía de su agrado, y la hechicera le preguntó qué era lo que no le gustaba. Odiseo respondió:

... ¡Oh, Circe!  
¿Qué varón de buen juicio avendriase a gustar la comida o el licor sin sacar de prisión, antes de ello, a los suyos y tenerlos en salvo a su vista? Si quieres de cierto que yo goce comiendo y bebiendo, devuélvelos: vea por mis ojos aquí en libertad a mis fieles amigos...<sup>[48]</sup>

Tales fueron sus palabras. Inmediatamente Circe, con la vara en la mano, salió del salón y se fue a las pocilgas, donde, abriendo las puertas, liberó a los compañeros de Odiseo:

... ¡Dijéranse cerdos de nueve veranos!  
Allí estaban de pie ante la diosa, y, cruzando entre ellos, iba ungiéndolos uno por uno con un nuevo filtro; de sus miembros cayeron las cerdas brotadas por obra del funesto veneno que Circe, la augusta, les diera y otra vez convirtiéranse en hombres de edad más lozana, de mayor hermosura y de talla más prócer que antes.<sup>[49]</sup>

Una vez liberados, sus hombres reconocieron a Odiseo de inmediato y se apiñaron a su alrededor, tomándole de las manos entre lágrimas. Circe quedó tan conmovida al verlos llorar a todos, incluido Odiseo, que dijo a este que volviera a la playa a fondear debidamente su nave «y regresa trayendo contigo a tus fieles amigos».<sup>[50]</sup>

Así lo hizo el héroe y, tras vencer las reticencias de Euríloco, que temía que se tratara de una trampa, todos le siguieron y fueron al palacio de Circe.

Entre tanto a los otros amigos bañábalos Circe obsequiosa en sus casa, ungiálos de grasa luciente y ceñálos después con la túnica y manto velludo. Al llegar, los hallamos a todos comiendo en la sala; se miraron de frente entre sí, conociéronse al punto y rompieron en llanto y sollozos. La casa gemía toda entera.<sup>[51]</sup>

Circe entonces se dirigió a Odiseo en los siguientes términos:

... Mas, ¡ea!, comed vuestro pan, bebed vino hasta alzar nuevamente en el pecho el valor que teníais aquel día que primero dejasteis la patria querida, las quebradas de Ítaca: estáis sin vigor, abatidos

al recuerdo tenaz de las malas jornadas, sin punto  
de contento ni paz. ¡Mucho es lo que habéis padecido!...<sup>[52]</sup>

Odiseo cuenta que «tal diciendo logró persuadir nuestro espíritu prócer».<sup>[53]</sup> Y continúa:

Mas pasaban los días: quedamos allí todo un año  
en banquetes de carnes sin fin y de vino exquisito.  
Cuando, el año cumplido, tornó la estación en que, al curso  
de los meses, se hicieron de nuevo más largos los días,  
me llamaron aparte y dijeron mis fieles amigos:<sup>[54]</sup>  
«Hora es ya, buen señor, de que vuelvas la mente a tu patria  
si de cierto es decreto divino el salvarte y que llegues  
de regreso a tu excelsa mansión y al país de tus padres...».<sup>[55]</sup>

Odiseo quedó convencido y después de otro día de banquete en compañía de sus hombres pidió a Circe que cumpliera la promesa que le había hecho de que le ayudaría a regresar a casa. Cuenta que cuando todos se retiraron a sus aposentos,

... yo entonces al lecho llegué bien labrado de Circe,  
suplicante abracé sus rodillas y, atenta la diosa,  
dirigiéndome a ella exclamé con aladas palabras:  
«Tiempo es ya de que cumplas, ¡oh Circe!, tu antigua promesa  
de ayudar mi regreso a la patria: me impele el deseo  
y a mis hombres también. Rodeándome quiebran mi alma  
con lamentos sin fin cada vez que me dejas con ellos...».<sup>[56]</sup>

La hechicera respondió en los siguientes términos:

... A disgusto no habréis de seguir en mi casa, mas fuerza...<sup>[57]</sup>  
es primero que hagáis nueva ruta al palacio de Hades  
y la horrenda Perséfone a fin de pedir sus augurios  
y consejos al alma del ciego adivino Tiresias,  
el tebano, que guarda aún allí bien entera su mente,  
pues a él solo Perséfone ha dado entre todos los muertos  
sensatez y razón, y los otros son sombras que pasan...<sup>[58]</sup>

A Odiseo se le partió el corazón al oír semejante respuesta y no fue capaz de reprimir el llanto. Recobrado el ánimo, preguntó a la diosa: «¿Quién, oh Circe, será nuestra guía para esa jornada? / Nadie nunca hasta el Hades llegó con su negro navío».<sup>[59]</sup> Al momento repuso la maga que lo único que necesitaba era hacerse a la mar y confiar en los soplos del viento del norte que se encargarían de conducirlo:

... En el punto en que ellos te dejen cruzado el océano.  
Una extensa ribera hallarás con los bosques sagrados  
de Perséfone, chopos ingentes y sauces que dejan  
frutos muertos. Allí atracarás el bajel a la orilla  
del océano profundo y tú marcha a las casas de Hades  
aguanosas; allí al Aqueronte confluyen el río  
de las Llamas [el Piriflegeton] y el río de los Llantos [el Cocito], brotando en la Estigia,  
que reúnen al pie de una peña sus aguas ruidosas...<sup>[60]</sup>

A continuación Circe explicó a Odiseo los sacrificios rituales que debía llevar a cabo para atraer a las almas de los muertos. «La turba / hasta ti llegará de los hombres privados de vida... /... a un tiempo, / del costado sacando tú mismo la aguda cuchilla / quedarás impidiendo a los muertos, cabezas sin brío, / acercarse a la sangre hasta haberte instruido Tiresias»<sup>[61]</sup>.

Circe contó que Tiresias vendría y «la ruta te habrá de decir y cuán larga ella sea / y en qué modo el regreso hallarás sobre el mar rico en peces».<sup>[62]</sup>

Odiseo sigue contando que al llegar la aurora, «iba yo por las salas, en tanto, llamando a mis hombres, / acercándome al uno y al otro con blandas palabras: / “¡Bien está ya el descanso! Dejad los halagos del sueño / y partamos sin más: es palabra divina de Circe”».<sup>[63]</sup>

Pero el más joven de sus compañeros, Elpénor, había salido buscando aire fresco al terrado de la casa de Circe y allí se había quedado dormido. Al sentir el bullicio de sus compañeros, se levantó y olvidándose de buscar la escalera para bajar «de cabeza cayó del terrado, quebrose del todo / la cerviz y su alma fue a hundirse en las casas de Hades».<sup>[64]</sup>

Mientras bajaban a la nave, Odiseo confesó por fin a sus hombres el destino de su viaje: «De seguro pensáis ya volver al hogar y la patria / bien querida, mas Circe señala muy otra jornada: / al palacio de Hades, mansión de Perséfone horrenda, / a pedirle su oráculo al alma del cadmio Tiresias».<sup>[65]</sup>

A los compañeros se les partió el corazón, pues estaban seguros de que iban ya de vuelta a casa. Odiseo añade:

Caminamos en busca del mar y la rápida nave,  
con profundo dolor derramando mil lágrimas. Circe,  
a este tiempo llegando al oscuro navío, amarrados  
una oveja dejonos en él y un cordero, ambos negros,  
y escapó sin ser vista, pues ¿quién, cuando un dios no lo quiere,  
lo verá por aquí o por allá dirigir sus caminos?<sup>[66]</sup>

## DIÁLOGO CON LA MUERTE

Odiseo y sus compañeros arrastraron el barco al mar, levantaron el palo e izaron la vela, subieron a bordo las reses, y por fin embarcaron llenos de tristeza. «Por detrás del bajel azulado mandábanos Circe, / la de hermosos cabellos...»<sup>[1]</sup>

... el mejor compañero, una brisa propicia que henchía nuestros paños. Nosotros, dispuesto ya todo en la nave, nos sentamos dejando su rumbo al piloto y al viento. Avanzó a toda vela en las aguas la entera jornada; se ocultaba ya el sol y extendíase la sombra en las calles cuando el barco llegaba al confín del océano profundo.<sup>[2]</sup>

...

Allí está la ciudad y el país de los hombres cimerios, siempre envueltos en nubes y en bruma, que el sol fulgurante desde arriba jamás con sus rayos los mira ni cuando encamina sus pasos al cielo cuajado de estrellas ni al volver nuevamente a la tierra del cielo: tan solo una noche mortal sobre aquellos cuitados se cierne. Arribado que hubimos, varamos la nave. Sacando el ganado, seguimos a pie costeano el océano y llegamos por fin al lugar señalado por Circe».<sup>[3]</sup>

Autores antiguos y modernos, incluido Ernie Bradford, sitúan el Hades de Homero más allá de las Columnas de Hércules (Heracles), en la ribera occidental del océano Atlántico, que en tiempos de Homero sería el río Océano que rodea la tierra. El primer geógrafo griego, Hecateo de Mileto, describía los límites del *oikoumenos* o «mundo habitado» en su *Viaje alrededor de la tierra* (c. 500 a. C.) y decía que los confines de la tierra por el oeste se situaban en las «Columnas de Heracles». En un poema escrito en c. 470-460 a. C., Píndaro llama a las Columnas las Puertas de Gádira (Cádiz), y dice que «no se puede llegar al oscuro poniente de Gades», esto es, el océano Atlántico.<sup>[4]</sup>

Robin Lane Fox afirma:

Otros viajeros, fuente de inspiración de Heródoto, las identificaron con el estrecho de Gibraltar. Una de las columnas, decían, era el Peñón, y la otra Ceuta, en la costa del actual Marruecos. Se contaba que Heracles o bien había ensanchado el estrecho para abrir un acceso al Océano Exterior o bien lo había hecho más angosto para impedir el paso a los monstruos marinos que habitaban en las aguas del Océano.<sup>[5]</sup>

Los griegos de los tiempos de Homero habrían conocido la existencia del estrecho de Gibraltar por los fenicios, que en el siglo IX a. C. habían establecido una avanzadilla en lo que hoy día es Huelva, al suroeste de España, más allá de Cádiz. En esa época los fenicios construyeron un santuario a su dios Melqart, al que los griegos identificaron con su héroe Heracles. Según Estrabón, algunos creían que las dos

columnas de bronce de este templo, cada una de las cuales medía ocho codos de altura, eran las verdaderas Columnas de Heracles.

Homero debió de oír hablar de las Columnas de Heracles, pero casi con toda seguridad no debió de verlas nunca. Eurípides, autor del siglo V a. C., unos tres siglos posterior a Homero, dice que en las Columnas de Heracles «está el fin de los viajes, y el Señor del Océano ya no permite a los navegantes avanzar por el mar vinoso», aunque para entonces los navegantes griegos de Focea, en Asia Menor, habían cruzado el estrecho y habían fundado una colonia en Tartesos, cerca de la actual Sevilla.

Los antiguos griegos distinguían entre la *katábasis*, el auténtico viaje al infierno, como el de Odiseo y varios otros héroes griegos y romanos, y la *nekyía*, el ritual mediante el cual uno de los participantes puede comunicarse con los espíritus de los difuntos, que pueden ser preguntados acerca del futuro, esto es, la nigromancia. Los dioses asociados con el rito de la *nekyía* son Hades, su esposa Perséfone y Hermes en su papel de Psicopompo, o conductor de las almas hasta el Hades.

En el mundo griego antiguo había varios lugares dedicados entera o parcialmente a la práctica de la nigromancia, por lo general cavernas que se creía que comunicaban directamente con el infierno. El más famoso de este tipo de lugares era el *Nekromanteïon* de Éfira, también llamada Cíquiro, en lo que hoy día es el Epiro, al noroeste de Grecia, la región llamada por Homero Tesprótide, la zona del continente situada enfrente de Ítaca y del resto de las islas Jónicas. Este lugar es mencionado por primera vez por el viajero Pausanias, autor del siglo II d. C., en su *Descripción de Grecia*: «Junto a Cíquiro está la laguna llamada Aquerusia y el río Aqueronte, y también corre el agua funestísima del Cocito. Me parece que Homero, justamente por haber visto esta agua, se atrevió a describir en sus poemas el Hades, y precisamente puso los nombres a los ríos por los de Tesprótide».<sup>[6]</sup>

A diez kilómetros al sureste de Parga ha sido excavado el yacimiento de Éfira. El Necromanteo se encuentra en la colina de Agios Ioannis, cerca de la localidad de Mesopótamos, a ciento cincuenta metros de la confluencia de los ríos Cocito y Aqueronte, que desembocan a través de unas marismas que en otro tiempo fueron la laguna Aquerusia y el curso del río Piriflegetonte. Como ya hemos señalado, Homero utilizó estos nombres para describir los ríos del Hades, cuando hace que Circe diga a Odiseo que «allí al Aqueronte confluyen el río / de las Llamas [Piriflegetonte] y el de los Llantos [Cocito], brotado en la Estigia».<sup>[7]</sup>

Las excavaciones llevadas a cabo en la acrópolis de Éfira han sacado a la luz fragmentos de cerámica de la Edad del Bronce y de época micénica, así como ofrendas votivas que datarían incluso del siglo VII a. C. dedicadas a la diosa Perséfone, esposa de Hades, el dios del infierno. El *nekromanteion* fue excavado en 1958-1964 y de nuevo en 1967 por el arqueólogo griego Sotirios Dákaris, que encontró testimonios de sacrificios a los muertos similares a los que Circe recomienda hacer a Odiseo. Dákaris dató el yacimiento a finales del siglo IV a. C.,

aunque encontró ofrendas votivas que podrían fecharse incluso en el siglo VII a. C., y llegó a la conclusión de que el *nekromanteion* fue destruido cuando los romanos conquistaron Epiro en 167 a. C.

Cuando visitamos el lugar en 1988 subimos los desgastados peldaños de piedra que daban acceso al *nekromanteion*, restaurado de modo que tuviera el aspecto que tenía en el período Helenístico. Según la descripción del profesor Dákaris, el *nekromanteion* estaba construido en dos niveles, un piso superior para los que acudían a consultar el oráculo, y otro inferior para las almas de los muertos. Tras ejecutar una ceremonia de purificación, los peregrinos eran conducidos por un laberinto de pasillos, cruzando una serie de tres puertas de hierro, hasta la sala en la que consultaban al oráculo, que los interrogaba y luego se ponía en comunicación con las almas de los muertos en el piso inferior, para después pasar sus respuestas a los consultantes.

El *nekromanteion* de Éfira está a corta distancia del famoso oráculo de la «encina susurrante» de Zeus en Dodona, el más antiguo del mundo griego, superado en importancia solo por el oráculo de Apolo Pitio en Delfos. Homero cita Dodona en el canto XIV de la *Odisea*, en un falso relato que Odiseo, disfrazado, cuenta primero al fiel porquero Eumeo y luego a su esposa Penélope, diciéndoles que en Tesprótide tuvo noticias del verdadero Odiseo, acogido allí como huésped por el rey del país. Y por tanto, como deduce Pausanias, parecería que Homero estaba familiarizado con los santuarios de la Tesprótide, el moderno Epiro, y que utilizó su conocimiento del *nekromanteion* de Éfira para describir la topografía y el ritual de Hades para el relato de la visita de Odiseo al infierno.

Cuando Odiseo llegó al Hades hizo exactamente lo que le había dicho Circe que hiciera, invocando a las almas de los difuntos para que salieran del infierno. Había

... desposadas, mancebos, ancianos con mil pesadumbres,  
tiernas jóvenes idas allá con la pena primera;  
muchos hombres heridos por lanza de bronce, guerreros  
que dejaron su vida en la lid con sus armas sangrantes.  
Se acercaban en gran multitud, cada cual por un lado  
con clamor horroroso. Yo, presa de lívido miedo,<sup>[8]</sup>

...

... ordené a mis amigos que al punto cogiendo las reses  
que por bronce cruel degolladas yacían en el suelo,  
las quemaran quitada la piel invocando a los dioses,  
al intrépido Hades, la horrible Perséфона. A un tiempo,  
del costado sacando otra vez el agudo cuchillo,  
me quedé conteniendo a los muertos, cabezas sin brío,  
sin dejarlos llegar a la sangre hasta hablar con Tiresias.<sup>[9]</sup>

Pero entonces apareció ante Odiseo el alma del difunto Elpénor, que había muerto al caer del terrado del palacio de Circe y había quedado insepulto cuando sus compañeros emprendieron precipitadamente su viaje al Hades. Odiseo estalló en

sollozos al verlo y dijo: «¿Cómo fue tu venida, oh Elpénor, al lóbrego ocaso? / ¿Has corrido tú a pie más que yo con mi negro navío?».[10]

Elpénor respondió entre gemidos y pidió al héroe que no lo dejara insepulto y no se olvidara de rendirle los lamentos y llantos rituales cuando abandonara de nuevo la isla de Circe tras volver del Hades, «no te vaya mi mal a traer el rencor de los dioses».[11]

«... Incinera mi cuerpo vestido de todas mis armas  
y levanta una tumba a la orilla del mar espumante  
que de mí, desgraciado, refiera a las gentes futuras;  
presta oído a mi súplica y alza en el túmulo el remo  
con que vivo remé compañero de todos los tuyos».   
Tal Elpénor habló y, a mi vez, replicándole dije:  
«Cuanto has dicho, infeliz, cumpliré por mí mismo sin falta...».[12]

Odiseo permaneció de pie un rato hablando apenado con el fantasma de Elpénor, protegiendo con la espada el charco de sangre para mantener a raya a los espíritus de los muertos, hasta que de pronto se le apareció el alma de su difunta madre:

Mas entonces el alma llegó de mi madre difunta,  
de Anticlea, que engendrara el magnánimo Autólico. Viva  
la dejé en mi mansión al salir para Troya sagrada;  
brotó el llanto en mis ojos al verla, inundóseme el pecho  
de dolor; mas con toda mi pena impedile, asimismo,  
a la sangre llegar mientras yo no escuchase a Tiresias.[13]

Por fin hizo su aparición el espectro de Tiresias:

Acercóseme el alma por fin de Tiresias tebano  
con un cetro de oro. Al notar mi presencia me dijo:[14]  
«¡Oh Laertíada, retoño de Zeus, Ulises mañero!  
¿Cómo ha sido, infeliz, que, a la luz renunciando del día,  
has venido los muertos a ver y el lugar sin contento?  
Mas aparta del hoyo, retira el agudo cuchillo,  
que yo pueda la sangre beber y decir mis verdades...».[15]

Odiseo envainó la espada y Tiresias, tras beber la sangre, empezó a hablarle en los siguientes términos: «Claro Ulises, en ansias estás de tu dulce regreso, / pero un dios te lo va a hacer penoso. No pienso que olvide / el que bate la tierra las iras que puso en su pecho / al entrar en furor contra ti, que cegaste a su hijo».[16]

Tiresias advierte a Odiseo que si sus compañeros o él matan las vacas de Helios, el dios del Sol, «irás tarde, en desgracia, con muerte de todos los tuyos, / sobre nave extranjera y allí encontrarás nuevos males: / unos hombres que henchidos de orgullo te comen los bienes / pretendiendo a tu esposa sin par con ofertas de dotes».[17]

Respondiéndole dijo Odiseo estas razones: «¡Oh Tiresias! Sin duda los dioses así lo han tejido».[18] Preguntó entonces al adivino cómo podía entrar en comunicación con su madre, que permanecía sentada en silencio junto al hoyo lleno de sangre.

Tiresias le respondió diciendo: «De los muertos aquel que tú dejes llegar a la sangre / te dirá sus verdades y aquel a quien no lo permitas / te dará las espaldas y atrás volverá su camino».<sup>[19]</sup>

Y con estas palabras Tiresias «al fondo se entró de las casas de Hades»,<sup>[20]</sup> mientras que Odiseo permaneció pacientemente «esperando que fuera mi madre / a beber de la sangre sombría. Notándome al punto / y de lástima llena, me dijo en aladas palabras»:<sup>[21]</sup>

... ¿Cómo fue tu llegada, hijo mío, al país de las brumas,  
vivo aún? El pasaje es difícil de ver por los vivos,  
porque hay en mitad grandes ríos, tremendas corrientes,  
el océano ante todo, que a nadie de cierto es posible  
de otro modo pasar que teniendo una sólida nave.  
¿Por ventura has venido de Troya tras ir largo tiempo  
errabundo con naves y hombres? ¿Y así ni en las playas  
atracaste por Ítaca aún ni a tu esposa en las salas  
viste más?...<sup>[22]</sup>

Odiseo le responde que ha venido al Hades a consultar al alma de Tiresias, y que no ha pisado Ítaca desde que saliera de ella en compañía de Agamenón para participar en la expedición contra Troya. Le pregunta entonces por ella y por el resto de su familia, particularmente por su esposa Penélope. Anticlea le cuenta que Penélope sigue esperando su regreso «con alma paciente»,<sup>[23]</sup> mientras que «tranquilo / las haciendas gobierna Telémaco», su hijo,<sup>[24]</sup> y su padre, Laertes, vive en la finca del campo, sin salir nunca de ella, lleno de pena y «su angustia se acrece / añorándote a ti, pues la dura vejez se le acerca».<sup>[25]</sup> Anticlea le dice a continuación que ella no había muerto de enfermedad: «No, mi Ulises, mi luz, fue mi pena por ti, fue el recuerdo, / fue tu misma bondad quien dio fin a mi gozo y mi vida».<sup>[26]</sup>

Dijo así, mientras yo, por mi parte, cediendo a mi impulso,  
quise al alma llegar de mi madre difunta. Tres veces  
a su encuentro avancé, pues mi amor me llevaba a abrazarla,  
y las tres, a manera de ensueño o de sombra, escapose  
de mis brazos. Agudo dolor se me alzaba en el pecho  
y, dejándome oír, la invoqué con aladas palabras:  
«Madre mía, ¿por qué no esperar cuando quiero alcanzarte  
y que, aun dentro del Hades, echando uno al otro los brazos  
nos saciemos los dos del placer de los rudos sollozos?  
¿O una imagen es esto, no más, que Perséfone augusta  
por delante lanzó para hacerme llorar con más duelo?...».<sup>[27]</sup>

Anticlea responde de inmediato diciendo: «No te engaña de cierto Perséfone, prole de Zeus, / porque es esa por sí condición de los muertos: no tienen...»<sup>[28]</sup>

... los tendones cogidos ya allí su esqueleto y sus carnes,  
ya que todo deshecho quedó por la fuerza ardorosa  
e implacable del fuego, al perderse el aliento en los miembros;  
solo el alma, escapando a manera de sueño, revuela  
por un lado y por otro. Mas vuelve a la luz sin demora,

que esto todo le puedas contar a tu esposa algún día...».[29]

Mientras Odiseo estaba hablando con su madre, Perséfone había mandado acercarse a las almas de todas las mujeres ilustres que había en el infierno: «Eran hijas y esposas de insignes varones, que en torno / de la sangre negruzca llegaban en gran muchedumbre».[30] El héroe decidió impedir «que bebieran a un tiempo la sangre sombría. / Fueron, pues, acercándose en fila, diciendo por turno / cada cual su linaje, y a todas yo hacía mis preguntas».[31]

En este punto Odiseo interrumpe su largo relato ante Alcínoo y su corte, diciendo que ha llegado el momento de irse a dormir. Pero Alcínoo le insta a seguir adelante diciendo:

... ¿Viste a alguno también de los héroes amigos que a Troya  
arribaron contigo y allí consumaron su suerte?  
Largas son ya las noches, parecen sin fin: no es aún hora  
de dormir en palacio, prosigue tu rara aventura.  
Por mi parte la Aurora divina me hallará en la sala  
si conmigo quisieras quedarte contando tus cuitas...[32]

Y Odiseo continúa el relato diciendo:

... Mas, si tanto escucharme deseas, no habré de rehusarte  
el contar otras cosas por cierto más dignas de llanto,  
las desgracias de aquellos amigos que, libres apenas  
del tumulto y clamor de la lid con los teucros, vinieron  
ya de vuelta a morir por traición de una esposa malvada...[33]

Odiseo afirma que cuando Perséfone dispersó las almas de las heroínas que seguían congregadas en torno al charco de sangre, «vino allí Agamenón, el Atrida; llegaba sumido / en tristeza y en torno reuníanse las almas de aquellos / que su sino cumplieron con él en las casas de Egisto».[34]

Conociome al momento que en mí se posaron sus ojos  
y clamó en alta voz derramando espesísimo llanto.  
A mi encuentro tendiendo la mano trató de abrazarme,  
mas faltaba del todo ya en él la indomable energía  
y el vigor que otro tiempo animara sus ágiles miembros.  
Brotó el llanto en mis ojos al verlo, apiadose mi alma.[35]

Odiseo interrogó a la sombra de Agamenón y le preguntó acerca de las circunstancias de su muerte. Respondiéndole, Agamenón le dijo que no había perecido en una tempestad en el mar ni tampoco en tierra en el campo de batalla, sino que había sido asesinado por su esposa, Clitemnestra, y el amante de esta, Egisto, que mató también a sus compañeros y a la hija de Príamo, Casandra, a la que él había hecho cautiva en Troya. Describe la macabra escena diciendo que fue peor que cualquier cosa que Odiseo haya podido ver en el campo de batalla:

... Pero nunca sentiste una tal compasión cual te hubiera

embargado si allá entre las jarras y mesas repletas  
nos miraras yacer en el piso humeante de sangre.  
Oí, en esto, la voz lastimera de la hija de Príamo,  
de Casandra, a la cual sobre mí la falaz Clitemnestra  
daba muerte; expirante ya en torno al cuchillo, los brazos  
intenté levantar, mas en vano. Y aquella impudente  
apartose y no quiso, ni viéndome ir ya para el Hades,  
con sus manos mis ojos cubrir ni cerrarme los labios...<sup>[36]</sup>

Cuenta entonces Odiseo que estuvo un rato conversando con el alma de Agamenón, intercambiando tristes razones y llorando juntos. En esto se les unieron las sombras de Aquiles, Patroclo, Antíloco y Áyax Telamonio. El primero en hablar fue Aquiles:

Conociéndome el alma del rápido Eácida, llena  
de dolor vino a hablarme en aladas palabras: «¡Oh Ulises,  
rico en trazas, Laertiada, retoño de Zeus! ¿Qué proeza  
ya mayor, temerario, podrás concebir en tu mente?  
¿Cómo osaste bajar hasta el Hades, mansión de los muertos,  
donde en sombras están los humanos privados de fuerza?...».<sup>[37]</sup>

Odiseo respondió y dijo a Aquiles que había venido a consultar a Tiresias cómo había «de llegar de regreso a mis casas en Ítaca abrupta»,<sup>[38]</sup> pues aún no había vuelto a la patria. Dijo además a Aquiles que no debía estar triste, pues era honrado en la muerte como lo había sido en vida: «Fuiste, en cambio, feliz entre todos y lo eres ahora. / Los argivos te honramos un tiempo al igual de los dioses / y aquí tienes también el imperio en los muertos: por ello / no te debe, ¡oh Aquiles!, doler la existencia perdida».<sup>[39]</sup>

Aquiles a su vez le contestó diciendo: «No pretendas, Ulises preclaro, buscarme consuelos / de la muerte, que yo más querría ser siervo en el campo / de cualquier labrador sin caudal y de corta despensa / que reinar sobre todos los muertos que allá fenecieron».<sup>[40]</sup>

Pidió entonces a Odiseo que le dijera todo lo que hubiera podido saber de su hijo, Neoptólemo, y de su padre, Peleo. Odiseo respondió que no había oído decir nada de Peleo, pero sí que tenía mucho que contar de Neoptólemo, al que elogió como uno de los héroes más grandes de los aqueos en Troya, y añadió que había estado con él dentro del caballo de madera cuando lograron entrar en la ciudadela. «Tal le dije y el alma del rápido Eácida fuese / por el prado de asfódelos dando sus pasos gigantes, / satisfecha de oír el honor que alcanzaba su hijo»<sup>[41]</sup>.

Odiseo sigue relatando entonces cómo se agruparon en torno a él las otras almas de los muertos, contándole sus penas. Solo la sombra de Áyax Telamonio permaneció apartada, irritado como estaba todavía por la decisión tomada por los aqueos de conceder las armas de Aquiles a Odiseo y no a él. Odiseo le interpeló entonces «con suaves palabras»,<sup>[42]</sup> deseoso de reconciliarse con él:

«... Áyax, hijo

de aquel noble y cabal Telamón, ¿ni después de la muerte olvidarte podrás del rencor contra mí por aquellas tristes armas? Gran daño ello fue que infirieron los dioses a los dánaos: tan grande baluarte perdimos contigo. Con no menos dolor que la muerte de Aquiles lloramos los argivos la tuya, que nadie causó...».<sup>[43]</sup>  
Tal le hablé, mas sin darme respuesta se fue con las almas de los otros mortales, sin vida, del Érebo al fondo.<sup>[44]</sup>

Odiseo vio entonces a Minos, rey de Creta, «que, con cetro de oro, sentado, juzgaba a los muertos / mientras ellos en torno del rey aguardaban sus fallos».<sup>[45]</sup> Detrás de él «vino luego a mostrarse a mis ojos Orión, el gigante»,<sup>[46]</sup> héroe amado por la Aurora y establecido entre las estrellas como constelación. Luego vio a Ticio, «el nacido de Gea [la Tierra], la gloriosa»,<sup>[47]</sup> que «por su ultraje a Latona [Leto], la augusta consorte de Zeus»,<sup>[48]</sup> fue condenado a que dos buitres, cada uno por un lado, le royeran eternamente el hígado penetrando en sus carnes.

Odiseo vio entonces sucesivamente los espectros de otros dos personajes famosos, Tántalo y Sísifo, que recibían castigo eterno por haber ofendido a los dioses.

Tántalo, hermano de Níobe y rey de Frigia, decían algunos que era hijo de Zeus. Era enormemente rico y se había construido un palacio en el monte Sípilo, donde recibía incluso a los dioses. Pero abusó de la confianza de sus divinos huéspedes, robando de su mesa néctar y ambrosía y revelando sus secretos a los humanos. En uno de los banquetes que ofreció a los inmortales les sirvió a su propio hijo, Pélope, cortado en tajadas, que luego fue restaurado y devuelto a la vida por los dioses. Le dieron incluso un reino en el Peloponeso, cuyo nombre deriva del suyo.

Los dioses castigaron a Tántalo destruyendo su palacio con un terremoto, tras lo cual lo confinaron en un foso en el infierno. Fue condenado allí a pasar hambre y sed eternas, pese a tener agua fresca y fruta abundante a su alcance, el auténtico «suplicio de Tántalo», como dice Odiseo:

Luego a Tántalo vi con sus arduos tormentos. Estaba hasta el mismo mentón sumergido en las aguas de un lago y penaba de sed, pero en vano saciarla quería: cada vez que a beber se agachaba con ansia ardorosa, absorbida escapábase el agua y en torno a sus piernas descubriase la tierra negruzca que un dios desecaba.<sup>[49]</sup>

Sísifo, hijo de Eolo, rey de Tesalia, mataba a los viajeros que se albergaban en el palacio de su padre, violando las leyes de la hospitalidad e incurriendo así en la cólera de los dioses, que lo condenaron para la eternidad a un trabajo frustrante, obligándolo a empujar una piedra enorme hasta lo alto de un escarpado monte en el infierno:

Advertí luego a Sísifo, presa de recias torturas.  
Iba a fuerza de brazos moviendo un peñón monstruoso

y, apoyándose en manos y pies, empujaba su carga  
hasta el pico de un monte; mas luego, llegado ya a punto  
de dejarla en la cumbre, la echaba hacia atrás su gran peso.<sup>[50]</sup>

Odiseo explica que «después de ellos vi a Heracles el fuerte, mas solo en su  
sombra, ya que él de los dioses al lado se goza en festines».<sup>[51]</sup> Y continúa diciendo:

Conociéndome el héroe, no bien me avistó con sus ojos  
y de lástima lleno me habló con aladas palabras:<sup>[52]</sup>  
«¡Oh Laertíada, retoño de Zeus, Ulises mañero!  
¡Desgraciado! Tú sufres también un funesto destino  
como aquel que yo mismo arrastré bajo el ampo del día...».<sup>[53]</sup>

Añade Odiseo que Heracles «marchose hacia el fondo del Hades»,<sup>[54]</sup> pero que él  
se quedó donde estaba y

... esperé que viniera algún otro  
de los grandes varones difuntos de tiempos pasados;  
viera aún a otros héroes de ayer, los que hubiera querido,  
a Teseo y a Pirítoo, gloriosos retoños de dioses,  
pero antes reuniéronse en torno por miles los muertos  
con chillido horroroso y fui presa de lívido miedo,  
no me fuese Perséfone augusta a mandar desde el Hades  
la cabeza del monstruo que infunde el pavor, la Gorgona.<sup>[55]</sup>

...  
Enseguida llegando al bajel ordené a mis amigos  
embarcar y soltar las amarras. Entraron al punto  
y pusieron al banco animosos. Llevaron la nave  
a favor del océano, siguiendo el correr de sus ondas,  
al principio los remos, después la mejor de las brisas.<sup>[56]</sup>

## EL PAÍS DE LAS SIRENAS

Cuando Odiseo y sus compañeros regresaron a la isla de Circe, todavía era de noche, de modo que, haciendo encallar el barco en la arena «y saliendo nosotros de él, nos rendimos al sueño / en la misma rompiente aguardando la Aurora divina».<sup>[1]</sup> Al rayar el día Odiseo mandó a sus amigos a la mansión de Circe a buscar el cadáver de Elpénor, que, como este había manifestado que era su deseo, fue incinerado, se levantó un túmulo sobre la pira, «y, puesta la estela, clavamos / erigido en la cúspide el remo que vivo empuñara».<sup>[2]</sup>

Mientras aún estaban atendiendo a estos quehaceres, llegó Circe acompañada de sus sirvientas, que venían cargadas con pan, carne y vino en abundancia para Odiseo y sus hombres. Cuenta el héroe que «colocándose en medio nos dijo la diosa entre diosas».<sup>[3]</sup>

... ¡Desdichados que en vida bajasteis a casa de Hades  
sometidos dos veces a muerte cuando una vez sola  
la padecen los otros! Mas, ¡ea!, bebed dulce vino  
y comed todo el día; llegada la noche saldréis  
en la nave, que yo os mostraré vuestra ruta y remedio  
os daré contra toda funesta añagaza que os pueda  
producir nuevos daños en tierra o en mar...<sup>[4]</sup>

Estuvieron sentados allí hasta el ocaso disfrutando del banquete, comiendo carne y bebiendo vino, y al caer la noche los hombres se fueron a dormir, mientras que Circe tomó a Odiseo de la mano y lo llevó aparte, para poderle explicar los peligros que habría de arrostrar en su viaje de regreso al hogar, empezando por las sirenas.

... Lo primero que encuentres en ruta será a las Sirenas,  
que a los hombres hechizan venidos allá. Quien incauto  
se les llega y escucha su voz, nunca más de regreso  
el país de sus padres verá ni a la esposa querida  
ni a los tiernos hijuelos que en torno le alegren el alma.  
Con su aguda canción las Sirenas lo atraen y lo dejan  
para siempre en sus prados; la playa está llena de huesos  
y de cuerpos marchitos con piel agostada...<sup>[5]</sup>

Dijo Circe entonces lo que Odiseo y sus hombres debían hacer para pasar sanos y salvos ante el reclamo de las sirenas:

... Tú cruza  
sin pararte y obtura con masa de cera melosa  
el oído a los tuyos: no escuche ninguno aquel canto;  
solo tú lo podrás escuchar si así quieres, mas antes  
han de atarte de manos y pies en la nave ligera.

Que te fijen erguido con cuerdas al palo: en tal guisa  
gozarás cuando dejen oír su canción las Sirenas.  
Y si imploras por caso a los tuyos o mandas te suelten,  
te atarán cada vez con más lazos...<sup>[6]</sup>

Según cierta versión del mito, las Sirenas, llamadas en griego *Seirênes*, eran hijas del dios río Aqueloo y de la musa Melpómene. Originalmente eran doncellas al servicio de Perséfone, la hija de Deméter. Cuando Perséfone fue raptada sin que nadie se enterara por Hades y conducida al infierno, Deméter las convirtió en pájaros y las envió al mundo subterráneo de Hades para que la ayudaran en la búsqueda de su hija.

Algunos autores antiguos, incluido Estrabón, dicen que las sirenas estaban condenadas a vivir solo hasta que pasara un marinero que oyera su canto y no se dejara hechizar por él, como hizo Odiseo, y que entonces se zambullirían en el mar y se convertirían en simples escollos. Según dice Estrabón,

Surrento [Sorrento], ciudad de los campanos, en la cual destaca el santuario de Atenea, al que algunos llaman promontorio de Sirenasus... Desde aquí, la travesía en barco hasta la isla de Capri es corta. Después de doblar el cabo, se presentan unas pequeñas islas rocosas, desiertas, a las que llaman las Sirenas.<sup>[7]</sup>

Ernie Bradford comenta que las islas rocosas mencionadas por Estrabón «deberían identificarse con los islotes de Li Galli, situados a la entrada del golfo de Salerno».<sup>[8]</sup> Y añade que «desde el cabo Circeo hasta Li Galli hay unas setenta y cinco millas si se navega directamente por los canales de Procida y Capri; y un poco más si, como probablemente hiciera Ulises, se sigue la costa bordeando el golfo de Gaeta y rodeando el de Nápoles».<sup>[9]</sup>

Cuando exploramos por primera vez esta costa de extraordinaria belleza a comienzos del verano de 1963, llevaba en la mano como guía y compañero de viaje el libro *Siren Land* [«El país de las Sirenas»] (1911) de Norman Douglas, que pasó la mayor parte de su vida de adulto en el golfo de Nápoles y sus alrededores, particularmente en la isla de Capri, donde murió en 1952. Más que cualquier otro escritor antiguo o moderno Douglas evoca la atmósfera encantadora del país de las sirenas, que describe el panorama contemplado desde lo alto de Sorrento:

El espectador tiene a sus pies los dos golfos, el de Nápoles y el de Salerno, separados por una cadena de colinas; el escarpado macizo del monte Sant' Angelo, que se extiende a la derecha a través de la península en dirección al este, tapa la vista del mundo que hay más allá. Este es el país de las sirenas. Al sur se encuentran las islas de las Sirenas, en la actualidad llamadas Li Galli; al oeste, Capri, justamente asociada con ellas por su aspecto abrupto y a la vez atrayente; Sorrento, cuyo nombre se ha hecho derivar del suyo... se encuentra en la vertiente septentrional. Un país agraciado, en el que corren ríos de leche y miel; sobre todo de la primera; como prueba de su fertilidad Saint Noj sostiene que pueden contratarse amas de cría desde catorce hasta cincuenta y nueve años.<sup>[10]</sup>

Tras explicar a Odiseo el modo de escapar de las sirenas, Circe le dice lo que tiene que hacer para pasar entre las peñas que chocan entre sí, llamadas Errantes, y le cuenta que el único barco que logró sobrevivir a aquella travesía fue la famosa nave *Argo*, a bordo de la cual iban Jasón y los argonautas, tras visitar el país de Eetes, el hermano de Circe:

... Tampoco  
hasta ahora bajel que allí entrara ha escapado del paso,  
pues las olas del mar y un turbión de mortíferos fuegos  
con tablonés de fuegos arramblan y cuerpos de hombres.  
Una nave crucera tan solo salvó aquel paraje:  
fue la célebre *Argo* al volver de las tierras de Eetes;  
ya lanzada marchaba a chocar con las rocas gigantes  
cuando Hera, que amaba a Jasón, desviola al mar libre...<sup>[11]</sup>

Circe le explica que el paso resulta tanto más peligroso a causa de las dos monstruosas divinidades marinas, Escila y Caribdis, que habitan en las rocas Errantes, una a cada lado. Dice que Escila vive en una caverna en mitad de la peña más alta, y aunque su grito parece el de un tierno cachorro, su cuerpo es el de un monstruo maligno, «al que nadie gozara / de mirar aunque fuese algún dios quien lo hallara a su paso»:<sup>[12]</sup>

... Tiene en él doce patas, mas todas pequeñas, deformes,  
y son seis sus larguísimos cuellos y horribles cabezas  
cuyas bocas abiertas enseñan tres filas de dientes  
apretados, espesos, henchidos de muerte sombría.  
La mitad de su cuerpo se esconde en la cóncava gruta;  
las cabezas, empero, por fuera del bártro horrible  
van mirando hacia el pie de la escarpa y exploran su presa,  
sean delfines o perros de mar o, quizá, algo más grande,  
un cetáceo entre miles que nutre la aullante Anfitrita.  
Los marinos jamás se ufanaron de haber escapado  
con la nave sin daño de allí, que con cada cabeza  
siempre a un hombre arrebató aquel monstruo del barco azulado...<sup>[13]</sup>

A continuación Circe comenta a Odiseo que Caribdis vive en el más pequeño de los dos peñones, tan próximos el uno al otro que el segundo «se opone / al primero a distancia de un tiro de flecha»:<sup>[14]</sup>

... En él brota  
frondosísima higuera silvestre y debajo del risco  
la divina Caribdis ingiere las aguas oscuras.  
Las vomita tres veces al día, tres veces las sorbe  
con tremenda resaca y, si esta te acoge en el paso,  
ni el que bate la tierra librate podrá de la muerte.  
Es mejor que te pegues al pie de la roca de Escila  
y aceleres la nave al pasar. Más te vale con mucho  
perder solo seis hombres que hundirte tú mismo con todos...<sup>[15]</sup>

Todas las fuentes antiguas y la mayoría de los autores modernos, incluido Ernle Bradford, sitúan las rocas de Escila y Caribdis en el estrecho de Messina, Escila en la punta de la bota de la península Itálica y Caribdis en la punta nororiental de Sicilia, separadas unos seis kilómetros una de otra, distancia que Homero reduce al de un tiro de flecha.

De modo que cuando Odiseo abandonara la isla de Circe con sus compañeros habría tenido que navegar bordeando el golfo de Nápoles y la costa del sur de Italia,

pasando al este de la isla volcánica de Estrómboli y el archipiélago de las Lípari para acceder al estrecho de Messina.

Pasamos por el estrecho de Messina en junio de 1963 a bordo de un barco de pasajeros italiano con destino a Nápoles, y desembocamos en el mar Tirreno poco antes del atardecer. Unas horas más tarde pasamos al este de Estrómboli, cuyo volcán lanzaba destellos en la oscuridad. Y de nuevo me vi siguiendo la senda de Odiseo, aunque esta vez en sentido contrario.

Tucídides dice:

Este estrecho está formado por el brazo de mar que separa Regio [Reggio Calabria] de Mesene [Messina], por donde la distancia entre Sicilia y el continente es menor; es el lugar que se llama Caribdis, por donde se cuenta que pasó Ulises con su nave. Debido a su estrechez, unida al hecho de que las aguas de dos grandes mares, el Tirreno y el de Sicilia, confluyen en él y de que tiene fuertes corrientes, es explicable que haya adquirido fama de peligroso.<sup>[16]</sup>

Ernle Bradford cita el *Admiralty Pilot* en lo tocante a las corrientes provocadas por las mareas y los remolinos del estrecho de Messina, uno de los pocos puntos el Mediterráneo —el otro es el canal de Eubea [estrecho de Euripo]— en los que se observa dicho fenómeno.

Cada día lunar el nivel del agua alcanza por dos veces una pendiente máxima en dirección norte. Aunque la diferencia de nivel es pequeña, equivalente a menos de treinta centímetros durante las mareas vivas, se concentra en una distancia tan corta que genera corrientes de cuatro nudos durante las mareas vivas. Estas mareas vivas alcanzan su máxima intensidad allí donde el estrecho es más angosto y menos profundo, esto es, entre punta Pezzo y Ganzirri.<sup>[17]</sup>

Punta Pezzo está en el lado continental del estrecho, cerca del peñón de Escila, donde se encuentra la población de Scilla, que le debe su nombre, mientras que la localidad siciliana de Ganzirri, asomada al estrecho, está a unos tres kilómetros del cabo Peloro, el peñón de Caribdis, donde a unos doscientos o trescientos metros de la costa hay un poderoso remolino asociado con el nombre del monstruo mítico. El *Admiralty Pilot* señala que dicho remolino

... es la Caribdis de los antiguos; su homólogo, [el de] Escila, es hoy día muy débil debido a los cambios en la topografía local causados por el terremoto de febrero de 1783. Sin embargo, hay muchos motivos para suponer que frente a la actual localidad de Scilla existió también un remolino y que tanto este como el de Caribdis eran bastante más impresionantes de lo que son hoy día.<sup>[18]</sup>

El comentario de Circe acerca de Escila, en el sentido de que está al acecho en su cóncava gruta a orillas del mar, para cazar delfines o perros marinos o quizá incluso una presa más grande, algún cetáceo, dio pie a Ernle Bradford a comentar que esta parte del estrecho «es también notable por la variedad de animales marinos extraños, tiburones, pulpos y calamares entre otros».<sup>[19]</sup> Cita un artículo del biólogo americano Paul A. Zahn aparecido en *The National Geographic Magazine* (número de noviembre de 1953), titulado «Fishing in the Whirlpool of Charybdis» («La pesca en el remolino de Caribdis»). Según Zahn, debido a la topografía del lecho marino, durante las mareas vivas

... las aguas superficiales del estrecho de Messina abundan de seres vivos o semivivos, cuyo hábitat se encuentra normalmente más abajo, donde todo es oscuro y silencioso... Después que haya soplado viento de mar a tierra a menudo he visto las playas que rodean el estrecho de Messina plagadas de miles de animales muertos o moribundos cuya extraña apariencia haría estremecer incluso al pintor Dalí.<sup>[20]</sup>

Una vez que hubo aconsejado a Odiseo de qué forma podía pasar entre Escila y Caribdis, Circe le dijo lo que debía hacer cuando llegara a la isla de Trinacia, morada del dios del Sol, Helios. Repitió el consejo que ya le había dado Tiresias acerca de las vacadas de Helios:

... Si a estas reses respetas atento tan solo al regreso,  
a la patria podréis arribar no sin grandes trabajos;  
mas si en algo las dañas, entonces predigo ruína  
para ti, tu bajel y tu gente, y si tú la esquivases  
irás tarde, en desgracia, con muerte de todos tus hombres...<sup>[21]</sup>

Al rayar el día, una vez que acabó de darle estas instrucciones, Circe volvió a su palacio, mientras que Odiseo regresó con sus compañeros y ordenó que embarcaran. Les dice que la maga les ha enviado un viento favorable, de modo que pudieran sentarse en la nave «dejando su rumbo al piloto y al viento».<sup>[22]</sup> Informa además a sus compañeros acerca de las instrucciones que le ha dado Circe para evitar los peligros que les aguardan, empezando por las sirenas.

Mientras hablaba, la nave se acercaba ya a la isla de las Sirenas, cuando de repente el viento amainó, y «algún dios alisaba las olas».<sup>[23]</sup>

La tripulación arrió la vela y la plegó en el fondo del barco, mientras que Odiseo, tomando un pan de cera y partiéndolo en trozos pequeños, les taponó los oídos y ellos, «a su vez, a la nave me ataron de piernas y manos / en el mástil, derecho, con fuertes maromas y, luego, / a azotar con los remos volvieron el mar espumante».<sup>[24]</sup> Cuando la costa distaba apenas el alcance de un grito «y la nave crucera volaba... bien percibieron / las Sirenas su paso y alzaron su canto sonoro».<sup>[25]</sup>

... Llega acá, de los dánaos honor, gloriosísimo Ulises,  
de tu marcha refrena el ardor para oír nuestro canto,  
porque nadie en su negro bajel pasa aquí sin que atienda  
a esta voz que en dulzores de miel de los labios nos fluye.  
Quien la escucha contento se va conociendo mil cosas:  
los trabajos sabemos que allá por la Tróade y sus campos  
de los dioses impuso el poder a troyanos y argivos  
y aun aquello que ocurre doquier en la tierra fecunda...<sup>[26]</sup>

Odiseo se sintió dolorosamente tentado por el canto de las sirenas, pero por más señas que hacía a sus compañeros para que lo desataran, ellos más apretaban las cuerdas y aseguraban sus nudos, y siguieron remando con ahínco hasta que dejaron atrás la isla.

Tal decían exhalando dulcísima voz y en mi pecho  
yo anhelaba escucharlas. Frunciendo mis cejas mandaba  
a mis hombres soltar mi atadura; bogaban doblados

contra el remo y en pie Perimedes y Euríloco, echando sobre mí nuevas cuerdas, forzaban cruelmente sus nudos. Cuando al fin las dejamos atrás y no más se escuchaba voz alguna o canción de Sirenas, mis fieles amigos se sacaron la cera que yo en sus oídos había colocado al venir y libraronme a mí de mis lazos.<sup>[27]</sup>

Siguieron rumbo al sur, y el siguiente punto de referencia que vieron fue la isla volcánica de Estrómboli, que dejaron a su izquierda mientras se aproximaban al estrecho de Messina:

Ya a lo lejos perdíase la isla y noté por delante el vapor de unas olas inmensas, sentí sus bramidos, el espanto a mis hombres tomó y escaparon los remos de sus manos; oyose silbar en el agua a las palas y parose la nave al negarle los brazos su empuje.<sup>[28]</sup>

Recorriendo el bajel de punta a punta, Odiseo fue calmando a sus compañeros y diciéndoles que continuaran remando. Ordenó asimismo al piloto que siguiera adelante manteniéndose lejos de la isla volcánica y navegara, sin variar el rumbo, hacia el estrecho que separa Escila y Caribdis.

Según dice Odiseo, «revestí mi armadura completa y con dos grandes picas / fuertemente empuñadas monté en el castillo de proa. / Esperábame yo desde allí divisar el primero / en sus rocas a Escila, amenaza mortal de mis hombres».<sup>[29]</sup> Y avanzaron así hacia el estrecho, en el que Escila atemorizaba por el este y Caribdis por el oeste.

Navegábamos ya por el paso exhalando gemidos con Escila a este lado, al de allá la divina Caribdis. Espantosa tragábase esta las aguas salobres y al echarlas de sí borbollaban en gran torbellino como en una caldera que hierve a un buen fuego; la espuma salpicaba a lo alto y caía en los dos farallones. Cuando luego sorbía la resaca las aguas marinas las veíamos bullir allá dentro y en torno mugía fieramente el peñón; divisábase al fondo una tierra con arenas oscuras; el lívido horror se adueñaba de los míos.<sup>[30]</sup>

Prosigue su relato Odiseo y cuenta que mientras intentaban que no se los tragara el monstruo marino apostado a un lado, el del lado contrario descargaba su golpe sin avisar.

... Mirábamos solo a Caribdis temiendo la ruina y Escila, entre tanto, raptonos seis hombres que arrancó del bajel, los mejores en fuerza y en brazos. Yo, volviendo la vista a la rápida nave y mi gente, alcancé a contemplar por encima de mí el remolino de sus manos y pies que colgaban al aire. Mi nombre pronunciaban por última vez dando gritos de angustia.<sup>[31]</sup>

Circe le había avisado de que si lograban pasar entre Escila y Caribdis, llegarían a la isla de Trinacia, donde el dios del Sol, Helios, también llamado Hiperión, guardaba sus inviolables vacadas. Los autores antiguos y modernos sitúan Trinacia frente a la costa oriental de Sicilia. Ernle Bradford la identifica con la rada di Taormina, una ensenada frente al litoral de la antigua ciudad de Taormina, a 42 kilómetros al sur de Escila y Caribdis, una vez pasado el estrecho de Messina.

Odiseo cuenta que, tras librarse de aquellos dos espantosos monstruos marinos, los compañeros que habían sobrevivido y él se dirigieron a la isla de Helios.

Todavía por el mar con mi oscuro bajel, ya empezaba  
a escuchar el mugido de aquellas allá en sus corrales  
y el balar de las otras, y al punto me vino a la mente  
la palabra del ciego adivino, Tiresias tebano,  
y el mandato de Circe: los dos sin excusa prohibían  
nuestro arribo a la isla del Sol, el que alegra a los hombres.<sup>[32]</sup>

Comunicó entonces estos avisos a sus compañeros diciendo: «Desvíaos por tanto [de la isla] y seguid con el negro navío».<sup>[33]</sup> Pero Euríloco replicó que estaban todos exhaustos y hambrientos y que debían hacer escala en la isla: «Adobemos la cena en la playa al socaire del barco / y lancémoslo al alba otra vez al océano anchuroso».<sup>[34]</sup>

Los demás se mostraron de acuerdo con Euríloco, de modo que, aunque a regañadientes, Odiseo accedió. Sin embargo, les hizo prestar juramento solemne de que no tocarían las reses del Sol; antes bien «comeréis de los víveres dados por Circe divina».<sup>[35]</sup> Afirmaron todos que así lo harían, pero durante la noche se desencadenó una feroz tormenta de viento del sur, que les impidió zarpar a la mañana siguiente, como tenían previsto, de modo que atracaron la nave: «Arrastrando el bajel lo metimos en cóncava gruta, / de las ninfas morada, lugar de sus danzas graciosas».<sup>[36]</sup>

Pero durante todo un mes estuvo soplando el noto [el austro o viento del sur], que a veces declinaba hacia el euro [el solano o viento del este], pero como para el viaje de regreso a la patria lo que necesitaban era viento del oeste [el céfiro], tuvieron que permanecer inmovilizados en la isla. Cuando empezaron a escasear los víveres, «la penuria / los forzaba a cazar errabundos y fue su alimento / no otra cosa que peces o aves por caso atrapados / con los corvos anzuelos: el hambre roía las entrañas».<sup>[37]</sup>

Odiseo entre tanto salió por la isla a invocar a los dioses. «Ellos luego en mis ojos vertieron un plácido sueño, / mas Euríloco en tanto inició funestísima traza»<sup>[38]</sup> Persuadió a sus compañeros de que, antes de morir de hambre, más les valía matar las vacas del Sol y sacrificárselas a los dioses. «Mas si, airado por mor de las vacas de cuernos erguidos, / determina en unión de otros dioses perder nuestra nave, / mejor quiero morir de una vez boquiabierto en las olas / que ir dejando a pedazos la vida en la isla desierta.»<sup>[39]</sup> Odiseo cuenta que cuando se despertó y bajó a la orilla del mar, «envolviome / el vapor seductor de la grasa»<sup>[40]</sup> y, desesperado, se puso a gritar clamando a los dioses: «¡Padre Zeus, dioses todos de vida feliz, inmortales! / Para

mal me dormisteis en sueño cruel: mis amigos / se quedaron aquí y han tramado una hazaña perversa».[41]

La ninfa Lampetia, hija del dios del Sol, corrió rápidamente a contar a su padre que Odiseo y sus compañeros habían matado sus vacas sagradas. Helios exigió entonces a Zeus que los castigara, diciendo que «si el daño / en justicia no pagan que han hecho matando mis reses / en el Hades me iré a sumergir a alumbrar a los muertos».[42]

Zeus respondió diciendo: «Sigue, ¡oh Sol!, tú tranquilo alumbrando a los dioses eternos / y a los hombres mortales también por la tierra fecunda, / que yo mismo bien pronto, lanzando mi fúlgido rayo, / haré trizas su raudo bajel en mitad del océano».[43]

Odiseo prosigue su relato diciendo que durante los seis días siguientes sus compañeros continuaron devorando la carne de las vacas del Sol, pero al séptimo cesó por fin de soplar el viento del sur «y al momento / embarcamos, lanzamos la nave al océano anchuroso, / erigimos el palo y tendimos el blanco velamen».[44]

Apenas habían perdido de vista la isla de Trinacia cuando se ennegrecieron el cielo y las aguas y se precipitó sobre ellos un poniente aullador en furioso huracán. Se derrumbó el mástil que golpeó al timonel en la cabeza causándole la muerte.

A este tiempo, tronando el gran Zeus lanzaba su rayo  
sobre el barco, tembló la armazón toda ella y cubriose  
de vapores de azufre y mis hombres cayeron al agua.  
en redor del oscuro bajel los llevó el oleaje;  
semejaban corneas; el dios les negaba el regreso.[45]

Odiseo cuenta cómo logró sobrevivir juntando unos cuantos fragmentos de la nave destrozada formando una especie de balsa, sentado en la cual se dejó arrastrar por el viento, cuyos aullidos le hacían estremecer.

Iba yo recorriendo el navío, mas pronto un embate  
todo el bordo arrancó de la quilla, que luego las olas  
desarmada arrastraron; el mástil a flote chocaba  
contra ella; cogido aún llevaba un obenque de cuero  
con el cual enlacé las dos piezas, la quilla y el mástil,  
y sentándome en ellas dejeme llevar por los vientos  
perniciosos».[46]

Cesó el vendaval de poniente y empezó a soplar un tempestuoso viento del sur, que lo arrastró de nuevo al estrecho de Messina, esto es, ante Escila y Caribdis. Cuando el remolino se tragó su improvisada almadía a los pies de Caribdis, el héroe logró agarrarse a las ramas de una higuera silvestre que crecía en el peñasco, y allí permaneció colgado hasta que las aguas vomitaron de nuevo los restos de la nave, momento que aprovechó para lanzarse al agua y caer junto a ellos. Se sentó como pudo encima de aquellos maderos y remando con ambas manos logró alejarse de allí.

Odiseo termina así su relato ante Alcínoo y su corte, contándoles cómo, tras escapar de nuevo de Escila y Caribdis, navegó a la deriva en su balsa hasta llegar a la isla de Calipso.

Nueve días el mar me arrastró y a la décima noche  
me acercaron los dioses a Ogigia, la isla en que vive  
la crinada Calipso, potente deidad de habla humana.  
Ella albergue me dio, me cuidó, mas ¿a qué contar esto,  
pues aquí en vuestra casa os narré lo demás ayer mismo  
a tu prócer esposa y a ti? Y en verdad me es odioso  
repetir lo ya dicho una vez sin ambages ni engaño.<sup>[47]</sup>

La isla de Calipso ha sido identificada con numerosos lugares, pero el más plausible es Gozo, la segunda isla más grande del archipiélago de Malta. Se ha señalado a menudo una bahía llamada Ir-Ramla, en la costa septentrional de la isla, como el lugar en el que Odiseo pisó tierra, y una gruta con vistas al mar situada en las inmediaciones recibe el nombre de Cueva de Calipso. Ernle Bradford, que vivió varios años en Malta, identificó este punto como el lugar en el que Odiseo fue arrojado por las olas, basándose en los vientos y las corrientes de las rutas marítimas que rodean Sicilia, y por las que él mismo navegó durante la guerra y en tiempos de paz.

Una guía de Malta publicada en 1910, con texto de Frederick W. Ryan e ilustraciones del pintor maltés del siglo XIX Vittorio Boron identifica la gruta de la bahía de Ramla con la Cueva de Calipso, donde Odiseo pasaría siete largos años en compañía de la ninfa antes de recibir permiso para emprender la penúltima etapa de su viaje de regreso al hogar. Como dice Ryan a propósito de la Cueva de Calipso:

Los analistas de las islas siempre han afirmado que Gozo era la Ogigia de Homero, donde residía Calipso cuando sedujo a Ulises. Como los historiadores de la Edad Media en todas partes, con semejante afirmación pretendían indudablemente asegurar a su propio país un buen lugar en la geografía —real o imaginaria— del mundo clásico; y en efecto, de este modo la hermosa Calipso llegó a tener veinte islas a su disposición en las que residir. En cualquier caso, nos encontramos con que Gozo es llamada por los malteses la isla de Calipso, y hoy día los menos críticos pueden admirar en ella la gruta que lleva su nombre.<sup>[48]</sup>

## REGRESO A ÍTACA

Cuando Odiseo acabó el relato de sus andanzas ante el rey Alcínoo y la corte al completo de los feacios, «todos, tomados de hechizo, / a través del oscuro salón como mudos quedaron».<sup>[1]</sup>

Entonces Alcínoo le aseguró que su retorno al hogar estaba garantizado, y dijo a los feacios:

... ya las ropas  
para el huésped guardadas están en el arca pulida  
con el oro de fina labor y los otros presentes  
que trajisteis aquí para él los primates feacios.  
Pero, ¡ea!, por cada varón añadamos a ello  
un gran trípode y una caldera; y del pueblo reunido  
nos haremos pagar, que no es don para hacerlo uno solo.<sup>[2]</sup>

A la mañana siguiente todos los nobles feacios trajeron los calderos de bronce que iban a regalar a Odiseo, y Alcínoo mandó cargar todos estos dones y muchos más en la nave que había preparado para llevar a su huésped a casa. «Y volvieron de nuevo al palacio a aprestar el banquete»<sup>[3]</sup>.

Para ellos un buey inmoló la Potencia de Alcínoo  
al Cronión, rey supremo, que envuelven las nubes sombrías;  
tras quemarle los muslos gustaron el rico banquete  
jubilosos; cantoles después el aedo divino  
bien amado del pueblo, Demódoco; Ulises, en tanto,  
muchas veces tornábase al sol fulgurante anhelando  
se pusiese, que en ansias tenía el regreso a la patria.<sup>[4]</sup>

Odiseo se dirigió entonces a los feacios, y en particular a Alcínoo, pidiéndoles la venia para partir, agradeciéndoles su generosidad y los ricos presentes que le habían traído, y expresándoles sus mejores deseos para el futuro.

Prez y honor de tus gentes, Alcínoo, señor poderoso,  
conducidme en seguro después de libar y quedaos  
con salud, que cumplido está ya cuanto ansiaba mi alma;  
tengo guías y hermosos regalos: los dioses del cielo  
prosperármelos quieran. Que encuentre de vuelta a mis casas  
intachable a mi esposa, sin daño a mi gente; y vosotros  
que quedáis en la tierra de Esqueria, sed siempre el contento  
de los vuestros, mujeres e hijos; los dioses ventura  
os concedan completa y no venga desgracia a este pueblo.<sup>[5]</sup>

Hizo entonces la primera libación en honor de la esposa de Alcínoo, la reina Arete, poniendo en sus manos la copa, «y, dejando oír su voz, dirigiole palabras

aladas»: [6]

Sé por siempre feliz, ¡oh señora!, hasta tanto que lleguen la vejez y la muerte que son heredad de los hombres; yo ya voy a partir, mas tú sigue gozando en tu casa de tus hijos, del pueblo feacio, de Alcínoo su rey.<sup>[7]</sup> Tal habló; luego Ulises traspuso el umbral del palacio, mas Alcínoo delante un heraldo mandó que de guía le sirviese hasta el mar y el paraje en que estaba la nave. Por su parte la reina envióle tres siervas: la una le llevaba un vestido y un manto bien limpio, la otra en las manos le puso una arqueta de sólido ajuste, la tercera aportábale el pan con el vino rojizo.<sup>[8]</sup>

Cuando llegaron a la nave, los marineros cogieron los regalos y los cargaron en ella junto con la comida y la bebida, tras lo cual dispusieron para Odiseo un lecho en la popa, donde pudiera descansar y dormir tranquilo. Ocuparon entonces sus puestos en los bancos de remos, soltaron amarras y partieron rumbo a Ítaca:

... Y, doblando los cuerpos, comenzaron a herir con los remos las aguas marinas. Entre tanto caíale en los ojos a Ulises un sueño prolongado, suavísimo, igual en gran modo a la muerte. ... Alzada la prora, marchaba la nave dejando una estela brillante y bullente en el mar estruendoso; navegaba segura y tenaz... Transportaba a un varón semejante en ingenio a los dioses que en su alma llevaba las huellas de mil pesadumbres padecidas en guerras y embates del fiero oleaje, mas que entonces, de todo olvidado, dormía dulcemente.<sup>[9]</sup>

Llegaron por fin a Ítaca al amanecer. En ese momento el piloto dirigió la nave a un puerto bien resguardado y los remeros la hicieron varar en la playa que, según dice Homero, se llamaba de Forcis, el Viejo del Mar. Tal como la describe, se yerguen a uno y otro lado dos escarpados promontorios que crean un puerto bien resguardado.

Vese al fondo del puerto un olivo de gráciles hojas y a su lado una cueva sombrosa y amena, recinto de las ninfas del agua que llaman las náyades; dentro Sus cráteras están y sus ánforas todas de roca en que suelen venir a libar las abejas, y hay, asimismo, muy largos y pétreos telares en donde unas túnicas tejen las ninfas con brillos marinos que es hechizo de ver. Allí corren las aguas perennes.<sup>[10]</sup>

La nave fue impulsada a la arena por los remeros con tanta fuerza que penetró en la playa la mitad de su quilla, de modo que los tripulantes pudieron desembarcar a pie enjuto y con ellos bajaron todo su cargamento.

Descendieron los hombres del sólido barco a la playa y tomaron a Ulises primero en su lecho de lino

con el lindo cojín y dejáronlo presa del sueño  
en la arena; sacaron después los presentes que había  
recibido, al partir a su hogar, de los nobles feacios  
por favor de Atenea, la diosa magnánima, y junto,  
del olivo en redor, colocáronlo todo bien lejos  
del camino, temiendo que algún pasajero viniese  
a mermárselo antes de que él despertara; y de vuelta  
reembarcaron sin más.<sup>[11]</sup>

Y así, después de diez años de guerra y otros diez de peligrosas andanzas, Odiseo llegó por fin de nuevo a Ítaca.

Algunos autores modernos han sugerido que la isla llamada hoy día Ítaca no es la patria de Odiseo. Wilhelm Dörpfeld, colaborador de Schliemann, creía que la Ítaca homérica era la isla de Léucade, teoría que ninguna autoridad moderna sostiene en la actualidad. Más recientemente, Robert Bittlestone y sus colaboradores han intentado demostrar que la patria de Odiseo era la península de Palikí, en Cefalonia. Aunque Bittlestone ha justificado muy bien su teoría, sigo creyendo que la patria de Odiseo es la isla que ha venido llamándose Ítaca en tiempos históricos.

Cuando visitamos por primera vez Ítaca, tomamos el *ferry* en Ástaco, en la Grecia continental, que va espunteando las islas más septentrionales del archipiélago de las Equínadas camino de Vathý, capital y principal puerto de la isla. La ciudad se encuentra en el interior de una profundísima bahía, en el extremo suroriental del golfo de Molo, que casi corta Ítaca en dos mitades, quedando la península del norte y la del sur unidas por un abrupto istmo cuya anchura se reduce apenas a 620 metros. El pico más alto de la península del sur es el monte Petalaikó (671 m), también llamado Merovigli, mientras que en la parte norte la cumbre más elevada es la del monte Nirito (806 m), el Nérito de la *Odisea*. El istmo que separa una parte de otra está dominado por el sur por el monte Aetós, el cerro del Águila, que se asoma al canal de Itháki en dirección a Cefalonia, cuya recortada costa noroccidental dista menos de cuatro kilómetros del istmo de Ítaca a vuelo de pájaro, mientras que Léucade y Zante (Zacinto) son visibles por el sur.

Ítaca era famosa en la Antigüedad por ser la patria de Odiseo, aunque Estrabón comenta algunas de las incoherencias geográficas de la descripción que hace Homero de la isla y sus alrededores. No obstante, la existencia de Ítaca fue prácticamente olvidada en Europa durante la época bizantina medieval, cuando las correrías de los bárbaros y los piratas obligaron a los pocos isleños que habían sobrevivido a huir o a buscar refugio en las montañas, donde prácticamente no ha quedado el menor rastro de ellos. Ítaca fue separada definitivamente del imperio bizantino en 1185, cuando fue conquistada por el almirante siciliano Margaritone de Brindisi.

A partir de ese momento la isla pasó a ser ocupada por los normandos (1185-1209), los venecianos (1209-1218), los emperadores latinos de Constantinopla (1204-1261), los angevinos (1267-1404), la dinastía Tocco (1404-1479), los turcos (1479-1503), los venecianos de nuevo (1503-1797) y, por último, tras algunos breves

períodos de dominación de otras potencias, por los británicos desde 1815 hasta 1864, fecha en la que pasó a formar parte del moderno reino de Grecia.

Cuando los venecianos recuperaron el control de la isla en 1503, era llamada en el dialecto griego de la zona Thiaki, como sigue siendo conocida hoy día. Los venecianos la encontraron prácticamente deshabitada, por lo que invitaron a establecerse en ella a nuevos colonos con la exención del pago de tributos por cinco años.

El primer intento serio de identificar los lugares homéricos de la isla fue el que llevó a cabo sir William Gell, cuyo libro titulado *Geography and Antiquities of Ithaca* fue publicado en 1807. Lord Byron, que visitó Ítaca tres años después, al principio se mostró un tanto sarcástico con la obra de semejantes aficionados a las antigüedades y dijo: «De los dárdanos viajes hablen los diletantes. / Dejo la topografía al lechuguino Gell».<sup>[12]</sup> Pero tras conocer al autor, cambió de idea, y en *The Monthly Review* llegó a escribir: «Esa loable curiosidad por los restos de la Antigüedad clásica que en los últimos años tanto desarrollo ha tenido entre nuestros cortesanos, en ningún viajero ni autor resulta tan conspicua como en el señor Gell».<sup>[13]</sup>

Byron visitó por primera vez Ítaca en agosto de 1810, proveniente de Cefalonia, y permaneció ocho días en la isla como huésped del ministro residente británico, el capitán Wright Knox, que le mostró los lugares homéricos identificados por Gell. Volvió a Ítaca en 1823, poco antes de su muerte en Mesolongi.

Ítaca fue estudiada también por William Martin Leake, que habla de ella en su obra en varios volúmenes *Travels in Northern Greece* (1835). Leake llegó a Ítaca en un caique procedente de Ástaco buscando la homérica Fuente Aretusa, «que según los eruditos de Vathy se supone que es la Aretusa del poeta».<sup>[14]</sup>

Aunque Leake, Gell y otros eruditos habían explorado las antigüedades de Ítaca, las primeras excavaciones arqueológicas sistemáticas fueron llevadas a cabo por Heinrich Schliemann, que visitó la isla en 1868 y 1878. Wilhelm Dörpfeld también examinó la isla a partir de 1900 y sus hallazgos lo persuadieron de que la Ítaca original de la *Odisea* era Léucade, teoría que expuso en su obra *Alt-Ithaka*, publicada en 1927. Ese mismo año la tesis contraria fue presentada en dos libros muy influyentes, *Ithaca et la Grèce des Achéens* (primer volumen de *Les navigations d'Ulysse*) de Victor Bérard, y *Homer's Ithaca* de Rennell Rodd. Posteriormente Rodd patrocinó un programa de investigación del British School of Archaeology de Atenas, que empezó a excavar algunos yacimientos en Ítaca a comienzos de los años treinta bajo la supervisión de W. A. Heurtley. Estas excavaciones, que continúan en la actualidad, han demostrado que la isla fue habitada ininterrumpidamente desde comienzos de la Edad del Bronce hasta la época romana; diversos hallazgos han llevado a la mayoría de los arqueólogos e historiadores a concluir que se trata, en efecto, de la Ítaca homérica.

Esta conclusión se ha visto reforzada por los estudios de J. V. Luce, que en su espléndido libro *Celebrating Homer's Landscapes* (1998) dice que los cantores

profesionales como Homero viajaban igual que los adivinos y los curanderos, y que su detallado estudio topográfico de Ítaca «está escrito con el firme convencimiento de que Homero fue un viajero de ese estilo y de que su vista de águila y su cabeza bien amueblada le permitieron entender con exactitud y en su totalidad los paisajes en los cuales sitúa sus poemas».[15]

La ciudad de Vathý se extiende alrededor de su puerto, el más espectacular de Grecia, que mide 926 metros desde su estrecha bocana hasta el fondo del atracadero, desde donde la ciudad puede contemplar al otro lado del golfo el monte Nérito.

Una lápida en esta memorable explanada recuerda las dos visitas de lord Byron a Ítaca, con una inscripción que recoge la primera impresión que le causó al poeta la isla de Odiseo: «Si esta isla me perteneciera, enterraría aquí todos mis libros y no me marcharía nunca».[16]

Una de las carreteras secundarias que salen de Vathý conduce a Perapigádia, un islote situado en la bahía, al extremo sureste de la ciudad. En la parte norte de la bahía hay tres lugares homéricos identificados por Leake y Gell: la fuente Aretusa, la peña del Cuervo (Córax) y la casa de Eumeo, el fiel porquero de Odiseo. Los tres son mencionados en el canto XIII de la *Odisea*, donde Atenea, disfrazada, da instrucciones a Odiseo de lo que debe hacer y le manda que antes de presentarse en su palacio vaya a buscar a Eumeo.

La carretera principal que va a la península del norte arranca del extremo occidental del muelle de Vathý. Aproximadamente a un kilómetro de la localidad hay un desvío a la izquierda con un cartel que indica *Spílaio tôn Nymphôn*, esto es, «Cueva de las Ninfas», a unos tres kilómetros hacia el interior. Pero es muy poco probable que se trate de la cueva que Atenea describe a Odiseo en el canto XIII de la *Odisea*, pues esa habría estado en la costa, o en sus inmediaciones, junto al puerto de Forcis, el Viejo del Mar, que Gell y otras autoridades han identificado con la bahía de Dexá, una ensenada al oeste de la entrada del puerto de Vathý. Por desgracia, la gruta de la bahía de Dexá que identificó Gell con la Cueva de las Ninfas fue destruida durante la ocupación británica, pues fue demolida para dar paso a la carretera de la costa. Según Gell, allí fue donde los feacios dejaron a Odiseo dormido en tierra, junto con todos sus regalos.

A unos tres kilómetros de Vathý hay un desvío a la izquierda que conduce a Piso Aetós, una ensenada que en tiempos pretéritos fue utilizada como atracadero por los viajeros que llegaban a Ítaca provenientes de Cefalonia. Al cruzar el istmo la carretera pasa por un lugar llamado por los lugareños *Kastro toû Odysseá*, que Schliemann identificó con Alalcomenas, la capital de la antigua Ítaca. Desde 1930 el lugar ha sido objeto de excavaciones de los arqueólogos del British School de Atenas, que han sacado a la luz los restos de un templo arcaico y edificaciones y cerámica cuya fecha varía y va desde tiempos de los micénicos hasta la época imperial romana. El edificio más antiguo descubierto en estas excavaciones es un santuario datado en

c. 1200 a. C., más o menos por la época en la que Odiseo habría regresado a Ítaca tras su larga peregrinación.

La carretera principal continúa rodeando la bahía de Aetós y desemboca en lo alto del escarpado istmo que une la península del sur con la del norte, ofreciendo una vista asombrosa del otro lado del golfo, en dirección al puerto de Vathý. En el extremo norte del istmo la carretera pasa por delante de dos desvíos; el primero, a la izquierda, baja al pueblecito pesquero de Agios Ioánnis; el segundo, a la derecha, sube por las laderas del monte Nérito hasta la localidad de Anogí, para bajar luego a Stavρός, eje de todas las carreteras del norte de Ítaca.

La zona rural de la parte septentrional del istmo es conocida entre los lugareños como *Agrós Laértou*, la Finca de Laertes. Así fue identificada por Gell, que creyó haber descubierto allí «el emplazamiento de la finca de Laertes, a la que el padre de Ulises se retiró durante la ausencia de su hijo».<sup>[17]</sup>

En el centro de Stavρός hay un pequeño parque con un monumento coronado por un busto de bronce de Odiseo, pues la tradición local sostiene que su palacio estaba al norte de allí, en la colina de Pelikata.

A las afueras de la localidad, en la carretera que lleva a Exogí, hay un pequeño museo arqueológico, bastante interesante, en el que se exhiben objetos procedentes de los yacimientos de toda la zona de Stavρός. El más importante es un fragmento de máscara con rostro de mujer que lleva una inscripción que dice: «Dedicado a Odiseo».<sup>[18]</sup> Este exvoto, que data del período Romano, fue encontrado en un santuario rupestre de la bahía de Polis llamado Spílaio Loízou. La cueva fue excavada por primera vez en 1930 por arqueólogos del British School, que descubrieron en ella fragmentos de cerámica de época muy variada, desde el período Micénico hasta el Romano. Este hallazgo llevó a los arqueólogos a concluir que Spílaio Loízou era un *herôon* o santuario de un héroe divinizado, dedicado a Odiseo, cuyo recuerdo era conmemorado en Ítaca incluso en el siglo III a. C. con unos juegos llamados Odiseos.

Otros objetos del museo de Stavρός proceden de un lugar situado justo al norte de la localidad, en la colina de Pelikata, llamado Kastro, donde las excavaciones del British School durante los años treinta sacaron a la luz restos que databan de comienzos de la Edad del Bronce y que llegaban hasta plena época micénica. Esos hallazgos y la situación geográfica del lugar llevaron a muchos estudiosos a identificarlo con la antigua capital de Ítaca, en detrimento de Piso Aetós. Los que quieren ver en esta localidad la capital homérica apelan a la situación de la colina de Pelikata, que tiene el monte Nérito al sur, el monte Mármakas al noreste, y el monte Exogí al noroeste, levantándose estos dos últimos cada uno en una de las penínsulas que definen la bahía de Frikes al este y la de Afales al norte. Esta circunstancia concuerda con la descripción de la Odisea, donde la capital de Ítaca está situada entre «tres montañas», mirando a «tres mares»,<sup>[19]</sup> que serían estas dos grandes bahías y el canal de Itháki.

La carretera se bifurca al norte de Stavrós, y el ramal que va a la izquierda conduce a Exogí, mientras que el de la derecha va al pueblo de Platrithiás y la bahía de Frikes (Reíthron), en el extremo noroccidental de la isla.

Exogí es una de las localidades más vetustas de Ítaca, y las excavaciones llevadas a cabo al este del pueblo han sacado a la luz restos antiguos y bizantinos.

Platrithiás ha estado habitada desde la Antigüedad, pues se encuentra en el centro de una zanja fértil y bien provista de agua, con acceso fácil al mar en las bahías de Afales y Frikes. En las inmediaciones de Platrithiás se han encontrado restos antiguos, y las excavaciones han sacado a la luz edificaciones y enterramientos de época micénica. La única estructura antigua visible sobre el terreno se encuentra en Agios Athanasios, capilla en ruinas situada entre Platrithiás y Exogí. Todo lo que queda del edificio son algunas hiladas de su muro poligonal, que forman los cimientos de la capilla. Estas ruinas, que la tradición local ha identificado con la «Escuela de Homero», se cree que son micénicas, como demuestran algunos fragmentos de cerámica de esa época encontrados en el lugar. Gell se mostró de acuerdo con dicha identificación tras visitar la zona en 1806, y a partir de entonces se convirtió en una de las paradas de rigor en las visitas de la Ítaca homérica.

Cuando por fin se despertó, Odiseo no reconoció su propia tierra natal, pues Atenea «le echó en derredor densa nube / para hacerle cambiar de figura y hablarle ella misma / de su plan, no lo vieses su esposa o paisanos y amigos / sin haber castigado él aún las infamias de aquellos / pretendientes».<sup>[20]</sup>

Vio entonces a Atenea, disfrazada de joven pastor, y se le acercó a preguntarle dónde estaba: «¿Qué ciudad y qué tierras son estas? ¿Qué gentes las tuyas? / ¿Es acaso una isla eminente en el mar? ¿O es un cabo / que en las aguas avanza hasta aquí de feraz continente?».<sup>[21]</sup> Atenea le respondió en los siguientes términos:

Eres simple, extranjero, o llegaste de tierras remotas,  
pues así me preguntas por este país cuya fama  
no es pequeña de cierto: conócenlo innúmeras gentes  
entre aquellas que miran al alba y al sol y entre aquellas  
cuyos campos están allá atrás al poniente sombrío.<sup>[22]</sup>

La diosa disfrazada le describe la isla diciendo:

Esta tierra es fragosa, difícil de andar por caballos,  
mas no pobre del todo, aun sin gran extensión. En su suelo  
se produce gran copia de trigos y vino abundante,  
y ni lluvia le falta jamás ni lozano rocío;  
es criadora de cabras y bueyes, prosperan en ella  
toda clase de bosques y tiene aguaderos perennes:  
hete aquí por qué es Ítaca, ¡oh huésped!, nombrada hasta en Troya  
que tan lejos nos dicen que está de estas tierras de Acaya.<sup>[23]</sup>

Tras revelarle su propia identidad, Atenea disipó la nube que lo envolvía y Odiseo reconoció al fin su tierra natal. La diosa lo ayudó entonces a esconder sus

pertenencias en la cueva, tras lo cual le explicó lo que tenía que hacer para tomar justa venganza de los pretendientes que se habían metido a vivir en su palacio y no cesaban de acosar a su esposa.

Le dijo que ante todo debía dirigirse a casa de su fiel porquero Eumeo:

... Allá por la peña del Cuervo  
y la fuente Aretusa veraslo paciendo el ganado  
de sabrosa bellota, abrevándolo de aguas sombrías,  
lo mejor para dar a los cerdos lozana gordura;<sup>[24]</sup>  
permanece con él, vele allí preguntando por todo  
mientras yo llego a Esparta, la tierra de hermosas mujeres,  
a buscar a Telémaco, el hijo que tienes, ¡oh Ulises!,  
en la extensa Laconia, que allí lo albergó Menelao  
cuando vino inquiriendo por ti si vivías en la tierra.<sup>[25]</sup>

Atenea diciéndole así lo tocó con su vara de oro, y de ese modo trocó su apariencia de apuesto guerrero en la flor de la edad por la de un anciano cubierto de andrajos, disfraz que adoptará el héroe la mayor parte del tiempo hasta que venza a los pretendientes y recupere su casa y a su familia.

Cuando marchó Atenea, Odiseo se puso en camino para localizar a Eumeo, al que encontró sentado delante de su casa, que él mismo había construido con piedras del campo y que había cubierto con un tejado de cañas y arbustos. Dentro del cercado había una docena de cerdas, cada una con cincuenta crías; de vigilar a los animales se encargaban cuatro perros, y de atenderlos cuatro zagales, a uno de los cuales había enviado al palacio con un cebón que él mismo se encargaría de sacrificar para que se hartaran de carne los pretendientes.

Cuando los perros vieron a Odiseo arremetieron contra él lazando sonoros ladridos, hasta que Eumeo los llamó y habló al recién llegado diciendo:

Por bien poco en un punto mis perros no te hacen pedazos,  
buen anciano, dejándome a mí la ignominia y la culpa  
cuando tantos dolores y llantos me dan ya los dioses:  
aquí estoy suspirando y en pena por mor de mi rey,  
el divino, cebando estos cerdos a que otros los coman,  
mientras él, falto acaso de pan, anda errante por tierras  
y ciudades de gentes extrañas, si es cierto que aún vive  
y sus ojos contemplan la lumbre del sol.<sup>[26]</sup>  
Pero, ¡ea!, ven acá a la cabaña, ¡oh anciano! Una vez que te sacies  
de comer y beber a tu gusto, dirás de tu patria  
y de aquellos trabajos y duelos que tienes sufridos.<sup>[27]</sup>

Los dos pasaron la noche comiendo y charlando. Odiseo se inventó un cuento acerca de cómo había salido de Creta para combatir en Troya, y Eumeo le contó cómo, siendo todavía niño, había sido capturado por unos piratas fenicios y cómo por fin había sido rescatado y llevado hasta Ítaca por Laertes, que todavía estaba vivo, aunque lleno de tristeza por la pérdida de su hijo.

Entretanto, Telémaco, que había evitado la emboscada tendida por los pretendientes, había regresado también a Ítaca, donde mandó a sus acompañantes que fueran con el barco a la ciudad mientras él se dirigía a pie a casa de Eumeo, donde llegó al amanecer, justo cuando el fiel porquerizo y Odiseo, disfrazado de anciano, atizaban el fuego para aderezar el almuerzo. Eumeo besó a Telémaco y estallando en sollozos le dijo:

Has llegado, Telémaco, al fin, dulce luz, no creía  
ya volverte a ver más tras tu ida en la nave hacia Pilos;  
pero ven, hijo amado, entra aquí. Pues acabas apenas  
de llegar, goce yo de mirarte otra vez en tu casa.  
Pocas veces de cierto te acercas a ver tus haciendas  
y pastores: allá en la ciudad te estás siempre. ¿Te gusta  
contemplar la reunión execrable de aquellos galanes?<sup>[28]</sup>

El joven respondió que había venido a verlo y a enterarse por él de «si está aún en sus salas mi madre o algún otro hombre / ha casado con ella y el lecho de Ulises se encuentra / arrumbado y sin otro aderezo que telas de araña».<sup>[29]</sup> Eumeo respondió en los siguientes términos: «Bien de cierto que allí se mantiene con alma sufrida / sin salir de su estancia: entre duelos consume sus noches / y entre duelos sus días; no hay tregua al correr de su llanto».<sup>[30]</sup>

Telémaco entró entonces en la cabaña y Odiseo, disfrazado de anciano mendigo, se levantó para cederle el asiento, pero su hijo le dijo: «Sigue, huésped, ahí, porque no faltará en mi majada /donde pueda sentarme».<sup>[31]</sup> Luego, una vez que acabaron el almuerzo, Telémaco interrogó a Eumeo: «Dime, chache, ¿de dónde es el huésped? ¿Y cómo sus hombres / lo trajeron a Ítaca? ¿En dónde decíanse nacidos? / Por su pie, bien se deja entender, no ha llegado a esta tierra».<sup>[32]</sup> Eumeo repite el largo relato que Odiseo disfrazado le ha contado, tras lo cual Telémaco dice que sin duda alguna recibirá al extranjero como huésped, pero que no puede llevarlo al palacio por temor a que lo injurien los soberbios pretendientes.

Telémaco pide entonces a Eumeo que vaya rápidamente a la ciudad a informar a Penélope de que ha regresado sano y salvo de Pilos, y a rogarle que dé la noticia a Laertes, retirado en su finca. Eumeo se marcha, y en ese momento Atenea se aparece a Odiseo y le hace señas de que salga del cercado, donde habla con él y le dice:

¡Oh Laertíada, retoño de Zeus, Ulises mañero!  
Hora es ya de que hables al hijo sin más ocultarte  
y los dos caminéis a la noble ciudad a infligirles  
la ruina y la muerte a esos hombres y no habré yo misma  
de tardar en unirme a vosotros ansiosa de lucha.<sup>[33]</sup>

Hablándole de esta guisa, le tocó con su vara de oro y le devolvió su apariencia original, tras lo cual desapareció y Odiseo volvió a entrar en la casa. Telémaco quedó perplejo al ver semejante cambio y dijo que debía ser un «dios sin duda de aquellos que habitan el cielo anchuroso».<sup>[34]</sup> Odiseo a su vez le respondió:

«No soy dios, bien de cierto, ¿por qué a los eternos me igualas?  
Soy tu padre, aquel padre al que lloras ha tiempo sufriendo  
pesadumbres sin fin, soportando violencias ajenas».  
Tal diciéndole, al hijo besó y una lágrima a tierra  
sus mejillas dejaron caer, una lágrima en tanto  
contenida.<sup>[35]</sup>

Al principio Telémaco no pudo creerlo, pero Odiseo le convenció por fin de que era su padre. Telémaco entonces «se abrazó dolorido a su padre dejando ir su llanto. / Levantose en los dos vehementísimo afán de sollozos».<sup>[36]</sup>

A continuación, en respuesta a las preguntas de su hijo, Odiseo le contó cómo había sido llevado a Ítaca por los feacios, y añadió que había venido hasta allí para encontrarse con Telémaco y recabar noticias acerca de los pretendientes, que después «bien veré si podemos los dos, sin ayuda de nadie, / resistir frente a ellos o habrá que buscar más amigos».<sup>[37]</sup>

Telémaco le dijo que los pretendientes eran más de un centenar, y Odiseo le preguntó si pensaba que entre los dos podían llevar a cabo la tarea de quitarlos de en medio, contando, eso sí, con la ayuda de Atenea y Zeus. En respuesta dijo Telémaco: «Bravos son esos dos defensores que has dicho, aunque habiten / allá arriba en las nubes del cielo; ellos tienen el mando / en los hombres del mundo y también en los dioses eternos».<sup>[38]</sup>

Odiseo dijo a Telémaco que cuando volvieran a encontrarse en el palacio, reaparecía con su disfraz de viejo vagabundo. Dio entonces instrucciones a su hijo acerca de lo que debían hacer para tomar cumplida venganza de los pretendientes:

Cuando Atena, la rica en consejo, lo inspire a mi mente,  
yo te haré una señal de cabeza, tú obsérvala y marcha  
al momento y recoge las armas de guerra de toda  
nuestra casa, no dejes ni una. En la cámara baja  
las irás a guardar bien al fondo...  
Para ti y para mí retendrás dos espadas, dos lanzas,  
dos escudos de cuero boyal que en las manos nos sirvan  
para dar el ataque y hacernos con ellos.<sup>[39]</sup>

Eumeo regresó a su cabaña aquella misma noche y cenó con Telémaco y Odiseo, que para entonces había vuelto a ser transformado en mendigo por Atenea. La diosa «vistiolo de ropas astrosas temiendo / el que Eumeo, conociéndolo, fuese a llevar la noticia, / incapaz de guardarla en su pecho, a Penélope insigne / en prudencia».<sup>[40]</sup>

Telémaco preguntó al porquerizo: «¿Ya dejando / la emboscada ocuparon mi hogar los altivos galanes / o espiándome siguen los pasos que doy hacia casa?».<sup>[41]</sup> Eumeo contestó que había visto una rápida nave entrar en el puerto con muchos hombres armados a bordo: «Tal habló, sonriose al oírlo Telémaco augusto / y la vista cruzó con su padre esquivando al porquero».<sup>[42]</sup>

## VENGANZA Y REENCUENTRO

Al día siguiente Telémaco se encamina a la ciudad, dando un paseíto de unos veinte kilómetros, y dice a Eumeo que luego a mediodía lleve también a su huésped al pueblo a mendigar el pan, a lo cual accede Odiseo disfrazado de vagabundo. Cuando Telémaco entró en el palacio, fue recibido por la nodriza Euriclea, y al poco rato bajó también de sus aposentos su madre, Penélope, que lo abrazó entre lágrimas y le preguntó por el viaje. Telémaco respondió que luego se lo contaría todo, cuando volviera de reunirse con un amigo huésped al que había conocido durante el viaje de vuelta, refiriéndose a Odiseo disfrazado, y le dijo que lo había dejado en casa de su fiel compañero Pireo.

Mientras tanto, Eumeo y Odiseo, disfrazado de mendigo, se habían puesto en camino y estaban cerca ya de la ciudad cuando se encontraron al cabrero Melantio que, en compañía de otros dos pastores, llevaba a palacio algunos animales, la flor de sus rebaños, para el almuerzo de los pretendientes. Al verlos Melantio dijo: «Razón es que el villano conduzca al villano /... ¿Hacia dónde / llevas tú a semejante gorrón, oh gentil porquerizo, / a ese pobre asqueante, aguador de festines...?».<sup>[1]</sup> Y de paso dio una patada a Odiseo, quien se mantuvo firme en el camino, mientras meditaba si debía lanzarse contra el cabrero y golpearle con su palo, pero se contuvo y guardó silencio. Eumeo levantó los brazos y oró en voz alta a las ninfas de la sagrada fuente erigida junto al camino, pidiéndoles que trajeran a casa cuanto antes a Odiseo, que ya se encargaría de bajar los humos a Melantio y a los pretendientes a los que servía. Melantio replicó que él pensaba meter en una nave al extranjero y llevárselo a tierras lejanas para venderlo como esclavo; y ojalá un día de estos descargara Apolo su cólera sobre Telémaco o lo mataran los pretendientes: «¡Ah, que no hiriera Apolo, el del arco de plata, en las salas / a Telémaco hoy mismo o cayera al furor de los mozos / como Ulises perdió en lejas tierras la luz del regreso».<sup>[2]</sup>

El cabrero los adelantó y siguió su camino, junto con los zagales y sus cabras, y cuando llegó al palacio entró directamente y se unió a los pretendientes en el banquete, sentándose «frente a Eurímaco: él era entre todos su amigo querido».<sup>[3]</sup>

Cuando Odiseo y Eumeo llegaron a la casa oyeron los sonos de la lira, pues el aedo Femio había empezado a cantar para los pretendientes en el curso del banquete. Odiseo dijo a Eumeo que entrara, mientras él aguardaba fuera, a la puerta, cuyo umbral había traspasado por última vez veinte años atrás, cuando partió hacia Troya.

Mientras charlaban uno con otro, un perro que estaba acostado en el suelo allí cerca levantó la cabeza y las orejas. Era *Argos*, el perro de Odiseo, al que él mismo en otro tiempo había criado, pero ahora, ausente su dueño, era viejo y estaba mal

atendido, y yacía infestado de garrapatas sobre el montón de estiércol de mulas y bueyes que los criados habían vertido delante del porche antes de llevárselo para abonar con él los huertos.

Bien a Ulises notó que hacia él se acercaba y, al punto  
coleando dejó las orejas caer, mas no tuvo  
fuerzas ya para alzarse y llegar a su amo. Este al verlo  
desvió su mirada, enjugose una lágrima, hurtando  
prestamente su rostro al porquero.<sup>[4]</sup>

Eumeo entró en el palacio, seguido poco después de Odiseo. «Y a *Argo* sumiolo la muerte en sus sombras / no más ver a su dueño de vuelta al vigésimo año»<sup>[5]</sup>.

Eumeo agarró un taburete y se sentó a la mesa enfrente de Telémaco, mientras que Odiseo, en figura de viejo mendigo, cubierto de harapos, se echó en el umbral de la puerta. Al verlo allí, Telémaco cogió un poco de pan y de carne y dijo a Eumeo: «Ve a llevar esto al huésped y dile que luego dé vueltas / por la sala pidiendo uno a uno a los muchos galanes, / que no es bueno mostrar cortedad quien en súplica llega».<sup>[6]</sup>

Odiseo, sentado en el suelo, comió lo que le dieron. Volvió entonces a aparecérselo Atenea, y

... acercándose a Ulises Laertiada, moviolo a que fuera  
recogiendo mendrugos de pan de los muchos galanes  
y probase quién era entre ellos honrado o perverso.  
¡Asimismo no había de librar de desgracia a ninguno!...<sup>[7]</sup>  
empezó por el lado derecho y pidió a cada hombre  
extendiendo su mano: dijérase un ducho mendigo.  
Por piedad daban ellos y a un tiempo admirábanlo todos,  
preguntando uno a otro quién era y de dónde venía.<sup>[8]</sup>

Todos le dieron algo, excepto Antínoo, uno de los dos cabecillas de los pretendientes, que le mandó que se mantuviera lejos de su mesa. Agarró un escabel y se lo arrojó a Odiseo, que recibió un golpe en la espalda, en la parte del hombro derecho. El falso mendigo volvió a su sitio junto a la puerta y dijo ante toda la concurrencia: «Si es que existen deidades o furias que venguen al pobre, / coja a Antínoo la muerte sin dar cumplimiento a sus bodas».<sup>[9]</sup> Antínoo contestó irritado al vagabundo que se fuera inmediatamente, «no te arrastren del pie o de la mano los nobles mancebos / por la casa y te arranquen la piel por aquello que dices».<sup>[10]</sup>

Cuando Penélope tuvo noticia de lo que había sucedido, mandó llamar a Eumeo y le dijo que llevara al extranjero ante su presencia, que quería interrogarlo por ver si tenía noticias de su marido. Odiseo respondió diciendo al porquero que hiciera saber a Penélope que iría a sus aposentos después de la puesta del sol y que entonces respondería a todas sus preguntas en privado, sin miedo a los pretendientes. Eumeo dijo luego a Telémaco que se iba a su casa a cuidar de sus cerdos y que volvería a la mañana siguiente.

En el salón principal, mientras tanto, llegó un mendigo de gran corpulencia, conocido por todos, Iro, y Antínoo lo azuzó para que se peleara con Odiseo disfrazado de indigente, diciendo que premiaría al que de los dos saliera victorioso con unas tripas de cabra embutidas de manteca y de sangre que estaban asándose al fuego. Iro desafió a Odiseo, que lo tumbó con extrema facilidad de un golpe, ni siquiera muy fuerte, y lo sacó a rastras de la sala. Antínoo puso la morcilla ante Odiseo, mientras que otro pretendiente, Anfínomo, le daba dos hogazas de pan diciendo: «Ten salud, padre huésped, y al menos de aquí en adelante / sé feliz, pues que tantas desdichas te cercan ahora».<sup>[11]</sup>

Respondiendo a Anfínomo dijo Odiseo a los pretendientes:

... Yo estoy viendo  
a los jóvenes estos tramar insensatas empresas,  
disipar el caudal e infamar a la esposa de un hombre  
del que sé que no habrá de tardar en hallarse en su patria  
con los suyos; bien cerca está ya; que algún dios te conduzca  
libre y salvo a tu hogar y no tengas que hacerle aquí frente  
cuando esté de regreso en la patria querida; presiento  
que no habrá de evitarse la sangre en la lucha que emprendan  
los galanes y él una vez lo cobije este techo.<sup>[12]</sup>

Atenea entre tanto inspiró a Penélope la idea de «mostrarse / en persona a sus muchos galanes; quería darles vuelos / en su vana esperanza y que aquella quedase en más honra / de la que antes tenía con su esposo y su hijo».<sup>[13]</sup> Así lo hizo Penélope y una vez que Atenea la embelleció más si cabe, bajó de sus aposentos acompañada de dos sirvientas, una a cada lado, deslumbrando por completo con su hermosura a todos los presentes: «Los mozos, / por su encanto vencidos, sentían temblar las rodillas, / y anhelaba entre sí cada cual reposar junto a ella».<sup>[14]</sup>

Su aparición tuvo el efecto que Atenea había previsto, pues «un heraldo mandó cada cual que trajera sus dones»: Antínoo le regaló una túnica grande y preciosa, Eurímaco un collar bien labrado de oro, Euridamante un par de pendientes y Pisandro una rica gargantilla. «En tal modo vino / a ofrecer cada cual de los dánaos su hermoso presente. / La divina mujer a los altos tornó y las esclavas / a su lado cargadas subían de espléndidos dones»<sup>[15]</sup>.

Los pretendientes se pusieron de nuevo a comer y a beber al caer la noche. Eurímaco empezó a zaherir a Odiseo, disfrazado de pordiosero, que respondió llamándolo cobarde y diciendo: «Mas si Ulises / regresara de pronto y llegase al país de sus padres, / al momento esa puerta, con toda su anchura se haría / para ti bien estrecha al huir por el porche a la calle».<sup>[16]</sup> Aquellas palabras enfurecieron a Eurímaco, que arrojó un escabel contra Odiseo. Pero erró el golpe y el asiento fue a dar a un copero, que exhalando un gemido, cayó al suelo de espaldas. Los pretendientes prorrumpieron en gritos, y en medio de tanto bullicio Telémaco les aconsejó que se marchara cada uno a su casa, «y después de libar y beber cuanto fue de su gusto, / caminó cada cual a su casa vencido del sueño».<sup>[17]</sup>

Cuando los pretendientes se fueron, Odiseo permaneció en el salón con Telémaco, y los dos juntos repasaron la táctica que habían de utilizar para acabar con los insolentes cuando llegara el momento, ocultando todas las armas excepto las que pudieran utilizar ellos. Telémaco se fue entonces a acostar, dejando a su padre solo en el gran salón, «tramando, / con ayuda de Atena, la muerte de aquellos galanes».<sup>[18]</sup>

Bajó entonces Penélope con sus sirvientas, que prepararon un sillón para ella al amor de la lumbre, mientras retiraban los restos del banquete de los pretendientes. Al ver a Odiseo en figura de pordiosero dijo Penélope al ama: «Trae, Eurínoma, aquí un taburete, una piel echa encima / y sentado hable el huésped y escuche de mí lo que quiero / preguntarle, pues me ha de decir todo aquello que sepa».<sup>[19]</sup> Una vez sentado ante ella, Odiseo se sometió al interrogatorio de su esposa, que no sabía a quién tenía delante: «¿Quién eres? / ¿De qué gente? ¿Cuál es tu ciudad? ¿Quiénes fueron tus padres?».<sup>[20]</sup> Odiseo respondió: «Así pues, investiga de mí, que en tu casa me tienes; / deja a un lado, no obstante, mi cuna y mi patria, no vayan / a colmarme los tristes recuerdos el alma con nuevas / pesadumbres».<sup>[21]</sup>

Penélope respondió hablándole de sus múltiples aflicciones, asediada como estaba por una hueste de pretendientes, mientras que «solo a Ulises añoro y en ello consumo mi alma».<sup>[22]</sup> Contó que había logrado mantener a raya a los pretendientes montando un enorme telar en el palacio y poniéndose a tejer una mortaja para el anciano padre de Odiseo, Laertes; adujo ante los pretendientes que no atendería a sus pretensiones hasta no haber concluido esa labor, pero todo el trabajo que hacía durante el día, lo deshacía en secreto durante la noche para prolongar indefinidamente el proceso de fabricación del paño. Pero entonces sus criadas, algunas de las cuales se acostaban con los pretendientes, descubrieron su secreto y la increparon con insolencia. De modo que ya no podía diferir más su decisión, pues «a casar me dan prisa mis padres / y mi hijo se irrita de ver que destrozan su hacienda».<sup>[23]</sup>

En respuesta a la pregunta sobre sus orígenes, Odiseo contó una historia totalmente inventada según la cual era nieto del rey Minos de Creta, diciendo que había acogido en su palacio a Odiseo cuando pasó por la isla camino de Troya. Penélope intentó contrastar la veracidad de sus palabras preguntándole por las ropas que llevaba su marido y cuando el falso cretense se las describió con todo lujo de detalles, la desconsolada Penélope quedó convencida de que decía la verdad. El extranjero le contó también que se había enterado por Fidón, rey de Tesprotia, de que Odiseo había estado recientemente en ese país y de que estaba ya camino de Ítaca. Terminó diciendo a Penélope que «ni un mes pasará sin que llegue aquí Ulises, ya fuere / cuando acabe esta luna, bien ya cuando empiece la nueva».<sup>[24]</sup>

Penélope, sin embargo, seguía dudando de que su esposo fuera a regresar. Ordenó a sus sirvientas que bañaran al extranjero y le prepararan un lecho en el gran salón. Pero él le dijo que dormiría en el suelo, acostado sobre su propio manto, y que no deseaba que ninguna criada le lavara los pies, «si no hay / por ventura una dueña de

edad y discreta de entrañas / y que tenga sufridos los males que yo. Solo a esa / no le habré de impedir que se llegue a mis pies y los lave». [25]

Penélope llamó entonces a la vieja nodriza: «¡Ea! Levántate y ven para acá, mi discreta Euriclea, / a lavar a un varón de la edad de tu dueño; y sin duda / que así son a esta hora los pies y las manos de Ulises, / pues desgracia y pesar envejecen bien pronto a los hombres». [26]

Cuando la anciana sirvienta empezó a lavarle los pies, Odiseo cayó en la cuenta de que podía reconocerlo por la cicatriz que tenía en la rodilla, y que se había hecho en su juventud cuando un jabalí le mordió en el curso de una cacería. Justo en ese preciso instante Euriclea vio la marca y comprendió que el extranjero era Odiseo. Soltó conmovida la pierna, y al caer de golpe sobre la jofaina, la volcó con estrépito y derramó el agua.

La alegría y el dolor la tomaron a un tiempo. Sus ojos se llenaron de llanto, la voz se perdió en su garganta, mas a Ulises, al cabo, cogió del mentón y le dijo: «Cierto tú eres Ulises, mi niño querido, y no supe conocerte yo misma hasta haberte palpado las carnes». [27]

Euriclea se volvió hacia su señora, dispuesta a revelarles la identidad del extranjero, pero Atenea distrajo momentáneamente a Penélope, de modo que no se dio cuenta de sus intenciones. Apretando la garganta con su mano derecha a la anciana nodriza, Odiseo le advirtió que no lo identificara, y Euriclea juró guardar silencio, tras lo cual volvió a llenar de agua la jofaina y continuó lavándole los pies.

Una vez aseado, Odiseo acercó su asiento al fuego, ocultando la cicatriz bajo su manto harapiento, mientras Penélope lo interpelaba diciendo: «Todavía, huésped mío, he de hacerte una breve pregunta. / Hora pronto será de entregarse al reposo, a lo menos / el que pueda del sueño gozar, aun estando en cuidados; / pero a mí me ha asignado el destino un dolor sin medida». [28]

Y pasó a contarle dos sueños que había tenido, preguntándole si sabía interpretárselos. En el primero salían unas ocas, veinte en total, que en el sueño perecían en las garras de un águila fortísima que se lanzaba sobre ellas desde lo alto de una montaña, dejando sus cadáveres amontonados alrededor del palacio. Pero luego volvía el águila, se posaba en una viga del salón y le hablaba en lengua humana diciendo:

Ten valor, tú, nacida de Icaro, famoso en el mundo.  
Lo que ves no es un sueño, es verdad que tendrá de cumplirse:  
son las ocas tus propios galanes; yo, el águila antes,  
soy ahora tu esposo que vuelve y que a todos aquellos  
pretendientes habré de imponer su afrentoso destino. [29]

Interpretando el sueño de Penélope, Odiseo dijo a su vez: «¡Oh, mujer! No es posible entender ese sueño que has dicho / de manera distinta y Ulises por sí te ha

explicado lo que habrá de pasar: la ruina amenaza a esos hombres; / ni uno solo se habrá de escapar de la parca y la muerte». [30]

Penélope le contó entonces su segundo sueño, que, según dijo, era muy extraño, pidiéndole que lo guardara en su corazón:

Saldrá pronto la aurora funesta que habrá de sacarme  
de las casas de Ulises. Les voy a poner a esos hombres  
una prueba: serán doce hachas que aquel en su sala,  
cual si fueran soportes de quilla, ordenaba en hilera  
para luego a distancia de ellas pasar a las doce  
con sus flechas. Tal prueba yo ahora pondré a mis galanes.  
Al que de ellos, tomando en sus manos el arco de Ulises,  
más aprisa lo curve y traspase las doce señales,  
a ese habré de seguir alejándome de esta morada  
de mi esposo tan bella y repleta de bienes; mas nunca,  
bien lo sé, su recuerdo me habrá de dejar, ni aun en sueños. [31]

Odiseo, a su vez, replicó interpretando el sueño y diciéndole que debía seguir adelante con la convocatoria de la prueba:

¡Oh mujer, venerable consorte de Ulises Laertiada!  
No dilates un punto el hacer esa prueba en tu casa,  
porque antes aquí estará Ulises, el rico en ingenios,  
que esos hombres, palpando en redor aquel arco pulido,  
estirarle consigan la cuerda y flechar por los hierros. [32]

Penélope contestó diciéndole que si quisiera seguir allí sentado entreteniéndola, ella lo escucharía toda la noche, pero le había entrado sueño y necesitaba irse a dormir:

«Por mi parte voy yo a recogerme en mis salas de arriba  
y a ocupar aquel lecho doliente que empapan mis ojos  
con sus lloros sin fin desde el día en que al mar se hizo Ulises  
para ver esa Mala-Ilión que aun de nombre abomino.  
Allá ireme a acostar; tú reposa aquí mismo, ya en ropas  
que te extiendas por tierra o mandando te pongan un lecho». [33]  
Así dijo y subiose a sus altas y ricas estancias,  
mas no sola, que al lado compañía le daban sus siervas;  
y al hallarse de nuevo en los altos con ellas, al llanto  
por Ulises su esposo se dio, mas al fin dulce sueño  
en sus párpados vino a verter la ojizarca Atenea. [34]

Al día siguiente había una gran fiesta en la ciudad, de modo que Telémaco se levantó temprano y bajó a la gran sala, donde las criadas estaban ya preparando el fuego para los pretendientes. Llegó Eumeo «que traía tres cerdos cebones, la flor de sus greyes». [35] El porquero estuvo echando una ojeada por el palacio y, al ver a Odiseo con apariencia de mendigo, le preguntó cariñosamente cómo había transcurrido el resto de la velada: «Forastero, ¿los dánaos te tratan mejor o te siguen / afrentando a través del palacio lo mismo que antes?». [36] Odiseo respondió diciendo:

«¡Ojalá que los dioses, Eumeo, vengaran la infamia / de esta turba insolente que trama furiosas maldades / en ajena mansión, sin sentir el más leve respeto!».<sup>[37]</sup>

Mientras estaban conversando entró en la sala el cabrero Melantio, seguido de otros dos zagales que traían las cabras escogidas para el banquete de los pretendientes. Melantio ató las cabras y «acercándose a Ulises después desatose en injurias». <sup>[38]</sup>

Forastero, ¿aún aquí molestando a través del palacio  
e implorando a la gente? ¿No es tiempo que tomes la puerta?  
Bien se ve que otro medio no habrá de salir del incordio  
que trabarnos de manos los dos, pues te excedes pidiendo  
cuando hay en el mismo país otros muchos banquetes».   
Tal habló, mas Ulises, el héroe sagaz, no repuso palabra;  
silencioso movió la cabeza agitando mil males.<sup>[39]</sup>

Entró luego el boyero Filetio, «que una vaca infecunda traía a los galanes y cabras / bien cebadas». <sup>[40]</sup> Preguntó a Eumeo quién era aquel forastero, al tiempo que comentaba: «Por su cuerpo dijérase un rey o un jefe del pueblo». <sup>[41]</sup> Volvióse hacia él y le tendió la diestra dándole la bienvenida y diciendo que se entristecía al pensar en Odiseo, sin saber cuál había sido su suerte, pues «si ha muerto / y se halla en las casas de Hades, será mi desgracia». <sup>[42]</sup> Odiseo, en efecto, lo había puesto cuando aún era un niño al cuidado de sus vacas. Hacía ya mucho tiempo que se habría escapado y se habría trasladado a otra tierra, añadió, pero aún pensaba que su amo podía regresar y echar a los pretendientes. Disfrazado de anciano mendigo, replicole a su vez Odiseo haciendo un juramento solemne: «Te aseguro que estando tú aquí llegará a casa Ulises / y verás con tus ojos, si quieres, la muerte de aquellos / pretendientes que en Ítaca ahora se dan por señores». <sup>[43]</sup>

Mientras tanto los pretendientes se habían reunido en el gran salón para el banquete, y Telémaco hizo sentar a su padre, disfrazado de anciano pordiosero, en un vil taburete delante de una mesa pequeña muy cerca del portal, y mandó que le sirvieran comida y vino. Al ver allí al extranjero, Ctesipo de Sama (Cefalonia) le arrojó una pata de vaca que halló en un canasto, pero falló el golpe y el hueso fue a dar contra el muro. Telémaco le increpó diciéndole que había tenido suerte, pues, si hubiera herido al huésped, lo habría matado.

Mientras tanto Atenea había recordado a Penélope el certamen del que había hablado a su esposo, disfrazado de pordiosero, y fue al desván a buscar el arco y la aljaba de Odiseo, que las criadas bajaron al gran salón, donde la ilustre señora se dirigió a los pretendientes en los siguientes términos:

Escuchad, pretendientes altivos...  
... pues este  
se mostró como el premio en disputa, ¡oh donceles!, yo os voy  
a poner por delante el gran arco de Ulises divino:  
quien de todos cogiendo en sus manos el arco de Ulises  
más de prisa lo curve y traspase las doce señales,

a ese habré de seguir alejándome de esta morada  
de mi esposo.<sup>[44]</sup>

Telémaco colocó las doce hachas de modo que los aros de los mangos quedaran en fila, tras lo cual probó el arco, diciendo que si ganaba él el certamen, su madre permanecería a su lado en palacio, cuyo gobierno asumiría como heredero de su padre. Diciendo así, el joven intentó tensarlo, pero aunque probó por tres veces, fracasó. Cuando al cuarto intento estaba ya a punto de conseguirlo, Odiseo le hizo un gesto con la cabeza y le ordenó parar.

Telémaco soltó el arco, lo depositó en tierra e invitó a los pretendientes a probar suerte, en vista de lo cual dijo Antínoo: «Idos todos, ¡oh amigos!, alzando de izquierda a derecha, / por el orden que sigue el copero al servirnos el vino».<sup>[45]</sup>

El primero en probar fue Leodes, hijo Énope, que tenía dotes adivinatorias. Cuando intentó tensar el arco y falló, habló proféticamente a los demás pretendientes, advirtiéndoles que debían cejar en su vano empeño de cortejar a Penélope, pues habría de costarles la vida, y les aconsejó que cada uno «procure / conquistar con presentes nupciales a alguna de tantas / bien vestidas aqueas».<sup>[46]</sup>

Antínoo se irritó sobremanera y dijo que, aunque Leodes era un flojo y no había sido capaz de tensarlo, «pronto / otros nobles galanes habrán de tender ese arco».<sup>[47]</sup> Ordenó entonces al cabrero Melantio que encendiera un fuego en la sala. «Trae luego una rueda del sebo que ahí guardan / por que, ungidos de grasa y entrando en calor, los donceles / tanteemos el arco y llevemos a fin esta prueba»<sup>[48]</sup>.

Melantio hizo lo que le habían ordenado y luego «calentáronse allá los donceles, probaron el arco, / mas ninguno logró disparar; les faltaban las fuerzas. Y avanzaron Antínoo y Eurímaco, un dios en figura, / que por más esforzados guiaban a todos los otros».<sup>[49]</sup>

Eumeo, el porquero, y Filetio, el boyero abandonaron juntos la sala y se fueron al patio, seguidos de cerca por el propio Odiseo. Les preguntó este qué harían si de repente regresara su antiguo amo: «¿Estaríais con él o con esos galanes?».<sup>[50]</sup> Los dos juraron que lucharían por su señor, tras lo cual Odiseo les reveló su verdadera identidad, mostrándoles la cicatriz de la rodilla. Se abrazaron y besaron unos y otros, y de inmediato les expuso Odiseo su plan para vengarse de los pretendientes.

Dijo que cuando pidiera que le dejaran probar el arco y la aljaba, Eumeo se los trajera por muchas objeciones que pusieran los pretendientes, tras lo cual advertiría a las criadas que cerraran las puertas de acceso a la sala con cerrojo y que ellas permanecieran fuera quietas y en silencio. A continuación dijo al boyero: «Y a ti, noble Filetio, te encargo de echar el cerrojo / de la puerta del patio y atarle la cuerda bien firme».<sup>[51]</sup>

Odiseo volvió al salón y se sentó en el taburete del que se había levantado poco antes, y enseguida entraron también Eumeo y Filetio. En ese momento había cogido el arco de Odiseo Eurímaco: «Mas ya Eurímaco daba en sus manos cien vueltas al

arco / calentándolo al fuego de un lado y de otro. No pudo, / pese a todo, tenderlo; en su pecho soberbio un sollozo / desgarrado estalló e irritándose habló estas palabras»:  
[52]

¿Quién dijera? El dolor me ha invadido por mí y por los otros,  
y no tanto, aun sintiéndolo, peno por mor de esas bodas,  
pues que hay otras muchas aqueas en Ítaca misma,  
la cercada del mar, y en las otras ciudades. Me duelo  
de quedar en vigor tan por bajo de Ulises divino,  
que no hayamos podido tender ese arco: ignominia  
que aun las gentes futuras vendrán a saber de nosotros.<sup>[53]</sup>

Respondió a su vez Antínoo, diciendo que no abandonarían el certamen, simplemente lo pospondrían para el día siguiente, cuando, una vez sacrificadas más cabras, seguirían banqueteadando, y ofreciendo los muslos a Apolo, «glorioso flechero, / tanteemos el arco y llevemos a fin el certamen».<sup>[54]</sup> Como la propuesta fue del agrado de los demás pretendientes, mandaron venir a sus heraldos, que, después de colmar de vino las cráteras, les sirvieron para que continuaran bebiendo. Cuando hubieron bebido a placer, se levantó Odiseo y dijo, dirigiéndose en particular a Eurímaco y Antínoo:

... ya que este os acaba de dar el juicioso consejo  
de cesar en el tiro y dejar lo demás a los dioses,  
pues mañana uno de ellos dará la victoria a quien quiera.  
Pero, ¡ea!, entregadme a mí el arco, que aquí ante vosotros  
haga prueba de brazos y fuerzas y vea si conservo  
la pujanza de antaño en mis miembros flexibles o puso  
fin a todo mi vida errabunda y la falta de cuidados.<sup>[55]</sup>

Los pretendientes se indignaron de mala manera y Antínoo le advirtió que se guardara muy mucho de tocar el arco, aconsejándole que se estuviera calladito: «queda, pues, ahí tranquilo / a beber sin entrar en disputa con hombres más mozos».  
[56] Penélope, empero, le replicó diciendo:

No está bien... hostigar a los hombres,  
quienes fueren, que vienen a casa y Telémaco hospeda.  
¿O tal vez has pensado que si ese extranjero, fiando  
en sus brazos robustos, tendiere el gran arco de Ulises,  
va a llevarme a su hogar y a tenerme de esposa? Ni él mismo  
de seguro esa idea ha abrigado en su pecho. A ninguno  
de vosotros aquí se le amargue el manjar por tal cosa,  
pues ni se ha de cumplir ni de buen parecer fuera ello.<sup>[57]</sup>

Eurímaco le contestó diciendo que no temían que el extranjero aquel se la llevara, pero les daba vergüenza enfrentarse a lo que pudiera decir la gente, burlándose de que ninguno de ellos fuera capaz de tensar el arco, «y hete aquí que un cualquiera, un mendigo que errante allá vino, / lo tendió sin esfuerzo y su flecha pasó las anillas. Tal dirán; para todos nosotros será gran oprobio».<sup>[58]</sup>

La discreta Penélope replicó a Eurímaco que, si no cabía esperar que gozaran de muy buena fama entre la gente «unos hombres que, a un tiempo, devoran e infaman la casa / de un varón principal: ¿por qué, pues, recibís eso otro / como oprobio?».[59]

Telémaco dijo luego a Penélope que solo él tenía autoridad sobre el arco y podía conceder permiso al extranjero para que lo utilizara, si así lo decidía; tras lo cual ordenó a su madre volver a sus estancias con sus sirvientas, «pues que tengo el poder en la casa».[60]

Admirada la madre tornose y marchó a su aposento  
con el grave discurso del hijo metido en el alma  
y, en el alto otra vez con sus siervas, dejaba ir su llanto  
por Ulises, su esposo y su amor; mas al fin dulce sueño  
en sus párpados vino a verter la ojizarca Atenea.[61]

Eumeo cogió entonces el arco para acercárselo a Odiseo, pero los pretendientes lo increparon de tal modo y se armó tal griterío, que volvió a dejarlo en su sitio. Telémaco, sin embargo, le ordenó que siguiera adelante y entregara el arco al forastero, añadiendo que, si fuera más fuerte, él mismo echaría de su casa a todos aquellos gorriones. «Tal les dijo y, con gozo de oírlo, riéronse todos / los galanes; calmose el rencor que guardaban de antes / contra él; tomó el arco el porquero y, cruzando por medio, / se acercó a su discreto señor y lo puso en sus manos».[62]

A continuación el porquero dijo a la nodriza Euriclea que cerrara las puertas de la sala con cerrojo, y que se quedara fuera con las demás mujeres en silencio. Al mismo tiempo Filetio salió sigilosamente del salón y cerró las puertas del patio, tras lo cual volvió a tomar asiento y desde allí «contemplaba a su dueño, que daba ya vueltas al arco / por doquier, observándolo a un lado y a otro, no hubiese / la polilla en su ausencia comido los cuernos».[63]

Los pretendientes miraban perplejos a Odiseo y uno de ellos comentó con desdén: «Un taimado es el huésped o ducho en el arco».[64] Otro dijo que esperaba que la pericia del extranjero en tensar el arco fuera tan grande como la mala suerte que había tenido hasta entonces. Mientras hablaban,

... con igual suavidad allá Ulises  
su gran arco tendió; por su diestra probada la cuerda,  
resonó claro y bien como pío que da golondrina.  
Gran dolor invadió a los galanes y todos mudaron  
de color; tronó Zeus con fuerza mostrando sus signos.[65]

Al oír el sonido del arco, Odiseo tomó una flecha que había sobre la mesa junto al carcaj, que encerraba otras muchas, y entonces

... tiró de la cuerda y las muescas  
y, del mismo escabel donde estaba sentado, apuntando  
bien derecho, la flecha lanzó; no marró en uno solo  
de los aros de hachas; el asta con punta de bronce  
traspasándolos todos afuera salió.[66]

Volviéndose hacia su hijo, dijo Odiseo: «¡Oh Telémaco! El huésped que albergas / no te da deshonor en tus salas: no erré ningún blanco / ni el tender este arco me dio gran quehacer; sigue entero / mi vigor, aunque más despreciado por esos galanes».[67]

Hizo una señal al joven, quien «ciñose la espada / puntiaguda, echó mano a la lanza y al lado del padre / se apostó junto al trono, cubierto de fúlgido bronce»:[68]

Y hete en esto que Ulises sagaz se quitó los andrajos  
y saltó al ancho umbral, embrazados el arco y la aljaba  
bien repleta; vertiendo el montón de las flechas veloces  
allí mismo a sus pies, se volvió a los galanes y dijo:  
«Este juego está ya de una vez terminado y ahora  
otro blanco me voy a poner al que nunca hombre alguno  
disparó, por si puedo alcanzarlo y me da gloria Apolo».[69]

Tal diciendo apuntó a Antínoo, que en ese mismo momento se disponía a llevarse a los labios una copa de oro de dos cavidades, y disparando una flecha, le atravesó la garganta, matándolo al instante. El insolente se hundió en su asiento y se le cayó la copa de la mano; resbaló luego a tierra, chocando con la mesa, y todos los manjares que había en ella rodaron por el suelo. Los pretendientes saltaron como movidos por un resorte y miraron en torno buscando alguna arma con la que pudieran defenderse, mas «no había / por allí lanza alguna robusta o broquel».[70]

Se volvieron gritando hacia Odiseo y le amenazaron diciendo que, después de matar al varón más noble de Ítaca, «la ruina se cierne / sobre ti».[71] Odiseo «los miró torvamente»[72] y exclamó:

¡Perros viles, que ya os figurabais que yo nunca habría  
de volver de la tierra de Troya y estabais por eso  
devorando mi casa, os llevabais al lecho a mis siervas  
y a mi esposa asediabais estando yo en vida, sin miedo  
de los dioses que habitan el cielo anchuroso o cuidado  
de futuras venganzas por parte de hombres! Ya ahora  
prisioneros a todos os tiene la muerte en sus lazos.[73]

Los pretendientes quedaron horrorizados y miraron a su alrededor buscando algún medio de escapar a la muerte. Solo Eurímaco respondió a las palabras de Odiseo diciendo que, si en efecto era él, tenía todo el derecho a vengarse de lo que habían hecho los pretendientes, pero echó la culpa de todo a Antínoo, que había intentado matar a Telémaco para erigirse él mismo en rey de Ítaca. Añadió que él y los demás compensarían a Odiseo por todo «lo comido y bebido en tus salas... /...y en tanto tu alma / satisfecha no esté, sufriremos sin queja tus iras».[74]

Odiseo rechazó la oferta y dijo a Eurímaco que no cesaría en la matanza «hasta el punto / en que logre del todo vengar vuestro gran desafuero. / Dos extremos os quedan, no más: enfrentaros en lucha / o escapar, si libraros podéis de la muerte y las parcas; / mas no pienso que muchos rehúyan la abrupta ruina».[75]

Eurímaco gritó entonces a los demás pretendientes y les dijo que desenvainaran las espadas y usaran las mesas a modo de escudos, de modo que manteniéndose firmes lograran acorralar a Odiseo y obligarlo a salir al porche, armando un estruendo que se oyera en toda la ciudad. Habiendo hablado así, sacó la espada y cargó contra Odiseo, que lo mató atravesándole el pecho con una saeta. Anfínomo entonces saltó hacia delante esgrimiendo la espada y atacó a Odiseo, pero Telémaco agarró la lanza y lo atravesó con ella disparándole por la espalda, tras lo cual corrió a unirse a su padre junto a las puertas de la sala:

«Padre, voy a traerte un escudo y un yelmo de bronce que ajustado a las sienes te cubra y dos picas; yo mismo me armaré cuando vuelva y daré al porquerizo otras armas y también al boyero: es mejor que luchemos armados». Contestando a su vez dijo Ulises, el rico en ingenios: «Corre y tráelos en tanto me duran las flechas, no fuere que, quedándome solo, me logren echar de estas puertas».<sup>[76]</sup>

Odiseo siguió matando pretendientes a cada disparo mientras le duraron las flechas, tras lo cual embrazó su escudo de piel de vaca y se caló el casco de hermoso penacho, armándose con dos poderosas lanzas de bronce. Dijo a Eumeo que montara guardia junto al portillo que salía al corredor, y por el que solo había un hombre. Agelao gritó a los demás pretendientes proponiéndoles que alguno de ellos se deslizase por el portillo y diera la alarma en la ciudad, pero el cabrero Melantio le replicó que iba a resultar muy difícil salir por él y que, por el contrario, él subiría al tesoro del palacio donde creía que estaban escondidas las armas. Melantio subió hasta los vanos de la sala y volvió trayendo una docena de escudos y lanzas para los pretendientes, que empezaron a armarse.

Odiseo flaqueó al ver la situación y habló a Telémaco diciéndole que ordenara al porquero que comprobara quién estaba ayudando a armarse a los pretendientes. Justo entonces Eumeo vio a Melantio escabullirse de nuevo hacia el desván, y preguntó qué debía hacer con él, si matarlo o traerlo cautivo. Odiseo respondió que si Filetio y él lograban capturar a Melantio, lo sujetaran atándolo bien fuerte con una cuerda y lo colgaran de una viga del techo, donde permanecería largo rato sufriendo hasta que tuvieran tiempo de ocuparse de él. Los fieles criados hicieron lo que les habían dicho, tras lo cual se armaron ellos también y se reunieron con Odiseo y Telémaco, enfrentándose los cuatro a la pandilla de los pretendientes.

Justo entonces se les apareció Atenea, adoptando la apariencia de Mentor, íntimo amigo de Odiseo, que de inmediato supo que era la diosa disfrazada y no dudó en pedirle ayuda. Los pretendientes se pusieron a gritar, amenazando a Mentor con matarlo si se ponía de parte de Odiseo. Aquello indignó sobremanera a la diosa. «Ella entonces de un salto posose en la viga maestra / del oscuro salón transformada en vulgar golondrina»<sup>[77]</sup>.

Agelao exhortó a otros cinco pretendientes, los mejores que quedaban, diciéndoles que los seis al mismo tiempo lanzaran sus picas contra Odiseo, y añadió: «Una vez caiga él, ¿qué cuidado han de darnos los otros?».<sup>[78]</sup> Dispararon entonces sus lanzas, pero Atenea las desvió, de modo que erraron el blanco y, a su vez, Odiseo y sus compañeros dispararon las suyas, matando de un golpe a cuatro de sus adversarios.

Los demás pretendientes se retiraron a un rincón de la sala, tras lo cual Odiseo y sus compañeros corrieron a arrancar sus lanzas de los cadáveres de los que habían matado. Los pretendientes volvieron a disparar una nueva lluvia de lanzas, hiriendo levemente a Telémaco y a Eumeo, tras lo cual Odiseo y sus amigos lanzaron sus picas y mataron a otros cuatro adversarios. Odiseo y Telémaco se lanzaron entonces a la carga embrazando sus lanzas y mataron a dos pretendientes más, a Agelao y a Leócrito, mientras que los supervivientes, espantados, «corrían en la sala cual vacas dispersas».<sup>[79]</sup>

Entonces empezó realmente la matanza, «de tal modo, a través de la sala, acababan a golpes / con los hombres a un lado y a otro: se alzaba un gemido / temeroso al herir de cabezas y el suelo humeaba / todo en sangre».<sup>[80]</sup>

El adivino Leodes agarró a Odiseo por las rodillas y le imploró clemencia, afirmando que solo había puesto sus vaticinios a disposición de los pretendientes, pero que nunca había hecho nada malo. Odiseo le contestó que con mucha frecuencia debió de pedir a los dioses que no regresara nunca y «que mi esposa / te siguiese a tu casa y te diese unos hijos de ella: / en justicia no habrás de escapar al dolor de la muerte».<sup>[81]</sup> Odiseo agarró luego la espada que había soltado Agelao al morir, y degolló a Leodes. «Y él cayó dando un grito y el polvo cubrió su cabeza»<sup>[82]</sup>.

Los únicos de los que tuvo piedad fueron el aedo Femio y el heraldo Medonte, a quienes perdonó la vida cuando Telémaco le contó que se habían visto obligados a servir a los pretendientes. Odiseo les dijo que se quedaran sentados afuera, «que yo tengo aún mi quehacer en la casa».<sup>[83]</sup>

Odiseo registró la gran sala comprobando si alguno de los malvados había escapado con vida, «pero todos estaban allá sobre el polvo y la sangre, / derribados en gran multitud... de ese modo hacinados quedaban allá los galanes».<sup>[84]</sup> Dijo entonces a Telémaco que llamara a la nodriza Euriclea. Una vez en su presencia le ordenó: «Pero, ¡ea!, di tú de las siervas que tengo en mi casa, / cuáles me han deshonrado y qué otras quedaron sin culpa». La anciana respondió que de las cincuenta que había «doce solo entre todas entraron en vía de vergüenza / sin respeto ninguno ni a mí ni a Penélope misma».<sup>[85]</sup>

Odiseo mandó que le trajeran a las doce sirvientas infieles y las puso manos a la obra, primero sacando los cadáveres de los pretendientes al patio y amontonándolos en el porche, y luego limpiando el salón. Ordenó además que cuando acabaran su faena, las doce desvergonzadas fueran ejecutadas. Pero Telémaco, hablando a Eumeo y Filetio, dijo: «No daré yo, en verdad, muerte noble de espada a estas siervas / que a

mi madre y a mí nos tenían abrumados de oprobios / y pasaban sus noches al lado de aquellos galanes».<sup>[86]</sup>

Telémaco agarró primero una maroma de barco y la ató entre una elevada columna y otra obra de fábrica que había en el patio, tras lo cual colgó de ella a las criadas: «Tal mostraban allí sus cabezas en fila, y un nudo / constriñó cada cuello hasta darles el fin más penoso / tras un breve y convulso agitar de sus pies en el aire».<sup>[87]</sup>

Después se ocuparon de Melantio, tras descolgarlo de las vigas de las que lo habían tenido suspendido y arrastrarlo hasta el patio, donde «con el bronce cruel le cortaron narices y orejas, / le arrancaron sus partes después, arrojáronlas crudas / a los perros y, al fin, amputáronle piernas y brazos / con encono insaciable».<sup>[88]</sup>

Una vez lavadas las manos y los pies, volvieron con Odiseo, que dijo a la nodriza Euriclea: «Tráeme azufre, ¡oh anciana!, remedio de males, y trae / también fuego, que voy a azufrar el salón. Después corre / a Penélope y dile que venga en unión de sus siervas / y que vengan las otras esclavas que en casa han quedado».<sup>[89]</sup>

Euriclea «el azufre le trajo y el fuego y Ulises al punto / comenzó a fumigar el salón, las estancias y el patio»,<sup>[90]</sup> mientras la anciana iba a llamar a las criadas fieles para que se reunieran en el patio.

... De sus cuartos  
con la antorcha en la mano vinieron y en torno a su dueño  
se extendieron en grupo; acogíanlo con tierno cariño,  
su cabeza besaban, sus hombros, sus manos; y a Ulises  
le invadió las entrañas un dulce anhelar de sollozos  
y de llanto, que en él cada cual despertaba un recuerdo.<sup>[91]</sup>

Mientras tanto, Euriclea había ido a despertar a Penélope y a decirle que el huésped-extranjero era su amado Odiseo, que había matado a todos los pretendientes, y ahora la esperaba en la gran sala ansioso por verla. Penélope se negó a creer a la anciana nodriza, pero la acompañó y bajó a la sala, sopesando «si quedarse a distancia y de allí preguntar al esposo / o acercarse y besar su cabeza y sus manos».<sup>[92]</sup>

Por el porche solado de piedras entraba en la sala  
y sentose a la luz del hogar a la vista de Ulises,  
mas del lado contrario. Arrimado a elevada columna,  
él al suelo miraba en su asiento esperando que algo  
le dijese su prócer esposa una vez que lo viera;  
pero ella en silencio quedó: dominábala el pasmo  
y a las veces mirándole el rostro creía conocerlo  
y otras veces hacíanle dudar sus astrosos vestidos.<sup>[93]</sup>

Telémaco reprendió a su madre por mostrarse tan esquiva, y Penélope le respondió explicándole los motivos de su actitud:

Tan suspensa, hijo mío, he quedado entre mí que no puedo  
dirigirle palabra ni hacerle pregunta ni alcanzo

tan siquiera a mirar frente a frente su rostro. Si el huésped es Ulises realmente que ha vuelto a su casa, sabremos comprobarlo él y yo entre nosotros: tenemos señales que guardamos secretas los dos y que nadie conoce.<sup>[94]</sup>

Odiseo sonrió y tranquilizó a su hijo: «Tú, Telémaco, deja en la sala a tu madre y que ella / me someta a mí a prueba: bien pronto vendrá a conocerme, / pues ahora que sucio me ve y en tan malos vestidos, / me desprecia dudando que sea yo quien soy».<sup>[95]</sup>

Y a continuación insistió en que debían hacer planes, pues los familiares de los pretendientes no tardarían en enterarse de la muerte de sus hijos y parientes e intentarían vengarse. Su consejo era lavarse y vestirse decentemente todos, y que el aedo Femio tocara la lira como si en la casa estuvieran celebrando unas bodas. «Que no corra entre el pueblo el rumor de la muerte de aquellos / pretendientes sin que antes nosotros estemos a salvo / en la finca y su densa arboleda, que allí encontraremos / la ventura que quiera el Olimpio ponernos a mano»<sup>[96]</sup>.

El ama de llaves Eurínome bañó a Odiseo y lo ungió bien de aceite de oliva, tras lo cual lo vistió con un hermoso manto y una túnica. «Parecíase, salido del baño, a los dioses sin muerte / y, viniendo a ocupar el sillón donde había estado antes, / enfrentose a su esposa y hablóle con estas palabras».<sup>[97]</sup>

No te entiendo, mujer. Los que habitan las casas olímpicas duro pecho te han dado entre todas las hembras: ¿qué otra renunciara, oprimiendo su alma, a acercarse a su esposo que ha llegado hasta ella sufriendo incontables dolores y después de faltar veinte años regresa a su patria? Mas prepara mi cama, Euriclea, que duerma aunque solo: ¡corazón como el hierro de duro se alberga en su pecho!<sup>[98]</sup>

Penélope respondió diciéndole:

¡Oh varón singular! No hay en mí ni desprecio ni orgullo ni te extraño en verdad demasiado: te veo como eras al partir de la cosa itaqueña en bajel que impulsaban largos remos. Mas anda, Euriclea, ve y tiende su lecho allá dentro, en la sólida alcoba nupcial construida en un tiempo por él; pon la recia armazón y haz su cama sobre ella con pieles y mantos y colchas vistosas.<sup>[99]</sup>

Odiseo hizo ver que estaba gravemente dolido en su corazón al oír semejante respuesta, pues él mismo había construido la cama en torno al tronco de un olivo que crecía en el patio y había levantado la alcoba a su alrededor. Tras describir su estructura con todo detalle, dijo: «Tales fueron del lecho el trabajo y señal, mas ahora / ¡oh mujer!, yo no sé si él está firme allá o algún hombre / lo ha llevado a otro sitio serrando por bajo aquel tronco».<sup>[100]</sup>

Tal le dijo y en ella quebró el corazón; flaquearon las rodillas oyendo el preciso relato de Ulises;

rompió en llanto, a su encuentro corrió con los brazos tendidos  
y estrechando su cuello besábale el rostro y decía:  
«No te enojés, Ulises, conmigo, que siempre el más cuerdo  
te mostraste de todos los hombres...  
... No te irrites  
contra mí, pues, por ello, ni tomes a mal que yo misma  
no te diera, una vez que te vi, bienvenida más grata:  
en el fondo del alma sentí siempre horror de que alguno  
de los hombres mortales viniendo a estas casas pudiera  
engañarme con falsas razones, pues muchos maquinan  
las más pérfidas trazas».[101]

Odiseo también se puso a llorar al abrazar por fin a Penélope, «sin poder desprender de su cuello los cándidos brazos».[102] Cuando al fin volvió a ser dueño de sí y fue capaz de articular palabra dijo: «Mas vamos al lecho, mujer, repongamos / nuestras fuerzas gozando entregados al plácido sueño».[103] Ella a su vez le aseguró: «Ese lecho dispuesto estará para ti cuando quiera / te apetezca, una vez que los dioses por fin te trajeron / a tu bien construida mansión y al país de tus padres».[104]

Mientras hablaban, Euriclea y Eurínome se fueron a preparar la cama. Euriclea fue también a acostarse, mientras que Eurínome, como ama de llaves, condujo a Odiseo y Penélope a su alcoba. Cuando Eurínome se marchó, «saludaban gozosos su lecho de bodas de antaño».[105] Más tarde, «los esposos después de gozar del amor deseado / disfrutaban contando uno a otro las propias historias».[106]

Penélope explicó a Odiseo todo lo que había tenido que soportar en el palacio por obra de los pretendientes, y luego él le contó a ella la larga historia de sus desgracias «y sus mismas penosas fatigas / sin dejarse atrás nada. Gozaba ella oyendo y el sueño / no cerraba sus ojos en tanto seguía aquel relato».[107]

A la mañana siguiente, cuando se despertaron, Odiseo siguió hablando con Penélope y le dijo que se iba a la finca a ver a su padre, Laertes, y le dio instrucciones sobre lo que debía hacer en su ausencia:

«... No bien salga el sol, la noticia  
correrá de la muerte que en casa les di a los galanes;  
vete tú con tus siervas tranquila a los altos y evita  
ver a nadie que llegue de fuera y entrar en preguntas».  
Tal le dijo y los hombros vistiose con armas brillantes;  
despertando a Telémaco, al fiel porquerizo y al guarda  
de los bueyes, mandoles tomar sus aprestos de guerra  
y obedientes los tres se ciñeron el cuerpo de bronce.  
Luego abrieron la puerta y salieron: Ulises guiaba;  
ya en la tierra extendíase la luz, mas Atena envolviolos  
a ellos todos en noche y así los sacó del poblado».[108]

## LA «ODISEA» CONTINÚA

La última sección de la *Odisea*, el canto XXIV, comienza cuando Hermes convoca a las almas de los pretendientes muertos y «sus pasos guiaba en las lóbregas rutas»<sup>[1]</sup> hacia la mansión de Hades: «Del océano a las ondas llegaron, al cabo de Leucas [la peña Blanca], / a las puertas del sol, al país de los sueños, y pronto / descendiendo vinieron al prado de asfódelos, donde / se guarecen las almas, imágenes de hombres exhaustos».<sup>[2]</sup>

Encontraron allí a las almas de Aquiles, Patroclo, Antíloco, Áyax Telamonio y Agamenón. El primero en hablar fue Aquiles, que se dirigió a Agamenón diciendo que muchos pensaban que era entre todos particularmente favorecido por Zeus, «mas he aquí que a ti mismo te vino a encontrar bien temprano / esa muerte que nadie rehúye una vez que ha nacido».<sup>[3]</sup>

¡Cuánto fuera mejor que, gozando el honor de tu reino,  
alcanzaras tu sino y tu fin en los campos de Troya!  
Los argivos en pleno te hubieran alzado una tumba  
un renombre glorioso le hubieras ganado a tu hijo:  
¡en verdad te tocó perecer con la más triste muerte!<sup>[4]</sup>

El alma de Agamenón respondió contando a la sombra de Aquiles las circunstancias en que se habían desarrollado sus funerales y su enterramiento en la llanura troyana:

Diecisiete alboradas contamos los hombres mortales  
y los dioses sin muerte llorando por ti noche y día.  
La siguiente te dimos al fuego y, a un lado y a otro,  
muchas pingües ovejas matamos y bueyes rollizos.  
...  
Cuando hubieron las llamas de Hefesto acabado contigo  
recogimos tus huesos, ¡oh Aquiles!...  
...  
A los tres erigimos un túmulo grande y sin tacha,  
trabajando la tropa robusta de argivos lanceros,  
sobre un cabo eminente a la orilla del ancho Helesponto  
por que fuese de lejos visible en el mar a los hombres  
hoy en vida y a aquellos que vivan en siglos futuros.<sup>[5]</sup>

Mientras los espíritus de Aquiles y Agamenón están conversando, llegó Hermes a las puertas del Hades, «en cabeza / de la turba de aquellos donceles que Ulises matara».<sup>[6]</sup> El alma de Agamenón reconoció a «Anfimedonte, / el ilustre, nacido de Mélanes: era su huésped / y le había dado albergue en sus casas de Ítaca».<sup>[7]</sup>

El primero en hablar de los dos es Agamenón, quien dice: «¿Qué desgracia os hundió, Anfimedonte, en la tierra sombría? / Todos sois de una edad, escogidos, ni de otra manera / sacaríase de alguna ciudad a los hombres mejores».<sup>[8]</sup>

El alma de Anfimedonte responde a Agamenón diciéndole que tanto él como el resto de sus compañeros habían estado cortejando a la esposa de Odiseo, que llevaba largo tiempo ausente y todos creían que había muerto. Pero Odiseo regresó finalmente, disfrazado de viejo mendigo, y los mató a todos en su palacio:

... Tal fue, Agamenón, nuestro fin: olvidados  
los cadáveres yacen aún en las salas de Ulises  
e ignorantes de todo en sus casas están nuestras gentes  
sin venir a limpiarnos de sangre las recias heridas,  
a llevarnos al lecho y llorar, solo honor de los muertos.<sup>[9]</sup>

El alma de Agamenón replica a su vez y le recuerda que el afortunado Odiseo estaba destinado a tener una esposa fiel como Penélope, mientras que él había tenido una mujer malvada que «a su esposo mató».<sup>[10]</sup>

Mientras tanto, Odiseo y sus compañeros habían llegado a la finca de su anciano padre, Laertes, al cuidado del cual estaba una vieja mujer siciliana, junto con su viejo criado, Dolio, así como los hijos de este y otros cuantos obreros. Habló allí Odiseo con sus compañeros en los siguientes términos:

Id ahora a la casa vosotros, coged al marrano  
más lucido que halléis y matadlo que os sirva de almuerzo.  
Yo iré, en tanto, a buscar a mi padre y a ver si al tenerme  
por delante a sus ojos conoce a su hijo o me toma  
por extraño: ¡pasó tanto tiempo sin verme a su lado!<sup>[11]</sup>

Odiseo se dirigió a la huerta, donde encontró solo a Laertes trabajando, vestido como un simple jornalero. Habló a su padre haciéndose pasar por un viajero venido de lejos que en otro tiempo había hospedado a Odiseo y ahora esperaba volver a verlo. El anciano le interrogó más a fondo preguntando por su identidad y cuándo había visto a su hijo, y cuando este le dijo que había sido cinco años atrás «nube oscura de pena cegole al anciano».<sup>[12]</sup>

Con sus manos cogió dos puñados de tierra y vertiólos  
por su cana cabeza exhalando continuos gemidos.  
Solevósele el ánimo a Ulises, subíale el coraje  
por la hinchada nariz al mirar a su padre en tal traza;<sup>[13]</sup>  
dando un salto hacia él, lo besó y abrazó y al fin dijo:  
«Padre mío, heme aquí, soy tu hijo, aquel hijo que buscas,  
que tras una veintena de años regreso a la patria;  
mas retén ya tus llantos y corta tu flébil gemido  
pues te habré de decir —darnos prisa debemos por ello—  
que maté a todos esos donceles allá en nuestra casa  
castigando su acerba indolencia y sus hechos infames».<sup>[14]</sup>

Laertes le respondió a su vez diciendo: «Si eres / tú de veras Ulises, mi hijo, que has vuelto a la patria, / dame de ello un indicio bien claro que pueda creerlo».<sup>[15]</sup>

Odiseo mostró primero a Laertes la cicatriz que el jabalí le había dejado en la rodilla, tras lo cual se volvió hacia los árboles y las vides que había alrededor en la huerta en la que estaba trabajando su padre:

Pero voy además a contarte los árboles todos  
que me diste una vez de esta huerta florida. Yo, aún niño,  
caminaba contigo por ella, te hacía mil preguntas,  
tú mostrabas las plantas y me ibas diciendo sus nombres;  
diez manzanos y trece perales me diste, de higueras  
hasta cuatro docenas; de liños de vides contaste  
medio ciento también para mí: producía cada liño  
sin cesar.<sup>[16]</sup>

Sus palabras convencieron al anciano de que el forastero que estaba hablando con él era su hijo, perdido durante tanto tiempo, que ahora regresaba como el que dice de entre los muertos:

Los dos brazos tendió hacia su hijo; venciólo el desmayo,  
mas aquel divinal sufridísimo Ulises cogiólo  
y sostúvolo. Al fin recobrando el aliento y las fuerzas,  
otra vez replicaba Laertes con estas palabras:  
«Padre Zeus, aún vivís las deidades allá en el Olimpo  
si en verdad los galanes purgaron su loca insolencia;  
pero ahora me aflige el temor de que aquí nos invadan  
sin tardar los vecinos de Ítaca y manden mensajes  
a excitar por doquiera a las gentes allá en Cefalonia».<sup>[17]</sup>

Volvieron luego juntos a la casa, donde Telémaco y los dos pastores habían preparado el almuerzo, y la vieja mujer siciliana lavó y ungió de aceite a Laertes. A punto estaban de empezar a comer cuando llegó Dolio con sus hijos, que fueron invitados por Odiseo a sentarse a la mesa. Dolio reconoció a Odiseo de inmediato y corrió derecho hacia él y le besó la mano, mientras que sus hijos vinieron a estrechársela, tras lo cual fueron a sentarse junto a su padre.

Entre tanto, en Ítaca y Cefalonia había empezado a correr la voz acerca de la muerte de los pretendientes:

Al oírla, las gentes llegaban de un lado y de otro  
con gemidos y llanto al portal del palacio de Ulises.  
Retiraron los cuerpos de allí y enterraba a los suyos  
cada cual. A los otros de extrañas ciudades poníanlos  
en poder de barqueros de paso, en los raudos navíos.<sup>[18]</sup>

Los parientes afligidos se congregaron y levantándose entre ellos tomó la palabra Eupites, el padre de Antínoo, el primero de los pretendientes en morir a manos de Odiseo. Entre lágrimas, Eupites recordó a los congregados los males que les había ocasionado Odiseo:

Gran traición, bien de cierto, este hombre tramó a los aqueos;  
muchas fueron las gentes de pro que llevó en sus navíos,  
mas perdió con los combos bajeles a toda su tropa  
y al llegar aquí ahora mató a los mejores del pueblo  
Cefalén; pero antes que a Pilos se escape o a Elis  
la divina, el país que poseen los bravos epeos,  
a su encuentro salgamos. Si no, para siempre abatidos,  
aun las gentes futuras vendrán a saber nuestra afrenta  
de dejar de este modo a asesinos de hermanos e hijos  
sin venganza. A lo menos a mí ya el vivir me sería  
bien amargo y quisiera muriendo encontrarme entre aquellos;  
vamos, pues, no atraviesen el mar y nos dejen burlados.<sup>[19]</sup>

Justo en ese momento apareció Medonte, el heraldo, acompañado del aedo Femio. Medonte habló a los allí congregados y les dijo: «“Habitantes de Ítaca, oídmme, no pienso que Ulises / estas cosas tramó sin favor de los dioses eternos; / con mis ojos he visto que un dios inmortal se apostaba / junto a él...” Así dijo y el pálido miedo tomolos a todos».<sup>[20]</sup>

Tomó entonces la palabra el anciano guerrero Haliterses, «solo el cual avistaba el pasado y también el futuro».<sup>[21]</sup> Les recordó que

... nunca a mí ni a Mentor, el pastor de su gente, atendisteis  
en frenar las locuras que aquí vuestros hijos hacían;  
grande ha sido su crimen en largo furor de desmanes;  
destrozaron los bienes, trataron sin honra a la esposa  
de un excelso varón que pensaron jamás volvería;  
mas ahora haced esto, seguid el consejo que os doy:  
no vayamos allá, nadie busque una nueva desdicha.<sup>[22]</sup>

Los que no aprobaron sus palabras, menos de la mitad de la asamblea, corrieron a buscar las armas y siguieron a Eupites, que se puso al frente de ellos para ir a la finca de Laertes y tomar venganza de Odiseo. Al ver desde el Olimpo lo que estaba sucediendo, Atenea preguntó a Zeus: «¿Qué guarda tu mente en sus senos? / ¿Pondrás guerras terribles de hoy más y furiosas peleas / en los hombres de Ítaca o paz y amistad en sus bandos?».<sup>[23]</sup>

Zeus respondió a su amada hija recordándole que precisamente había sido ella la que había querido permitir el regreso al hogar de Odiseo y el castigo de los pretendientes, pero le comunicó también cuál creía él que debía ser la salida más conveniente:

Obra, pues, como quieras, mas yo te diré lo que es justo:  
ya que así se vengó de esos mozos Ulises divino,  
hagan paces juradas y él siga reinando por siempre.  
Procuremos nosotros que olviden aquella matanza  
de sus hijos y hermanos; que vuelvan a amarse entre ellos  
como antaño se amaban y abunden de paz y riquezas.<sup>[24]</sup>

Mientras tanto, en casa de Laertes, los allí reunidos habían terminado de almorzar cuando Odiseo les dijo: «Salga alguno y compruebe si están ya a la vista esos

hombres».<sup>[25]</sup> Un hijo de Dolio se levantó y vio acercarse a los padres y a los hermanos de los pretendientes muertos, de modo que volvió corriendo a la casa y dijo a Odiseo: «Cerca están esas gentes, cojamos las armas aprisa».<sup>[26]</sup>

Así habloles y alzándose ellos vistieron sus armas:  
eran cuatro del grupo de Ulises, seis hijos de Dolio,  
y este mismo y Laertes tomaron también la armadura,  
convertidos por fuerza en guerreros no obstante sus canas.  
Una vez revestida su piel con el brillo del bronce,  
caminaron abriendo las puertas al mando de Ulises.<sup>[27]</sup>

Hizo su aparición entonces Atenea y habló a Laertes. «Infundiole la diosa valor sin medida»,<sup>[28]</sup> y blandiendo el anciano la lanza disparó. Alcanzó en la cabeza a Eupites, causándole la muerte al instante. Odiseo y Telémaco se lazararon sobre la primera línea de sus oponentes con espadas y dobles lanzones, y habrían acabado con todos sin que nadie escapase de no ser por la intervención de Atenea, que «exhaló una gran voz y detuvo al ejército entero: / “Desistid de la guerra penosa, itaqueses, que pronto / retiraros podáis desde aquí sin verter ya más sangre”».<sup>[29]</sup>

Así dijo Atenea, tomoles el pálido espanto;  
por la fuerza del miedo sus manos soltaban las armas,  
que caían en el suelo a los gritos que daba la diosa,  
y al poblado tornaban pensando no más que en sus vidas.  
Un aullido terrible alzó Ulises, con todo su arrojo  
asaltos cual águila asalta que vuela en la altura.<sup>[30]</sup>

Pero Zeus envió un rayo, que cayó delante de Atenea. Volviéndose entonces la diosa hacia Odiseo le dijo:

¡Oh Laertíada, retoño de Zeus, Ulises mañero!  
Tente ya, no prolongues la guerra que a nadie perdona,  
no se irrite contigo el Cronión de la voz larga en ecos».  
Así dijo Atenea, gozose él de oírla, aquietose  
y ella, Palas, nacida del dios que la égida embraza,  
para siempre jamás puso acuerdo en los bandos contrarios  
simulando la voz de Mentor y su cuerpo y figura.<sup>[31]</sup>

Concluye así el canto XXIV, poniendo punto final a la *Odisea*. Muchos lectores modernos se quedan con la sensación de que ese final es demasiado brusco, pues no se dice nada de lo que fue ulteriormente de Odiseo, de Penélope y de Telémaco. Deja además sin consecuencia la instrucción dada a Odiseo en el Hades por Tiresias, que vaticinó además las circunstancias de su muerte:

... mas luego  
que a los fieros galanes des muerte en tus salas, ya sea  
por astucia, ya en lucha leal con el filo del bronce,  
toma al punto en tus manos un remo y emprende el camino  
hasta hallar unos hombres que ignoren el mar y no coman  
alimento ninguno salado, ni sepan tampoco

de las naves de flancos purpúreos ni entiendan los remos  
de expedito manejo que el barco convierte en sus alas.  
Una clara señal te daré, bien habrás de entenderla:  
cuando un día te encuentres al paso con un caminante  
que te hable del biello que llevas al hombro robusto,  
clava al punto en la tierra tu remo ligero y ofrece  
al real Posidón sacrificios de reses hermosas,  
un carnero y un toro, y un montés cubridor de marranas;  
luego vuelve a tu hogar, donde harás oblación de hecatombes  
uno a uno a los dioses eternos que pueblan el cielo  
anchuroso; librado del mar, llegará a ti la muerte,  
pero blanda y süave, acabada tu vida en la calma  
de lozana vejez; entre tanto tus gentes en torno  
venturosas serán. Estas son las verdades que anuncio.<sup>[32]</sup>

Esta misteriosa profecía, que queda sin cumplimiento en la *Odisea*, llevó a muchos autores posthoméricos a componer diversas obras en las que Odiseo emprendía nuevos viajes por Grecia e Italia, y engendraba hijos que, según algunos mitos fundacionales, se convertirían en príncipes de distintas ciudades y territorios. Se le atribuirían también hijos habidos con las ninfas Circe y Calipso.

La más conocida de esas obras posthoméricas es la *Telegonía*, poema épico perdido atribuido a veces a Eugamón de Cirene y fechado en el siglo VI a. C. La *Telegonía* es la última parte del ciclo épico, el conjunto de poemas que cuentan la historia de la guerra de Troya y de los acontecimientos que precedieron y sucedieron a lo que se narra en la *Ilíada*, y desde el punto de vista cronológico vendría inmediatamente después de la *Odisea*.

El texto original de la *Telegonía* se ha perdido por completo, excepto dos versos, pero su contenido se conserva en un resumen del mito incluido en la *Crestomatía* de Proclo.

Los poetas griegos y latinos de época posterior continuaron escribiendo acerca del Odiseo de la leyenda, llamado en latín Ulises, hasta el mismo final del mundo grecorromano. Los autores que sucedieron a los poetas épicos se sintieron autorizados a añadir episodios o interpretaciones de su cosecha, aunque teniendo siempre *in mente* el poema de Homero. A partir del siglo V a. C. los poetas tenderían a poner de relieve la astucia y el carácter torticero de Odiseo, no ya su heroísmo y la nobleza de su proceder. W. B. Stanford dice que Píndaro, al hablar en las *Nemeas* de la disputa por las armas de Aquiles entre Odiseo y Áyax Telamonio, llama al primero «urdidor de dolo, propalador de maléficas calumnias, siempre dispuesto a atacar al ilustre y a ensalzar al infame».<sup>[33]</sup> Señala asimismo que «los poetas dramáticos del siglo V [a. C.], tanto los autores de tragedias como los comediógrafos, encontraron una inagotable fuente de interés en las complejidades del carácter de Ulises»,<sup>[34]</sup> presentándolo mayoritariamente en términos negativos.

Platón fue uno de los pocos autores griegos de época clásica que habló con simpatía de Odiseo, como demuestra el mito de Er narrado en el décimo y último libro de la *República*, cuando las sombras de los héroes homéricos se reúnen para

escoger cada uno una identidad en la que reencarnarse. Según describe la escena Stanford, «la última en llegar es el alma de Ulises. Debido a su amplio conocimiento de hombres y de monstruos había llegado a percatarse de la inanidad de toda ambición. Lo que ahora desea es la vida de algún oscuro ciudadano humilde y silencioso, ajeno a los cargos públicos».[35]

Posteriormente, debido a la influencia de los filósofos cínicos y estoicos, Odiseo se convertiría en una figura alegórica, en un trasunto del Hombre Cualquiera «que se abre camino con fortaleza y mañas a través de las pruebas y las tribulaciones de la vida humana... que ha viajado mucho y considera a todos los seres humanos sus iguales».[36]

Entre los escritores latinos influenciados por los estoicos griegos, Horacio en particular admiraba a Ulises y lo describe como «modelo escogido de virilidad y de prudencia»,[37] aunque en otro momento lo llama de «doble cara» y «avaricioso».[38] Séneca elogia a Ulises en sus obras filosóficas como hombre «inasequible a las fatigas», «escarnecedor de los placeres» y «victorioso en todas las tierras».[39] Pero en su tragedia *Las troyanas*, lo condena por ser «un artista del crimen» debido a su falsedad y su astucia.

La *Eneida* de Virgilio cuenta el mito de Eneas convertido en príncipe del pueblo latino, responsable en último término de la fundación de Roma, y por lo tanto los romanos se consideraban a sí mismo descendientes de los troyanos y enemigos de los griegos. Así, en la versión que ofrece Virgilio de la toma de Troya en el libro II de la *Eneida*, Ulises es «de alma de piedra», «despiadado», «amigo de difundir rumores ambiguos» y «forjador de crímenes».[40] Pero todas estas afirmaciones las hacían los enemigos de Ulises, no el propio Virgilio, que en otros pasajes del poema se compeadece de sus sufrimientos.

Stanford comenta que en el siglo II d. C. algunos autores latinos de segunda fila empezaron a producir nuevas versiones de la historia de la guerra de Troya, que se hicieron especialmente populares en la Europa de lengua latina. Los dos más conocidos entre estos autores, que se presentan a sí mismos con los nombres de «Dictis Cretense» y «Dares Frigio»,

... menospreciaron a los héroes a los que admiraba Homero y pusieron por delante de ellos a personajes menores como el troyano Troilo, famoso después de los tiempos de Homero por su trágico amor por Crésida. Como consecuencia del amplio reconocimiento dado a sus supercherías, la concepción homérica de Ulises como héroe sobresaliente y honrado entre los griegos que se desplazaron a Troya se vio desacreditada.[41]

A comienzos de la Edad Media, cuando la Europa occidental fue invadida por la tribus «bárbaras», el conocimiento de la antigua Grecia desapareció casi por completo excepto en el Imperio bizantino, donde la tradición de la erudición clásica siguió viva, aunque a veces estuviera a punto de extinguirse incluso en Constantinopla. El conocimiento del latín casi desapareció en la Europa occidental durante la Edad Oscura, excepto entre algunos pocos sabios, entre los que destaca

Boecio (c. 480-524), cuya obra *La consolación de la filosofía* se considera la última gran producción de la erudición clásica.

De ese modo, como señala Stanford, en la Europa medieval

... el Ulises de la literatura popular fue el personaje despreciable, o en todo caso dudoso, de los relatos espurios de la guerra de Troya elaborados por «Dictis Cretense» y «Dares Frigio». Y el hecho de que algunos príncipes de la Europa occidental se proclamaran descendientes de los príncipes troyanos contribuyó a extender los prejuicios chovinistas contra Ulises como destructor de Troya.<sup>[42]</sup>

Pero, como dice Stanford, «los primeros padres de la iglesia cristiana aceptaron en general a Ulises como un personaje moralmente loable, en la medida en que pudiera serlo cualquier pagano».<sup>[43]</sup> Comenta que Basilio de Capadocia pensaba que «la finalidad de los poemas de Homero era ensalzar la virtud».<sup>[44]</sup>

El primer libro significativo acerca de la guerra de Troya en una lengua que no fuera el griego o el latín, el *Roman de Troie* de Benoît de Sainte-Maure (c. 1160), dio lugar a traducciones a las lenguas vernáculas en Alemania, Italia, los Países Bajos, Inglaterra, Escocia y España. La imagen de Ulises en todas estas versiones es en general negativa, siguiendo el modelo de Dictis, Dares y Virgilio, aunque Benoît de Sainte-Maure lo retrata a veces con más simpatía, encareciendo su hermosura física y su elocuencia, y presentándolo como un hombre amado por su esposa y por su hijo, y por todos los que le son leales.

El resurgir del estudio del griego en el Renacimiento llevó a Petrarca y a Boccaccio a insistir a su maestro de griego, Leoncio Pilato, que tradujera al latín los poemas de Homero, tarea que este concluyó en 1369. El primer texto impreso de la *Ilíada* y la *Odisea* en la versión griega original fue editado en Florencia por el erudito ateniense Demetrio Calcóndilas, y publicado en esta ciudad en dos volúmenes en 1488 por el cretense Antonio Damilas, dando lugar a numerosas traducciones al latín y a las diversas lenguas vernáculas de Europa.

La primera traducción destacada de la *Ilíada* y la *Odisea* al inglés fue la de George Chapman, aparecida entre 1598 y 1615. Como señala Stanford, «Chapman adoraba al “divino Homero” e idolatraba a Ulises como “hombre celeste, de grande aguante, paciente” y como “hombre sabio y temeroso de Dios”».<sup>[45]</sup>

Esta traducción inspiró uno de los poemas más memorables de Keats, su soneto «Sobre la primera vez que vi el Homero de Chapman» (1816). En él el narrador compara su propio viaje poético con las andanzas de Odiseo, tras ver «muchos reinos y estados deslumbrantes» en sus viajes «en torno a muchas islas de Occidente»,<sup>[46]</sup> pero cuando cayó en sus manos la traducción de Chapman,

... entonces me sentí como un observador del firmamento  
que ve un nuevo planeta flotar ante su vista;  
o como el gran Cortés cuando con ojos de águila  
divisó el Pacífico —en tanto que sus hombres se miraban  
con estupor haciendo disparatadas conjeturas—  
majestuoso, desde una cumbre del Darién.<sup>[47]</sup>

La traducción, por lo demás bastante popular, de la *Ilíada* y la *Odisea* publicada por Alexander Pope en 1716 contribuyó en gran medida a restaurar la antigua reputación de Odiseo como verdadero héroe. Como dice Stanford, Pope rechazó la censura del personaje de Odiseo llevada a cabo por los críticos alejandrinos y los escritores europeos de los siglos XVI y XVII.

En vez de juzgar las usanzas y la moral de Ítaca por las de Versalles o las de Windsor, Pope realizó un verdadero esfuerzo por entenderlas en la perspectiva de su propia época... Sus notas a pie de página con frecuencia defienden a Ulises de las acusaciones de inmodestia o tosquedad y muestran una apreciación muy sensata de los matices del carácter y la conducta de Ulises.<sup>[48]</sup>

La idea de que Odiseo dejara su hogar en Ítaca para emprender un nuevo viaje fue resucitada por Tennyson en su hermoso poema «Ulises» (1842), inspirado por la muerte de su mejor amigo, Arthur Hallam, en 1833. En esta composición vemos un Ulises envejecido, hastiado de la vida en Ítaca, que, al recordar sus gestas en la guerra de Troya, intenta convencer a sus compañeros de que lo sigan en un último viaje:

No es demasiado tarde para buscar un mundo nuevo.  
Zarpad y sentados en buen orden surcad  
las resonantes olas; pues mi propósito mantengo  
de navegar más allá del ocaso, y de donde se hundan  
las estrellas de occidente, hasta que muera.<sup>[49]</sup>

El *Ulises* de James Joyce (1922) y la *Odisea: una secuela moderna* (1938) de Nikos Kazantzakis (1938) son dos obras modernas que, según Stanford,

... ofrecen la imagen más completa y más detallada con diferencia de Odiseo, más completa incluso que la de Homero. (Lo que se dice de Ulises en la *Ilíada* y la *Odisea* equivale a unas cien mil palabras; frente a las más de doscientas cincuenta mil de Joyce, y las más de trescientas cincuenta mil de Kazantzakis en la traducción [inglesa] de Kimon Friar.) Destacan además por el candor y la imparcialidad de los retratos que hacen de Ulises... En Joyce y en Kazantzakis encontramos las virtudes y los defectos del héroe plenamente expresados y analizados con una profundidad que prácticamente no tiene parangón en ninguna otra manifestación de la tradición anterior. En la época moderna tal vez no haya ningún otro héroe antiguo que haya sido reencarnado de forma tan exhaustiva y elaborada como lo es Ulises en las obras de este autor irlandés y este autor griego.<sup>[50]</sup>

Durante el intervalo que va de Tennyson a Joyce y Kazantzakis la nueva ciencia de la arqueología permitió a Frank Calvert, Heinrich Schliemann, Wilhelm Dörpfeld, Carl Blegen, sir Arthur Evans y otros sacar a la luz e identificar los restos del mundo homérico, mientras que los historiadores han intentado separar el mito de la historia y los escritores han devuelto a la vida el espíritu de Odiseo, como dice Stanford en su capítulo final:

Por último está la pura vitalidad de su personalidad como fuente constante de inspiración de escritores y artistas plásticos; e incluso de científicos con imaginación, como cuando el módulo de mando del Apolo XIII, la nave espacial encargada de explorar la luna en 1970, recibió el nombre de *Odisea* (y existe incluso un Odiseo entre los planetas menores). Cada año Ulises es recreado en algún libro, en alguna obra de teatro, en alguna película, en algún cuadro o estatua, no como un mero personaje de la Antigüedad, sino como una personalidad contemporánea. De hecho la búsqueda de Ulises es esencialmente la búsqueda de una comprensión más a fondo del indómito espíritu viajero del hombre. No desaparecerá nunca mientras

haya escritores y artistas y pensadores que compartan el objetivo del Ulises de Tennyson: «Esforzarse, buscar, hallar y no rendirse».<sup>[51]</sup>

Las riberas del Helesponto fueron una vez más el escenario de una gran guerra en 1915-1916, unos tres mil años después del asedio de Troya. En 1914 el imperio otomano entró en la primera guerra mundial en el bando de Alemania, y el 18 de marzo del año siguiente la marina aliada intentó abrirse paso a la fuerza por el estrecho de los Dardanelos. El asalto fue un completo fracaso, que se saldó con el hundimiento de dos acorazados británicos y un *dreadnought* francés por las baterías de costa y las minas submarinas turcas, quedando además fuera de combate otros dos acorazados de menor tamaño aliados. En pocas horas perdieron la vida en total 2750 marineros aliados. Uno de los buques aliados que salió ileso fue el acorazado inglés *Agamemnon*, cuyo nombre tenía claras resonancias de la lucha épica que había tenido lugar en las riberas del Helesponto tres mil años antes.

El alto mando aliado ya había decidido que para forzar la entrada en el estrecho no podía bastar solo una flota y había estado planeando un desembarco anfibio a gran escala en el extremo de los Dardanelos bañado por el Egeo, aunque el principal embate debía llevarse a cabo por el lado europeo, en el extremo de la península de Galípoli, en el cabo de Hele. Los primeros desembarcos tuvieron lugar el 25 de abril de 1915 y fueron el comienzo de una batalla de ocho meses de duración en la que perdieron la vida más de cien mil hombres de las fuerzas aliadas en el extremo occidental del Quersoneso tracio. Los Aliados acabaron por evacuar a sus tropas de la península de Galípoli a comienzos de 1916, dejando el control de los Dardanelos en manos de los turcos.

El mismo día en que tuvieron lugar los primeros desembarcos en el lado europeo del estrecho, el 25 de abril de 1915, el crucero ruso *Askold* bombardeó durante varias horas la fortaleza de Kumkale, en el lado asiático, tras lo cual un regimiento francés de soldados de infantería senegaleses logró llegar a tierra. Los senegaleses capturaron la fortaleza y consiguieron retenerla a pesar de los siete contraataques lanzados por los turcos. Pasaron entonces a la ofensiva y salieron a la llanura troyana, estableciendo un perímetro que se extendía desde el túmulo de Áyax Telamonio, en los Dardanelos, hasta los túmulos de Aquiles y Patroclo, en el Egeo. Era el mismo terreno que los aqueos habían conquistado cuando iniciaron el asedio de Troya tres milenios antes. Pero entonces el alto mando aliado ordenó a los senegaleses retirarse y abandonar su cabeza de playa, pues el ataque contra Kumkale no había sido más que una acción de distracción, con la que se pretendía enmascarar la invasión principal al otro lado del estrecho. Así pues, los franceses evacuaron sus tropas, dejando tras de sí quinientos soldados senegaleses muertos en el asalto, tras lo cual los turcos volvieron a ocupar Kumkale y dieron sepultura a sus muertos en el mismo terreno tinto en sangre en que habían sido enterrados los senegaleses. Este incidente nos recuerda de forma inquietante una escena del canto VII de la *Ilíada* en la que los troyanos y los aqueos acuerdan concederse una pequeña tregua para enterrar a sus

muertos, «cuya oscura sangre a orillas del Escamandro, de buen caudal, / ha esparcido el feroz Ares».<sup>[52]</sup> Príamo se puso al frente de los troyanos en aquella luctuosa labor, y a continuación los aqueos llevaron a cabo sus ritos fúnebres, «hacinaron los cuerpos sobre la pira con el corazón afligido / y, tras quemarlos al fuego, regresaron a las cóncavas naves».

Los que efectuaron los primeros desembarcos en el cabo de Hele el 25 de abril a bordo del barco carbonero reconvertido *River Clyde* fueron recibidos por los defensores turcos con un fuego intensísimo, y fueron pocos los que sobrevivieron. Uno de los que consiguieron salvar la vida, el teniente coronel H. E. Tizard, de los fusileros de Munster, escribiría más tarde que «en aquellos momentos el agua a lo largo de la costa y alrededor de los barcos estaba tinta en sangre».<sup>[53]</sup>

Estuvimos en el cabo de Hele el 25 de abril de 1965, justo cincuenta años después del día de los primeros desembarcos en la zona. Estuvimos contemplando la llegada de un pequeño barco y la bajada a tierra de un grupo de soldados aliados veteranos de la campaña de Galípoli, como si quisieran revivir el desembarco original. Esta vez encontraron esperándolos en tierra solo un puñado de veteranos turcos de avanzada edad, y los dos grupos de ancianos se abrazaron y lloraron en la misma playa en la que habían intentado matarse unos a otros cuando estaban en la flor de su juventud. Ya han desaparecido todos ellos, ahora que la memoria viva de Galípoli ha pasado a lo que Homero llama «el país de los sueños»,<sup>[54]</sup> lo mismo que la guerra de Troya.

Nueve meses después, durante las vacaciones de invierno, pasamos unos días en la isla de Mármara, el Proconeso griego, en medio del mar de Mármara, que une el Bósforo con el Helesponto. Tras reservar unas habitaciones en un hotel muy sencillo, los niños salieron a explorar el pueblo, que se apiñaba alrededor de una pequeña plaza a la sombra de un viejo plátano. En la recepción coincidimos con una señora de mediana edad muy simpática que se presentó a sí misma como Evelyn Lyle-Kalchas y nos dijo que había venido por primera vez a Turquía desde su Australia natal hacía diez años para cubrir la noticia del cuadragésimo aniversario de los desembarcos de Galípoli para unos periódicos australianos y neozelandeses, y que allí había conocido a su marido, Homer Kalchas, un griego de la antigua ciudad de Silivri, que se había graduado en Robert College, la escuela americana de Estambul en la que yo enseñaba. «Ahí lo tienen ahora», dijo señalando a un señor de cabello blanco y gafas que estaba sentado en una losa de mármol al pie del plátano hablando con nuestros hijos. Salí a saludarlo y al ver que me acercaba se levantó y me tendió la mano diciendo: «Permítame que me presente, señor. Me llamo Homero. He estado hablando con sus hijos acerca de Odiseo y la guerra de Troya».

Y de ese modo la *Odisea* continúa.

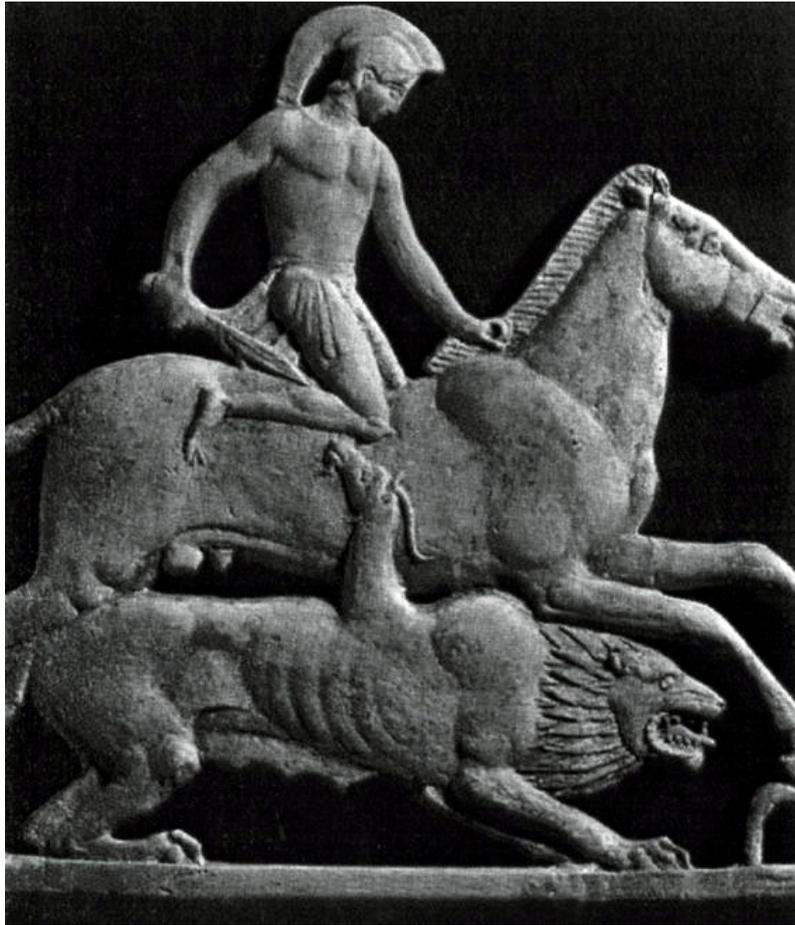
## BIBLIOGRAFÍA

- Alceo, *Lírica griega arcaica (Poemas corales y monódicos, 700-300 a. C.)*, trad. y notas F. Rodríguez Adrados, Madrid, 1980.
- Arriano, *Anábasis de Alejandro Magno* (2 vols.). Trad. y notas A. Guzmán Guerra. Madrid, 1982.
- Aşkin, Mustafa, *Troy, A Revised Edition*, Estambul, 2005.
- Augustinos, Gerasimos, *The Greeks of Asia Minor: Confession, Community and Ethnicity in the Nineteenth Century*, Kent, Ohio, 1992.
- Bean, George E., *Aegean Turkey, An Archaeological Guide*, Londres, 1966.
- , *Turkey's Southern Shore*, Londres, 1968.
- , *Lycian Turkey*, Londres, 1971.
- , *Turkey Beyond the Maeander*, Londres, 1971.
- Bérard, Victor, *Les Navigations d'Ulysse*, 4 vols., 1927-1929.
- Bittlestone, Robert, en colaboración con James Diggle y John Underhill, *Odysseus Found: The Search for Homer's Ithaca*, Cambridge, 2005.
- Blegen, Carl W., *Troy and the Trojans*, Nueva York, 1995.
- Bowra, C. M., *Greek Lyric Poetry*, Oxford, 1961.
- Bradford, Ernle, *Ulysses Found*, Nueva York, 1963.
- Burgess, Jonathan S., *The Tradition of the Trojan War in Homer and the Epic Cycle*, Baltimore, 2001.
- Chandler, Richard, *Travels in Asia Minor 1764-1765*, edición y resumen de Edith Clay, Londres, 1971.
- Cook, J. M., *The Troad: An Archaeological and Topographical Study*, Oxford, 1973.
- , *The Persian Empire*, Nueva York, 1983.
- Cressman, Edmund D., «Beyond the Sunset», *The Classical Journal* 27.9, junio de 1932, pp. 669-674.
- Davis, Jack L. (ed.), *Sandy Pylos: An Archaeological History from Nestor to Navarino*, 2.<sup>a</sup> ed., Princeton, 2008.
- Douglas, Norman, *Siren Land*, Londres, 1911.
- Dowden, Ken, «The Epic Tradition in Greece», en Fowler, pp. 188-205.
- Drews, Robert, *The End of the Bronze Age, Changes in Warfare and the Catastrophe c. 1200 B. C.*, Princeton, 1993.
- Estrabón, *Geografía* (libros I-II), trad. y notas de J. L. García Ramón y J. García Blanco, Madrid, 1991; libros III-V, trad. y notas de M. J. Meana y F. Piñero, Madrid, 1992; libros VIII-X, trad. y notas de J. J. Torres Esbarranch, Madrid, 2001; libros XI-XIV, trad. y notas de M. P. de Hoz García-Bellido, Madrid, 2003.
- Fowler, Robert (ed.), *The Cambridge Companion to Homer*, Cambridge, 2004.
- Fox, Robin Lane, *Travelling Heroes: Greeks and their Myths in the Epic Age of Homer*, Londres, 2009. [Hay trad. española: *Héroes viajeros*, trad. de Teófilo de

- Lozoya-Juan Rabasseda, *Crítica*, Barcelona, 2009.]
- Freely, John, *The Aegean Coast of Turkey*, Estambul, 1996.
- , *The Black Sea Coast of Turkey*, Estambul, 1996.
- , *The Western Mediterranean Coast of Turkey*, Estambul, 1997.
- , *The Eastern Mediterranean Coast of Turkey*, Estambul, 1998.
- , *Turkey Around the Marmara*, Estambul, 1998.
- , *The Western Shores of Turkey: Discovering the Aegean and Mediterranean Coasts*, Londres, 2004.
- , *Crete: Discovering the «Great Island»*, Londres, 2008.
- , *The Ionian Islands: Corfu, Cephalonia, Ithaca and Beyond*, Londres, 2008.
- , *Children of Achilles: The Greeks in Asia Minor Since the Days of Troy*, Londres, 2010.
- Geisthövel, Wolfgang, *Homer's Mediterranean: From Troy to Ithaca, Homeric Journeys*, trad. [al inglés] de Anthea Bell, Londres, 2008.
- Grimal, Pierre, *The Dictionary of Classical Mythology*, trad. [al inglés] de A. R Maxwell-Hyslop, Oxford y Nueva York, 1985.
- Gurney, O. R., *The Hittites*, Londres, 1990.
- Hall, Edith, *The Return of Ulysses: A Cultural History of Homer's Odyssey*, Londres, 2008.
- Hamilton, William J., *Researches in Asia Minor, Pontus and Armenia*, 2 vols., Londres, 1842.
- Hammond, N. G. L., *A History of Greece to 322 B. C.*, Oxford, 1952.
- Hammond, N. G. L. y H. H. Scullard (eds.), *The Oxford Classical Dictionary*, 2.<sup>a</sup> ed., Oxford, 1970.
- Heródoto, *Historia*, 4 vols., trad. y notas de Carlos Schrader, Madrid 1984-1989.
- Hesíodo, *Obras y fragmentos*, trad. y notas de A. Pérez Jiménez y A. Martínez Díez, Madrid, 1978.
- Himnos homéricos*, trad. y notas de A. Bernabé Pajares, Madrid, 1988.
- Homero, *Ilíada*, trad. y notas de E. Crespo Güemes, Madrid, 1991.
- , *Odisea*, trad. de J. M. Pabón, Madrid, 1982.
- How, W. W., y J. Wells, *Commentary on Herodotus*, 2 vols., Oxford, 1912.
- Huxley, G. L., *The Early Ionians*, Londres, 1966.
- Joukowsky, Martha Sharp, *Early Turkey, Anatolian Archaeology from Prehistory through the Lydian Period*, Dubuque, Iowa, 1996.
- Joyce, James, *Ulysses*, Londres, 1955.
- Juliano, *Contra los galileos. Cartas y fragmentos. Testimonios. Leyes*, trad. y notas de J. García Blanco y P. Jiménez Gazapo, Madrid, 1982.
- Kazantzakis, Nikos, *The Odyssey: A Modern Sequel*, trad. [al inglés] de Kimon Friar, Nueva York, 1958.
- Keats, John, *The Poetical Works of John Keats*, Londres, 1912.
- Korfmann, Manfred y Dietrich Mannsperger, *A Guide to Troia*, Estambul, 2001.

- Korfmann, Manfred *et al.*, *Troy: Journey to a City Between Legend and Reality*, Estambul, 2002.
- Critóbulos de Imbros, *History of Mehmed the Conqueror*, trad. [al inglés] de Charles T. Riggs, Princeton, 1954.
- Latacz, Joachim, *Homer: His Art and His World*, trad. [al inglés] de James P. Holoka, Ann Arbor, Michigan, 1998.
- , *Troy and Homer: Towards a Solution of an old Mystery*, trad. [al inglés] de Windle y Rosh Ireland, Oxford, 2004.
- Leaf, Walter, *Troy, A Study in Homeric Geography*, Londres, 1912.
- Lefkowitz, Mary R., *The Lives of the Greek Poets*, Londres, 1981.
- Lloyd, Seton, *Ancient Turkey: A Traveller's History of Turkey*, Londres, 1989.
- Lucano, M. Anneo, *Farsalia*, trad. y notas de A. Hidalgo Redondo, Madrid, 1984.
- Luce, J. V., *Homer and the Heroic Age*, Nueva York, 1975.
- , *Celebrating Homer's Landscapes: Troy and Ithaca Revisited*, New Haven, 1998.
- Macqueen, J. G., *The Hittites and their Contemporaries in Asia Minor*, Londres, 1986.
- Miller, William, *The Latins in the Levant: A History of Frankish Greece (1204-1566)*, Londres, 1908.
- Nagy, Gregory, *Homeric Questions*, Austin, Texas, 1996.
- Nicoll, Allardyce (ed.), *Chapman's Homer: The Iliad, The Odyssey, and the Lesser Homerica*, 2 vols., Nueva York, 1956.
- Oliva, Pavel, *The Birth of Greek Civilization*, trad. [al inglés] de Urwin Levitova, Londres, 1981.
- Ovidio, *Metamorfosis*, trad. y notas de A. Ruiz de Elvira, Madrid, 1982.
- Page, Denys L., *History and the Homeric Iliad*, Berkeley y Los Ángeles, 1959.
- Pausanias, *Descripción de Grecia* (3 vols.), trad. y notas de M. C. Herrero Ingelmo, Madrid, 1994.
- Píndaro, *Odas y fragmentos*, trad. y notas de Alfonso Ortega, Madrid, 1984.
- Plinio el Viejo, *Historia natural* (libros I-II), trad. y notas de A. Fontán, I. García, Arribas, E. del Barrio y M. L. Arribas, Madrid, 1998.
- Porter, James I., «Homer, the history of an idea», en Fowler, pp. 324-343.
- Rodd, J. R., *Homer's Ithaca: A Vindication of Tradition*, Londres, 1927.
- Ryan, Frederick W. y Vittorio Boron, *Malta*, Londres, 1910.
- Sandars, N. K., *The Sea Peoples: Warriors of the ancient Mediterranean 1250-1150 BC*, Londres, 1978.
- Schliemann, Heinrich, *Ítaca, el Peloponeso, Troya*, Akal, Madrid, 2012.
- , *Troy and its Remains: A Narrative of Researches and Discoveries on the Site of Ilium and in the Trojan Plain*, Londres, 1875, reimpr. Nueva York, 1976.
- , *Ilios, the city and country of the Trojans, the results of Researches and Discoveries on the site of Troy and Throughout the Troad in the Year 1871, 72,*

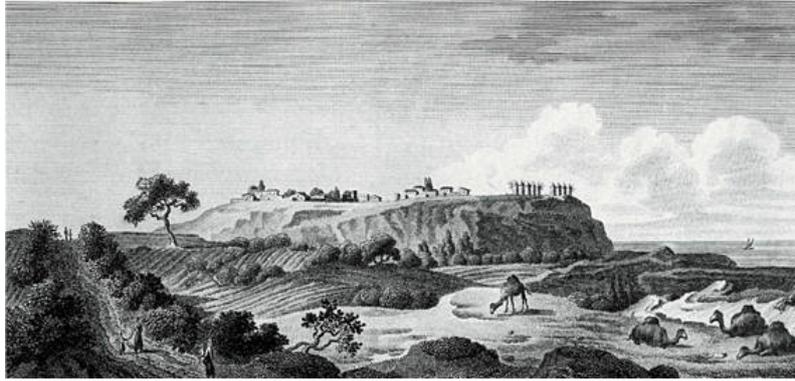
- 73, 78, 79, *including an Autobiography of the Author*, Londres, 1881, reimpr. Nueva York, 1996.
- Sperling, Jerome W., «Kumtepe in the Troad, Trial Excavation, 1934», *Hesperia*, vol. 45, n.º 4 (octubre-diciembre de 1976), pp. 305-364.
- Stanford, W. B. y J. V. Luce, *The Quest for Ulysses*, Nueva York y Washington, 1974.
- Stoneman, Richard, *A Literary Companion to Travel in Greece*, Harmondsworth y Nueva York, 1984.
- , *Across the Hellespont: Travellers in Turkey from Herodotus to Freya Stark*, Londres, 1987.
- , *Land of Lost Gods: The Search for Classical Greece*, Londres, 1987.
- Tennyson, Alfred lord, *A Selected Edition*, ed. de Christopher Ricks, Londres, 1989.
- Tucídides, *Historia de la guerra del Peloponeso* (4 vols.), trad. y notas de J. J. Torres Esbarranch, Madrid, 1990-1992.
- Traill, David, *Schliemann of Troy: Treasure and Deceit*, Londres, 1995.
- Virgilio, *Eneida*, trad. y notas J. de Echave-Sustaeta, Madrid, 1992.
- Wolf, Armin y H.-H. Wolf, *Die wirkliche Reise des Odysseus. Zur Rekonstruktion des homerischen Weltbildes* [«El verdadero viaje de Odiseo»] Viena, 1990.
- Wood, Michael, *In Search of the Trojan War*, Nueva York, 1996.



Belerofontes.



El oráculo de Apolo en Claros. Fotografía de Anthony Baker.



La tumba de Aquiles en la llanura troyana.



La aldea de Yenisehir en la llanura troyana.



Las murallas de Troya VI y la Puerta Sur. Fotografía de Anthony Baker.



Odeón romano de Troya. Fotografía de Anthony Baker.



Termas de Herodes Ático en Alejandría de Troya. Fotografía de Anthony Baker.



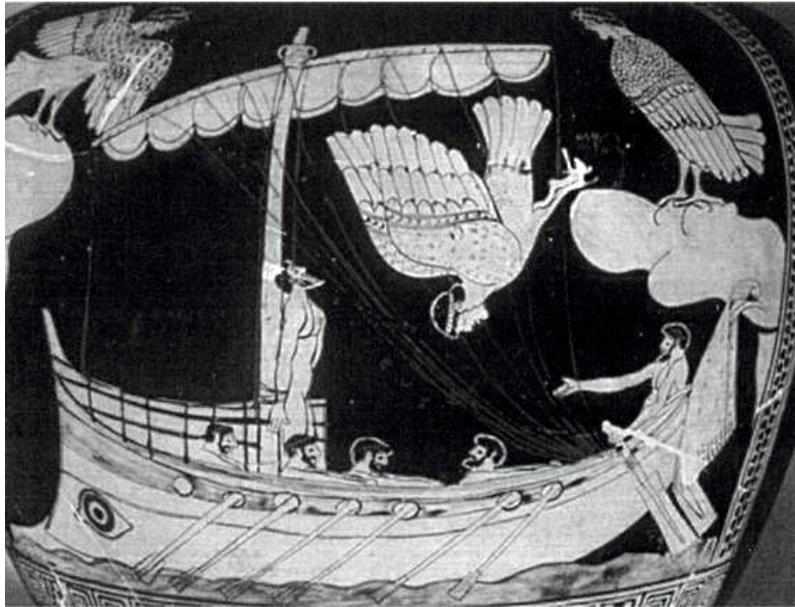
Templo de Atenea en Aso. Fotografía de Anthony Baker.



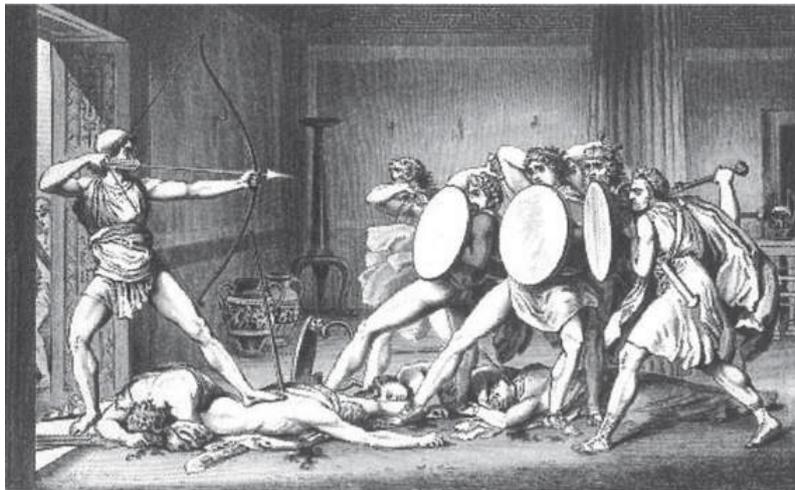
Odiseo recibe un generoso regalo de vino de Marón, sacerdote de Apolo en Ísmaro.



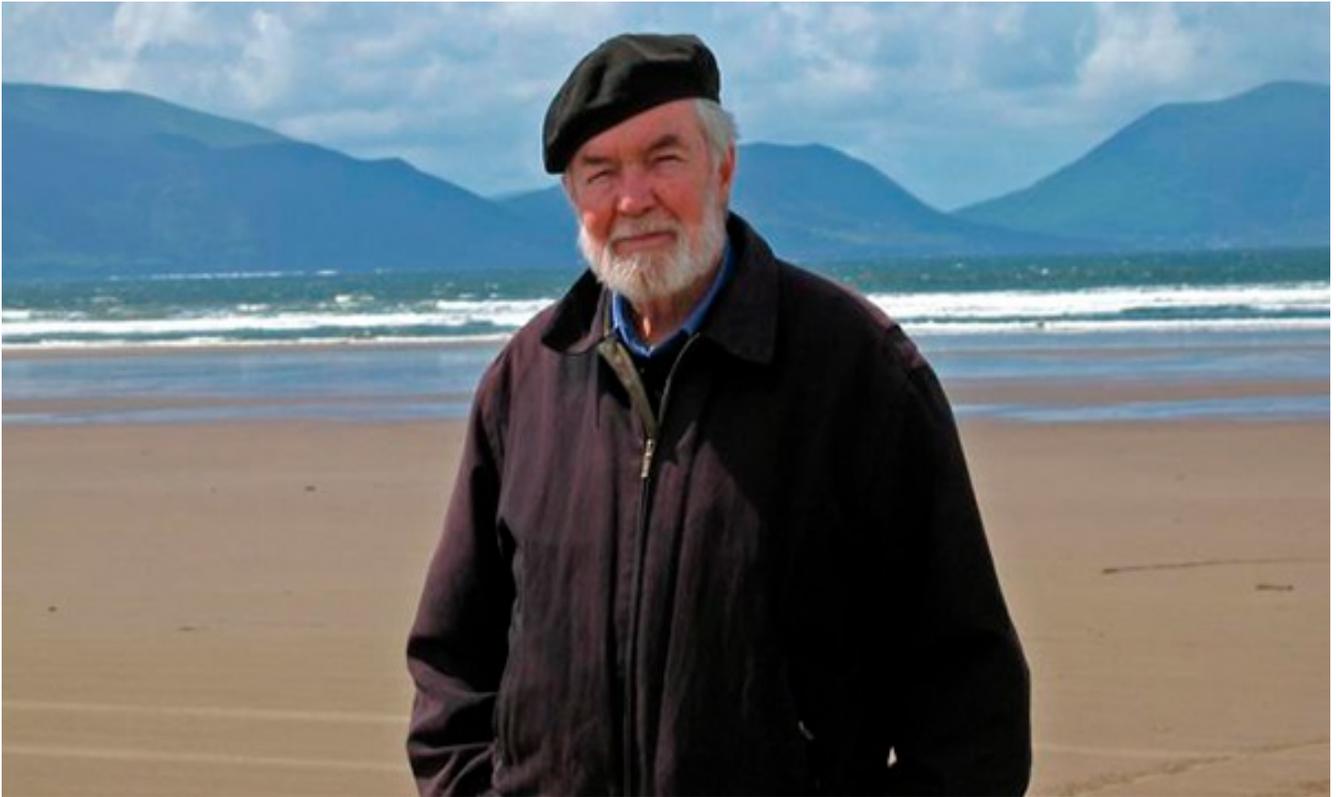
El país de los lotófagos.



Odiseo y sus compañeros resisten a la fascinación de las sirenas.



Odiseo mata a los pretendientes.



JOHN FREELY (26 Junio 1926 – 20 Abril 2017). Físico americano, comenzó sus estudios tras volver de luchar en la II Guerra Mundial, pasando primero por Nueva York y completando su doctorado en Oxford, donde se especializó en Historia y Filosofía de la Ciencia. Posteriormente dio clases en la Universidad de Bogazici y a lo largo de su carrera ha pasado por universidades en Estados Unidos y Europa.

Freely es conocido para el gran público por sus libros de viaje con referencias históricas, algunos de ellos ambientados en Estambul, Venecia, Grecia o el Imperio Otomano. De entre ellos habría que destacar *El mundo de Homero*, una guía de viaje por la *Ilíada* y la *Odisea* de gran éxito en todo el mundo.

# NOTAS

[1] *Odisea* 1.1. <<

[1] Tucídides 1.3. <<

[2] Heródoto 1.2. <<

[3] Heródoto 2.53. <<

[4] Heródoto 1.2. <<

[5] Heródoto 7.71. <<

[6] *Ilíada* 1.91. <<

[7] *Ilíada* 4.457. <<

[8] *Ilíada* 2.461. <<

[9] Tucídides 1.2. <<

[10] *Ibid.* <<

[11] Latacz, *Homer. His Art and His World*, p. 62. <<

[12] Nagy, p. 84. <<

[13] Cit. en *ibid.*, p. 83. <<

[14] «Himno a Apolo Delio» 19. <<

[15] *ibid.*, 140 y ss. <<

[16] *ibid.*, 165 y ss. <<

[1] *Ilíada* 2.28-30. <<

[2] *Ilíada* 2.140-141. <<

[3] *Ilíada* 2.169-171. <<

[4] *Ilíada* 2.207-208. <<

[5] *Ilíada* 2.464-468. <<

[6] *Ilíada* 2.487. <<

[7] *Ilíada* 2.493. <<

[8] *Ilíada* 1.91. <<

[9] *Ilíada* 2.509-510. <<

[10] Page, p. 122. <<

[11] *Ilíada* 2.631-637. <<

[12] *Ilíada* 2.108. <<

[13] *Ilíada* 2.559-563. <<

[14] *Ilíada* 2.569-580. <<

[15] *Ilíada* 2.581-590. <<

[16] *Ilíada* 2.591-602. <<

[17] *Ilíada* 2.557-558. <<

[18] *Ilíada* 527-535. <<

[19] *Ilíada* 536-545. <<

[20] *Ilíada* 2.756-759. <<

[21] *Ilíada* 2.645-652. <<

[22] *Ilíada* 2.276-280. <<

[23] *Ilíada* 2.653-658. <<

[24] *Ilíada* 2.671-675. <<

[25] Cit. en Freely, *The Western Shores of Turkey*, pp. 257-258. <<

[26] Leaf, p. 13. <<

[27] *Ibid.* <<

[28] *Ilíada* 2.816-821. <<

[29] *Ilíada* 2.824-827. <<

[30] *Ilíada* 828-834. <<

[31] *Ilíada* 2. 835-839. <<

[32] *Ilíada* 2.840-843. <<

[33] Leaf, p. 270. <<

[34] *Ilíada* 2.842-850. <<

[35] Leaf, p. 271. <<

[36] Alceo, p. 308. <<

[37] Leaf, p. 272. <<

[38] *Ilíada* 2.851-857. <<

[39] Leaf, p. 291. <<

[40] Cit. en *ibid.*, p. 291. <<

[41] *Ilíada* 2.856-866. <<

[42] Heródoto 1.7. <<

[43] *Ilíada* 2.867-877. <<

[1] *Ilíada* 1.1-7. <<

[2] *Ilíada* 1.488-492. <<

[3] *Ilíada* 2.807-809. <<

[4] *Ilíada* 3.70. <<

[5] *Ilíada* 3.91-95. <<

[6] *Ilíada* 3.136-137. <<

[7] *Ilíada* 3.151. <<

[8] *Ilíada* 3.156-160. <<

[9] *Ilíada* 3.162-165. <<

[10] *Ilíada* 3.456-460. <<

[11] *Ilíada* 4.544-545. <<

[12] *Ilíada* 6.74-76. <<

[13] *Ilíada* 6.92-95. <<

[14] *Ilíada* 7.21. <<

[15] *Ilíada* 7.329. <<

[16] *Ilíada* 7.343. <<

[17] *Ilíada* 7.344. <<

[18] *Ilíada* 7.362-364. <<

[19] *Ilíada* 8.52. <<

[20] *Ilíada* 8.61-65. <<

[21] *Ilíada* 8.562-565. <<

[22] *Ilíada* 9.26-28. <<

[23] *Ilíada* 9.78. <<

[24] *Ilíada* 9.204. <<

[25] *Ilíada* 9.412-416. <<

[26] *Ilíada* 9.702-703. <<

[27] *Ilíada* 9.710-714. <<

[28] *Ilíada* 10.577-579. <<

[29] *Ilíada* 11.67-71. <<

[30] *Ilíada* 11.282-283. <<

[31] *Ilíada* 11.797-798. <<

[32] *Ilíada* 12.40. <<

[33] *Ilíada* 12.430-431. <<

[34] *Ilíada* 12.467-472. <<

[35] *Ilíada* 13.40-45. <<

[36] *Ilíada* 14.79-80. <<

[37] *Ilíada* 14.151-152. <<

[38] *Ilíada* 14.346-350. <<

[39] *Ilíada* 14.440-441. <<

[40] *Ilíada* 15.218-219. <<

[41] *Ilíada* 16.3. <<

[42] *Ilíada* 16.23-24. <<

[43] *Ilíada* 16.41-42. <<

[44] *Ilíada* 16.283. <<

[45] *Ilíada* 16.683. <<

[46] *Ilíada* 16.703. <<

[47] *Ilíada* 16.806-807. <<

[48] *Ilíada* 16.822. <<

[49] *Ilíada* 17.8. <<

[50] *Ilíada* 17.735-736. <<

[51] *Ilíada* 18.20-21. <<

[52] *Ilíada* 18.22-27. <<

[53] *Ilíada* 18.233-236. <<

[54] *Ilíada* 18.316. <<

[55] *Ilíada* 18.334-335. <<

[56] *Ilíada* 19.40-41. <<

[57] *Ilíada* 19.49-53. <<

[58] *Ilíada* 19. 65. <<

[59] *Ilíada* 19.275. <<

[60] *Ilíada* 20.22-25. <<

[61] *Ilíada* 20.46. <<

[62] *Ilíada* 20.75-76. <<

[63] *Ilíada* 20.381-382. <<

[64] *Ilíada* 20.443-444. <<

[65] *Ilíada* 20.494. <<

[66] *Ilíada* 21.3-4. <<

[67] *Ilíada* 21.67. <<

[68] *Ilíada* 21.21. <<

[69] *Ilíada* 21.218-221. <<

[70] *Ilíada* 21.226. <<

[71] *Ilíada* 21.515-520. <<

[72] *Ilíada* 21.606-611. <<

[73] *Ilíada* 22.136-138. <<

[74] *Ilíada* 22.143-156. <<

[75] *Ilíada* 22.364-366. <<

[76] *Ilíada* 23.71. <<

[77] *Ilíada* 23.91-92. <<

[78] *Ilíada* 23.179. <<

[79] *Ilíada* 23.216. <<

[80] *Ilíada* 23.245-248. <<

[81] *Ilíada* 24.1-6. <<

[82] *Ilíada* 24.139-40. <<

[83] *Ilíada* 24.147. <<

[84] *Ilíada* 24.500-506. <<

[85] *Ilíada* 24.507-512. <<

[86] *Ilíada* 24.660-667. <<

[87] *Ilíada* 24.669-670. <<

[88] *Ilíada* 24.673-676. <<

[89] *Ilíada* 24.680-681. <<

[90] *Ilíada* 24.689-691. <<

[91] *Ilíada* 24.784-787. <<

[92] *Ilíada* 24.793-797. <<

[93] *Ilíada* 24.799-804. <<

[94] Lattimore, p. 17. <<

[1] Tucídides 1.2. <<

[2] Freely, *The Western Shores of Turkey*, p. 320. <<

[3] Heródoto 7.91. <<

[4] Hesíodo, *Melampodia*, véase Estrabón 14.1.27. <<

[5] *Odisea* 10.488-495. <<

[6] Estrabón 13.3.6. <<

[7] *Ibid.* <<

[8] Hesíodo, *Certamen de Homero y Hesíodo*. <<

[9] «Himno a Ártemis» 1 y ss. <<

[10] Cit. en Freely, *The Western Shores of Turkey*, p. 197. <<

[11] Pausanias 1.21.3. <<

[12] *Ilíada* 24.613-617. <<

[13] *Ilíada* 2.877. <<

[14] *Ilíada* 6.179-195. <<

[15] Estrabón 14.3.8. <<

[16] Cit. en Freely, *The Western Mediterranean Coast of Turkey*, p. 287. <<

[17] *Ibid.*, p. 59. <<

[18] Estrabón 14.5.8. <<

[19] Hesíodo, *Melampodia*, véase Estrabón 14.5.16-17. <<

[20] Estrabón 16.2.5. <<

[1] Heródoto 1.1. <<

[2] Heródoto 6.43. <<

[3] Heródoto 6.45. <<

[4] Heródoto 6.95. <<

[5] Heródoto 7.20. <<

[6] Heródoto 7.35. <<

[7] Heródoto 7.42. <<

[8] Heródoto 7.44-46. <<

[9] Heródoto 7.54-56. <<

[10] Hammond, *A History of Greece to 322 BC*, p. 572. <<

[11] Arriano, *Anábasis de Alejandro Magno* 1.11. <<

[12] *Ilíada* 2.695-702. <<

[13] Arriano, *Anábasis de Alejandro* 1.11. <<

[14] *Ibid.* <<

[15] *Ibid.* <<

[16] Arriano, *Anábasis de Alejandro* 1.12. <<

[17] Arriano, *Anábasis de Alejandro* 1.13.12. <<

[18] Arriano, *Anábasis de Alejandro* 1.13.16. <<

[19] Estrabón 13.1.26. <<

[20] Lucano, *Farsalia* 9.964-969. <<

[21] Leaf, p. 124. <<

[22] *Ibid.*, pp. 124-125. <<

[23] Schliemann, *Ilios*, p. 181; Juliano, *Cartas y fragmentos*, 79. <<

[24] *Ibid.*, *Ibid.* <<

[25] *Ibid.*, pp. 181-182; *Ibid.* <<

[26] Cook, *The Troad*, p. 161. <<

[1] Kritoboulos, p. 181. <<

[2] Cook, *The Troad*, p. 20. <<

[3] *Ibid.*, p. 7. <<

[4] Cit. en Michael Wood, p. 43. <<

[5] Cook, *The Troad*, p. 38. <<

[6] *Ibid.*, p. 33. <<

[7] Cit. en Michael Wood, p. 44. <<

[8] *Ibid.*, p. 34. <<

[9] Blegen, pp. 27-28. <<

[10] Cit. en Michael Wood, pp. 45-46. <<

[11] *Ibid.*, p. 46. <<

[12] *Ibid.*, p. 65. <<

[13] *Ibid.*, p. 90. <<

[14] Blegen, p. 30. <<

[15] *Ibid.*, pp. 31-32. <<

[16] *Ibid.*, p. 161. <<

[17] *Ibid.*, pp. 161-162. <<

[18] Korfmann y Mannsperger, p. 29. <<

[19] *Ibid.*, pp. 31-33. <<

[20] *Ibid.*, p. 34. <<

[21] Blegen, p. 113. <<

[22] Korfmann y Mannsperger, p. 38. <<

[23] *Ibid.*, p. 40. <<

[24] *Ibid.*, p. 42. <<

[25] *Ibid.*, p. 42. <<

[26] *Ibid.*, p. 43. <<

[27] Michael Wood, pp. 256-257. <<

[1] *Ilíada* 2.245. <<

[2] *Ilíada* 2.467. <<

[3] *Ilíada* 2.545. <<

[4] Cit. en Michael Wood, p. 67. <<

[5] *Ibid.* <<

[6] Estrabón 13.1.31. <<

[7] Estrabón 13.1.34. <<

[8] Estrabón 13.1.30. <<

[9] Schliemann, p. 103. <<

[10] Estrabón 13.1.42. <<

[11] Estrabón 13.1.29. <<

[12] *Ilíada* 20.215-218. <<

[13] *Ilíada* 6.33-35. <<

[14] *Ilíada* 21.86-88. <<

[15] Estrabón 13.1.48. <<

[16] *Eneida* 2.21-25. <<

[17] Alceo, cit. en Freely, *Turkey Around the Marmara*, p. 259. <<

[18] *Ilíada* 1.459. <<

[19] *Ilíada* 1.472-474. <<

[20] *Eneida* 3.2-12. <<

[21] Blegen. <<

[22] *Ilíada* 6.242-243. <<

[1] *Odisea* 1.1-14. <<

[2] *Odisea* 1.48-49. <<

[3] *Odisea* 1.57-59. <<

[4] *Odisea* 1.65. <<

[5] *Odisea* 1.68-70. <<

[6] *Odisea* 1.76-77. <<

[7] *Odisea* 1.89. <<

[8] *Odisea* 1.181. <<

[9] *Odisea* 1.198. <<

[10] *Odisea* 3.127-128. <<

[11] *Odisea* 3.130-136. <<

[12] *Odisea* 3.145-146. <<

[13] *Odisea* 3.159. <<

[14] *Odisea* 3.164. <<

[15] *Odisea* 3.180. <<

[16] *Odisea* 3.185-186. <<

[17] *Odisea* 3.277-280. <<

[18] *Odisea* 3.318. <<

[19] *Odisea* 3.327-328. <<

[20] *Odisea* 4.1-2. <<

[21] *Odisea* 4.59-64. <<

[22] *Odisea* 4.73-75. <<

[23] *Odisea* 4.77. <<

[24] *Odisea* 4.78-85. <<

[25] *Odisea* 4.93. <<

[26] *Odisea* 4.106-112. <<

[27] *Odisea* 2.117-122. <<

[28] *Odisea* 4.137. <<

[29] *Odisea* 4.138-140. <<

[30] *Odisea* 4.148-154. <<

[31] *Odisea* 4.178-180. <<

[32] *Odisea* 4.189. <<

[33] *Odisea* 4.199-202. <<

[34] *Odisea* 4.204-215. <<

[35] *Odisea* 4.259-264. <<

[36] *Odisea* 4.277-284. <<

[37] *Odisea* 4.312-314. <<

[38] *Odisea* 4.316-324. <<

[39] *Odisea* 4.472-474. <<

[40] *Odisea* 4.478-479. <<

[41] *Odisea* 4.487-490. <<

[42] *Odisea* 4.493-494. <<

[43] *Odisea* 4.495-500. <<

[44] *Odisea* 4.512-523. <<

[45] *Odisea* 4.529-537. <<

[46] *Odisea* 4.538-540. <<

[47] *Odisea* 4.547. <<

[48] *Odisea* 4.554-560. <<

[49] *Odisea* 4.561-570. <<

[50] *Odisea* 15.35-42. <<

[51] *Odisea* 15.151-153. <<

[52] *Odisea* 15.218-219. <<

[53] *Odisea* 15.292. <<

[54] *Odisea* 15.506-507. <<

[1] *Odisea* 5.58-62. <<

[2] *Odisea* 5.81-84. <<

[3] *Odisea* 5.118-120. <<

[4] *Odisea* 5.146-147. <<

[5] *Odisea* 5.160-164. <<

[6] *Odisea* 5.164-169. <<

[7] *Odisea* 5.198-199. <<

[8] *Odisea* 5.206-213. <<

[9] *Odisea* 5.215-224. <<

[10] *Odisea* 5.226-227. <<

[11] *Odisea* 5.228-233. <<

[12] *Odisea* 5.244-245. <<

[13] *Odisea* 5.247-251. <<

[14] *Odisea* 5.252-253. <<

[15] *Odisea* 5.254-257. <<

[16] *Odisea* 5.258-261. <<

[17] *Odisea* 263-268. <<

[18] *Odisea* 5.276-281. <<

[19] *Odisea* 5.281. <<

[20] *Odisea* 5.287-290. <<

[21] *Odisea* 5.291-296. <<

[22] *Odisea* 5.325-326. <<

[23] *Odisea* 5.327-328. <<

[24] *Odisea* 5.343-345. <<

[25] *Odisea* 5.352-353. <<

[26] *Odisea* 5.346-350. <<

[27] *Odisea* 5.355-356. <<

[28] *Odisea* 5.371. <<

[29] *Odisea* 5.388-393. <<

[30] *Odisea* 5.451-453. <<

[31] *Odisea* 5.462. <<

[32] *Odisea* 5.462-463. <<

[33] *Odisea* 5.491-493. <<

[34] *Odisea* 6.90-92. <<

[35] *Odisea* 6.94-95. <<

[36] *Odisea* 6.95-101. <<

[37] *Odisea* 6.127-130. <<

[38] *Odisea* 6.148. <<

[39] *Odisea* 6.149-161. <<

[40] *Odisea* 6.172-175. <<

[41] *Odisea* 6.178-179. <<

[42] *Odisea* 6.190. <<

[43] *Odisea* 6.198-210. <<

[44] *Odisea* 6.214-216. <<

[45] *Odisea* 6.221-222. <<

[46] *Odisea* 6.236-238. <<

[47] *Odisea* 6.242-246. <<

[48] *Odisea* 6.255-257. <<

[49] *Odisea* 6.313-315. <<

[50] *Odisea* 7.141-145. <<

[51] *Odisea* 7.146-152. <<

[52] *Odisea* 7.153-154. <<

[53] *Odisea* 7.191-196. <<

[54] *Odisea* 7.233-235. <<

[55] *Odisea* 7. 237-239. <<

[56] *Odisea* 241-243. <<

[57] *Odisea* 7.290-297. <<

[58] *Odisea* 7.311-315. <<

[59] *Odisea* 8.93-96. <<

[60] *Odisea* 8.100-103. <<

[61] *Odisea* 8.145-146. <<

[62] *Odisea* 8.190-192. <<

[63] *Odisea* 8.202-206. <<

[64] *Odisea* 8.250-255. <<

[65] *Odisea* 8.262-265. <<

[66] *Odisea* 8.380. <<

[67] *Odisea* 8.384. <<

[68] *Odisea* 8.395-397. <<

[69] *Odisea* 8.408-411. <<

[70] *Odisea* 8.413-415. <<

[71] *Odisea* 8.458-463. <<

[72] *Odisea* 8.464-468. <<

[73] *Odisea* 8.472-473. <<

[74] *Odisea* 8.494-495. <<

[75] *Odisea* 8.538-541. <<

[76] *Odisea* 8.548-557. <<

[77] *Odisea* 9.19-28. <<

[78] *Odisea* 9.36-38. <<

[1] *Odisea* 9.39-44. <<

[2] *Odisea* 9.47-50. <<

[3] *Odisea* 9.54-61. <<

[4] *Odisea* 9.202-205. <<

[5] *Odisea* 9.62-63. <<

[6] *Odisea* 9.67-75. <<

[7] *Odisea* 9.75-81. <<

[8] *Odisea* 3.174-175. <<

[9] *Odisea* 6.162-165. <<

[10] *Odisea* 19.185-189. <<

[11] *Odisea* 19.190-195. <<

[12] *Ilíada* 15.432. <<

[13] *Odisea* 8.288. <<

[14] Estrabón 8.6.20. <<

[15] Estrabón 8.5.1. <<

[16] Pausanias 3.23. <<

[17] Tucídides 4.53. <<

[18] Hesíodo, *Teogonía* 188-200. <<

[19] Pausanias 1.14.7. <<

[20] Pausanias 1.14.7. <<

[21] Stoneman, *A Literary Companion to Travel in Greece*, p. 78. <<

[22] Freely, *The Ionian Islands*, p. 216. <<

[23] *Ibid.* <<

[24] *Ibid.* <<

[25] *Ibid.* <<

[26] *Ibid.* <<

[27] *Ibid.*, pp. 216-217. <<

[28] *Ibid.*, p. 217. <<

[29] Miller, *The Latins in the Levant*, p. 568. <<

[30] *Ilíada* 3. 438-446. <<

[1] Estrabón 1.2.15. <<

[2] Estrabón 1.2.9. <<

[3] *Odisea* 9.82-86. <<

[4] Estrabón 17.3.16-17. <<

[5] *Odisea* 9.93-102. <<

[6] *Odisea* 9.103-104. <<

[7] Heródoto 4.176. <<

[8] How y Wells, vol. 1, p. 359. <<

[9] *Odisea* 9.105-115. <<

[10] Hesíodo, *Teogonía* 140-146. <<

[11] *Odisea* 1.69-73. <<

[12] *Odisea* 9.116-120. <<

[13] *Odisea* 9.125-130. <<

[14] *Odisea* 9.143-145. <<

[15] *Odisea* 9.150-151. <<

[16] *Odisea* 9.153. <<

[17] *Odisea* 9.161-162. <<

[18] *Odisea* 9.167-168. <<

[19] *Odisea* 9.181-192. <<

[20] *Odisea* 9.219-224. <<

[21] *Odisea* 9.225-227. <<

[22] *Odisea* 9.232-236. <<

[23] *Odisea* 9.237-239. <<

[24] *Odisea* 9.240. <<

[25] *Odisea* 9.250-258. <<

[26] *Odisea* 9.267-272. <<

[27] *Odisea* 9.273-280. <<

[28] *Odisea* 9.281-282. <<

[29] *Odisea* 9.283-286. <<

[30] *Odisea* 9.287-295. <<

[31] *Odisea* 9.310-314. <<

[32] *Odisea* 9.320. <<

[33] *Odisea* 9.327-328. <<

[34] *Odisea* 9.231-233. <<

[35] *Odisea* 9.340. <<

[36] *Odisea* 9.343-346. <<

[37] *Odisea* 9.347-352. <<

[38] *Odisea* 9.353-356. <<

[39] *Odisea* 9.364-370. <<

[40] *Odisea* 9.382-391. <<

[41] *Odisea* 9.396. <<

[42] *Odisea* 9.403-406. <<

[43] *Odisea* 9.407-408. <<

[44] *Odisea* 9.410-414. <<

[45] *Odisea* 9.417-419. <<

[46] *Odisea* 9.429-436. <<

[47] *Odisea* 9.437-439. <<

[48] *Odisea* 9.439-445. <<

[49] *Odisea* 9.469-470. <<

[50] *Odisea* 9.475-479. <<

[51] *Odisea* 9.481-486. <<

[52] *Odisea* 9.502-505. <<

[53] *Odisea* 523-526. <<

[54] *Odisea* 9.529-531. <<

[55] *Odisea* 9.557. <<

[56] *Odisea* 9.559. <<

[57] *Odisea* 9.564-567. <<

[58] Ovidio, *Metamorfosis* 9.183. <<

[1] *Odisea* 10.3. <<

[2] *Odisea* 19.6-13. <<

[3] *Odisea* 10.13-18. <<

[4] *Odisea* 10.25-27. <<

[5] *Odisea* 10.28-33. <<

[6] *Odisea* 10.34-36. <<

[7] *Odisea* 10.44-45. <<

[8] *Odisea* 10.46-55. <<

[9] *Odisea* 10.57. <<

[10] *Odisea* 10.64-67. <<

[11] *Odisea* 10.68-69. <<

[12] *Odisea* 10.70-75. <<

[13] *Odisea* 10.76-80. <<

[14] *Odisea* 10.80-83. <<

[15] *Odisea* 10.87-90. <<

[16] *Odisea* 10.99. <<

[17] *Odisea* 10.101. <<

[18] *Odisea* 10.113-115. <<

[19] *Odisea* 10.116-120. <<

[20] *Odisea* 10.121-124. <<

[21] *Odisea* 10.28-32. <<

[22] *Odisea* 10.135-136. <<

[23] *Odisea* 10.140-143. <<

[24] *Odisea* 10.147-150. <<

[25] Estrabón 5.3.6. <<

[26] Bradford, p. 90. <<

[27] *Odisea* 10.158-159. <<

[28] *Odisea* 10.182. <<

[29] *Odisea* 10.184-185. <<

[30] *Odisea* 10.205. <<

[31] *Odisea* 10.207-208. <<

[32] *Odisea* 10.212-215. <<

[33] *Odisea* 10.220-223. <<

[34] *Odisea* 10.230-232. <<

[35] *Odisea* 10.234-236. <<

[36] *Odisea* 10.238-243. <<

[37] *Odisea* 11.268-269. <<

[38] *Odisea* 290-295. <<

[39] *Odisea* 10.296-301. <<

[40] *Odisea* 10.302-306. <<

[41] Bradford, p. 97. <<

[42] *Odisea* 10.312-314. <<

[43] *Odisea* 10.316-320. <<

[44] *Odisea* 10.321-324. <<

[45] *Odisea* 10.325-329. <<

[46] *Odisea* 10.330-335. <<

[47] *Odisea* 10.342-347. <<

[48] *Odisea* 382-387. <<

[49] *Odisea* 10.390-396. <<

[50] *Odisea* 10.405. <<

[51] *Odisea* 10.449-455. <<

[52] *Odisea* 10.460-465. <<

[53] *Odisea* 10.466. <<

[54] *Odisea* 10.467-471. <<

[55] *Odisea* 10.472-474. <<

[56] *Odisea* 10.480-486. <<

[57] *Odisea* 10.489. <<

[58] *Odisea* 10.490-495. <<

[59] *Odisea* 10.501-502. <<

[60] *Odisea* 10.508-515. <<

[61] *Odisea* 10.529-357. <<

[62] *Odisea* 10.539-540. <<

[63] *Odisea* 10.546-549. <<

[64] *Odisea* 10.559-560. <<

[65] *Odisea* 10.562-565. <<

[66] *Odisea* 10.569-574. <<

[1] *Odisea* 11.6-7. <<

[2] *Odisea* 11.8-13. <<

[3] *Odisea* 11.14-22. <<

[4] Píndaro, *Nemea* 4.111. <<

[5] Fox, p. 209. <<

[6] Pausanias 1.17.5. <<

[7] *Odisea* 10.513-514. <<

[8] *Odisea* 11.38-43. <<

[9] *Odisea* 11.44-50. <<

[10] *Odisea* 11.57-58. <<

[11] *Odisea* 11.73. <<

[12] *Odisea* 11.74-80. <<

[13] *Odisea* 11.84-89. <<

[14] *Odisea* 11.91. <<

[15] *Odisea* 11.92-96. <<

[16] *Odisea* 11.100-103. <<

[17] *Odisea* 11.114-117. <<

[18] *Odisea* 11.139. <<

[19] *Odisea* 11.147-149. <<

[20] *Odisea* 11.151. <<

[21] *Odisea* 11.152-154. <<

[22] *Odisea* 11.155-162. <<

[23] *Odisea* 11.181. <<

[24] *Odisea* 11.184-185. <<

[25] *Odisea* 11.195-196. <<

[26] *Odisea* 11.202-203. <<

[27] *Odisea* 11.204-214. <<

[28] *Odisea* 11.217-218. <<

[29] *Odisea* 11.219-224. <<

[30] *Odisea* 11.227-228. <<

[31] *Odisea* 11.232-234. <<

[32] *Odisea* 11. 371-376. <<

[33] *Odisea* 11.380-384. <<

[34] *Odisea* 11.387-389. <<

[35] *Odisea* 11.390-395. <<

[36] *Odisea* 11.418-426. <<

[37] *Odisea* 11.471-476. <<

[38] *Odisea* 11.480. <<

[39] *Odisea* 11.483-486. <<

[40] *Odisea* 11.488-491. <<

[41] *Odisea* 11.538-540. <<

[42] *Odisea* 11.552. <<

[43] *Odisea* 11.552-557. <<

[44] *Odisea* 11.563-564. <<

[45] *Odisea* 11.569-570. <<

[46] *Odisea* 11.572. <<

[47] *Odisea* 11.576. <<

[48] *Odisea* 11.580. <<

[49] *Odisea* 11.582-587. <<

[50] *Odisea* 11.593-597. <<

[51] *Odisea* 11.601-602. <<

[52] *Odisea* 11.615-616. <<

[53] *Odisea* 11.617-619. <<

[54] *Odisea* 11.627. <<

[55] *Odisea* 11.628-635. <<

[56] *Odisea* 11.636-640. <<

[1] *Odisea* 12.6-7. <<

[2] *Odisea* 14-15. <<

[3] *Odisea* 12.20. <<

[4] *Odisea* 12.21-27. <<

[5] *Odisea* 12.39-46. <<

[6] *Odisea* 12.46-54. <<

[7] Estrabón 5.4.8. <<

[8] Bradford, pp. 120-121. <<

[9] *Ibid.*, p. 121. <<

[10] Douglas, p. 13. <<

[11] *Odisea* 12.65-72. <<

[12] *Odisea* 12.88. <<

[13] *Odisea* 12.89-100. <<

[14] *Odisea* 12.101-102. <<

[15] *Odisea* 12.102-110. <<

[16] Tucídides 4.24 <<

[17] Bradford, pp. 144-145. <<

[18] *Ibid.*, p. 150. <<

[19] *Ibid.*, p. 147. <<

[20] *Ibid.* <<

[21] *Odisea* 12.137-141. <<

[22] *Odisea* 12.152. <<

[23] *Odisea* 12.169. <<

[24] *Odisea* 12.178-180. <<

[25] *Odisea* 12.182-183. <<

[26] *Odisea* 12.184-191. <<

[27] *Odisea* 12.192-200. <<

[28] *Odisea* 12.201-205. <<

[29] *Odisea* 12.228-231. <<

[30] *Odisea* 12.234-244. <<

[31] *Odisea* 12.244-250. <<

[32] *Odisea* 12.264-269. <<

[33] *Odisea* 12.276. <<

[34] *Odisea* 12.292-293. <<

[35] *Odisea* 12.302. <<

[36] *Odisea* 12.316-317. <<

[37] *Odisea* 12.329-332. <<

[38] *Odisea* 12.338-339. <<

[39] *Odisea* 12.348-351. <<

[40] *Odisea* 12.368-369. <<

[41] *Odisea* 12.371-373. <<

[42] *Odisea* 12.381-383. <<

[43] *Odisea* 12.385-388. <<

[44] *Odisea* 12.400-402. <<

[45] *Odisea* 12.415-419. <<

[46] *Odisea* 420-426. <<

[47] *Odisea* 12.447-453. <<

[48] Adam y Boron, pp. 8-9. <<

[1] *Odisea* 13.1-2. <<

[2] *Odisea* 13.9-15. <<

[3] *Odisea* 13.23. <<

[4] *Odisea* 13.24-30. <<

[5] *Odisea* 13.38-46. <<

[6] *Odisea* 13.58. <<

[7] *Odisea* 13.59-62. <<

[8] *Odisea* 13.63-69. <<

[9] *Odisea* 13.77-92. <<

[10] *Odisea* 13.102-109. <<

[11] *Odisea* 13.116-125. <<

[12] Cit. en Freely, The Ionian Islands, p. 131. <<

[13] *Ibid.* <<

[14] *Ibid.*, p. 135. <<

[15] Luce, p. 19. <<

[16] Cit. en Freely, *The Ionian Islands*, p. 134. <<

[17] *Ibid.*, p. 138. <<

[18] *Ibid.*, p. 140. <<

[19] *Ibid.*, p. 141. <<

[20] *Odisea* 13.190-194. <<

[21] *Odisea* 233-235. <<

[22] *Odisea* 13.237-241. <<

[23] *Odisea* 13.242-249. <<

[24] *Odisea* 13.407-410. <<

[25] *Odisea* 13.411-415. <<

[26] *Odisea* 14.37-44. <<

[27] *Odisea* 14.44-47. <<

[28] *Odisea* 16.23-29. <<

[29] *Odisea* 16. 33-35. <<

[30] *Odisea* 16.37-39. <<

[31] *Odisea* 16.44-45. <<

[32] *Odisea* 16.57-59. <<

[33] *Odisea* 16.167-171. <<

[34] *Odisea* 16.183. <<

[35] *Odisea* 16.187-192. <<

[36] *Odisea* 16.214-215. <<

[37] *Odisea* 16.238-239. <<

[38] *Odisea* 16.263-265. <<

[39] *Odisea* 16.282-297. <<

[40] *Odisea* 16.457-460. <<

[41] *Odisea* 16.461-463. <<

[42] *Odisea* 16.476-477. <<

[1] *Odisea* 17.217-220. <<

[2] *Odisea* 17.251-253. <<

[3] *Odisea* 17.257. <<

[4] *Odisea* 17.301-305. <<

[5] *Odisea* 17.326-327. <<

[6] *Odisea* 17.345-347. <<

[7] *Odisea* 17.361-364. <<

[8] *Odisea* 17.365-368. <<

[9] *Odisea* 17.475-476. <<

[10] *Odisea* 17.479-480. <<

[11] *Odisea* 18.122-123. <<

[12] *Odisea* 18.142-150. <<

[13] *Odisea* 18.159-162. <<

[14] *Odisea* 18.211-213. <<

[15] *Odisea* 18.290-303. <<

[16] *Odisea* 18.383-386. <<

[17] *Odisea* 18.427-428. <<

[18] *Odisea* 19.31-32. <<

[19] *Odisea* 19.97-99. <<

[20] *Odisea* 19.104-105. <<

[21] *Odisea* 19.115-118. <<

[22] *Odisea* 19.136. <<

[23] *Odisea* 19.158-159. <<

[24] *Odisea* 19.306-307. <<

[25] *Odisea* 19.345-348. <<

[26] *Odisea* 19.357-360. <<

[27] *Odisea* 19.471-475. <<

[28] *Odisea* 19.509-512. <<

[29] *Odisea* 19.546-550. <<

[30] *Odisea* 19.555-558. <<

[31] *Odisea* 19.571-581. <<

[32] *Odisea* 19.583-587. <<

[33] *Odisea* 19.594-599. <<

[34] *Odisea* 19.600-604. <<

[35] *Odisea* 20.163. <<

[36] *Odisea* 20.166-167. <<

[37] *Odisea* 20.169-171. <<

[38] *Odisea* 20.177. <<

[39] *Odisea* 20.178-184. <<

[40] *Odisea* 20.186-187. <<

[41] *Odisea* 20.194. <<

[42] *Odisea* 20.208. <<

[43] *Odisea* 20.232-234. <<

[44] *Odisea* 21.68-78. <<

[45] *Odisea* 21.141-142. <<

[46] *Odisea* 21.159-161. <<

[47] *Odisea* 21.173-174. <<

[48] *Odisea* 21.178-180. <<

[49] *Odisea* 21.184-187. <<

[50] *Odisea* 21.197. <<

[51] *Odisea* 21.240-241. <<

[52] *Odisea* 21.245-248. <<

[53] *Odisea* 21.249-255. <<

[54] *Odisea* 21.267-268. <<

[55] *Odisea* 21.278-284. <<

[56] *Odisea* 21.309-310. <<

[57] *Odisea* 21.312-319. <<

[58] *Odisea* 21.327-329. <<

[59] *Odisea* 21.332-334. <<

[60] *Odisea* 21.353. <<

[61] *Odisea* 21.354-358. <<

[62] *Odisea* 21.376-379. <<

[63] *Odisea* 21.393-395. <<

[64] *Odisea* 21.397. <<

[65] *Odisea* 21.409-413. <<

[66] *Odisea* 21.419-423. <<

[67] *Odisea* 21. 424-427. <<

[68] *Odisea* 21.432-434. <<

[69] *Odisea* 22.1-7. <<

[70] *Odisea* 22.24-25. <<

[71] *Odisea* 22.28-29. <<

[72] *Odisea* 22.34. <<

[73] *Odisea* 22.35-42. <<

[74] *Odisea* 22.56-59. <<

[75] *Odisea* 22.63-67. <<

[76] *Odisea* 22.101-107. <<

[77] *Odisea* 22.239-240. <<

[78] *Odisea* 22.254. <<

[79] *Odisea* 22.299. <<

[80] *Odisea* 22.307-310. <<

[81] *Odisea* 22.323-325. <<

[82] *Odisea* 22.329. <<

[83] *Odisea* 22.377. <<

[84] *Odisea* 22.383-389. <<

[85] *Odisea* 22.417-418. <<

[86] *Odisea* 22.462-464. <<

[87] *Odisea* 22.471-473. <<

[88] *Odisea* 22.475-477. <<

[89] *Odisea* 22.480-484. <<

[90] *Odisea* 22.493-494. <<

[91] *Odisea* 22.497-501. <<

[92] *Odisea* 23.86-87. <<

[93] *Odisea* 23.88-95. <<

[94] *Odisea* 23.105-110. <<

[95] *Odisea* 23.113-115. <<

[96] *Odisea* 23.137-140. <<

[97] *Odisea* 23.163-165. <<

[98] *Odisea* 23.166-172. <<

[99] *Odisea* 23.174-180. <<

[100] *Odisea* 23.202-204. <<

[101] *Odisea* 23. 205-218. <<

[102] *Odisea* 23.240. <<

[103] *Odisea* 23.254-255. <<

[104] *Odisea* 23.257-259. <<

[105] *Odisea* 23.296. <<

[106] *Odisea* 23.300-301. <<

[107] *Odisea* 23.307-309. <<

[108] *Odisea* 23. 362-372. <<

[1] *Odisea* 24.10. <<

[2] *Odisea* 24.11-14. <<

[3] *Odisea* 24.28-29. <<

[4] *Odisea* 24.30-34. <<

[5] *Odisea* 24.63-84. <<

[6] *Odisea* 24.99-100. <<

[7] *Odisea* 24.103-104. <<

[8] *Odisea* 24.106-108. <<

[9] *Odisea* 24.186-190. <<

[10] *Odisea* 24.200. <<

[11] *Odisea* 24.214-218. <<

[12] *Odisea* 24.315. <<

[13] *Odisea* 24.316-320. <<

[14] *Odisea* 24.321-326. <<

[15] *Odisea* 24.317-319. <<

[16] *Odisea* 24.336-343. <<

[17] *Odisea* 24.347-355. <<

[18] *Odisea* 24.415-419. <<

[19] *Odisea* 24.426-437. <<

[20] *Odisea* 24.444-450. <<

[21] *Odisea* 24.452. <<

[22] *Odisea* 24.457-468. <<

[23] *Odisea* 24.474-476. <<

[24] *Odisea* 24.481-486. <<

[25] *Odisea* 24.491. <<

[26] *Odisea* 24.495. <<

[27] *Odisea* 24.496-501. <<

[28] *Odisea* 24.520. <<

[29] *Odisea* 24.530-532. <<

[30] *Odisea* 24.533-538. <<

[31] *Odisea* 24.542-548. <<

[32] *Odisea* 11.118-137. <<

[33] Cit. en Stanford y Luce, p. 139. <<

[34] *Ibid.* <<

[35] Stanford y Luce, p. 143. <<

[36] *Ibid.*, p. 144. <<

[37] Cit. en Stanford y Luce, p. 164. <<

[38] *Ibid.* <<

[39] Cit. en Stanford y Luce, p. 166. <<

[40] *Ibid.*, p. 168. <<

[41] Stanford y Luce, p. 168. <<

[42] *Ibid.*, p. 177. <<

[43] *Ibid.* <<

[44] *Ibid.* <<

[45] Cit. en Stanford y Luce, p. 191. <<

[46] Keats, «Sobre la primera vez que vi el Homero de Chapman». <<

[47] *Ibid.* <<

[48] Stanford y Luce, p. 204. <<

[49] Tennyson, pp. 141-145. <<

[50] Cit. en Stanford y Luce, p. 220. <<

[51] Stanford y Luce, p. 230. <<

[52] *Ilíada* 7.329. <<

[53] Cit. en Freely, *Turkey Around the Marmara*, p. 121. <<

[54] *Odisea* 24.12. <<

[\*] En la presente edición se han utilizado las siguientes traducciones: Homero, *Ilíada*, trad. Emilio Crespo Güemes, Gredos, Madrid, 1911; Homero, *Odisea*, trad. José Manuel Pabón, Gredos, Madrid, 1982. <<

[\*] Juego de palabras entre *hopeless*, «[caso] perdido», y *Opeless*, vocablo inventado a partir del nombre de la marca de automóviles Opel. (*N. de los t.*) <<

## Índice de contenido

Nota del autor

Mapas

1. El mundo homérico
2. El catálogo de las naves y el catálogo de los troyanos
3. La cólera de Aquiles
4. La mezcla de gentes y la gran migración
5. Troya después de la caída
6. El redescubrimiento de la antigua Troya
7. Troya y la Tróade
8. Los héroes regresan
9. Marcha de la isla de Calipso
10. Cruzando el vinoso mar Egeo
11. Un mundo de maravillas
12. El palacio de la hechicera
13. Diálogo con la muerte
14. El país de las sirenas
15. Regreso a Ítaca
16. Venganza y reencuentro
17. La «Odisea» continúa

Bibliografía

Imágenes

Sobre el autor

Notas